
La
ANFITRIONA
LAURA PALLARÉS

La anfitriona

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

www.editoriallxl.com
04240, Almería (España)

Primera edición: noviembre 2023
Composición: Entre Libros Editorial
ISBN: 978-84-19660-00-8

La anfitriona

k

laura pallarés

Para todos los que alguna vez han pensado que ya no les quedaba nada.

Es imposible imaginar una mujer de
los tiempos modernos que,
como principio básico de individualidad,
no aspire a la libertad.

Clara Campoamor

¡Qué vidrios se me clavan en la lengua!
Porque yo quise olvidar
y puse un muro de piedra
entre tu casa y la mía.
Es verdad. ¿No lo recuerdas?
Y cuando te vi de lejos
me eché en los ojos arena.
Pero montaba a caballo
y el caballo iba a tu puerta.
Con alfileres de plata
mi sangre se puso negra,
y el sueño me fue llenando
las carnes de mala hierba.
Que yo no tengo la culpa,
que la culpa es de la tierra
y de ese olor que te sale
de los pechos y las trenzas.

¡Ay, qué sinrazón! No quiero
contigo cama ni cena,
y no hay minuto del día
que estar contigo no quiera,
porque me arrastras y voy,
y me dices que me vuelva
y te sigo por el aire
como una brizna de hierba.

Fragmento de Bodas de Sangre
Federico García Lorca

Índice

Capítulo 1

Un pequeño pueblo de montaña

Para Rachel Jones, ser Rachel Jones no significaba nada; aunque su nombre encabezara la lista de autoras más vendidas de ficción en todas las plataformas, aunque su cara saliera de vez en cuando en las revistas del corazón y aunque llevara miles de euros ganados gracias a ser quien era. Su último libro se había vendido más que ningún otro pese a haberle dado a su protagonista el peor de los finales: una muerte cruel e indigna; poco que ver con las muertes de las heroínas.

Rachel Jones se había convertido en una escritora mediocre que no podía avanzar del primer capítulo. Ya no se concentraba, y parte de la culpa la tenía su fama. Así que, después de hablar con su editora, había decidido tomarse unas vacaciones, aislada del mundo, en un pueblo de montaña del norte de la península ibérica de acceso restringido en invierno. Durante diez días se quedaba incomunicado por la nieve, y cuando las carreteras se abrían, solo circulaban por ellas dos guardias forestales que subían cajas con primeras necesidades un par de veces por semana. Rachel Jones solo necesitaba estar dos meses aislada del mundo y su nueva novela sería lo que siempre había querido: un referente del género policiaco. La aventura dejaría paso a una nueva protagonista que se convertiría en Sherlock Holmes y sería la detective de referencia del siglo XXI. Rachel ganaría el premio Planeta, daría el discurso más excéntrico que se le ocurriera y aquella fecha se convertiría en el segundo mejor día de su vida.

El día más feliz de la vida de Rachel Jones ya había sucedido y sabía que nada podría superar ese espectáculo: la noche que su madre la había desheredado públicamente. Ruperta Jones era una reconocida fotógrafa neoyorquina de clase alta, de padre americano y madre catalana, ambos pertenecientes a familias influyentes, nacida en San Francisco, criada entre Nueva York y Barcelona, madre soltera a los diecisiete y rica *hippie* que había vivido en una comuna de una masía de un pueblo de las cercanías de su ciudad. Rachel había pasado los primeros cinco años de su vida entre mujeres y hombres que dormían en el suelo, comían de la misma olla y olían a marihuana. Había visto despellejar conejos, asarlos con setas de colores imposibles y celebrarlo con una orgía. Había observado un día cualquiera, desde la rendija de una puerta, a la policía entrar en la casa y llevarse a la mitad de sus ocupantes esposados. Rachel Jones había visto en cinco años todo tipo de cosas, pero por suerte la mayoría ni siquiera las recordaba.

Cuando estaba a punto de cumplir seis años, sus abuelos murieron en un trágico accidente en su *jet* privado y Ruperta heredó todo lo que

tenían, incluido un pequeño palacio en la zona alta de Barcelona. Fue escolarizada en el mejor colegio privado del barrio, con profesores que daban clases a hijos de futbolistas, políticos y actores. Sus amigas llamaban a su pequeño palacio «la finca encantada». Sus compañeras tenían casas más grandes y lujosas, con piscina, gimnasio, un millón de habitaciones, salas de juegos y decenas de sirvientes, pero el palacio de las Jones tenía encanto, con un toque de magia mezclado con historia, y sus amigas no podían decir lo mismo de sus casas.

Hablaba cinco idiomas casi a la perfección. Se había licenciado en Filología Clásica y Humanidades, tenía un ático en el centro de Barcelona, una empresa de camisetas feministas, estaba rodeada de gente continuamente y no era capaz de conectar con nadie que no fueran los personajes de sus novelas. A veces, y esto era uno de esos secretos que Rachel no contaba ni después de una botella entera de vino, tenía conversaciones imaginarias con sus personajes. Le preguntaba a su heroína, muerta en terribles circunstancias, qué haría ella en su lugar, o le explicaba al villano de su saga lo que le había pasado durante la mañana, aunque él no era bueno escuchando. Había decidido empezar un diario de pensamientos, de esos que acabarían publicándose después de su propia muerte, intentando indagar en su vida y compartir sus desgracias. Lo había dejado siete días después, sabiendo que no le gustaría que nadie conociera aquellos pensamientos. Escapar había sido su mejor opción: escapar para encontrarse.

—¿Dé donde me ha dicho que es? —le preguntó el taxista, mirando por el retrovisor.

—No se lo he dicho —le contestó Rachel.

—¿Y no va a decírmelo? —insistió el señor con un tono ligeramente impertinente.

Había cogido el único taxi que había enfrente de la estación de tren más cercana a su pueblo de destino. El conductor le había abierto la puerta con cara de pocos amigos al verla saludándolo desde fuera, en la ventanilla del copiloto, y después de que se sentara solo soltó un «Ajá» de mala gana cuando Rachel había nombrado el lugar al que se dirigía. Sabía que su camiseta, con el dibujo de una vagina de una ilustradora que le encantaba, tenía parte de la culpa en la hostilidad del conductor, pero no le importaba porque su vestimenta formaba parte activa de su vida. Y si a alguien le molestaba ver vaginas, que no mirara.

—Vengo de Nueva York. Me llamo Hilda McAdams.

Hilda McAdams era uno de los nombres que tenía apuntados en su libreta para los nuevos personajes. El taxista frunció el ceño y volvió a mirar por el retrovisor, escrutando la cara de la chica e intentando adivinar si aquel nombre combinaba con sus rasgos. O tal vez leía

revistas del corazón y le sonaba su cara.

—No parece usted extranjera.

—Mi padre es americano y mi madre de por aquí.

—¿De por aquí? ¿Del pueblo?

Rachel rio, divertida.

—No. De Barcelona.

El señor hizo una mueca de disgusto, como si le molestara la respuesta.

—¿Y qué la trae por estos lares, señorita McAdams?

—Si se lo digo, tiene que prometerme que no se lo dirá a nadie.

El taxista afirmó con la cabeza, moviéndola muy rápidamente, expectante, a la espera de lo que Rachel tenía que decirle.

—Lo prometo.

La escritora rio para sus adentros y estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se contuvo, se puso recta y se acercó un poco al taxista.

—Soy doctora en investigación de pandemias por la Yale University. —Rachel había querido pisar aquella universidad toda su vida y la pronunció con el mejor de sus acentos americanos—. Está investigándose una cepa encontrada en una cueva. Los analistas desconocen el origen, por lo que me envían a hacer el trabajo de campo. El doctor Chang cree que puede ser de la época mesozoica. Tal vez estemos ante un nuevo descubrimiento.

Podría haber sido una gran actriz, pero prefirió dedicarse a escribir historias. Había hecho de Julieta en la obra de tercero y siempre imitaba a la *spice girl* deportista en los bailes de fin de curso; no porque le gustara el deporte, pero era a la que más se parecía. Había interpretado bien su papel de Hilda McAdams; el señor había apretado tanto el entrecejo que parecía que la cara iba a contraérsele con aquel gesto para siempre. Y de golpe, se echó a reír.

—Vale, vale. Es muy graciosa.

Rachel se dejó caer en el asiento y miró por la ventana. Se había excedido con la voz misteriosa y el taxista la había pillado. O tal vez había sido lo de la época mesozoica.

—Usted mismo. Intente no resfriarse este invierno…

—Ya sé de qué me suena.

La escritora suspiró.

—Sorpréndame.

—Es la hija de la fotógrafa *hippie* que va a entrar en *Supervivientes*.

—Creo que se equivoca —le contestó ella, negando con la cabeza.

No quería hablar de su madre, de su participación en el *reality* ni de las fotografías de antiguos amantes —entre los que se encontraban nombres de políticos famosos— que había expuesto el mes anterior en una galería de Madrid. Aunque tampoco le extrañó que la hubiese

reconocido. Durante los últimos años, su cara había sido portada de las revistas del corazón más de un par de veces. Todas a causa de las sonadas peleas públicas con su madre. Así que se mantuvo en silencio y sin apartar la vista de la ventana.

Sus ojos no se desviaron ni un segundo de las calles mal asfaltadas en cuanto el taxi entró en el pueblo. La mayoría de las casas eran de piedra o tenían paredes blancas. Algunas de ellas estaban reformadas; en cambio, otras parecían a punto de derrumbarse o lo habían hecho ya. También vislumbró un edificio tapiado, señales de rutas de senderismo y la plaza principal del pueblo, junto al ayuntamiento. Nada destacable, cero encantos turísticos.

—El hostal está al final del todo del pueblo, en la parte más alta —le explicó el taxista—. No te iría mal pedir prestada una bici para moverte por aquí. No sé por qué razón, pero en este pueblucho siempre hay que subir. Hasta cuando bajas.

Era principios de diciembre. Sin embargo, aunque hacía frío, no había previsión de nieve hasta al menos tres semanas después. La escritora había mirado la previsión del tiempo en su teléfono antes de salir de casa. Ponía que aquel día iba a ser lluvioso, pero hacía sol, y pese al buen tiempo, no vio a nadie por las calles del pueblo.

En cuanto el taxista detuvo el coche, le pagó, dándole una propina que compensaba haberle mentido. Tras ello bajó del coche diciéndole adiós con la mano. Sacó su equipaje del maletero y lo dejó en el suelo, sin perder de vista la enorme casa que se erguía frente a ella. Tenía al menos tres plantas de techos altos, con grandes ventanas y persianas antiguas, oscuras y bien cuidadas. Colindaba con otras casas mucho más pequeñas y viejas que se notaba que habían tenido un peor mantenimiento a lo largo de los años. Le había costado que la propietaria aceptara su reserva porque decía que en invierno nadie quería pisar aquel pueblo y que solo admitía viajeros en verano, que era cuando se hacían las rutas por las montañas y lagos. Rachel había doblado el pago sin resultado, después lo triplicó, suplicándole que la acogiera, y la propietaria, con la que se escribía por *email*, le había respondido con un sencillo «De acuerdo».

La puerta de la casa se abrió y de ella salió una señora bajita, con el pelo gris y mechones amarillentos sobresaliendo de un moño alto que mostraban que no se cuidaba mucho aquella cabellera cana. Iba vestida de colores marrones y verdes y caminaba despacio, agarrándose los riñones, como si cada paso fuera un esfuerzo por sí mismo. Los *mails* que había recibido estaban firmados con el nombre de Olimpia, así que Rachel se adelantó y le tendió la mano.

—Señora Olimpia, soy Rachel Jones, su inquilina durante los siguientes casi sesenta días.

La señora miró la mano, después a Rachel y fijó la vista en su

camiseta, intentando averiguar de qué trataba aquel dibujo.

—Entiendo la confusión, joven, pero yo no soy Olimpia. Ella la espera dentro, en el patio que hay justo después del salón, la cocina y el baño de abajo. Pase, pase —le dijo, apremiándola a entrar—. Está ocupándose de Furia. —La señora sonrió y señaló la camiseta—. Me encanta la flor. Es muy original. Pásese un día por casa a ver mis pensamientos, que están preciosos en esta época.

La señora continuó caminando calle arriba a paso lento, dejando la puerta abierta para que la recién llegada entrara. Rachel suspiró y no quiso pararse a pensar en su última frase. Miró el timbre, en el lado derecho del portón, y después la oscuridad del interior de la casa. Agarró su equipaje y se dispuso a entrar.

—Muy bien —dijo para ella misma—. Supongo que así es como lo hacen por aquí, sin llamar ni nada.

No se había parado a meditar demasiado en la propietaria de la casa, la señora Olimpia. Se preguntó si sería una mujer del estilo de la que acababa de encontrarse, pero lo descartó en su cabeza. Tal vez estaba aventurándose demasiado habiendo intercambiado solo cuatro correos con ella, pero la ortografía y la sintaxis de la tal Olimpia eran impecables, así que se la imaginó como una de esas ancianas sabias que desprenden conocimiento haciendo solamente ruiditos guturales, de las que leen *thrillers* de los buenos, de los de antes, y que ven en bucle películas en blanco y negro mientras tejen bufandas para sus vecinas. Rachel inventaba a las personas antes de conocerlas; una costumbre que la conducía directa a la decepción después de ver la realidad. Así que la escritora pensó que era posible que Olimpia tuviese un buen corrector de texto en su ordenador y que fuese una señora de pueblo normal y corriente, como la que acababa de salir por la puerta unos segundos antes.

El salón era grande, como el de las casas antiguas de pueblo de las películas. El techo era muy alto y lo cruzaban grandes vigas de madera, como en la casa de la abuela de Sara, su amiga de la infancia. En el fondo del salón, una mesa de madera rectangular hacía los honores, y en lo alto había un cuadro de un militar a caballo con cara de haber librado una gran batalla los minutos previos al posado. Sabía que era cosa de familia, pero no le iba mucho el rollo militar, y su madre le había inculcado toda la vida un miedo irracional a la policía, así que aún luchaba por vencer los demonios de su infancia y solía pararse a hablar con cualquier policía que se encontraba. E incluso había salido con una chica de la urbana, pero aquella mujer tenía demasiados novios. En realidad, solía pararse a hablar con casi todo el mundo: ancianos que esperaban el autobús, señores que compraban el pan en el café del barrio, enfermeras que fumaban en la calle en su hora de descanso, comerciales que la paraban para venderle una

suscripción por la calle o compañeros de asiento en el tren. No lo hacía por amabilidad y ni siquiera se consideraba especialmente simpática. Lo hacía por puro interés. Apuntaba en su mente las conversaciones y después las pasaba a sus libretas, de manera compulsiva, creando nuevos personajes, copiando diálogos, inspirándole nuevas historias.

Alrededor de la mesa del salón, los agujeros vacíos de las paredes denotaban que había habido en ellas otros adornos pero que los habían quitado sin molestarse en pintar para ocultarlo. Rachel atravesó el salón y llegó a la cocina, una sala sin puerta aún más grande que el comedor con una chimenea en una de las esquinas, y dejó su maleta pegada a la pared para no cargar con ella por toda la casa. Caminó por el pasillo y encontró la entrada del baño a la derecha y al fondo el patio, vislumbrándolo a través de una puerta de cristal.

Se asomó para ver el exterior y entendió a qué se había referido la mujer de pelo cano de la entrada: en el patio, de cuclillas, una mujer enteramente vestida de negro lavaba a un perro oscuro y enorme. Rachel no podía distinguir su cara desde su posición, ya que solo la veía de perfil, pero se sorprendió al ver que aquella mujer, su anfitriona, debía ser de su misma edad o incluso más joven. Tenía el pelo rubio ceniza y lo llevaba recogido en una especie de moño bajo. Enjabonaba el lomo del perro cuando este se sacudió y salpicó a su dueña, que rio suavemente y le pidió que parara con una voz muy sedosa. Entonces, la mujer se giró hacia la puerta y vio a Rachel mirándola de forma fija. La recién llegada quiso desaparecer por un segundo, pero intentó disimular su espionaje momentáneo saludándola con la mano. La propietaria de la casa se puso de pie, se limpió el jabón con una toalla y caminó hasta la puerta. Según iba acercándose, Rachel le quitaba años, y había llegado a la conclusión de que aquella chica apenas llegaba a los treinta, y si los tenía, usaba las mejores cremas faciales del mercado.

—¿Rachel Jones? —le preguntó la muchacha al llegar a la puerta. Su voz era suave pero firme. Rachel asintió sin decir nada, aún embelesada con la cara de proporciones perfectas, digna de las antiguas esculturas griegas de musas, de la propietaria—. Estaba esperándote —añadió—. Perdona que no te dé la mano, pero las tengo sucias...

—Si estaban llenas de jabón, están limpias —la interrumpió Rachel, tendiéndole una de las suyas, divertida con su propio sentido del humor.

Olimpia levantó las cejas suavemente, pero le apretó la mano sin pensárselo.

—Te enseñaré tu habitación —le dijo, dirigiéndose a la casa—. A

no ser que prefieras comer algo primero. Puedo hacerte un sándwich.

Rachel negó con la cabeza y Olimpia retomó el camino sin insistir. La escritora la siguió hasta la cocina, donde la propietaria del hostal cogió su maleta sin tan siquiera preguntar primero, como si no hubiera dudas de que aquel era su trabajo. Agarró una llave de un cajón y cruzó el salón camino a la escalera de piedra que subía al piso superior. La planta de arriba tenía varias habitaciones, pero Olimpia caminó hasta el fondo del pasillo para abrir la última puerta.

—Esta es la mejor habitación de la casa. Tiene su propio baño con bañera y el armario más grande, de pared a pared. También tiene un escritorio, como pediste. —Olimpia abrió la puerta para mostrarle la estancia, dejó la maleta en el suelo y se apartó a un lado—. Te daré una copia de las llaves de la puerta de la entrada en un rato. Voy a hacer la cena, por si tienes hambre más tarde. Estaré en la cocina si me necesitas.

—Gracias.

—Pídeme cualquier cosa que te haga falta —añadió.

Rachel la miró sin decir nada, dedicándole su mejor sonrisa, y Olimpia se marchó escaleras abajo, dejándola sola en el piso superior. La habitación era más grande de lo que esperaba y se sintió a gusto en ella desde el primer momento, como si estuviera en su propio cuarto, en su propia cama. Pero estaba inquieta; quería bajar a comer y que Olimpia le explicara qué podía hacer en aquel pueblo; quería salir a caminar por las montañas antes de que estuviera demasiado nevado para pasear; quería darse un baño caliente y leer algún libro. Pero en ningún caso tenía ganas de escribir. Al menos, de momento. Así que sacó la ropa de la maleta, colocó su ordenador portátil en el escritorio y, justo al lado en una pila, los tres libros que se había llevado para aquel viaje. Esperaba no acabárselos demasiado pronto, ya que en aquel lugar no había conexión a Internet más que en el ayuntamiento y en la escuela, y no había visto la televisión nunca en su vida. Por si fuera poco, la red de su teléfono móvil iba y venía, así que estaba totalmente desconectada. La última semana se había roto la pantalla de su iPhone nuevo, por lo que había cogido un móvil antiguo de una de las cajas de mudanza que tenía en el altillo; un teléfono viejo y sin almacenaje en el que no podía descargarse aplicaciones. Pensó que era mejor no tener acceso a nada y poder descansar, pero seguía sacando su móvil del bolsillo cada poco, dándose cuenta de su adicción a estar conectada, de lo mucho que añoraba Twitter y de las ganas que tenía de subir fotos de las calles o de la comida a su Instagram.

Se dio una ducha rápida y se cambió de ropa, poniéndose una nueva camiseta mucho más sencilla, y bajó al salón después de dejar el teléfono en uno de los cajones, dispuesta a desengancharse de esa nueva extremidad adquirida en los últimos años. Había viajado hasta

aquel pueblo para centrarse en sus novelas y desconectar de su vida, así que no necesitaba estar comunicada.

Olimpia estaba en la cocina, concentrada en darle vueltas a una masa pegajosa con las manos. No se dio cuenta de que Rachel estaba allí hasta que la recién llegada carraspeó.

—Siéntate, Rachel. Estoy preparando pan casero para la cena.

Rachel se encogió de hombros.

—No como pan. Ni cereales. Nada con gluten.

Olimpia arqueó las cejas mientras la miraba, pero siguió amasando el pan con garbo. Se notaba que lo hacía a menudo.

—¿Eres alérgica?

—No. Simplemente llevo una dieta exenta de gluten.

—¿Por qué motivo?

—Elección personal.

La propietaria de la casa negó con la cabeza y rio suavemente mientras le añadía harina al pan.

—Qué cosas... —dijo, sin que fuera apenas audible para Rachel.

La recién llegada entendió que su arrendadora se quejaba de ella, pero no supo qué decía. Pensó que si le presentara a su nutricionista, le explicaría unas cuantas cosas sobre aquella masa que tenía entre las manos, pero se dio cuenta de que, si pudiera haber vuelto atrás, Rachel habría preferido no saberlas.

—¿Tienes arroz? De eso sí como.

Olimpia asintió.

—¿Te gusta con conejo?

—Me gusta más el pescado.

—Hay poco de eso por aquí. Congelado, obviamente.

—Obviamente...

—De acuerdo. Si hago arroz estos días, será de pescado. ¿O lo prefieres solo de verduras?

Rachel se levantó de su silla antigua de madera y el rugoso asiento de enea se le enganchó en el pantalón unos segundos.

—No tienes que hacerme la comida.

Olimpia cogió la masa de pan con las dos manos mientras Rachel se acercaba hasta la mesa, la metió en un plato hondo y la tapó con un trapo. La escritora la miró durante todo el proceso, y después de que la anfitriona se limpiara las manos en el fregadero, le acercó un colorido trapo que colgaba de un gancho.

—Contrataste pensión completa. Además, cocinar me relaja.

—Si te soy sincera, a mí cocinar me pone de los nervios.

Olimpia apoyó las manos en su cadera, adornada con un cinturón negro.

—Eso es porque siempre vas con prisas.

—Normalmente sí. Compro lasaña preparada y ensalada de bolsa.

Le pongo cuatro olivas, atún y para dentro.

La casera rio suavemente mientras negaba con la cabeza, aunque Rachel no supo si reía de lo que había dicho o se burlaba de ella.

—¿Te apetece que haga café? Tengo unas magdalenas caseras de la vecina en la despensa. ¿O de eso tampoco comes? El gluten, ¿no?

Rachel se lo pensó unos segundos. Las magdalenas eran uno de esos alimentos que su nutricionista le tenía prohibidos, que estaban en la lista de lo que te mata a la larga: mucho azúcar, mucha harina, mucho glutamato y muchos componentes que empiezan por E, por no hablar de que también tenían gluten. Aunque estas eran caseras y su nutricionista no tenía por qué enterarse.

—Podría hacer una excepción. Una nada más, o saldré de aquí rodando cuesta abajo —le dijo Rachel soltando un soplido.

—¿Es un sí?

—Claro.

Olimpia abrió uno de los armarios y sacó una cafetera italiana de color plateado. La desenroscó con facilidad, la llenó de agua del grifo y buscó el café molido en una pequeña despensa cubierta con una fina cortina de colores, rellenó el filtro, volvió a juntar las distintas partes de la cafetera y la puso al fuego.

—Siéntate, Rachel —le ordenó sin brusquedad.

Rachel obedeció a la chica sin dudarlo. Se sentó en la silla de la que se había levantado unos minutos atrás y esperó a que Olimpia colocara las magdalenas en una bandeja dorada de ribetes azul oscuro y las sirviera en la mesa. Añadió un azucarero blanco, leche, dos cucharillas, unas preciosas tazas a conjunto con la bandeja y un tarro de cristal lleno de pequeñas onzas de chocolate negro.

—El chocolate lo hacen aquí en la panadería —le explicó.

Olimpia se había peinado diferente en el rato que Rachel había estado en su habitación. Llevaba una cola estudiadamente despeinada, con el fino pelo rubio natural ondeando con el movimiento de sus pasos por la cocina; a izquierda y derecha y a izquierda de nuevo. Llevaba un mechón suelto que le caía en la frente de vez en cuando y ella peinaba detrás de la oreja, una y otra vez. Su piel era clara y estaba plagada de pecas en todos los lugares visibles. Se repartían en sus mejillas, en su nariz y en la parte baja de su frente; recorrían su cuello, abriéndose paso por los hombros, cubiertos por la manga negra que tapaba su piel, hasta salir de nuevo por los brazos, de un tono más oscuro que el resto del cuerpo; incluso llegaban a sus delicadas manos de dedos largos y finos. Llevaba las uñas cortas pero cuidadas, y Rachel pensó que sus manos parecían suaves.

Se mantuvieron en silencio hasta que el café estuvo listo y Olimpia lo sirvió y se sentó en la mesa.

—¿Cómo es la vida en la ciudad? —le preguntó, apoyando los

brazos en la mesa.

—¿La vida en la ciudad o mi vida en la ciudad?

—¿Hay diferencia?

Rachel rio.

—Un poco, la verdad.

—¿En qué?

«No sabe quién soy», pensó.

La chica de ciudad se quedó pensativa y por su mente pasó la idea de decirle que ella no podía ir por el centro de Barcelona así como así ni subirse en un metro sin que al menos diez personas la pararan para saludarla, decirle qué opinaban del destino de sus personajes o hacerse una foto con ella. Puede que Olimpia la hubiera buscado en Internet y ya supiera todo eso. Pensó que tal vez estaba preguntándoselo para que se lo contara ella misma.

—Realmente en nada —le dijo al fin—. Prisas, comida india a las tres de la mañana y domingos de tapeo.

Olimpia sonrió, pero enseguida volvió a su expresión neutral de siempre.

—Te aburrirás aquí, en este pueblo perdido entre dos montañas. Sin tecnología, casi sin Internet, viendo las mismas caras todos los días.

—¿Tú te aburres?

—A veces —le respondió.

—¿Y por qué vives aquí?

La anfitriona se encogió de hombros.

—Para mí está bien. Nací en este lugar. Me gusta la tranquilidad, salir a pasear por la naturaleza cuando está amaneciendo en primavera y ya no hace tanto frío, escuchar las aves nocturnas desde la ventana de mi habitación en verano, los resoplidos de la señora Gilda cuando no quedan caquis. Ese tipo de cosas me dan paz.

—¿Los resoplidos te dan paz?

Rachel sonrió mientras lo decía.

—Así los demás me parecen humanos.

Rachel, que no esperaba aquella respuesta, no supo qué decir y se quedó en silencio. Olimpia miró su café, evitando los ojos de ella, y seguidamente se levantó de la silla, como si acabara de recordar una cita de repente.

—Tengo que darle de comer a Furia. Odia que la bañen, así que voy a mimarla un poco.

Olimpia salió por la puerta de la cocina, con su pantalón negro ancho ondeando tras ella y dejando atrás el leve aroma de su perfume, que era una mezcla de jazmín y fresa, fresco y natural. Rachel recibió aquel olor aleteando la nariz, aspirándolo fuerte. Le recordaba a otro aroma que hacía tiempo que no olía: el de Giselle. Pero no quería

pensar en ella, ni en París, ni en su agitada vida de ciudad. Había viajado hasta aquel pueblo perdido para escribir, pero también para encontrarse a sí misma y ser la auténtica Rachel, sin filtros.

Se sirvió otra taza de café, sacó su libreta de notas, que siempre llevaba encima, y apuntó que había comido magdalenas de arándanos. Nunca se lo diría a su nutricionista, su profesora de yoga la mataría cuando se enterase de que no pensaba practicar en todo el invierno y su psicóloga se quedaría sin palabras si le decía que estaba saltándose su estricta rutina. Sin embargo, no podía rechazar el descanso ni la comida casera. Y de hecho, si Olimpia insistía, probaría también el pan. Y la pasta, y los pasteles, y todo lo que ella quisiera darle.

Cenaron casi sin hablar, con una música de fondo que a Rachel la hacía rememorar las películas de amor que pretenden ser elegantes pero que no lo son. Y se limitó a observar a Olimpia, concentrada en su caldo de verduras y en su tortilla francesa, masticando con lentitud mientras bebía de vez en cuando un vino tinto a pequeños sorbos.

Rachel se bebió su copa de golpe y Olimpia sonrió de forma leve, pero no dijo nada. La anfitriona tenía las proporciones perfectas de las antiguas esculturas griegas y hablaba exactamente lo mismo. La escritora se preguntó si habría dicho algo en su conversación anterior que hiciera que estuviera tan callada, pero no tenía la confianza suficiente para preguntárselo. Tampoco se sentía incómoda con el silencio, pese a que quería hacer muchas preguntas sobre aquel lugar o la vida de su casera. Quería averiguar por qué llevaba ropa oscura, por qué no tenía casi cuadros en las paredes a excepción del de la entrada o por qué era tan servicial. Sin embargo, Olimpia no parecía dispuesta a abrirse a su nueva inquilina, al menos por el momento.

Cuando subió a su habitación para irse a dormir, se sentía relajada. Había bebido más de tres copas de vino, aunque no recordaba cuántas, y no era consciente del frío que hacía en realidad. Aun así, se metió debajo del edredón y de las mantas como si estuviera congelada. El nombre de Giselle volvió a cruzar su cabeza e intentó borrarlo sin más, imaginando una goma gigante de borrar de color blanco, suave y esponjosa, haciendo así desaparecer una por una las letras del nombre. Trató de concentrarse en los sonidos del exterior, como solía hacer en su ático de Barcelona, pero no se escuchaba ninguno. Sentía el silencio, a través de la ventana, clavándose en su mente, y algo dentro de ella le dijo que aquellas semanas iban a hacerse muy largas.

Capítulo 2

El chico de la Coca-Cola

Los golpes en la puerta sonaron por todo el salón. Solo fueron dos, pero la fuerza con la que los dieron hizo que la gruesa madera de la entrada temblara hasta casi producir un sonido propio. Rachel era delicada para el ruido e hizo un gesto de disgusto. Olimpia había salido y ella se había acomodado en la inmensa cocina a leer mientras tomaba café del bueno. Dejó su libro a un lado, un ejemplar de Judith Butler que leía por décima vez y que tenía los márgenes repletos de anotaciones, se levantó de su asiento y caminó hasta la puerta sin prisa por abrir. Olimpia no la había cerrado, como parecía habitual en aquella casa, así que no le hizo falta buscar la llave. Llevaba pocos días en aquel pueblo perdido de montaña, pero enseguida había descubierto que entre aquellas veinte calles que lo formaban había más confianza que en la mayoría de familias.

Intentó disimular su cara de sorpresa en cuanto se encontró de frente a un hombre que parecía sacado de un anuncio de colonia de los de la televisión, de los que ponen en bucle en Navidad. Trató de no mirarlo fijamente, pero en un primer vistazo vio que tenía el pelo castaño claro, casi rubio, largo hasta los hombros y una poblada barba. El chico llevaba una carretilla con varias cajas de cartón en las que había nombres de marcas de bebidas, y parecía igual de sorprendido que ella de verla allí de pie en silencio.

—¿Está Olimpia? —le preguntó él dudoso.

—Ha salido.

—¿Volverá?

—Supongo…

El chico tenía un ligero acento extranjero. Rachel aprovechó para fijarse en su cara. Sus ojos eran verdes, y su mirada, intensa. Tenía el pelo revuelto y le caía hacia la cara sin control. En su barba había alguna que otra cana sobresaliendo entre los densos pelos rubios. Su cuerpo era fuerte y atlético, e iba en manga corta pese al frío que hacía.

—¿Y tú eres…?

—Amery —le contestó él, alargando la mano—. Amery Walsh.

—Rachel —se presentó ella a la vez que le devolvía el saludo—. Rachel Jones. Me hospedaré aquí durante el invierno.

—No sabía que Olimpia aceptaba huéspedes en esta época del año —comentó él, muy serio.

—Creo que soy la única que hay.

—El invierno es para descansar.

—¿Qué necesitas? —le preguntó Rachel, sin entender qué quería

aquel chico.

Amery señaló las cajas.

—He traído las bebidas: limonada, zumo, mayoritariamente Coca-Cola. Suelo ayudar a Olimpia de vez en cuando con el hostal —le explicó.

Rachel abrió la puerta de par en par. Recordó el *spot* de Coca-Cola de los años noventa, con el tío cachas bebiendo un refresco y haciendo suspirar a las chicas de la oficina al ritmo de *I Just Want to Make Love to You*.

—Adelante. Como si estuvieras en tu casa —lo invitó a pasar.

El chico movió el carro, atravesó el salón hasta la cocina y allí descargó las cajas, una tras una, poniéndolas en una esquina y echándole miradas a Rachel de reojo con desconfianza.

—¿Quieres un café?

Amery la miró durante unos segundos fijamente sin decir nada y al final contestó:

—No puedo, tengo que volver al trabajo. Pero gracias. Tal vez en otro momento.

—¿Trabajas en el bar? —probó suerte, por darle conversación.

El chico negó con la cabeza.

—En el laboratorio.

—¿El laboratorio?

—Soy científico. Tengo diferentes proyectos en marcha sobre la fauna de las montañas de la zona.

Rachel, que no solía quedarse sin palabras, no supo qué decir, y por su cabeza pasó el nombre de Hilda McAdams, su *alter ego* inventado en el taxi el día de su llegada. Había deducido que aquel chico trabajaba en el supermercado o en el bar del pueblo, pero nunca que sería científico. Había llegado al hostal cargando cajas en una carretilla y Rachel lo había dado por sentado. Se sintió una estúpida por haberlo hecho y apuntó una nota mental: «Los tíos buenos también pueden ser científicos». Y pensó que la usaría en alguna de sus novelas.

—¿Le dirás a Olimpia que me llame si necesita algo más?

—Claro. Se lo diré. Aunque has traído un montón de Coca-Cola, más de la que pueden beberse dos personas en un invierno. —Amery gruñó como respuesta—. Pero se lo diré —añadió ella.

El chico se despidió de la escritora con la mano y se marchó en dirección a la puerta. Caminaba con paso ligero y Rachel se dio cuenta de lo alto que era en cuanto lo vio a lo lejos. Apostó que, al menos, medía metro noventa y cinco, y se propuso preguntarle la próxima vez que lo viera.

Volvió a su libro y a su café, que ya se había enfriado. Tenía la mente en otro lugar, no quería seguir leyendo a Butler, así que decidió

que el próximo día empezaría el libro de Clara Campoamor que había metido en la maleta.

Calentaba el café en el microondas, absorta en sus pensamientos, cuando Olimpia apareció por la puerta. Llevaba ropa negra, como el día de antes, y probablemente el anterior a ese, pero se había dejado el pelo suelto y le caía sobre los hombros, ondulándosele en las puntas. Llegó hasta la cocina, saludó a Rachel y miró las cajas.

—¿Ha venido Amery? —Rachel asintió y Olimpia suspiró—. No me acordaba de que tenía que venir.

—No pasa nada. Es muy simpático, la alegría de la huerta, la risa personificada.

Olimpia levantó una ceja.

—¿Cómo?

—¿Qué? ¿No entiendes la ironía? —le preguntó la chica de ciudad.

—Entiendo la ironía —le respondió Olimpia muy seria mientras se cruzaba de brazos.

Rachel sonrió.

—Uy, hay historia entre el fortachón y tú. ¿Me equivoco?

—No hay ninguna historia. Y aunque la hubiera, eres nueva aquí y no tendrías que empezar juzgando a la gente sin más. Sin saber nada. Amery es serio y está bien que lo sea.

—Oye, Olimpia, que yo no… —intentó explicarse.

—¿Podrías dejarme trabajar? —la interrumpió—. Necesito preparar algunas cosas de comer y Gilda está enferma y me ha pedido unos recados.

Rachel no dijo nada más, y su respuesta fue coger el libro que había dejado sobre la mesa y subir a su habitación. Allí agarró el abrigo, su cartera, su teléfono sin cobertura, unos auriculares y se dispuso a marcharse por la puerta sin decir adiós. Caminó calle arriba, en dirección al mirador del pueblo, desde el que Olimpia le había explicado que podían verse los tejados de todas las casas, la pequeña parroquia y, en el horizonte, la ermita abandonada, rodeada de altos árboles y frondosas hierbas. Le ardía la cara y se sentía enfadada. Su casera era una mujer de lo más extraña, pero no entendía por qué no se llevaban bien siendo más o menos de la misma edad. En teoría, aquella chica tendría que ser amable con ella; al fin y al cabo, Rachel era su huésped. Y había pagado mucho dinero.

Se colocó los cascos y eligió una carpeta de música variada que se había metido en la memoria del teléfono antes del viaje. Allí no había casi cobertura, no existía el wifi y solo podía conectarse a Internet desde una sala habilitada en el ayuntamiento, que era desde donde los habitantes miraban su correo. Al llegar al pueblo entendió que Olimpia contestara a sus mensajes con tantas horas de diferencia. La

había avisado de lo de Internet antes de viajar y a Rachel le había parecido bien, pero en aquellos momentos quería mirar sus redes más que nada, perderse en ellas y olvidar que había elegido pasar el invierno entero en un pueblo de mala muerte. En sus auriculares sonó una canción de Strauss que le había servido de inspiración para una de las escenas de su último libro, pero no quería acordarse de su última obra por nada del mundo y enseguida la cambió por la siguiente: una del grupo Kiss.

Contempló las casas que se extendían bajo la subida al mirador, todas similares, con muros de piedra o paredes blancas, puertas negras y ventanas de madera. De vez en cuando se veía a uno de los habitantes cruzar la calle, mayoritariamente señoras con faldas por debajo de las rodillas o ancianos con chaquetas oscuras y bastones sobrios. Rachel se había puesto una de sus camisetas de creación propia: un pintalabios rojo que tenía forma de pene. Olimpia ni siquiera se había fijado en ella, y el chico de la Coca-Cola había estado tan pendiente de la ausencia de Olimpia que tampoco se había dado cuenta.

—Es la gente de este pueblo —susurró—, que es muy anticuada.

En los auriculares sonó uno de los grupos icónicos de su adolescencia y tarareó la canción mientras recorría los últimos metros de la subida más larga del pueblo. Arrancó a cantar suavemente llegando al final:

—*Tell me whyyyyy*…

Había esperado encontrarse sola en el mirador, tener un rato para ella, pensar con el único ruido del viento en sus oídos, pero en una de las rocas, apoyada en un bastón, estaba sentada una señora mayor. Enseguida se percató de su presencia y la saludó. Por suerte, no la había escuchado cantar.

—Supongo que eres la chica de ciudad que vive en el hostal de Olimpia.

Había ido buscando soledad, pero tras meditarlo un momento, Rachel finalmente se acercó a ella, se quitó los auriculares y se sentó en una roca cercana.

—Sí, pero me llamo Rachel, no «la chica de ciudad» —le aclaró.

—No te ofendas tanto, muchacha, que aquí tenemos nombres para todos. Es un apodo cariñoso. Podría ser peor.

—Seguro que sí.

—Yo soy Elvira, la hermana del padre Darío Pinto.

—¿Del padre?

—Del cura.

—Ah.

Rachel frunció el ceño y miró hacia delante, sin saber muy bien qué decir.

—Ya sé lo que estás pensando.

—¿Es usted clarividente? —Volvió a posar su vista en la mujer, que ya la observaba con detenimiento.

—Estás pensando que soy una de esas viejas pesadas —continuó, ignorando la última pregunta de la chica— que se escandalizan por nada y dicen lo que les da la gana sin control.

Rachel la miró fijamente, sin saber qué decir.

—Bueno...

—Es la hermana del cura —la interrumpió la señora Elvira, refiriéndose a ella misma—. Seguro que es una mojigata de pueblo.

La señora rio, así que Rachel también lo hizo, pese a estar sorprendida.

—No se ha quedado usted muy lejos de la realidad.

—Claro —contestó—. Es normal que pienses eso, igual que nosotros podemos pensar que eres una chica pija de ciudad que hace yoga y habla del mejor sushi de Barcelona.

—No está mal.

—O que las joyas de tu madre cuestan más que todas las casas de este lugar juntas. O que tus camisetas de escritora famosa son bastante feas. Sin ofender.

Rachel levantó las cejas.

—Vaya. Así que sabe quién soy.

—No tenemos Internet en casa, pero no somos lerdos. Además, no tenemos nada más que hacer por aquí que cotillear sobre tu visita.

—Lo veo —apreció Rachel.

—Y sales en las revistas de la peluquería.

—Siempre salgo fatal en esas revistas —repuntó con sinceridad.

—Sales mejor que tu madre. Tener madre para eso... Vaya panorama. Sin ofender.

—No me ofende. Mi madre es mi peor pesadilla, la verdad —soltó sin meditarlo demasiado y sorprendida por hablar con una desconocida sobre algo tan íntimo. Igualmente, le sentó bien hacerlo.

—No la necesitas, aunque es duro que tu madre no te cuide y te proteja. Es su función, ¿no?

—No lo sé. Mi única referencia en este tema no es nada de lo que dices.

La señora Elvira se levantó de la piedra en la que estaba sentada.

—¿Quieres un consejo? Es gratis.

Rachel asintió.

—Por qué no —aceptó.

La señora vestía con pantalón de pinza marrón y camiseta beis, con el dibujo de una chica de pie que parecía una imitación de Betty Boop. Llevaba el pelo castaño claro, recogido en un moño, pero Rachel calculó que, al menos, tenía setenta años.

—No juzgues a la ligera. A lo mejor te llevas alguna sorpresa buena entre estas montañas en medio de la nada. El invierno es muy frío y largo, y no conviene pasarlo sola sentada en una roca en medio de la nada. ¿Entiendes?

—Sí, lo capto.

—Me alegro de que Olimpia no pase el invierno sola. No ha sido un buen año.

Y sin esperar respuesta, la mujer se marchó por el camino de arena fina en dirección al pueblo de nuevo.

La señora la había sorprendido, sin duda. A Rachel le habría gustado hablar más rato con ella, preguntarle por su pasado, a qué había dedicado su vida, si tenía hijos y saber si realmente era tan moderna como se creía. La señora Elvira sabía quién era, por lo que mucha más gente de aquel pueblo debía saberlo también, y de momento ninguno había ido a pedirle un autógrafo. Tal vez nadie en aquel lugar había leído sus libros, pero era poco probable que no conocieran la serie de televisión.

Rachel recordaba el día que había participado en el castin de sus personajes como si hubiera sucedido el día anterior. Cuando apareció la primera de las actrices que iba a hacer la prueba para ser su protagonista, la eligió incluso antes de que hablara. Era tal como la había imaginado en su mente, con el pelo alborotado y cara de resabida, guapa sin que le hiciera falta el maquillaje, una belleza natural y sencilla, y no quiso ver a ninguna más. Los demás personajes fueron mucho más difíciles de elegir, sobre todo el compañero y amor de la protagonista, para el que Rachel no imaginaba a ninguno de los intérpretes. Era uno de esos que a los lectores les encantan: guapo hasta rabiar, creído, rico y buen tío, de los tipos que solo existen en las novelas. Y, aun así, Rachel lo defendía a capa y espada, pese a las críticas del sector más feminista. No estaba orgullosa de haberlo creado, pero hacerlo le había proporcionado un estatus dentro del gremio literario y grandes contactos en el mundo editorial. Había pedido expresamente que ninguno de los actores fuera famoso, pero había tenido que ceder y dejar que contrataran a un conocido actor que se había hecho popular en una serie de adolescentes. No se le parecía en absoluto y ni siquiera tenía el pelo oscuro. Para Rachel, en su mente, el personaje jamás llevaría su cara, pero no la habían dejado participar en aquella decisión.

Aquel pueblo había visto la serie basada en sus novelas, pero como Elvira había dicho, probablemente no querían acercarse a hablar con una mujer de ciudad que vestía con camisetas obscenas e iba a las fiestas de la televisión.

Se despidió del mirador en cuanto se dio cuenta de que llevaba mucho rato mirando la nada y pensando en tonterías. Eran más de las

dos y sabía que Olimpia estaría esperándola en el hostal para servirle la comida. Odiaba que su casera fuera tan servicial con ella, como si hiciera el papel de madre y la obligara a hacer todas las comidas, darse una ducha al día o que durmiera ocho horas seguidas. Juzgándola por cómo se comportaba, y tal y como Elvira había predicho, Rachel imaginaba que había estado inmersa en un matrimonio machista, con un marido chapado a la antigua, en una relación totalmente de sumisión, de esas que hoy en día está de moda llamar «tóxicas». Sabía que había enviudado recientemente y que su marido había muerto en el hostal porque se lo había contado la vecina. Pero, por supuesto, nunca sería capaz de preguntarle tal cosa de forma directa, así que investigaría y aprendería a leer entre líneas. A Rachel se le daba bien parlotear, como erudita escritora que era, pero era pésima realizando la escucha activa. Así que practicaría en aquel pueblo plagado de abuelas y tradiciones anticuadas y escucharía cualquier historia que aquellos habitantes quisieran contarle. «Mente abierta», se dijo a sí misma. Había ido hasta allí para vivir una experiencia distinta y pensaba hacerlo.

La puerta del hostal estaba entreabierta, como si Olimpia estuviera dispuesta a recibir la visita de cualquiera de buen grado, y Rachel cerró después de entrar, porque no le hacía ninguna gracia que los desconocidos se pasearan por la que sería su casa durante unas pocas semanas. La inundó una música suave que provenía de la cocina, con una voz femenina entonando las notas en una melodía que le resultaba familiar. Sabía que la canción era de Mecano, pero no fue capaz de sacar el título, y la letra le dio vueltas durante unos segundos en la cabeza mientras atravesaba el salón.

Olimpia la miró al cruzar la puerta de la cocina y seguidamente volvió a concentrarse en la sartén, en la que removía sin parar lo que, por el olor, a Rachel le parecieron verduras.

—¿Mecano? —le preguntó Rachel.

Olimpia hizo un ruido gutural que daba a entender que sí y tarareó suavemente.

—¿Te gusta?

—Claro, pero no recuerdo el título de esta canción. En una situación con más conexión sacaría mi móvil, pero ahora sería perder el tiempo.

—*El peón del rey de negras*.

Rachel chasqueó la lengua.

—Sí. Por Zeus, pensaba que me quedaría en bucle para siempre y tendría que correr hacia el maldito ayuntamiento para buscarlo en Google. Una vez fui a ver a un grupo de esos que imita a artistas famosos y empezó el espectáculo con esta.

Olimpia sonrió levemente y volvió a centrarse en la sartén.

—¿Por Zeus?

—Soy atea. Y te hacía más de otra música, por cierto —le confesó Rachel.

—¿Sí? De cantos gregorianos, supongo.

Rachel, que no se esperaba la respuesta de Olimpia, soltó una carcajada.

—Por ejemplo.

La casera tapó la sartén, bajó el fuego, se limpió las manos en su delantal y se giró en dirección al horno. Rachel se dio cuenta de que andaba con los pies descalzos. No se había recogido el pelo para cocinar y le ondeaba en la espalda, moviéndose de un lado a otro.

—Supongo que tú escuchas música alternativa, grupos de los que nunca habré oído hablar: *rock indie* y música clásica. A Mozart, que es solo para eruditos de alta cuna, y a Bach cuando necesitas inspiración. Strauss, los domingos; Vivaldi, para los lunes.

Rachel levantó una ceja, divertida por el comentario que Olimpia había hecho con intención de burlarse de ella.

—La verdad es que tengo algunos problemillas con Mozart, pero no le hago ascos a nada. Y escucho todo lo *indie* que se cruza en mi camino, incluso hiphop, y comparto frases feministas en las redes.

—Lo imaginaba. Fan de Marie Curie, problemas con Frida Kahlo. Pero relees a Judith Butler, como buena feminista moderna.

—Me has pillado.

Olimpia sonrió.

—¿Tienes hambre? —quiso saber, cambiando de tema.

—La verdad es que sí.

—He hecho ensalada de tomate, arroz de verduras y pescado al horno con limón. Me ha quedado claro que te va la comida vegetariana y sana.

—¿Para comer toda la semana?

—Para ahora —le contestó Olimpia.

—Sabes que el pescado es un animal, ¿no?

Olimpia soltó un suspiro.

—Entonces, ¿tampoco comes pescado?

—Sí como pescado. Y si ha sobrado pan de ayer, también.

Rachel, que había intentado bromear sobre el tema, se prometió a ella misma que intentaría comer todo lo que pudiera para no hacer enfadar a su casera de nuevo. Se adelantó para lavarse las manos en el fregadero y ayudó a poner la mesa y servir los platos. La primera cucharada de arroz le supo deliciosa, y el tomate de la ensalada se le deshizo en la boca en el primer bocado.

—Está buenísimo —dijo después de los primeros mordiscos. Ella se lo agradeció y mantuvieron el silencio durante unos segundos, hasta que Rachel le preguntó—: Y bien, Olimpia, ¿naciste aquí o te

mudaste de más mayor?

La nombrada negó con la cabeza.

—Nací aquí. Creo que ya te lo había dicho.

La chica de ciudad se encogió de hombros.

—Pues no lo recordaba. Perdona, no soy muy buena escuchando, me va más el parloteo. —Olimpia rio suavemente—. ¿Llevas aquí desde entonces?

—En realidad, no. Salí durante cuatro años para ir a la universidad.

Rachel se atragantó con la comida, pero intentó disimularlo.

—¿Fuiste a la universidad?

—Sí. Me licencié en Bellas Artes, en Madrid. No se me daba mal dibujar. También fui profesora de Historia durante un tiempo.

Rachel abrió la boca y se sintió como en una de esas películas en las que exageran los gestos para mostrar sorpresa, pero ella estaba realmente sorprendida. Cerró la boca, sintiéndose estúpida por haber cometido el mismo error que con el chico de la Coca-Cola.

—Pensabas que era una ama de casa que decidió meterse en el negocio de su marido como cocinera, ¿no?

—Bueno, no exactamente así, pero no imaginaba que serías artista.

—No soy artista.

—¿Y qué eres?

—Solo una hostelera, sin más.

Rachel frunció el ceño, confundida.

—¿Y volviste desde Madrid al pueblo para tallar cristos para la ermita?

—Mi madre enfermó y vine a cuidarla.

—¿Y conociste a tu marido?

—Ya lo conocía de antes. Pero sí. Retomé el contacto con Nico, mi madre murió y me asenté. Fin de la historia.

Pero para Rachel era imposible que aquel fuera el fin de la historia, aunque Olimpia así lo hubiera descrito.

—No creo que sea toda la historia —le confesó la escritora.

—Haces demasiadas preguntas, ¿no crees?

Aquella mujer, la que le alquilaba una habitación para pasar el invierno, que llevaba ropa negra mostrando su luto y el pelo casi siempre recogido en un moño bajo, había estudiado Bellas Artes y no tenía ni un cuadro decente en todo su hostal. Aquella historia tenía lagunas, y para Rachel Jones era más que evidente que Olimpia escondía otra versión, una más compleja e interesante.

Cuando la escritora confirmó que todo el pueblo sabía quién era y que buscaba entre aquellas calles inspiración para sus novelas, decidió ir

de cara y citarse con algunas personas influyentes del lugar para que le contaran historias inspiradoras. La primera de sus entrevistas fue con la alcaldesa del pueblo, una mujer de aspecto peculiar llamada Junia Santamaría. Llevaba el pelo blanco y corto, tenía alrededor de cincuenta y cinco años y vestía con ropa de muchos colores.

—¿Junia viene de...?

—De junio, el mes en el que nací.

Rachel levantó las cejas, pero no dijo nada más y se limitó a apuntar en su libreta la relación entre el nombre y el mes, añadiendo un interrogante al lado.

—¿Y usted es...?

—La gente suele extrañarse —la interrumpió la alcaldesa—, pero me llamo Junia desde que nací, así que estoy más que acostumbrada a tener un nombre tan sonadamente peculiar. —La señora hablaba tan rápido que a Rachel le costaba seguirla—. Por otro lado, me parece especial tener un nombre así. Imagínate llamarte María o Marta o, yo qué sé, Laura, por ejemplo. Hay cientos de miles con el mismo nombre. Hay generaciones que se llaman igual y acaban conociéndote por tu apellido, así que al final eres un nombre de familia. ¿Sabes lo que te digo? La García, la Martínez, la Botella...

—Sí. Supongo que sí —le contestó Rachel, dudosa—. ¿Cómo llevan los días de aislamiento en invierno?

—Pues fantástico. Estamos a tope de comida, con los servicios básicos supercubiertos y todos los habitantes dando lo máximo para no encontrarnos con situaciones límite.

—¿Alguna vez...?

—Pues no, la verdad —le contestó, adelantándose a la pregunta—. Aquí nunca hemos tenido problemas. Si nos aislaran para toda la eternidad, sabríamos llevarlo bien.

—Bueno, debe ser muy duro vivir de espaldas al mundo.

—Sí, claro, pero nosotros no vivimos de espaldas al mundo —la contradijo a la vez que movía la mano para quitarle importancia al asunto—. Y, oye, he oído que vienes buscando ideas para tus novelas.

—En realidad, venía a aislarme para escribir, pero no estoy muy inspirada.

—Se me ocurren mil historias. Podrías hacer un *crossover* del policía. O del informático... Era muy divertido.

Rachel sonrió, dándose cuenta de que Junia había visto la serie pero que no había leído los libros, ya que el informático era un personaje inventado por los guionistas.

—¿Un *crossover*? —le preguntó, sabiendo que la señora había dicho la palabra sin saber lo que significaba.

—O resucitar a la protagonista en un *cliffhanger*. ¿Sabes lo que te digo? Al final, la mayoría de tus personajes se transforman en algo

distinto de lo que eran, así que nadie se sorprendería mucho. No sería tan raro, ¿sabes? O que tenga una gemela o algo.

—Te aseguro, Junia, que la protagonista está muerta y enterrada y no pienso resucitarla para seguir la saga. Con trece libros fue más que suficiente.

Junia arrugó la nariz.

—Pues qué pena, oye. Aunque siempre puedes buscarle otra esposa al guaperas millonario. Al final, él es el alma de los libros.

Rachel no estaba de acuerdo con aquella afirmación, pero se había cansado de discutir con las fans sobre cuál de sus personajes era mejor y por qué.

—Centrémonos en lo que nos ocupa —insistió la escritora, intentando sonar amable.

—Sí. Perdona, es que me voy por las ramas.

—Es un pueblo muy pequeño, de edad avanzada y…

—Hay de todo —la interrumpió la alcaldesa—. Muchos de los jóvenes se van, pero otros se quedan.

—La mayoría se van —murmuró la secretaria de la alcaldesa desde la mesa de su escritorio.

Junia la miró por encima del hombro, para ignorarla después.

—¿Quieres que te hable de las fiestas de primavera? Son de lo mejorcito —afirmó la alcaldesa—. Pero primero tienes que firmarme algo.

La alcaldesa sacó el primer libro de la saga de Rachel del cajón, con la portada de la primera temporada de la serie, y supo que acababa de comprárselo. Se lo firmó sin decir nada, esbozando una media sonrisa, y escuchó los actos que se hacían en la fiesta de primavera pensando en qué comería aquel día en el hostal, deseando volver a probar los tomates de Olimpia y las magdalenas de Gilda.

Mientras volvía a casa, sintió que había perdido el tiempo, siendo interrumpida constantemente por aquella mujer durante su entrevista. No entendía quién la había votado para ser la líder del pueblo ni por qué, pero la única explicación que encontró fue que el oponente fuera aún peor. Se imaginó a un señor gordo y con bigote, portando un puro en la mano y hablando de los foráneos. En su mente recreó un discurso machista, anticuado y lleno de errores gramaticales, y rio, pensando que definitivamente tenía que incluir a un personaje de aquella índole en su siguiente novela, que imaginaba como *La conjura de los necios*, en plan obra maestra de una generación. Recordó sus primeros escritos, con apenas veinte años, sobre un amor prohibido, sobre la adolescencia y el incesto. Su mejor amiga se había horrorizado al leer los primeros capítulos y la instigó a que dejara de escribir, porque no era lo suyo. Estaba equivocada, pero ya no tenía su número de teléfono, así que no podía decírselo. Aunque,

probablemente, su antigua amiga ya lo sabría.

Rachel rebuscó en su bolsillo al pasar por delante de la panadería, porque no recordaba haber cogido dinero, y encontró un billete de cinco euros que podría haberse caído de su chaqueta en cualquier momento. Quería comer algo dulce, así que entró y pidió una ensaimada de crema. La dependienta la miró fijamente, como si intentara averiguar de dónde había salido pero no lo consiguiera.

—Me hospedo en el hostal —le aclaró, sin esperar la pregunta.

La señora sonrió de manera forzada. Una chica más joven entró por la puerta que había detrás de la barra y la saludó. Llevaba el mismo delantal que la señora mayor, con el logo de la panadería, pero su expresión era mucho más amable.

—Bienvenida —le dijo la chica—. Espero que disfrutes del pueblo, aunque el invierno es muy frío por aquí.

—Gracias. Eso me han dicho.

—¿Algo más? —le preguntó la dependienta más mayor.

—No.

—Pues un euro, guapa —le dijo con un tono que a Rachel no le gustó nada.

La escritora le pagó y se dio la vuelta para marcharse cuando las escuchó susurrar:

—Vive en casa de la Viuda Negra —masculló la señora.

—Calla, madre, que puede oírte.

—Seguro que ha escuchado cosas peores ya por ahí…

Habían llamado a Olimpia la Viuda Negra, y a Rachel le pareció un apodo de mal gusto. Probablemente, tenían un sobrenombre peor para ella que «la chica de ciudad», o acabarían teniéndolo tarde o temprano.

Caminaba mirando al suelo cuando casi se chocó con Amery, el chico de los refrescos, saliendo del hostal.

—¿Más cajas? —le preguntó, buscando entablar una conversación.

Amery hizo una mueca.

—Algo así.

—Ya. —Rachel rio—. Oye, soy escritora y estoy preguntándole a la gente del pueblo qué se puede hacer por aquí, a qué se dedican…

—Ya sé quién eres.

—¿Puedes aconsejarme con quién hablar? La gente no es muy amable, la verdad.

—No lo son con los recién llegados.

—¿Y qué puedo hacer?

—Habla con Gilda, la vecina. Ella lo sabe todo sobre todo el mundo. Digamos que es una especie de institución del chismorreo, la reina cotilla por excelencia.

—¿Todo?

—Todo.

No supo si reír porque el chico estaba muy serio, pero él hizo una mueca que ella entendió como una media sonrisa, así que también sonrió.

—¿Y tú sabes algo?

—Solo sobre mi investigación; en lo demás voy perdido. No me cuentan nada. Y, sinceramente, creo que no prestaría atención si lo hicieran. Solo sé de… cosas de científicos.

—Podría preguntarte sobre eso.

Amery se cruzó de brazos y se quedó pensativo unos segundos. Rachel se dio cuenta de que seguía sin llevar chaqueta pese al frío. La escrutó de pies a cabeza, parándose unos segundos más en su camiseta. Finalmente, respondió:

—Pásate mañana por la tarde por el laboratorio, a eso de las siete y poco. Está detrás de la parroquia y la puerta es azul. Lo encontrarás fácil. Es la única puerta pintada de azul del pueblo.

—Hecho.

—Pues hecho —le dijo él, y continuó la marcha.

Capítulo 3

Las primeras líneas

El día amaneció soleado pese a que el frío iba en aumento. Se había dormido tarde, perdida entre los versos de Iván Tubau, recordando el primer poema que había leído escrito por él y lo mucho que la había excitado. No recordaba el título, pero sí uno de los versos, que decía: «Yo te quiero impura, mojándolo todo». Rachel se lo había pasado a todos sus amigos como si hubiera descubierto América, y de hecho la había inspirado para escribir. No había vuelto a recordarlo hasta que Frank, su amigo cantante, le había regalado un libro del autor titulado *Semen*.

Cuando Rachel no estaba inspirada, solía leer. No existía tiempo suficiente en el mundo para todos los libros que tenía en su biblioteca y sabía que no viviría para terminarlos todos, así que seleccionaba uno de cada autor de su lista para, al menos, haberlo leído una vez. Con Lorca no le había sido posible elegir solo uno, así que los leyó casi todos y se tatuó una frase suya en el cuerpo. Al fin y al cabo, no era solo su arte lo que le parecía fascinante.

La escritora se duchó con agua muy caliente, se vistió deprisa, sin fijarse mucho en la ropa, se peinó con un moño alto y bajó a la cocina en busca del desayuno. Olimpia estaba de espaldas y le dio los buenos días sin girarse. Aquella mañana llevaba el pelo recogido en una coleta baja y seguía siendo fiel a su ropa oscura, aunque le pareció que el jersey que llevaba era azul marino y no negro.

Olimpia caminó hasta la mesa para dejar el café encima de una tabla de madera y se sentó. Presidían el mantel varios tarros de mermelada, un corte de mantequilla y un plato con rebanadas de pan tostado.

—¿Fue bien tu primera entrevista? —le preguntó Olimpia.

—No lo sé.

La casera levantó las cejas de forma interrogante.

—¿Cómo puede ser?

—No me dejó preguntarle nada.

Olimpia sonrió mientras asentía.

—Entiendo.

—Además, todos me tratan como si fuera el enemigo, como si viviera en un mundo irreal. Me siento una extraterrestre.

—Este pueblo no es muy amigo de los foráneos.

—Pues a Amery lo tratan bien.

—Amery lleva muchos meses por aquí, les sube la compra a las señoras y ayuda en la escuela dando clases sobre anfibios los sábados por la mañana.

—Entonces, ¿me acerco a la escuela y les leo cuentos a los niños?

—Creo que no se te dan muy bien los niños. ¿Me equivoco?

Rachel se llevó la mano al pelo y se lo peinó.

—Soy un puto desastre con los niños. Me gustan solo cuando ya tienen veinticinco. De los veinticinco a los cincuenta, preferiblemente. Prefiero los gatos, aunque no se me da bien cuidar de nada.

—¿De nada?

—Te lo juro, se me mueren hasta los cactus —le confesó. A Olimpia le hizo gracia el comentario, pero no dijo nada—. No sé por qué les parezco tan extraña —murmuró, deshaciéndose el moño despeinado y volviendo a hacérselo—. Solo soy una chica parlanchina.

—¿Sin camiseta? —le preguntó Olimpia, señalándole la ropa.

Rachel miró su camiseta sin entender lo que decía, hasta que se dio cuenta de que llevaba una sobria camiseta amarilla de manga larga.

—A nadie le gustan mis camisetas.

—No les culpo —le dijo la casera entre risas—. Dudo que los vecinos se sientan cómodos hablando de vaginas y plantas con formas fálicas.

—No sé por qué. Es natural.

Olimpia se encogió de hombros.

—No es que no lo sea, pero llevarlo en la camiseta no lo hace más natural.

—Ya sé que no te gusta mucho que te haga preguntas, pero… ¿ya no pintas? —quiso saber Rachel, desviando el tema de sus camisetas a otro que le resultaba más interesante.

La anfitriona se encogió de hombros de nuevo.

—Algunas veces.

—¿Y qué sueles hacer?

—Mayoritariamente retratos, pero me gusta dibujar de todo. También paisajes.

—¿Me harías un retrato?

Olimpia la miró a los ojos.

—No funciona así.

—¿Y cómo funciona?

—Da igual. Últimamente, no estoy muy inspirada.

Olimpia se levantó de la mesa y se dirigió al armario donde tenía la comida de Furia. La sacó y cogió un puñado de pienso con un pequeño cazo de plástico.

—Te llevas muy bien con esa perra.

—Sí, es fácil llevarse bien con los animales. Al final, no esperan de ti nada más que comida y alguna caricia de vez en cuando.

Rachel no respondió y la vio alejarse hacia el patio, con la comida en la mano, caminando a un ritmo lento y acompasado, como si en

cualquier momento pudiera empezar a sonar la música para acompañar al vaivén de sus caderas. Olimpia se giró un segundo y Rachel desvió la mirada, poniendo la atención en la mermelada casera y evitando el contacto visual con la chica, como si no se dedicara a mirarla la mayor parte del tiempo y fueran solo imaginaciones suyas.

Rachel llegó antes de hora a la cita en el laboratorio del científico y se encontró a Amery liado, mezclando unas muestras de varios tonos distintos de marrón. Su atención estaba concentrada en las probetas y le abrió la puerta casi sin mirarla. Le dijo que se pusiera cómoda y que acababa enseguida.

—No hace falta que pares por mí, puedo observar sin interrumpirte.

—No me siento cómodo cuando me miran.

Rachel se encogió de hombros.

—Pues no te miraré.

La chica dejó la chaqueta a un lado y caminó por el lugar de trabajo de Amery, que él llamaba laboratorio, aunque no era más que una sala con tarros de cristal numerados y un par de aparatos que Rachel no había visto jamás, ni siquiera en sus clases de Química del colegio privado. No obstante, ella era de letras y nunca había prestado mucha atención en las clases que implicaban números.

En las paredes de la casa de Amery había estanterías con libros y películas, y Rachel detectó varios títulos de los que se solían regalar con el diario y todo el mundo tenía en casa, como el mítico *Shogun*. Lo de las películas era aún peor, y la chica no podía imaginarse de dónde las habría sacado.

—Déjame adivinar. Mejoraste el idioma viendo comedias estúpidas en castellano.

—La verdad es que no.

Rachel señaló la estantería.

—*Nothing Hill*, *La boda de mi mejor amigo*, ¿*Miss Agente Especial*?

—Antes vivía otro tipo aquí y se dejó casi todas sus cosas.

—Me alegro de que tengas una explicación para esto. —Rachel suspiró, fingiendo alivio.

—He dicho casi todas sus cosas...

—¿Las pelis son tuyas?

Amery sonrió, dejó sus potingues a un lado, se recostó en la silla y le señaló a Rachel la otra. Ella, que no solía atender peticiones, tardó unos segundos en sentarse.

—Nací en Irlanda, pero estudié en los mejores colegios de Londres. Hablo inglés, español, francés, alemán y árabe. Tengo dos licenciaturas, un máster y estoy investigando para mi doctorado.

—Vaya, qué presumido.

—Solo te explicaba de dónde vengo.
—Por si me atrevía a meterme contigo, ¿no?
—Espero que no.
—¿Y vives en un pueblo perdido en medio de la nada pese a hablar cinco idiomas?
Él asintió.
—¿Qué problema hay?
—¿Qué edad tienes?
—Veintiocho.
—Dios mío, ¡qué joven! Te echaba más.
—Suele pasarme. Tú aún no has cumplido los treinta, ¿no?
Rachel lo miró entornando los ojos e intentando adivinar si el chico lo decía en serio o no. Amery sonrió de medio lado.
—¡Qué pelota eres!
—¿Treinta y uno?
—¿Estás seguro de que no eres un prófugo de la justicia o algo así?
Amery sonrió ante la ocurrencia de la escritora.
—Está claro que tienes mucha imaginación.
—Intento buscar un motivo por el que un hombre atractivo de veintiocho años querría perder los mejores años de su vida en un pueblucho.
—No te entiendo.
—Que por qué…
El chico levantó la mano para que Rachel se callara.
—Entiendo lo que dices, pero no entiendo tus dudas. ¿Por qué estás tú aquí?
—Necesitaba cambiar de aires.
—Sí. ¿Y qué más?
—Quiero vivir una experiencia nueva.
—¿En un pueblucho pese a hablar muchos idiomas? Yo también he hecho los deberes, señorita Jones —contratacó él.
—*Touché*.
Amery se peinó el pelo con las manos y Rachel pensó que, en aquel estudio con poca luz, parecía más castaño que rubio.
—No pretendía quedarme tanto tiempo —le confesó él—. Pero me siento bien aquí. Mis investigaciones están dando sus frutos y me gusta ayudar en el instituto.
—¿Y cuándo te diviertes?
El chico hizo una mueca, torciendo la boca.
—A veces me divierto. Organizamos salidas al bosque con el grupo de ciencias y nos reunimos en La Taberna para tomar unas copas.
Rachel rio.
—Guau.

—No te rías. Ven una noche a La Taberna y luego me lo cuentas.

—No me lo perdería por nada.

Amery se quedó en silencio mientras Rachel paseaba la mirada por sus libros, pensando que le habría gustado conocer al hombre que había vivido entre aquellas cuatro paredes antes del irlandés.

—¿No querías preguntarme sobre mi trabajo?

—Bueno, me interesa más de dónde vienes, hacia dónde vas. Cuánto tiempo vas a quedarte…

—No sabría decirte, la verdad. Depende de cómo vayan las cosas.

—¿La investigación?

—Por ejemplo.

Rachel rio bajo la nariz, soltando una risita.

—Olimpia, ¿no?

Amery se encogió de hombros.

—Olimpia no quiere complicarse mucho la vida.

—Bueno, su marido se murió de repente. Me parece que lleva un tiempo adaptarse a ese tipo de cosas.

El chico rio mientras negaba con la cabeza.

—No es el motivo. No conoces a Olimpia en absoluto, aunque creas que sí porque duermes a tres metros de su habitación.

Rachel puso los brazos en jarra y frunció el ceño.

—¿Y cuál es el motivo?

Amery se levantó de la silla.

—No creo que haya un único motivo para Olimpia. Esa mujer es el puzle más difícil con el que me he encontrado nunca. A veces, parece que viven en ella cientos de personas distintas.

—¿Tú crees?

—Ya me lo dirás. Vas a vivir con ella durante todo el invierno, y por muy buena actriz que sea, no puede fingir eternamente ser alguien que no es.

—La verdad es que tiene algo magnético, como las sirenas de *La Odisea* —le confesó Rachel—. ¿Sabes que la llaman la Viuda Negra?

—Sí, las viejas rumorean que lo de su marido no fue un accidente.

—¡Qué gilipollas!

Amery se dirigió hacia un armario, lo abrió y sacó una botella de licor y dos vasos anchos con dibujos en el cristal.

—¿*Whiskey* irlandés? Pareces una de esas personas que podría aguantar un par de copas sin morir.

—¿Tan fuerte es?

El chico rio.

—Y más.

El irlandés sirvió los dos vasos y le entregó uno a Rachel. Le hizo un gesto para que lo acompañara fuera de aquella estancia hacia otro lugar. Ella lo siguió sin rechistar hasta que llegaron al sofá, y entonces

se dio cuenta de que aquel sitio no era solo el laboratorio de Amery, sino también su casa.

—¿Y de qué va tu nuevo libro?

Rachel suspiró.

—Aún no tengo ni puta idea. Quiero escribir algo que importe, pero ni siquiera sé qué significa. ¿Cómo lo supieron los demás? ¿Cómo lo supo Cervantes, Tolstoi, yo qué sé, Lorca?

—No lo sabían tampoco.

—Exacto. Y como no lo sé, pues no escribo nada.

Amery se acomodó en el sofá mientras reía.

—¿Nada de nada?

—Lo prometo. No estoy inspirada.

—¿Y no puede escribírtelo otro? Siempre he pensado que a los escritores famosos os hacían los libros los becarios con talento.

Rachel rio.

—No estaría mal.

—Pídelo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque yo adoro escribir.

Amery se quedó pensativo.

—Podría estar protagonizado por un científico irlandés moderadamente alto, con un rostro serio pero un carácter magnético, como las sirenas de *Ulises*.

—Que descubre un virus mortal, congelado entre las aguas de un pueblo de montaña y vive en la casa del antiguo científico, desaparecido sin dejar rastro.

El chico levantó el dedo índice y continuó:

—Y el virus despierta de su profundo sueño para atacar a los habitantes de la villa cuando el científico desaparecido vuelve en forma de monstruo del pantano.

—Y se convierten en una especie nueva.

—En el pueblo hay una escritora de visita que ayuda al protagonista a luchar contra el mal.

—Sí, sí, sí —se emocionó Rachel, incorporándose hasta quedar erguida—. Ella se llama Raquel y él es... Emilio.

Amery hizo un gesto con la boca y negó con la cabeza.

—Él no se llama Emilio. Se llama algo como Jack o Hunter.

Rachel rio con fuerza.

—Creo que nadie compraría ese libro —le aseguró ella.

—Sí, siempre que haya una historia de pasión por medio.

Rachel sonrió.

—¿Tú crees que los personajes podrían tener un tórrido romance? —le preguntó mientras sorbía las últimas gotas de su vaso—. Él parece

muy pillado por la casera de la protagonista.

Él se encogió de hombros.

—Romance, no sé. Algo tórrido, seguro. No todo en esta vida va de amor, también hay que divertirse. Él se siente muy atraído por su feminidad salvaje y su lengua viperina.

Ella se tapó la boca en un acto reflejo.

—¿Feminidad salvaje? —escupió a través de las aberturas de sus dedos.

—Sí. Incluso masculina.

Rachel dejó el vaso vacío encima de la mesa, se giró hacia Amery y puso una mano en su pierna.

—Me gusta. ¿Qué más? —quiso saber.

Él miró la mano y después a la chica.

—Tiene pinta de saber mandar y de llevar la iniciativa. Y tiene unas manos muy grandes para ser una mujer. Parece que sabe muy bien cómo utilizarlas.

La mano de Rachel, esa que él acababa de describir, subió lentamente por el muslo del irlandés hasta rozar con la punta de los dedos su entrepierna.

—Continúa —le ordenó.

—Le gusta jugar.

—Sí.

La mano llegó hasta el botón del pantalón de Amery, lo desabrochó y paseó por encima de la cremallera con la palma abierta, notando la erección del chico. Le bajó la cremallera con suavidad, metió la mano dentro, le acarició la ropa interior y sintió cómo él se estremecía ante su tacto.

—Le gusta dominar la situación —susurró él casi sin voz—. Le...

Ella se lanzó hacia su boca y se colocó a horcajadas encima de él, sin poder aguantar la excitación. Metió la mano dentro de la ropa interior del chico y liberó su erección para poder acariciarla sin la presión de la goma. Rachel notaba los espasmos de Amery entre las manos y los suspiros en su boca. Sin poder aguantarse las ganas de sexo salvaje, se levantó unos segundos para quitarse los pantalones y la ropa interior mientras él se encargaba del preservativo. Volvió a sentarse encima de Amery, moviéndose primero con pausa y después con ritmo, sintiendo el placer en aumento con cada sacudida. El científico respiraba de forma agitada y Rachel no quería bajar el ritmo. Sabía que aquello se acabaría antes de lo que quería, pero ninguna parte de su cuerpo estaba dispuesta a detenerse, así que se buscó con los dedos el punto exacto donde le gustaba tocarse para acelerar el orgasmo y acabar antes de que Amery no pudiera aguantar más y se dejara vencer por el placer. Gimió con fuerza, sin que le importaran los vecinos cotillas o lo que el pueblo dijera al día

siguiente. Aquel gemido fue la perdición de Amery, que le agarró los muslos con fuerza y la apretó contra él, acabando entre fuertes ruidos guturales y profundos suspiros. El chico echó la cabeza hacia atrás unos segundos, se tocó la frente y miró a Rachel.

—No he podido aguantar más.

Rachel salió de encima de él, se sentó en el sofá y se agarró las piernas.

—Lo sé. No pasa nada.

El muchacho se subió los pantalones y rebuscó entre un montón de ropa que había en uno de los lados. Sacó un paquete de tabaco, agarró un cigarrillo, se lo encendió y se lo ofreció a Rachel.

—Por qué no...

La escritora le dio una calada. Hacía años que había dejado de fumar, y el humo entrando en sus pulmones le recordó a su adolescencia, cuando le robaba los Marlboro a su madre y se los fumaba a escondidas en casa de su mejor amiga.

—Oye, Rachel, ¿podrías...?

—Claro —lo interrumpió ella, sin que hiciera falta que acabara la frase—. Ni una palabra a Olimpia.

—Vale.

—Eh, Amery, ¿cuánto mides?

Rachel volvió al hostal más tarde de lo que había esperado. Había charlado con Amery hasta tarde mientras compartían *whiskey* y cigarrillos, hablando sobre la infancia de ambos en familias adineradas pero alejadas de las tradiciones familiares. Subió al piso de arriba intentando no hacer ruido, ya que la casa estaba oscura y la habitación de Olimpia, al final del pasillo, no tenía luz. Encendió su ordenador portátil, lo tiró encima de la cama y se sentó en el edredón a la vez que se quitaba únicamente las deportivas. Le apetecía escribir, así que abrió una página en blanco y redactó deprisa, con ansia.

Infame y extraño pueblo, ¿qué quieres de mí?

Paseo por tus calles adoquinadas, plagadas de piedras antiguas y mujeres de más de setenta asomadas a las ventanas. Me cuentan historias inconexas, y cuando hago las preguntas que necesito, no obtengo respuestas. Duermo en casa de la mujer más impermeable de este valle, la que se rumorea que mató a su marido. Su amante es un científico que parece sacado de los anuncios de Coca-Cola que nos bombardeaban en nuestra infancia. Es guapo y es listo, aunque podría enseñarle un par de cosas en los juegos de cama que harían muy feliz a Olimpia, si es que la chica ríe alguna vez.

Olimpia... ¿Cómo una mujer tan bella y con un alma tan artística decide perder el tiempo regentando un hostal en medio de la nada? Sin conexión con el mundo, sin cine, ni museos, ni bares de copas. ¿Quién eres, Olimpia? ¿Qué pasa por tu cabeza? ¿Por qué te dejaste jhjvbhv...

Rachel se durmió con las manos posadas entre las teclas de su ordenador. Cuando se levantó a la mañana siguiente, el documento se había borrado sin más.

La foto de Nico en una de las vitrinas del instituto sorprendió tanto a

Rachel que la miró durante varios minutos sin decir nada. Aquel hombre rodeado de adolescentes debía rondar los cincuenta, por lo que se llevaba unos treinta años con su esposa. Rachel lo señaló, dejando el dedo marcado en una vitrina de recuerdos que había en medio del pasillo de la entrada del instituto. Debajo de la foto, con letras a mano de muchos colores, podía leerse: «En memoria del señor Nicolás. El mejor profesor, amigo y vecino». La directora del colegio miró el retrato.

—¿Qué? —preguntó.

—Ese de ahí es el marido de Olimpia, ¿no?

La directora asintió.

—Nico era un gran hombre. El pueblo lo quería mucho, ¿sabes? Siempre estaba dispuesto a ayudar a los vecinos a arreglar la casa o a prestar lo que hiciera falta, incluso una cama en su hostal.

—Me lo había imaginado mucho más joven.

La directora asintió.

—Lo supongo.

—¿Dejó el colegio para dedicarse al hostal?

—Algo así. Dio clase desde que se graduó hasta el 2004 aproximadamente. Después convirtió su casa familiar en un hostal y empezó a recibir viajeros.

Rachel intentó hacer un cálculo mental rápido, y aunque no era muy buena con los números, sumó al año de nacimiento de Olimpia dieciocho años y enseguida supo que Nico y ella habían coincidido en el instituto, siendo alumna y profesor.

—¿Qué clases daba?

—Aquí no hay muchos profesores, así que Nico hacía un poco de todo, pero básicamente formaba a los alumnos en Historia, Historia del Arte y cualquiera de las variantes artísticas.

—Era el profe de Arte, ¿no?

—Sí. Los alumnos lo querían mucho, los hacía reflexionar a través de cuadros, de libros, de cine clásico. Profesor de profesores.

—Lo imagino.

—¿Estarías dispuesta a venir un día a hablar con los grandes sobre literatura? O sobre lo que quieras.

Rachel no contestó enseguida.

—No sé.

—A hablar solo con los de bachillerato —insistió la directora.

—No sé me dan bien los críos.

—Estos son mayorcitos ya.

—¿Por qué no viene Olimpia a enseñar arte? Por lo que sé, estudió para ello. Tiene pinta de que sí le gustan los niños.

—Olimpia está muy ocupada con el hostal y con sus cosas. Ya enseñó aquí un tiempo y lo dejó.

—¿Para dedicarse al hostal?

—Sí, un par de años después de casarse. Fue una pena para nosotros, porque era una de nuestras mejores alumnas y se le daba muy bien enseñar. Gracias a sus notas de selectividad salimos en los diarios. Sacó una media casi de diez, aunque ahora no recuerdo cuánto fue exactamente. No sé si nueve con ochenta y siete o con ochenta y nueve.

Rachel sonrió.

—Vaya, no sabía que mi casera era tan inteligente.

—Y mucho más. Era la mejor. —La directora le hizo un gesto con la mano—. Tenemos algunos cuadros suyos en el estudio de arte. ¿Quieres verlos?

—Por favor.

—Pues por aquí.

Rachel la siguió de cerca. Al entrar en el estudio, vio que había cuadros en las paredes y esculturas en las esquinas, lienzos en blanco apoyados en las estanterías y media docena de armarios que llegaban a media altura.

—Esos dos son suyos —le dijo la directora, señalando la pared.

Rachel miró el primero. Unas llamas rojas ocupaban la parte baja del cuadro y una mano salía de ellas intentando escapar; una mano con todo lujo de detalles. El cuadro le provocaba ansiedad y tristeza, pero también excitación, como si aquella mano quisiera liberarse de un secreto profundo, de esos que duelen de verdad.

—Lo pintó con diecisiete años. El otro lo hizo cuando era profesora, después de la carrera.

El segundo lienzo estaba enteramente pintado a carboncillo y era una margarita que parecía a punto de salir del cuadro, como si fuera una flor real y no un dibujo. Rachel se sintió tan impactada que no supo qué decir.

—Entonces, ¿vendrás a hablar de literatura?

—Bueno.

La escritora asintió sin pensar, queriendo regresar a aquel lugar pronto y volver a ver los cuadros de su anfitriona, la misteriosa Olimpia.

—Pero, Rachel —añadió la profesora—, ven con una camiseta más discreta a la charla, por favor.

Capítulo 4

Qué hace una chica como tú en un lugar como este

Octubre, 2002

Olimpia apretó el pincel con fuerza en la paleta para que se llenara de color ocre. El profesor había llevado un jarrón con margaritas y las había puesto en medio del círculo de lienzos de los alumnos, en el taller de la escuela. Era un dibujo sencillo, con colores básicos, y él solo había dado una orden:

—Sorprendedme. Haced de la sencillez de las margaritas algo complejo; de la claridad de sus pétalos, el infierno.

Olimpia había dibujado una flor gigante, dándole protagonismo al polen y excluyendo los pétalos. Pensó que, en cuanto el profesor viera su cuadro, se horrorizaría al entender la metáfora, pero Olimpia era la artista de su clase y quería demostrarlo. Su compañera de pupitre y mejor amiga se acercó a mirar su lienzo unos segundos, para después fruncir el ceño.

—¿Qué narices es eso, Oli?

—El inicio de todo. Una explosión. El Big Bang.

Lidia la miró durante unos segundos, con la cara contraída y sin entender nada, y Olimpia sonrió, dándose por satisfecha. Si su amiga no había comprendido nada, tal vez el profesor tampoco lo haría, así que se esmeró en repasar las líneas del dibujo, destacando las miniaturas del polen.

En cuanto su amiga volvió a su sitio, el profesor, que caminaba por entre los lienzos sin hablar, pasó por detrás de Olimpia, se detuvo tras ella mirando por encima del hombro y continuó el paseo sin pronunciar palabra alguna. Segundos después sonó la campana que anunciaba el final de la clase.

—Dejad los lienzos donde están. Mañana tendré vuestras notas.

Olimpia tardó unos minutos en separarse del cuadro, presumiendo de su obra delante de sus compañeros, por lo que fue la última en abandonar el aula. Lidia y ella salieron del instituto juntas, se encontraron con su grupo de amigos del curso en la puerta y se marcharon hacia la plaza de la parroquia, como cada tarde.

Las notas de Arte les llegaron a través de un listado, colgado en el corcho del aula de segundo de bachillerato. Lidia fue la primera en llegar al papel escrito a mano, con la letra curva y perfecta del profesor.

—Me ha puesto un siete. ¡Un siete! —exclamó a la vez que saltaba por la clase.

Olimpia rio mientras esperaba paciente su turno en la cola de alumnos. Llegó hasta el listado, buscó su nombre y notó cómo los colores subían a sus pómulos en cuanto vio un triste cinco al lado. Sin poder aguantar la ira, arrancó el papel del corcho y caminó hasta el final del pasillo del segundo piso para bajar las escaleras e ir en dirección al despacho del profesor de Arte. Escuchó a lo lejos los gritos de sus amigos intentando convencerla para que no fuera, pero no estaba dispuesta a escucharlos.

Entró en el despacho sin llamar y se encontró al profesor con varios libros abiertos encima de la mesa, concentrado en su papel.

—¿Qué sucede? —le preguntó él muy tranquilo, pese a la airada entrada de la chica.

—¿Un cinco?

El profesor dejó su lápiz en la mesa, se quitó las gafas, miró a la muchacha y le ofreció asiento con una mano. Olimpia no quería sentarse, pero aun así lo hizo.

—¿Qué tiene de malo un cinco?

—Usted no me conoce, pero mi media del curso pasado es un nueve con cincuenta y seis, la de Arte es un nueve con ocho.

—Pues tendrás que trabajar más.

Olimpia dejó la lista encima de la mesa.

—Mi cuadro no era de cinco.

—No, tienes razón. Tu cuadro era de cero; de negativo, si me pongo quisquilloso. Sin embargo, me sentía magnánimo y te puse un cinco. —El profesor se dejó caer en la silla, tomando una postura relajada.

Olimpia lo conocía de toda la vida, aunque nunca le había dado clase hasta aquel año. Su profesora siempre había sido Inés, y hasta aquel momento no apreció lo maravillosa que le parecía realmente. La familia del profesor tenía la casa más grande del pueblo, la fortuna más codiciada y, a la vez, eran los más queridos de los habitantes de aquel lugar. Pero para Olimpia no significaba nada.

—Nico —dijo, intentando sonar calmada.

—En la escuela no soy Nico. Soy profesor o, en todo caso, señor Nicolás.

—Me pareces demasiado joven para llamarte señor Nicolás.

—Te doblo la edad, casi te la triplico.

Olimpia suspiró, mucho más relajada.

—Profesor —dijo, remarcando cada sílaba—, ¿qué es lo que hice tan mal como para merecer un cero, o, en su defecto, un cinco?

El profesor se adelantó en su silla y apoyó los codos en la mesa.

—Dibujaste penes.

Olimpia se encogió de hombros.

—¿Y qué pasa? Dijiste que querías que te sorprendiéramos.

—Quería que le dierais una vuelta al cuadro. La metáfora era interesante, pero la ejecución es obscena. Destrozaste tu propia idea. —La chica no sabía qué decir, pues no había esperado una crítica de aquel calibre, así que una parte de ella se sintió avergonzada—. Mira, Olimpia —continuó él—, está claro que sabes dibujar, que eres una buena estudiante y que tienes tu propia opinión sobre las cosas. No está mal para tu edad. Pero ser artista no tiene nada que ver con todo eso. Es algo mucho más visceral, que te nace del pecho, como un acto involuntario.

—Como un don —añadió ella.

—Algo así. Que no quiero decir con esto que no tengas que practicar y trabajar, pero nace de una autenticidad que tu cuadro no tenía.

Olimpia lo miraba casi sin pestañear. El profesor tenía los ojos claros, los pómulos bien marcados y los labios finos. Su pelo era castaño claro, y pese a que pasaba de los cuarenta, las canas apenas se habían apoderado de sus sienes.

—Haremos una cosa —le propuso el profesor—. Demuéstrame que puedes hacerlo mejor. Sorpréndeme sin dibujar más penes, por favor.

—¿Quieres que pinte otro cuadro?

El profesor se encogió de hombros.

—No tiene por qué ser un cuadro. No sé, piensa un poco. Hay muchas formas de arte. Pregúntate qué sabes hacer, qué te nace de dentro.

Olimpia salió del despacho totalmente metida en sus pensamientos, tanto que estuvo a punto de tropezarse con un papel de aluminio hecho una bola que alguien se había dejado en medio del pasillo. Chutó la pelota, enviándola lejos, y corrió de nuevo hacia el aula mientras pensaba en cómo sorprender a Nico, el profesor que no quería que lo llamara por su nombre.

El pueblo era aburrido y Olimpia no encontraba inspiración en ninguna de sus esquinas. Vivía con su madre en una casa de una sola planta, en la parte más baja del pueblo, cerca de unas vías de tren antiguas que hacía años que no se utilizaban. Subir hasta el mirador era un auténtico castigo, pero de camino estaba la casa de Lidia, donde solía pararse para ver a su amiga. Lidia iba a inglés después de clase los lunes y miércoles; los martes y jueves, a balonmano, y los viernes, a danza contemporánea. Era lo que tenía haber crecido en una familia adinerada: que sus padres pagaban cualquier capricho que Lidia tuviera. La madre de Olimpia, en cambio, era enfermera y su marido la había abandonado años atrás, por lo que no podía permitirse grandes lujos ni para ella ni para su hija.

Salía por la puerta de su casa cuando su madre la agarró del brazo.

—¿Adónde crees que vas?

—A pasear.

—Ni hablar. No puedes ir paseándote por ahí sin hacer nada.

Olimpia le enseñó el blog de dibujo que llevaba en una mano y el estuche con lápices en la otra.

—Tengo una tarea de Arte. Busco inspiración.

—Pues búscala en la cocina, después de lavar los platos. Si no me ayudas con la casa, nos comerá la mierda.

—Creo que nos comerá igual —masculló Olimpia entre dientes.

—Quéjate si quieres, pero haz lo que te digo. Y mejor pronto que tarde.

Olimpia cogió su MP3, se puso los cascos, lo encendió y se lo metió en el bolsillo. Fregaría los platos, pero lo haría al ritmo del mejor pop internacional del año, con canciones que Lidia le había pasado desde el ordenador de su padre. Le encantaba la música y escuchaba de todo, aunque sentía especial pasión por Alicia Keys, a la que había descubierto aquel mismo año mientras veía un canal de esos en los que solamente ponen videoclips. También adoraba a Alejandro Sanz, al que escuchaba desde sus inicios como cantante y a quien su madre amaba profundamente.

Miró hacia el salón y vio a su madre limpiando las ventanas que daban a la calle, con garbo, perdida en sus pensamientos. Se secó las manos, se quitó los auriculares y caminó hacia el equipo de música. Rebuscó entre los discos y eligió el primero del cantante favorito de su madre, para acto seguido escuchar las primeras notas de *Los dos cogidos de la mano*. Su madre, al oír la melodía, se meció suavemente y Olimpia volvió a la cocina, contenta por haberla hecho feliz. Aquella noche cenaron *pizza* casera, con huevo, como a ella le gustaba, y antes de que empezara un *reality* de la tele que veían juntas, su madre se había dormido en el sofá, totalmente agotada. Se había tumbado de medio lado y no se movía ni siquiera al respirar. El pelo rubio le caía sobre la frente y una de las manos colgaba en el vacío, inerte. Olimpia cogió su blog, sacó sus lápices con cuidado y empezó a dibujar su primer retrato: el de la mujer más importante de su vida.

Nico la paró en medio del pasillo una semana después, deteniéndola con la mano y mirándola de frente. Estaba serio, y Olimpia temió que quisiera echarle la bronca por alguna cosa más.

—En mi despacho cuando acaben las clases.

Olimpia se limitó a asentir.

Lidia apareció poco después, lanzándose sobre su espalda y levantándole el jersey del uniforme en el proceso. Olimpia la hizo

bajar y se puso bien la ropa.

—Eres una bruta —le espetó.

—¿Qué quería el *teacher*? —quiso saber.

—Ni idea. ¿Nos toca Latín?

En cuanto acabaron las clases, Lidia salió corriendo hacia el gimnasio para cambiarse antes de su entreno y Olimpia esperó a que sus compañeros se dispersaran para bajar al despacho del profesor de Arte. Llamó a la puerta dos veces, pero entró sin esperar respuesta. El profesor la miró un segundo y volvió a prestar atención a los papeles.

—Siéntate —le dijo.

Olimpia obedeció y se quedó en silencio, mirándolo fijamente. Nico rebuscó en un cajón y sacó el dibujo a lápiz de una mujer. Lo dejó encima de la mesa y miró a la chica.

—Sabía que podías hacerlo mejor. Es magnífico, Olimpia. —Ella sonrió, aliviada ante el veredicto—. En este dibujo no hay solo líneas, hay ternura.

—No lo planeé.

—Pero... —la interrumpió él— la próxima vez no me lo pases por debajo de la puerta del despacho.

Olimpia se encogió de hombros.

—Lo siento.

Nico sonrió y a Olimpia le pareció que estaba mucho mejor con aquella expresión en la cara.

El profesor se levantó de la mesa y caminó dos pasos hasta una pequeña estantería con libros que tenía a uno de los lados. El despacho era pequeño, apenas de dos metros de largo y tres de ancho, y estaba situado entre dos baños de la planta baja. Parecía que, en otro tiempo, aquel espacio había sido el cuarto de las escobas y que lo habían habilitado para meter una pequeña mesa, dos sillas y una estantería.

El profesor cogió uno de los libros y lo dejó frente a Olimpia.

—¿Escribes también? —quiso saber.

—No lo he intentado mucho.

—El arte está en las letras, en los libros, el cine, incluso en la televisión.

Olimpia agarró el libro y leyó el título:

—*Las flores del mal.*

—Sé que debería recomendarte a Salinger, prestarte *Mujercitas* o algo de Jane Austen, pero estoy seguro de que Baudelaire te llegará mucho más.

—¿Es poesía?

—Es una puta obra de arte —le contestó él.

Y lo hizo de un modo tan natural que Olimpia soltó una risita, pero él no se disculpó.

—Le echaré un ojo.

—Mañana aquí, ¿a la misma hora? —le preguntó el profesor—. Lee antes de acostarte y mañana me cuentas.

Olimpia abrió el libro nada más salir del instituto. Nunca se había sentido especialmente atraída por la poesía porque no solía entenderla. Le había llamado la atención algún poema de Jaime Gil de Biedma, las poesías románticas de Neruda, pero desconocía ese mundo, además de que era mucho más de leer novelas juveniles.

Las primeras líneas de aquel libro le aceleraron el pulso, las sintió en las venas, y se detuvo en un banco en medio de la nada para seguir leyendo. No podía parar, las palabras se arremolinaban en su cabeza, y por primera vez en su vida quiso escribir, sacar lo que llevaba dentro, pintar uno de aquellos poemas. Una margarita la había hecho llegar hasta aquellas flores del poeta francés y pensó que el mensaje debía significar algo más, algo místico, sobrenatural, fruto de algún destino pactado de antemano, pese a que no creía ni siquiera en el horóscopo. Leyó mientras cenaba, a pesar de las quejas de su progenitora, y siguió haciéndolo con las nominaciones del programa que veía con su madre de fondo.

Pasó la noche en vela, y al día siguiente solo deseaba que llegaran las cinco de la tarde para volver al despacho del profesor y contarle sus impresiones. Cuando sus compañeros le preguntaron si iría a la plaza al salir, les dijo que no podía, que tenía tareas que le había impuesto su madre, y se dirigió al despacho bajando las escaleras de dos en dos. Después, se metió en el pequeño cubículo cuando ya no quedaba nadie en los pasillos.

—¿Cómo te sientes?

—Abrumada.

—Explícate.

—Ni siquiera sé si tengo palabras para decir cómo me siento.

—Inténtalo.

—He tenido pesadillas.

—¿Pesadillas? —Él hizo una mueca.

—He soñado con el infierno.

—¿Crees que podrías dibujarlo?

Olimpia se encogió de hombros.

—No sé si quiero recordarlo. Podría intentarlo, pero me sentía asustada, como si no pudiera salir de allí nunca más.

—Tienes que hacerlo, Olimpia. Tienes que recordar, sacar tus miedos a través de los lápices. —Hizo una pausa—. Dime un cuadro que te guste.

—Me gustan muchos cuadros.

—Uno en especial. Que te provoque sensaciones contrapuestas.

—*El jardín de las delicias*.

Nico sonrió.

—Buena elección, ya que hablamos del infierno. ¿Por qué te gusta?

—Porque podría mirarlo muchas veces, durante largo rato, y siempre encontraría cosas nuevas: personajes, animales extraños... Es un cuadro que me perturba.

—¿Te gustaría verlo al natural? Está en Madrid, en el Prado.

—Sería una pasada.

—Algún día tal vez.

Olimpia no supo qué estaba diciéndole en realidad y si aquello era una frase hecha o una invitación futura, así que se limitó a asentir. El profesor sonreía ligeramente al mirarla, animado con la conversación y a gusto dándole consejos de arte.

—Dibuja tu propio infierno cuando estés preparada. Estaré encantado de verlo.

—Creo que no sabría por dónde empezar.

—No tiene por qué ser hoy ni mañana. Algún día te llegará la inspiración sin más. Como una catarsis.

—¿Cómo santa Teresa?

El profesor se adelantó en su silla, con expresión divertida.

—Lo de santa Teresa fue un éxtasis. Un orgasmo. Pero sí, como santa Teresa me sirve también. Me alegro de que no seas una cría tonta que no sabe nada del mundo.

Olimpia se ruborizó, teniendo al profesor hablándole tan de cerca.

—De acuerdo —murmuró sin más, sin saber qué debía decir.

El profesor se echó hacia atrás en la silla y la miró durante unos segundos sin decir nada.

—Quédate a Baudelaire unos días. Cuando estés preparada para devolvérmelo, ven a verme y te dejaré otro.

Capítulo 5

El arte de ser Olimpia

Diciembre, 2017

Olimpia pintaba un mueble viejo ante la atenta mirada de Rachel. Había elegido un color más oscuro que el original pero que, a su parecer, como había dicho minutos antes en voz alta, le daba un toque más moderno. Las pinceladas eran precisas, suaves, y Rachel se dio cuenta de que estaba muy concentrada en aquel trabajo de restauración. Se había sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, encima de un plástico transparente para no manchar las baldosas con la pintura, y llevaba ropa vieja con pequeñas manchas de colores.

—¿A esto dedicas tu tiempo libre?

Olimpia asintió.

—Entre otras muchas cosas.

—Es muy artístico.

La anfitriona rio.

—Pintar un mueble no es artístico. Solo lo hago para mantener el estatus de la casa y su estilo de villa anticuada.

Rachel no estaba de acuerdo y se lo hizo saber:

—No es solo pintar; lo restauras por completo. Y por lo que he visto en la biblioteca, el trabajo es maravilloso. Las estanterías son preciosas y el mueble verde es una pasada.

—Pues gracias, supongo.

—No te gustan mucho los cumplidos.

—No es que no me gusten, es que no me los creo. Las palabras son solo palabras, y decir que algo es maravilloso no lo hace realidad.

—Entonces eres más de actos. ¿Quieres que me emocione ante tu obra? ¿Te ofrezco dinero para que te lo creas?

—Eres muy joven para ser tan cínica.

Rachel rio.

—Vaya. ¿Cínica?

Olimpia se levantó del plástico que había puesto para no manchar el suelo y limpió el pincel con agua en un tarro viejo de cristal.

—Sí, cínica.

—¿Por qué me aceptaste en tu casa si está claro que te molesta la compañía? —quiso saber Rachel.

—Pagas mucho. Te dije muchas veces que no, pero no podía rechazar tanto dinero. Hace que mi próximo verano sea mucho más relajado.

—Pero si eres rica.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Todo el mundo.

—Pues te aseguro que no.

—No te gusta la gente, así que podrías vender la casa y pirarte por el mundo. ¿Cuánto vale esta villa anticuada? Yo creo que mucha pasta, pese a estar en un pueblo perdido, y tampoco estamos tan lejos del tren.

Olimpia rio.

—Claro, qué fácil: dejarlo todo e irse a la aventura. Las personas normales no vivimos en una novela de fantasía, como tú.

—No, claro que no. Es mejor estar en un pueblo de mierda en el que todo el mundo cree que eres una asesina, que te apoden la Viuda Negra o que susurren a tus espaldas cuando pasas.

La casera la miró entornando los ojos.

—¿Soy la protagonista de tu nueva historia? La mujer que envenenó a su marido lentamente hasta que murió un día sin que nadie supiera por qué, ¿no? No tienes ni puta idea. Si vas a meterte en mi vida, al menos investiga bien y no te dejes llevar por los chismes de las viejas.

Rachel se dio cuenta de que no debería haber dicho nada.

—Olimpia...

Olimpia dejó los pinceles en el suelo, se limpió las manos en el pantalón viejo y caminó hasta el jardín. Rachel, arrepintiéndose de haber sacado el tema, la siguió y se quedó en la puerta del patio, mirando cómo se encendía un pitillo. La expresión de su cara era seria, pero no parecía enfadada. Uno de sus tirantes se deslizó por su hombro y Rachel observó cómo volvía a ponerlo en su sitio.

—¿Me das uno? —le preguntó, dando un paso hacia ella.

—No sabía que fumaras. —Sin embargo, Olimpia le alargó el paquete.

—Por si te sirve de algo, yo sé que no lo hiciste.

Olimpia la miró mientras exhalaba el humo.

—Me da igual lo que pienses.

—Lo sé. Pero quiero que lo sepas.

—Pues ahora ya lo sé.

—¿Por qué te llamaron Olimpia? No es un nombre común.

La anfitriona la miró, exhalando el humo por la boca, tal vez por el brusco cambio de tema.

—¿Tú que crees?

—Por la madre de Alejandro Magno —le contestó Rachel rápidamente, sabiendo que aquella era una apuesta ganadora.

—Mi madre era una enamorada de la mitología griega. Una prima suya le regaló un libro de mitos cuando era pequeña y desde ese momento nunca dejó de investigar.

—Es bonito.

—Era Olimpia o Afrodita.

Rachel sonrió.

—Pues tuviste suerte.

—No te he dado permiso para subir al tercer piso, por cierto —añadió la casera, apagando el pitillo—. La biblioteca tiene una cuerdecita que especifica que no se puede pasar.

Rachel se encogió de hombros.

—Soy curiosa.

—Si me lo hubieras pedido, te habría dejado subir.

—Me alegro de haber subido sin tu permiso. Esa buhardilla es el cielo.

—O el mismísimo infierno —masculló Olimpia—. ¿Alguna vez has pensado que, si el cielo está realmente en las nubes y el infierno bajo la corteza, es más fácil bajar que subir?

—Soy atea. No creo en nada de todo eso.

La anfitriona rio.

—No hablo de religión. Hablo del bien y del mal, de la esencia humana.

—¿Crees que es más fácil ser malvada? —indagó.

—Sí.

—Tal vez sí, pero es más satisfactorio ser buena. Cuando eres buena, no te quedas sola, sino que recibes amor de los demás, te sientes bien.

Olimpia rio.

—Debo haberme portado fatal, entonces —dijo.

Volvió sobre sus pasos y se sentó en el suelo para seguir pintando el mueble. Rachel la observó desde el patio y decidió dejarla tranquila porque parecía más molesta que de costumbre.

Llevaba poco tiempo en el pueblo y ya se había organizado para quedar con varios empleados públicos y personajes pintorescos del lugar. Sus entrevistas se habían iniciado con preguntas por las fiestas y los paisajes más característicos, pero empezaban a desviarse hacia otros intereses. Aquella tarde iba a visitar al padre Darío, el cura del pueblo, y después se pasaría por La Taberna, el único bar de la zona y el lugar que tanto le había recomendado Amery, al que no había vuelto a ver desde su sesión de sexo rápido en el sofá de su casa. Aquella noche había tenido relaciones sexuales por primera vez en dos meses, y sin querer pararse mucho a pensar, el nombre de Giselle volvió a cruzar su mente. Relacionaba el sexo con ella, y cuando pensaba en el amor, le venía su cara a la cabeza, con claridad: su pelo rubio casi blanco, más oscuro en la raíz; sus ojos pequeños, azulados, con expresión de sospecha continua; su boca fina y bien definida, con la que siempre mascaba chicles de menta. Giselle había sido el amor

de su vida y la había perdido comportándose como una idiota, aunque evitaba a diario pensar en ese error, como si por no pensarlo fuera a borrarse.

Darío Pinto era un hombre bajito, regordete y con un pelo cano escaso en la parte alta de la cabeza. Se había peinado hacia un lado, intentando disimular su calvicie aunque sin conseguirlo. Su cara tenía dos círculos rojos en las mejillas, a juego con su redonda nariz, también colorada, aunque Rachel no sabía si era debido al frío o al ligero olor a licor que desprendía. La recibió en un despacho de la parroquia, adornado con una cruz detrás del escritorio y una colección de tallas de vírgenes en una estantería.

—Señorita Jones, adelante. Siéntese.

Rachel se sentó, dejando su libreta encima de la mesa.

—¿Cómo es la vida en un pueblo tan pequeño?

—Muy tranquila, pero feliz. Y más en una comunidad tan afín a la fe.

—Hay movimiento los domingos, entiendo.

—Asiste el pueblo entero a la misa.

—Vaya. No hay ateos por aquí.

—Los hay, pero es un pueblo de tradiciones. Ya sabe: juntarse con los vecinos a la fresca, tomar el aperitivo del domingo, bendecir la palma todos juntos en Semana Santa. Esas cosas de los pueblos.

—Ya veo.

El cura se llevó un dedo a los labios y soltó una risita.

—Debería venir a la próxima.

—¿A lo de la palma?

—No. A la misa, mujer.

—Si Olimpia quiere que la acompañe, vendré.

—Olimpia no suele venir.

Rachel levantó las cejas.

—Pensé que había dicho...

—Sí, sí. Casi todo el pueblo —añadió, quitándole importancia.

—Menos Olimpia.

—Bueno, antes colaboraba con los envíos humanitarios, pero tuvimos un desencuentro y desde entonces se mantiene al margen de todo lo que tiene que ver con la parroquia.

—¿Un desencuentro?

—Tonterías, ya sabe.

—¿Su marido también colaboraba?

—Precisamente fue a raíz de su muerte. Le recomiendo que no se haga amiga de la gente equivocada. Al fin y al cabo, nuestras compañías nos definen. «Dime con quién vas y te diré quién eres».

—Qué se lo digan a Jesús —mascullió ella.

El cura frunció el ceño.

—¿Cómo?

—He oído que tienen algunas obras importantes en la iglesia. ¿Me las enseñaría? —le preguntó Rachel, intentando cambiar de tema.

La Taberna era un lugar mucho más pintoresco de lo que había imaginado. Aún no era la hora de cenar y no había mucha gente, en su mayoría hombres con cervezas en la mano, y al final de la barra, el forastero irlandés. Él la vio nada más entrar y la saludó con la mano, haciendo gestos para que se acercara.

—Sabía que acabarías pasándote por aquí un día.

—Bueno, es el único lugar en el que puedes emborracharte.

Amery sonrió, le dio un sorbo a su cerveza y dijo una frase en otro idioma que Rachel no entendió mientras ella se sentaba y pedía un *gin-tonic*.

—¿Qué ginebra tienes?

—Una de por aquí —masculló el camarero.

—¿De dónde exactamente?

El camarero levantó las cejas.

—De Suiza. Yo qué coño sé...

El irlandés rio y Rachel asintió, sin darle mucha importancia al tono del camarero, que fue en busca de la ginebra.

—¿De dónde vienes? —quiso saber el chico.

—De entrevistar al cura.

Amery, que acababa de darle un sorbo a su bebida, escupió parte de su cerveza encima de la barra del bar, aguantándose la risa.

—Te compadezco.

—En realidad ha sido interesante. Me ha contado pestes de un montón de peña a la que no conozco y he descubierto que el mejor sitio para entrar a robar en este pueblo es la iglesia, porque tiene muchas imágenes chapadas en oro del bueno.

—¿En serio?

—Según el cura, sí. Todo tiene oro y todo brilla, incluso su alma.

—Darío es muy gay. No es por ser creído, pero me mira el culo cuando paso por su lado.

—Ya me he dado cuenta.

—Un pobre borracho gay.

—Hay más de uno por aquí que es un pobre borracho.

Amery arrastraba las letras de las palabras y hablaba más lentamente de lo habitual.

—Culpable —dijo, levantando su cerveza y brindando con la nada.

A Rachel le sirvieron su *gin-tonic* y se tomó la mitad de un sorbo, teniendo envidia de la borrachera de su amigo irlandés.

—Madre mía, muchacha, si quieres emborracharte rápido, pide chupitos.

—No me lo digas dos veces.

—¿Has sacado algo en claro de lo que sea que estés investigando?

—No investigo nada —le dijo ella muy tranquila—. Solo me informo sobre las costumbres y la fauna del lugar. Ya tengo alguna que otra inspiración.

—Sí investigas, escritora famosa de libros de misterio. Haces muchas preguntas sobre Oli, y la gente no es estúpida.

Rachel miró a Amery más de cerca.

—Una muchacha de, ¿cuántos?, ¿veintidós años?, se enrolla con su profe, que le lleva como treinta, ¿y no se convierte en el mayor cotilleo del pueblo?

—Deja de rebuscar, que no hay nada ahí para ti.

—¿Te importa mucho Olimpia?

Él se encogió de hombros.

—No es solo por eso. Si metes las narices donde no te llaman, te echará montaña abajo, rodando por la nieve.

—Aún quedan unos días para que nieve.

—A lo mejor sin nieve también. —Amery pidió otra cerveza—. Oye, quiero disculparme por el otro día.

Rachel no entendió la disculpa.

—¿Por qué?

—Por no esperar a que terminaras —añadió él—. Por dejarte a medias. Normalmente no soy tan bruto ni tan descortés.

La chica, que no se lo esperaba, enarcó las cejas.

—Bueno, no es la primera vez que me pasa con un tío, la verdad.

—Es que hacía tanto que no lo hacía con normalidad que se me fue de las manos. Necesitaba correrme como un tío normal, ¿sabes? En plan humano.

Rachel se giró, moviendo su taburete, se puso enfrente del irlandés y miró sus ojos verdes, fijos en ella.

—No te entiendo.

—Sexo normal.

—¿Qué otro sexo hay?

—No sé —le respondió él, volviendo a centrarse en su cerveza.

Pero Rachel giró la silla del chico para que la mirara.

—Contéstame —le pidió.

—Con ella es todo más difícil, me cuesta más disfrutarlo.

Rachel entendió que se refería a Olimpia sin que hiciera falta que mentara su nombre. Pero no entendía qué quería decir con que era más difícil y con lo de que necesitaba sexo normal.

—Sigues sin decirme nada concreto —insistió.

—Quiere que la penetre fuerte, muy fuerte. Demasiado fuerte. Que agarre su cuello con ambas manos, que la deje sin aire. Y, joder, a veces está bien, pero otras veces... Otras veces no. No sé, no me gusta mucho mezclar el sexo con el dolor y la sangre. Lo dulce y lo salado.

No me gustan los dátiles con tocino, ¿sabes?

—¿Sangre? —preguntó Rachel asombrada.

Amery asintió.

—No siempre, solo a veces. Es como que quiere que le duela. Es como que sin ese dolor no se corre.

—Joder, Amery...

—No se lo digas.

—No lo haré.

La chica de ciudad se quedó sin habla; no porque a Olimpia le gustara el sexo duro o que Amery la dejara sin aire, sino porque aquel chico irlandés parecía conmocionado mientras lo explicaba.

Entonces, con esa intuición que solía caracterizarla, supo que Amery había intentado contarle las partes más suaves de la historia.

Capítulo 6

No sé si Nabokov era un loco o un erudito

Diciembre, 2002

Olimpia tenía una extraescolar nueva en la que era la única alumna y que se llamaba «Tardes con el profesor de Arte». Tardes con Nico. La chica dibujaba casi a diario, mayormente retratos. Había cambiado los programas nocturnos por un libro diferente cada semana y había remplazado los pósteres de Leonardo DiCaprio por imágenes de cuadros que la conmovían. El último libro que Nico le había prestado, *Lolita*, la había dejado tan pensativa que había estado buscando información en la biblioteca para saber quién era aquel tal Nabokov y por qué escribía sobre una joven de doce años de la que el protagonista estaba enamorado.

—¿Qué te parece? —quiso saber el profesor, preguntándole desde su habitual postura relajada.

Nico llevaba una camisa clara, remangada hasta los codos, y había dejado su jersey negro encima de la mesa, arrugado a un lado junto a una montaña de libros de filósofos, como Sartre o Nietzsche.

—No sé, Nico. No sé si Nabokov era un loco o un erudito —le contestó la chica, sin estar muy convencida.

—Tal vez era ambas cosas.

—No sé si me ha gustado o no. Necesito reflexionarlo, porque lo acabé hace menos de veinticuatro horas y sigo con la historia de la pequeña Lolita dándome vueltas en la cabeza. ¿Tienes más libros para mí?

—Sí. —El profesor sacó uno de su bolsa y se lo entregó a Olimpia.

Ella lo cogió y enseguida lo miró con los ojos muy abiertos.

—No puedo salir con esto de aquí.

—Métetelo en la mochila y en casa lo tapas con papel de periódico o de regalo.

—¿Y si mi madre me cotillea?

—Solo es un libro. Su poesía te encantó.

—¿*La máquina de follar*?

—Pero si dibujaste penes en un cuadro de flores, no puede asustarte una palabra de algo que todo el mundo hace aunque no lo digan.

—No me asusta.

—Si te escandaliza Nabokov —continuó el profesor—, hay un relato de este libro que te helará la sangre. Haremos una cosa. Lee aquí —le propuso—. Un relato cada tarde. No te molestaré, solo me dedicaré a corregir, a leer o a lo que sea.

—¿No te molestaré yo a ti?

—Claro que no. ¿Cómo ibas a molestarme tú a mí? Es imposible.

Olimpia se acomodó como pudo en la silla de plástico, pensando aún en las palabras del profesor, y abrió el libro para embarcarse en el primero de los relatos: «Tres mujeres».

El tercer día de lectura, Olimpia llegó al séptimo relato. No podía leer solo uno al día, así que le pidió a Nico que le dejara acabar dos, pero el tercer día empezó el séptimo también, solo para curiosear, y lo que leyó la dejó sin habla. Nico, que la observaba desde su silla, sonrió.

—«El malvado» —vaticinó él, anunciando el título del relato—. Continúa —le ordenó.

Olimpia tragó saliva y leyó el relato de un señor que violaba a una niña pequeña. Decía, literalmente, que su pene era como todo el cuerpo de la niña y explicaba, paso por paso, su excitación y la violación. Cuando acabó, Olimpia miró a su profesor.

—Guau. —Fue lo único que sus labios pudieron pronunciar.

—¿Guau? —repitió él entre risas—. Anda, vete antes de que tu madre empiece a preguntarse dónde estás.

—No puedo irme ahora.

—¿Por qué no?

—¿Es de verdad lo de ese relato?

El profesor se encogió de hombros.

—Escribir relatos duros no te convierte en un sádico.

—O sí —contrarrestó Olimpia.

—Reflexiónalo y mañana me lo cuentas.

La chica asintió, sin querer marcharse. Dejó el libro encima de la mesa y se levantó. Cuando cogió su mochila, vio unos papeles encima de la mesa del profesor que parecían entradas.

—¿Adónde vas? —le preguntó, señalándolas.

Nico miró las entradas y después a Olimpia.

—Iba a ir al cine. Estrenan una película que quiero ver, pero me ha fallado el acompañante.

—¿Qué película es?

—*El pianista*.

—Polanski.

El profesor sonrió.

—Así que la conoces.

—Quería ir a verla con Lidia, pero ella me dijo que para ir a llorar al cine prefería el cementerio. Así, literal.

Nico rio sin esconderse mientras negaba con la cabeza.

—No le falta razón.

—Entonces, ¿no vas a ir?

Él volvió a encogerse de hombros.

—Aún no lo he decidido.

—¿Quieres que te acompañe?

La miró a los ojos unos segundos, sin decir nada, pero estaba muy serio, y Olimpia se arrepintió de haber sido tan lanzada.

—No puedo pasearme por ahí contigo. La gente pensaría lo que no es —le expuso.

—Bueno, el cine está en otro pueblo mucho más grande. No tiene por qué vernos nadie.

—¿No? ¿Crees que no nos vería nadie mientras cruzamos el pueblo en mi coche yendo al único cine que hay por las cercanías?

Olimpia se sentó en la mesa, de medio lado, y la falda se le levantó ligeramente, pero el profesor no reparó en ello; y si lo hizo, no dio muestras de haberlo notado.

—Podríamos quedar en el camino de la ermita y allí me subo en la parte trasera y me escondo hasta salir del pueblo. Una vez fuera, ya está.

Nico se cruzó de brazos.

—Parecería un secuestro.

—Casi soy mayor de edad.

—Tú lo has dicho: casi.

—Pero...

—Si voy a la cárcel, no podré dejarte los libros. ¿Es lo que quieres? —bromeó él.

Olimpia sonrió.

—Si vas a la cárcel, podría quedármelos. Y también las películas, incluso...

El profesor soltó una risita.

—Hasta el lunes, Olimpia —la interrumpió, despidiéndose.

Olimpia asintió, sin perder la sonrisa. Nico había parado aquella especie de cita que Olimpia había propuesto, pero no se había enfadado y había estado riéndose entre respuestas. Había perdido el primer asalto, pero no pensaba rendirse tan fácilmente.

El lunes, Nico había enganchado un papel escrito a mano en la puerta de su despacho en el que solo ponía «He salido», así que Olimpia se sentó en la puerta a esperar.

Una hora después, habiendo llenado su cuaderno de garabatos sin sentido, se levantó de un salto y salió del instituto en dirección al mirador. No pensaba llegar hasta allí, pero de camino, en la peor subida del pueblo, se encontraba su destino. Anduvo rápido, como si tuviera prisa, y en pocos segundos ya sudaba. Solo había un maldito colegio en aquel pueblo, y encima les obligaban a llevar uniforme: una falda de cuadros verdes y azul oscuro, camisa blanca y jersey y calcetines verdes. Olimpia se sentía horrible con aquellas pintas, pero

no podía pasar por casa a cambiarse. Se paró frente a la puerta de una casa que parecía un pequeño palacio, alta y de piedra, bien cuidada, y llamó con los nudillos.

Por un segundo, por su mente pasó la idea de que le abriera la madre de Nico y le preguntara qué hacía allí. Le diría que tenía que entregarle una tarea y que no estaba en su despacho, pero tal vez no la creería y, si se daba el caso, podría meter a Nico en problemas.

Intentaba pensar rápido, cuando la cabeza del profesor se asomó por el otro lado de la puerta. La agarró del brazo con fuerza y la metió dentro de la casa.

—Pero ¿qué quieres? ¿Buscarme la ruina?

Olimpia se cruzó de brazos.

—Lo siento. No pensaba con claridad. Iba a irme justo cuando has abierto.

Nico suspiró, se peinó el pelo con las manos, caminó hacia uno de los lados y volvió sobre sus pasos para ponerse frente a Olimpia.

—¿Qué quieres?

—¿Por qué te has ido? Habíamos quedado esta tarde, como siempre.

—Dejé una nota en la puerta.

—Te he esperado una hora sentada en el suelo.

—Tenía que marcharme, surgió un imprevisto. Y, como comprenderás, no podía poner una nota con tu nombre en mi puerta.

—¿Qué ha pasado?

—Mi madre está enferma, no puede moverse, y está postrada en la cama. Normalmente la cuida una enfermera, pero ha cogido la gripe, así que he tenido que venir.

Olimpia se descruzó de brazos.

—Lo siento. Perdona, Nico. Pensaba que te habías enfadado por lo del otro día y que estabas evitándome.

—¿Por qué iba a enfadarme?

Ella se encogió de hombros.

—Por lo del cine —le dijo, mirando al suelo.

Fue el turno del profesor de cruzarse de brazos.

—Si hubiera un cine al que pudiera ir contigo, te prometo que me encantaría ir.

—Entonces...

Olimpia abrió la boca para hablar, pero Nico le puso los dedos en los labios para que se callara.

—Pero no es el caso. —Él retiró los dedos y Olimpia sintió la suavidad de sus yemas en la piel de la cara, el olor a tabaco, a libro viejo, a colonia suave, con un toque afrutado—. No vuelvas a venir a mi casa —la advirtió—, o nuestras reuniones se acabarán para siempre. Me veré obligado a cancelarlas.

—Lo siento.

Olimpia se giró para marcharse, dispuesta a obedecer sin rechistar, pero él la agarró de la mano, con suavidad.

—Tienes que salir por detrás. La señora Gilda es la mujer más observadora que hay en este pueblo.

—Y si me ha visto entrar, ¿no será mejor que me vea salir?

Nico miró su reloj.

—A esta hora no está en casa, pero no quiero correr riesgos.

Con la mano de Olimpia aún cogida, caminó por el salón en dirección a la enorme cocina de baldosas marrones con dibujos de frutas. La atravesaron hasta llegar al patio y de allí a la puerta trasera, un rectángulo de aluminio por el que había que pasar agachado y que daba a campo abierto.

Él le soltó la mano.

—Camina despacio por uno de los lados, pegada al muro, hasta llegar a las cañas. Nadie sabrá de dónde has salido.

—Si me caigo encima de unas ortigas, te sentirás culpable para siempre.

Nico sonrió.

—Ten cuidado. Mañana tienes que estar a las cinco en mi despacho.

Ella le contestó poniéndose firme y haciendo el saludo militar.

—A sus órdenes.

El profesor la empujó suavemente.

—Vete. Anda.

Olimpia obedeció paso por paso las directrices del profesor y salió de entre las cañas sin ningún rasguño y sin ser vista. Llegó a su hogar trotando y entró dando pequeños saltitos por el salón. Besó a su madre en la mejilla al toparse con ella en la cocina y abrió la nevera para coger un refresco.

—Qué feliz que te veo.

—Estoy contenta, sí —afirmó, dándole un trago a su limonada.

—¿Un noviete?

Olimpia rio.

—¡Qué va! Es solo que las cosas me van bien.

La madre asintió, torciendo el gesto y haciendo una mueca dramática.

—Jolín, y yo que pensaba que la adolescencia era una mierda —dijo—. ¿Quieres ver una película esta noche, o prefieres seguir en la inopia unas horitas más?

Olimpia ladeó la cabeza.

—Te dormirás antes de los diez minutos, como siempre.

—Te prometo que no.

Su madre se durmió antes de llegar a la primera media hora de *El*

hombre de la máscara de hierro. Ella aprovechó para sacar el cuaderno y empezar un boceto de su propio y personal infierno, porque al fin lo había encontrado.

Cuando la campana sonó, guardó su libreta en la mochila con calma y esperó a que el aula se vaciara. Lidia se acercó y se sentó en la mesa.

—Me han anulado el entreno. ¿Quieres ir a comprar unos chocolates y presentarnos en la plaza con Elías y sus amigos?

La chica hizo una mueca.

—Pues no sé.

No le había contado a su mejor amiga sus clases fuera de horas con el profesor de Arte, y tampoco quería decírselo. No quería que nadie lo supiera, y negarse a ir a la plaza sin una excusa bien pensada la habría delatado, así que asintió y siguió a Lidia por el pasillo hasta la salida del instituto, dejando atrás al profesor y sus nuevos relatos. Elías la saludó como si hiciera semanas que no se vieran, aunque solía encontrarse con él por el instituto, y su mejor amiga enseguida empezó a besarse con uno del grupo. Así que Olimpia pasó la tarde conversando sobre temas insustanciales con sus amigos del parque. Sin embargo, su mente estaba lejos de allí, pensando en qué pasaría por la cabeza del profesor al ver que no se presentaba a su cita.

El miércoles tenía clase de Historia del Arte, pero Nico no la miró al entrar en el aula, ni cuando puso la primera diapositiva: una escultura griega de cuerpo bien formado. Habló mirando a la nada, contextualizando la obra, dando referencias sobre el autor. Se preguntó si estaría enfadado con ella por no haber ido al despacho, y cruzó los dedos para que no fuera así y aquella tarde la esperara sentado en su silla, perdido entre sus papeles.

El profesor se paseaba por los pasillos de pupitres mientras hablaba. Entonces, un papel arrugado aterrizó en el pupitre de Olimpia. Ella intentó esconderlo porque los mensajes que Lidia escribía decían barbaridades. Nico, que se dio cuenta de su cara de circunstancias, se paró enfrente de su mesa y abrió la palma de la mano, pidiéndole el papel.

—Dámelo —le ordenó.

Ella sacó la mano de debajo del pupitre y dejó el papel en su palma, pero no sin antes arrastrar sus dedos unos segundos por su piel, acariciándolo sin que los demás se dieran cuenta. Tal vez ni el mismo profesor lo había percibido, pero ella no había podido evitarlo.

Nico abrió el papel y leyó en silencio mientras sonreía.

—Qué interesante —murmuró. Arrugó el papel entre los dedos y se lo guardó en el bolsillo—. Lidia —dijo—, si prestaras tanta atención a la clase como a tus chorradas, serías un genio. Las horas del patio las pasarás en el aula, estudiando. Durante una semana. —Lidia suspiró y

dejó caer la cabeza encima de la mesa—. Señorita Olimpia —continuó —, le tocará cumplir su castigo después de clase. En mi despacho, el mismo tiempo.

El profesor sonrió de medio lado. Se dirigió de nuevo a su mesa y continuó hablando sobre cuadros que entraban en la selectividad.

Olimpia no entendió por qué Nico la había castigado yendo a su despacho, si era lo que hacía habitualmente, así que llegó a la conclusión de que buscaba una excusa para verla, por si ella no pensaba volver a pasar las tardes con él.

Cuando el profesor abandonó el aula para dar paso a la clase de Literatura, Lidia corrió hasta ella sin rastro de vergüenza.

—¿Qué coño ponía en el maldito papel? —exigió saber.

Lidia se tapó la cara.

—Lo siento, Oli. Perdona. Es que ya sabes que a veces se me ocurren chorradas y tengo que contártelas.

—¿Qué ponía? —insistió.

—Te preguntaba si te follarías la escultura griega, porque tenía un culo para comérselo entero.

Olimpia también se ocultó el rostro entre las manos, pero no pudo contener la risa y estalló en una carcajada.

—Eres tonta, tía.

Lidia también rio.

—Pero ¿está bueno el griego o no está bueno?

A Olimpia le llegó la hora de cumplir su castigo, aunque para ella era más bien un regalo. Habría enviado notas obscenas en cada clase si su destino hubiera sido pasar cada tarde en el despacho de Nico.

Llamó a la puerta y entró. Él la esperaba trasteando una pantalla, un aparato de vídeo y unos cables.

—Te juro que nunca voy a aclararme con este trasto.

—Seguro que sí, aunque seas más de pluma y pergamino.

El profesor la miró unos segundos y rio ante la ocurrencia, después volvió a concentrarse en las conexiones.

—¿Estás llamándome viejo?

—Algo así —le contestó risueña.

—Pues gracias.

—¿Te ayudo? —se ofreció.

Él la miró de nuevo.

—¿Podrías, por favor? —Dejó los cables a un lado y los señaló, invitándola a acercarse.

Olimpia bordeó la mesa cuadrada de madera oscura hasta llegar al lado del profesor, se acuclilló, quedando a la altura de su torso, y agarró los cables entre los dedos de su mano derecha. Nunca había estado tan cerca de Nico. Desde allí le llegaba el olor de su colonia, el

ligero perfume del suavizante de su ropa y un rastro de aroma a tabaco. Él miraba la pantalla atentamente mientras Olimpia averiguaba por qué no le funcionaban bien las conexiones.

—*Voilà!* —exclamó ella, levantándose.

—Bien. Trae tu silla aquí —le dijo, señalando su lado derecho.

—¿La silla?

Él asintió y Olimpia fue en busca de su silla, la levantó y la dejó donde él le había dicho, para sentarse después, sin preguntarle el por qué.

—No es *El pianista*, pero no está nada mal. —El profesor sacó la cinta y la introdujo en el aparato. Olimpia no dijo nada—. Este es el único cine que puedo proporcionarte. —Le dio al *play* y puso la película.

Olimpia sentía el estómago encogido dentro de su cuerpo, las piernas le temblaban y la cabeza le daba vueltas. Él no estaba enfadado con ella y el castigo solo había sido una excusa para pasar más tiempo juntos sin que nadie se preguntara qué hacía allí metida cada tarde.

—¿Cuál es?

—*Mullholand Drive*, de David Lynch. No te dejará indiferente.

Olimpia enfocó toda su atención en la película, aunque con cada movimiento del profesor se desconcentraba completamente. Se hizo la adulta en las explícitas escenas de sexo, y después de los ciento cuarenta minutos que duraba la película, estaba inmóvil mirando los créditos.

—Es...

—La película es buena —dijo él—, pero con el paso del tiempo llegará a considerarse una de las mejores películas del siglo XXI. ¿Te ha gustado?

Olimpia asintió.

—Lynch me gusta. Me vi *Twin Peaks* del tirón con mi madre.

Nico sonrió.

—Espero que tu madre no se enfade mucho, porque son —miró el reloj— las siete y media ya.

Olimpia se levantó de la silla.

—Mierda, no lo había pensado.

La chica cogió la mochila y salió corriendo del despacho, diciendo adiós con la mano.

Se acercaba la Navidad y Olimpia ya tenía casi todos sus regalos de aquel año: le había hecho un álbum de fotos a su madre y construido una escultura griega a su mejor amiga con plastilina. Le pareció una idea muy divertida al principio, pero después de modelar la cara durante varios días se lo pensó mejor y ya no le pareció tan ocurrente.

Faltaba el último regalo que quería hacer: el del profesor. Nico rechazaría cualquier presente, a no ser que fuera lo suficientemente artístico como para querer quedárselo. Olimpia tenía un gran secreto, uno que guardaba en una fina carpeta marrón en un cajón de su escritorio, y sabía que no podía hacerle un regalo mejor que aquel. El último día de clase se despidió de Nico diciéndole adiós desde la puerta de la entrada mientras él se dirigía hacia la sala de profesores con su maletín en una mano y la otra metida en el bolsillo. La sacó un momento para hacerle un gesto y le dedicó una tenue sonrisa. Sin embargo, para Olimpia ya no era suficiente.

El día de Navidad sacó su secreto de debajo del escritorio, escribió una nota que dejó dentro y salió de casa. Corrió calle arriba con la carpeta marrón entre las manos, se detuvo unos segundos enfrente de la puerta del profesor, metió la fina carpeta bajo la puerta, llamó al timbre y salió corriendo de allí.

La respuesta a aquel acto tan valiente fue el silencio durante el resto de las fiestas, lo que hizo que Olimpia se preguntara, por primera vez desde que habían empezado sus clases particulares de Arte, qué quería realmente comportándose como una adolescente caprichosa y si él la vería de verdad o solo como una niña consentida que lo ponía a prueba constantemente.

Capítulo 7

La ermita satánica

Diciembre, 2017

Olimpia tendía la ropa en el patio, extendiendo las sábanas blancas por unas cuerdas que iban de una punta a la otra, sujetas de las paredes, y utilizando un tendedero plegable para la ropa más pequeña. Rachel salió para ayudarla en cuanto la vio por el cristal. Furia saltó para saludarla y la escritora la acarició detrás de las orejas. La anfitriona había mezclado la ropa de ambas, aunque era fácil distinguir qué era de quién: la ropa sobria, de Olimpia; los calcetines de colores, de Rachel.

—No hace falta que me ayudes —le dijo Olimpia—. Puedes dedicarte a tus quehaceres diarios de lectura, escritura y lo que sea que hagas por ahí.

—No hace falta que laves mi ropa.

—Pensión completa, es en lo que quedamos.

—Aun así.

—No me importa hacerlo. Me entretiene.

Rachel tendió la sobria ropa interior de Olimpia, que parecía muy alejada de las historias que había insinuado Amery sobre sexo duro y dominación.

—Me gustaría ir hasta las ruinas de la ermita, pero no me sé el camino. ¿Es muy difícil?

—Está bastante bien indicado, con dos marcas horizontales. No tiene pérdida.

—Soy penosa orientándome.

Olimpia dejó lo que estaba haciendo.

—Cuando llegues a la fuente —continuó—, en vez de girar a la derecha, tienes que subir entre dos árboles y seguir el camino de tierra. Es fácil.

—¿Por qué no me acompañas?

Olimpia negó con la cabeza.

—Tengo cosas que hacer en el hostal.

—¿Como qué?

—La comida, las camas...

—La cama no me importa, y no voy a comer aquí.

—Aun así.

—¿Tan mal te caigo?

La anfitriona la miró fijamente, poniendo los brazos en jarra.

—No me caes mal.

—¿Entonces?

La chica suspiró.

—Está bien. Iré. Pero más vale que me sigas el ritmo, porque soy muy rápida.

—Harías cualquier cosa para que dejara de hacerte preguntas, ¿no?

Olimpia hizo una mueca.

—Eres muy insistente. Con todo.

—No pasa nada. Me parece bien —añadió Rachel divertida.

La propietaria del hostal se vistió con ropa deportiva, aunque siendo fiel al color negro que vestía habitualmente. Rachel no tenía mucha ropa de deporte, pero solía ir cómoda con sus tejanos anchos, así que se los puso junto con una sudadera en tonos oscuros, con un dibujo en el centro que hacía alusión a unas películas de superhéroes. Sin penes ni vaginas, ya que en aquel pueblo le habían dejado claro que no les gustaban sus camisetas.

Olimpia miró su ropa cuando bajó al salón, pero no dijo nada del tema y se limitó a meter unos bocadillos en su mochila.

—Es una excursión larga —la avisó.

—Así hago algo de deporte, que echo de menos el *spinning*.

—No te imagino haciendo eso —susurró Olimpia.

—Me apuntaría al gimnasio de aquí si tuvierais uno.

—Nosotros caminamos cada día, así que no nos hace falta un gimnasio.

Salieron girando hacia la izquierda y subieron cuesta arriba para tomar el camino del mirador, que bajaba serpenteante por la ladera de la montaña hasta el valle y, desde allí, volvía a subir.

—¿Por qué no hemos traído a Furia?

—Es vieja. Se cansa enseguida. —Olimpia subía las cuestas con gracia, ágilmente.

—No te había imaginado en plan Lara Croft —le dijo Rachel.

—Camino cada mañana dos horas antes de que te levantes.

Rachel se paró en medio de la cuesta.

—Es broma, ¿no?

Olimpia miró hacia atrás.

—No.

—Me levanto a las nueve, me ducho y me arreglo, y cuando bajo está todo listo —enumeró Rachel, sin entender cómo era posible.

—Sí, claro, es que madrugo. —La anfitriona la esperó—. ¿Quieres que te tire de la mano?

Rachel levantó una ceja.

—De momento, no. Pero, oye, podrías entretenerme contándome algo de tu vida.

—Eres muy preguntona.

—Tal vez. Soy curiosa.

—Ni hablar. Quieres usarme para tu libro. Escribir la historia de la pobre viuda asesina que se refugiaba en su hostal. Tengo también un sótano, ¿estás segura de que no quieres meter las narices allí? A lo mejor encuentras pistas nuevas.

—Me has pillado —se delató Rachel, chasqueando los dedos.

—No te harás millonaria con mi historia. La de verdad es muy aburrida.

—No quiero hacerme millonaria.

Llegaron a un camino sin subidas y Rachel lo agradeció para sus adentros, ya que hablaba con Olimpia entre suspiros de cansancio mientras la casera contestaba a sus preguntas con normalidad.

—¿No te gustaba vivir en la ciudad? —le preguntó la escritora.

—No me disgustaba.

—¿Vivías sola?

—Sí —le contestó ella—. En un palacio —añadió con ironía.

—Bueno, yo qué sé.

—Compartía piso de estudiantes y comía casi todos los días pasta o arroz.

—¿Pasta con tomate o con atún? ¿Con queso?

Olimpia se paró en seco. Tenía las mejillas coloradas por el esfuerzo y le salía vaho de la boca.

—¿Qué haces?

—Intentar darte una conversación que no te moleste.

La anfitriona aceleró el paso, sin pararse a discutir.

—Vamos. Estamos a punto de llegar.

Continuaron el camino en silencio. Cuando salieron del espeso bosque, las ruinas de la ermita se irguieron ante ellas.

—Aquí la tienes —le dijo Olimpia—. No es gran cosa.

A Rachel nunca le había interesado especialmente la arquitectura, pero las ruinas le encantaban. Viajaba para visitar ruinas griegas y romanas, sus favoritas, y el verano siguiente tenía planeado su décimo viaje a Grecia.

—La ermita lleva abandonada más de doscientos años y ni siquiera ponen especial interés en mantenerla intacta —le explicó Olimpia.

Rachel se fijó en las paredes de piedra, casi todas llenas de agujeros. La mitad del techo estaba hecho añicos en el suelo y las piedras se amontonaban alrededor del lugar.

Cuando se asomó por la puerta, Olimpia la agarró del brazo.

—Ni lo pienses. No es seguro.

Rachel se retiró, asintiendo, y continuó su paseo por el exterior, lleno de grafitis con nombres de los autores, dibujos de cerdos, símbolos satánicos y penes gigantes.

—Arte moderno y rituales satánicos —dijo—. *La ermita satánica.*

Podría ser el título de mi nueva novela.

—Este es el sitio donde los jóvenes vienen a emborracharse por las noches.

—¿Vienen por el mismo camino que nosotras? —le preguntó Rachel sorprendida. Olimpia asintió—. ¿Venías tú de adolescente?

—No. Yo era buena.

—He oído que la mejor de tu clase.

—¿Y qué más has oído?

—He visto tus cuadros. Dibujas bien. Son muy bonitos.

—Gracias, supongo.

—¿Dónde están los demás? —quiso saber Rachel.

—¿Qué demás?

—Los que faltan en el hostal, en las sombras de los ganchos.

La anfitriona la miró sin pestañear, sin moverse, y la escritora temió que no le contestara.

—Los vendí —dijo al fin.

Rachel asintió sin decir nada, porque intuyó por el tono de la chica que no quería hablar del tema. Se sentó en una piedra alta, imitando a Olimpia a la vez que esta sacaba los bocadillos y le entregaba uno.

—Yo intenté pintar con acuarelas una vez. Destrocé un dibujo precioso que había hecho.

—A veces es cuestión de práctica.

—¿Y de dónde te viene lo de la pintura?

—De mi abuela, que solía comprarme miles de lápices.

—Mejor que mi historia. Mi madre me daba bizcochos con aderezo que cocinaba un tipo ciego de la comuna *hippie*. Supongo que ahí empecé a imaginarme cosas.

—Vi una noticia sobre tu madre.

—¿Buscabas información sobre mí?

—En realidad la vi sin querer. Pero también me informé sobre ti. Prefiero saber quién viene a mi casa.

—¿Fue interesante?

—No esperaba encontrar lo que encontré, la verdad.

—¿Te refieres a cuando mi madre me criticó en público en una entrega de premios o a cuando su caniche me mordió el dedo del pie?

—Entre otras cosas. Me lo pensé dos veces antes de aceptarte, pero después pensé que las revistas mienten, aunque enseñen fotos de gente sin ropa.

Rachel sonrió.

—Viste las fotos de la pelea con Marian, ¿no? En mi defensa diré que lo sacaron de contexto. Nunca nos llevamos muy bien. Y ella me atacó primero.

—Tal vez, pero he visto a pocos escritores que creen tanta

polémica como tú.

—Cuando salió la serie, me peleé con el director y el foco de la fama cayó sobre mí.

—Sí. La he visto.

—¿Sí? ¿Y qué te pareció?

Olimpia se encogió de hombros.

—Entretenida.

—Es una basura —dijo Rachel—. Puedes decirlo. Y sobre mis libros también, si quieres. Pareces una gran lectora, y yo no soy Herman Melville.

—¿Y para qué quieres serlo? Melville murió pobre y borracho.

—Pues Virginia Wolf.

—Nunca sabes cómo se verá tu obra en el futuro.

—No escribo obras sobre la vida, el paso de los años o la tristeza de la soledad. Esas cosas que gustan a la gente, que los hacen llorar.

—¿A qué gente? —quiso saber Olimpia.

—A los críticos.

—¿Y lo que gusta a la gente de a pie? ¿Eso no te importa? Hicieron una serie sobre tus libros, por lo que debería significar algo.

—Una serie de mierda.

—Para ti, que te comparas con Virginia Wolf, no para los demás.

—A ti también te lo pareció.

—Porque yo me comparo con...

—Déjame adivinar: con Frida Kahlo no.

Olimpia rio.

—No me conoces en absoluto, así que no intentes adivinar lo que pienso. Jamás pensaría en Frida Kahlo; no es mi estilo, tienes razón. Sin embargo, no por ello me disgusta.

Rachel rio también.

—Está claro que no podría adivinar qué pasa por tu cabeza por mucho que lo intentara.

—Me gusta Annie Leibovitz. Me aficioné a la fotografía durante mis años de universidad, pero después volví a los lápices.

—A los retratos.

—Sí. Pinté a muchos visitantes veraniegos sentada en el muro de piedra del patio.

—¿Ya no lo haces? —le preguntó Rachel.

—No voy a hacerte un retrato, así que no insistas —puntualizó a la vez que hacía una mueca graciosa.

Como ambas se habían terminado su comida, Olimpia se levantó y se limpió las migas del pantalón con la mano. Emprendieron el camino de vuelta y Rachel agradeció que fuera de bajada.

—¿A Amery lo has dibujado?

Olimpia rio.

—¿Es eso lo que quieres preguntarme de Amery?

Rachel se encogió de hombros.

—Es guapo. Pero es un crío —constató la chica de ciudad.

—Es buena persona.

—No me cabe duda. Creo que está enamorado de ti.

—Él sabe que no puede ser. ¿Qué sabrá él del amor?

—Pese a que echáis un polvo de vez en cuando. —Olimpia se detuvo en seco y escrutó la cara de Rachel. La escritora no supo si estaba a punto de gritarle o de reír, así que decidió arriesgarse un poco más—: No es un gran amante —añadió.

Un silencio profundo se había apoderado del bosque y parecía que ni los mismos pájaros se atrevían a romperlo.

Olimpia se mordió el labio, aguantándose la risa.

—Así que has catado al irlandés —resolvió, y se puso en marcha —. Creía que eras lesbiana.

Rachel supo que se lo decía, en parte, para molestarla.

—Me gustan algunas personas, me da igual si son hombres o mujeres o ambas cosas a la vez —le aclaró.

—Ya veo.

—¿Te molesta?

—No me malinterpretes. Me da igual si eres lesbiana o no, pero si hablas de con quién me acuesto yo, podemos hablar de con quién te acuestas tú.

—Si quieres.

—La verdad es que no.

—Nunca seremos amigas, ¿no?

Olimpia ladeó la cabeza.

—Es más fácil no tener amigos.

—No lo entiendo.

—No hace falta.

Olimpia aceleró el ritmo para perderse por el camino, dejando atrás a una Rachel que solo tenía que seguir las señales de vuelta a casa.

Capítulo 8

Mi propio y personal infierno

Enero, 2003

La respuesta a todas sus preguntas no tardaría en llegar, y es que el primer día de clase después de fiestas, Olimpia se encontró un regalo dentro de su taquilla, envuelto con una tela de colores. Dentro había un libro de poemas de diferentes escritores. Sin embargo, no era un libro en sí mismo, sino un recopilatorio de hojas con distintos poemas atadas con un cordel. El profesor había hecho un libro para ella, titulado *Poemas desde el infierno*. En la primera página había una dedicatoria que decía: «Espero que no te parezca demasiado cursi. Firmado: tu propio y personal infierno».

—Nico —susurró, abrazando el libro contra su pecho.

Había poemas de Neruda con frases subrayadas a lápiz, además de versos de Benedetti, Bécquer, Lorca, Darío, Vallejo y Machado, entre muchos otros. Sus piernas amenazaban con flaquear en cualquier momento, no podía esperar a leerlo, pero no podía sacarlo de la taquilla sin más. Respiró hondo y cerró la puerta de metal para dirigirse a su primera clase. Se preguntó cómo sería volver a ver a Nico después de tantos días, si él se alegraría de verla, si disimularía, si se mostraría frío y distante o, por el contrario, su regalo había creado un punto de inflexión entre ellos.

No iba a tener que esperar mucho para el rencuentro, porque nada más girar sobre sí misma lo vio a lo lejos, saliendo de la sala de profesores. Llevaba tejanos oscuros y un jersey azul encima de una camisa clara, de un estilo mucho más desenfadado de lo que era habitual en él, y se había cortado el pelo.

Nico también la vio, la saludó en la distancia y se acercó a ella sin prisa.

—¿Qué tal tus vacaciones? —le preguntó de un modo muy formal.

—Un infierno —le contestó ella, con la mejor de sus sonrisas.

—Vaya…, creía que el infierno estaba en el instituto.

—*Touchè!* —Olimpia sonrió.

El profesor también.

—¿Te veo después? —le preguntó.

Ella asintió. Él le aguantó la mirada y unos segundos después continuó su camino por el pasillo hasta su primera clase.

Lidia apareció justo en aquel momento.

—¿Estaba echándote la bronca?

Olimpia negó con la cabeza.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—No sé, es un poco gruñón. A lo mejor le molesta que lleves la falda tan corta.

La chica se miró la falda y después fijó los ojos en su amiga.

—Mi falda está bien.

—Mi madre diría que es inapropiada.

Olimpia rio.

—Como si tú hicieras mucho caso a lo que dice tu madre...

—Cierto.

Lidia se levantó la cintura de su propia falda y le dio un par de vueltas para que le quedara por encima de las rodillas, se agarró al brazo de su amiga y juntas caminaron hasta la primera clase del día.

Olimpia no pudo concentrarse en toda la mañana, y cuando la profesora de Filosofía le pidió que leyera, su compañero de pupitre tuvo que salir en su ayuda y señalar el párrafo por el que iban. No podía dejar de pensar en Nico, en el libro de poemas, en que él había hecho una broma con el infierno. Se preguntó qué significaba aquel cambio, si él había entendido la metáfora y si estaba enviándole señales, pero tendría que esperar unas horas más para saber la respuesta.

Entró en el despacho sin llamar, siendo más puntual que de costumbre, porque sabía que estaba esperándola. Nico la miró mientras entraba, y siguió haciéndolo cuando se sentó y dejó la mochila en el suelo, y no apartó la mirada cuando sus ojos se encontraron con los de ella. Apoyó la cabeza en su mano en una postura relajada.

—¿Has leído mucho estas fiestas?

—Probablemente no tanto como tú.

Nico sonrió y se dejó caer en la silla.

—Esta Navidad no he leído mucho. La he pasado cocinando casi a diario.

—¿Sabes cocinar?

—Me relaja y me obliga a ser creativo.

—No he cocinado nunca nada más allá de una tortilla francesa.

Nico rio.

—Soy un hombre soltero de más de cuarenta años. He tenido mucho tiempo para aprender.

—Supongo que no solo sobre cocina —lo provocó.

La frase sonó tan pícara como pretendía, aunque Nico no cambió la expresión de su cara, con una media sonrisa en el rostro.

—¿Quieres que también te enseñe cocina? —le preguntó él.

Ella se encogió de hombros, sin saber si hablaban realmente sobre gastronomía.

—Pondríamos este lugar hecho un cristo.

—Tal vez pueda enseñarte en otro lugar. Mi cocina es enorme.

Olimpia frunció el ceño, pero enseguida volvió a relajarlo. Él estaba invitándola a su casa y ella sintió un pinchazo en el pecho, como si su cuerpo estuviera a punto de desmayarse.

—¿Y tu vecina? ¿Y tu madre? —le preguntó casi sin voz.

—Mi madre empeoró durante las fiestas y no me quedó más remedio que llevarla a una residencia donde puedan cuidarla como necesita.

—Lo siento, Nico. —Quiso alargar la mano para coger la del profesor, pero en el último momento se contuvo.

—Y Gilda no te verá si entras por detrás. Dejaré la puerta abierta. ¿Te va bien a las cinco y media?

Olimpia lo miró fijamente y se dio cuenta de que no estaba de broma.

—Sí —respondió sin más.

Intentó sonar segura, pero una parte dentro de ella le dijo que estaba loca y que ir a casa del profesor significaba perder la inocencia de aquella relación de instituto. Por otro lado, quería ir a casa de Nico más que nada en el mundo. Sabía que su parte racional no podría impedírselo y que, fuera lo que fuese que tuviera que pasar, estaría preparada.

Al día siguiente, salió corriendo del colegio en dirección a su casa, se duchó rápido, se perfumó de pies a cabeza, se puso máscara de pestañas, colorete rosado y se colocó un vestido azul oscuro y una chaqueta de punto negra. La ropa oscura destacaba su pelo rubio y la hacía parecer mucho más blanca, pero no quería colarse entre los arbustos vestida de colores llamativos. Se soltó el pelo y salió de casa cuando casi eran ya las cinco y media. Caminó rápido hasta la calle del profesor y, antes de llegar a la zona de las casas, se metió entre las cañas hasta aparecer en la parte trasera de los patios, que daban a campo abierto. Se pegó a la pared del patio de Gilda, un muro mucho más alto que el de las otras casas, y llegó a la puerta metálica, que, como Nico le había dicho, estaba abierta.

Entró sin llamar y recorrió el patio sin prisas, mirando hacia los lados. En una de las paredes había cestos con flores, y reconoció la forma de las hortensias, los geranios y un tipo de margaritas amarillas que nunca había visto antes. En la pared contraria había una especie de galería abierta, con ropa colgada y un fregadero de piedra. Cuando llegó a la puerta, vio a Nico en la cocina, colocando los utensilios encima de la mesa de piedra. Carraspeó, asomando la cabeza.

—Llegas tarde —le dijo él, sin girarse.

Olimpia entró por el pasillo hasta la cocina.

—Lo siento, he ido a casa a dejar las cosas.

El profesor la miró al fin, pasando su mirada por su cuerpo de arriba abajo.

—No importa —la excusó—. Voy a enseñarte a hacer galletas de chocolate.

—¿Galletas? Pensé que empezaríamos por algo más consistente, como unas lentejas a la jardinera o unos garbanzos a la riojana.

El profesor la miró.

—¿Te apetece merendar cocido?

—No para merendar. Para cenar a lo mejor.

—No vas a quedarte a cenar.

—Ya veremos. —Nico no dijo nada—. Pero las galletas están bien —añadió ella.

—Sí, mejor empezar por algo fácil.

El profesor le explicó en qué consistía la receta. Cuando Olimpia empezó a mezclar los ingredientes en el bol con la espátula, él se colocó detrás, agarró la espátula y la ayudó a mezclarlo con gracia. La chica se quedó rígida. Había agarrado su mano, la apretaba con fuerza y había pegado su cuerpo al de ella. Olimpia notaba su respiración en el pelo. El brazo derecho la envolvía, mientras que el izquierdo, apoyado en la mesa, la mantenía atrapada.

Él la soltó unos minutos después.

—Así está mejor —le dijo.

Ella estaba ruborizada, así que se limitó a asentir, pero él se acercó para mirarla.

—¿Estás bien? —quiso saber.

—Sí.

—¿Tienes calor?

Olimpia decidió soltarse y dejar la vergüenza a un lado:

—Estoy viviendo en mi propio infierno, así que sí, hace calor.

Él sonrió, apretando los labios.

—¿Quieres saber qué hice con tu dibujo? —Ella sonrió también—. Lo tengo en mi habitación. Me encantó el retrato. ¿Es así como me ves?

Olimpia dejó la espátula y se giró para mirarlo.

—Te dibujé de memoria.

—Una memoria demasiado amable.

—Tú regalo también me gustó.

—Me alegro. —Nico se asomó a la mesa para mirar la masa, pasando muy cerca de Olimpia—. Es hora de hacer las galletas. Coge masa y ve haciendo bolas pequeñas.

Él hizo una y se la enseñó, la puso en el papel de horno y cogió más masa. Ella lo imitó.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —le preguntó Olimpia.

—El quince de junio. Soy del final de la primavera.

—El quince de junio es prácticamente verano ya —lo corrigió divertida—. El mío es en septiembre, el día veintisiete.

—Aún queda mucho.

—Sí, queda un poco.

—¿Sabes a qué universidad quieres ir?

—A la que esté más cerca. No quiero irme de aquí.

El profesor asintió.

—Lo entiendo, está tu madre.

—No es solo por eso —añadió, dejándolo en el aire. Ninguno de los dos dijo nada más al respecto.

Terminaron de fabricar las bolas de masa y el profesor metió la bandeja en el horno.

—Ahora hay que esperar un rato.

Olimpia se apoyó en la mesa y se cruzó de brazos.

—¿Y qué haremos en este rato?

—¿Quieres que te enseñe la casa?

—Por favor —le contestó ella, adelantándose.

Nico la guio por la planta baja, enseñándole el salón, lleno de cuadros antiguos y muebles viejos que le daban un aspecto noble y elegante. El piso de arriba estaba lleno de habitaciones. La primera había sido la habitación de la madre del profesor y tenía su propio baño. Después había dos habitaciones más, otro baño y un cuarto más grande en la otra punta del pasillo: el de Nico.

—Esta es mi habitación.

Olimpia se paseó por ella, mirando cada rincón, y le pareció más sencilla de lo que había esperado. Pero tenía su dibujo apoyado en un jarrón, en la mesita de noche. Aún no creía que se hubiera atrevido a regalárselo, y menos que le añadiera una nota. La había escrito deprisa, teniendo muy claro lo que quería decirle: «Aquí tienes mi propio y personal infierno». No había que ser muy listo para ver en aquella nota adjunta al retrato del profesor una confesión.

—¿Y los libros?

Nico sonrió.

—Arriba. El desván del tercer piso es mi biblioteca.

La tercera planta era una sala enorme con un techo muy bajo llena de estanterías con libros, películas y discos de vinilo. Tenía una cama a uno de los lados y una colección de latas de refrescos con la publicidad desgastada al otro. El suelo crujía ligeramente y la habitación tenía el mismo aire clásico que el resto de la casa. Sin embargo, para Olimpia, estar allí era el paraíso.

—Esta casa es enorme. ¿Puedo mudarme aquí?

El profesor esbozó una sonrisa ladeada y caminó hasta el centro de la sala. Olimpia lo siguió hasta ponerse a su lado, sin poder centrar la vista en ninguna estantería en concreto.

—¿Te gusta?

—¿Bromeas? ¡Me encanta! Ojalá yo tuviera tantos libros.

—Tal vez los tengas dentro de treinta años.

—No me cabrían en ningún sitio tantos. No creo que aspire nunca a vivir en un lugar como este.

—¿Por qué no?

—Mi casa entera es como esta habitación.

—A lo mejor te conviertes en una gran pintora.

La chica rio, sin dejar de mirar las estanterías.

—Como si pintar diese mucho dinero.

—Escoge cinco libros. Te los regalo —le ofreció él.

Olimpia abrió los ojos y miró a su alrededor, pasando la mirada de las estanterías a la cara de Nico, sin acabar de creérselo.

—¿De verdad?

—Escoge bien, hay mucho material.

—Escoge tú —le pidió ella—. Confío en ti porque siempre sabes qué prestarme. Todos los libros que me has dejado me han fascinado.

Nico asintió, se paseó por las estanterías y fue recopilando los cinco libros, parándose de vez en cuando, cogiendo unos y dejando otros.

—No mires —le pidió, viendo que ella estaba atenta a todos sus pasos.

Cogió una pequeña caja de cartón y los metió dentro para después entregárselos. Ella agarró la caja, pero él no la soltó y sus manos se tocaron por encima del cartón.

—Míralos al llegar a casa, no antes.

—Está bien.

Nico la contemplaba atentamente, pasando la vista por todos los rincones de su cara, respirando con pausa. La chica no era capaz de moverse, y lo único que los separaba era la caja de cartón llena de libros.

—¿Vamos a sacar las galletas? —le preguntó él, separándose de nuevo.

Olimpia asintió, bajando la cabeza y decepcionada con el desenlace de aquel contacto. Lo siguió escaleras abajo hasta la cocina, lo ayudó a sacarlas del papel de horno y las colocaron en dos platos.

—¿Quieres enseñarme algo más mientras se enfrían? —le preguntó ella.

—Poco más puedo enseñarte. Creo que has visto lo más interesante de la casa.

—Déjame que lo ponga en duda.

Olimpia se sentó en una de las sillas altas pegadas a la mesa americana de la cocina y la falda se le subió ligeramente, tapándole solo la ropa interior. Nico se apoyó en el mármol de la cocina, sin dejar de sonreír y se cruzó de brazos.

—Es hora de que te vayas —dijo al fin.

—¿Sin probar las galletas? —Olimpia hizo un mohín.

—Mañana puedes venir a merendar.

—¿A la misma hora?

Nico asintió.

—Está bien —le contestó ella—. No hace falta que me acompañes, sé salir.

Se dirigió a la salida cogiendo la caja por el camino, sin resistirse, sin pedir quedarse un rato más, sabiendo que la extraescolar de Arte había cambiado al fin de localización y que esperaría al día siguiente para seguir aprendiendo de aquel profesor, lo que fuera que quisiera enseñarle. Quería quedarse, comerse las galletas e incluso hacer la cena, pero sabía que Nico intentaba construir unas barreras que ya no existían y que, tarde o temprano, tendría que asumirlo. Así que no discutió con él ni le suplicó, porque sabía que, uno de aquellos días, cambiarían los papeles y sería él quien cruzaría la línea que los separaba, cada vez menos estable; para ella, ya totalmente difusa.

Al día siguiente, se pasó las clases haciendo dibujos en su libreta. Su mejor amiga, que no entendía qué le pasaba, le tiró varios papeles desde la distancia con notas sobre su despiste. Elías la paró en el pasillo para invitarla a subir en su moto, ofrecimiento que rechazó. Y la profesora de Lengua le dijo que le bajaría un punto en la nota final si no prestaba atención. Pero a Olimpia le daba todo igual y pasó aquel día dentro de su mente, imaginando cómo sería su tarde en casa de Nico.

Llegó a casa del profesor a las cinco y media en punto. Entró por la puerta trasera y apareció en la cocina justo cuando Nico ojeaba un libro de cocina con grandes tapas verdes.

—¿Prefieres pastel de chocolate o de limón? —le preguntó sin saludarla.

—Creo que de chocolate. El limón no me gusta demasiado.

—Buena elección —sentenció él a la vez que cerraba el libro de golpe.

Sacó los ingredientes y los puso encima de la mesa que había en el centro de la cocina, donde era cómodo trabajar de pie con las manos. Parecía absorto en las instrucciones, y Olimpia se dio cuenta de que no estaba dándole tanta conversación como otras veces. Prepararon la masa, paso por paso, y en el momento de añadir el chocolate, el profesor se manchó la camisa.

—Mierda —masculló entre dientes.

Olimpia cogió un paño, le puso agua y jabón de platos y se acercó para frotar la mancha. Él la dejó hacer, sin decir nada, y la chica agarró la camisa con una de sus manos, tiró de ella para sacarla del pantalón y metió la mano por dentro a la vez que frotaba la mancha.

—Olimpia...

—Si no la frotas enseguida, se quedará para siempre —se adelantó antes de que él dijera nada más.

Frotó con fuerza, y una vez que la mancha se había aclarado, relajó la mano que tenía dentro de la camisa y sus dedos tocaron el abdomen del profesor, con suavidad. Él la agarró de las muñecas y le apartó las manos.

—Gracias —le dijo él—. Voy a cambiarme. Mételo en el horno, pero baja un poco la temperatura, si no, no subirá la masa.

Nico subió las escaleras de dos en dos y Olimpia metió la tarta en el horno. Pensó en subir tras él, en lanzarse entre sus brazos y pedirle que la besara, pero lo descartó al imaginárselo rechazándola, invitándola a marcharse y no quedando con ella nunca más. Quería ser valiente, pero no sabía si tendría la oportunidad. También sentía miedo y no sabía si sería capaz de decirle lo que sentía, aunque viera claro que a él también le gustaba. Sabía que no la había invitado a su casa para hacer pasteles, que era solo una excusa para pasar tiempo con ella, pero tal vez se contentaba solo con ser su amigo. Se preguntó si alguien como Nico sería capaz de arriesgarlo todo por ser amigo de una menor, y supo que la historia no podía ser tan sencilla.

Nico bajó las escaleras unos minutos después con una camiseta gris con el logo de una marca de refrescos; una vestimenta mucho más informal que la que llevaba al instituto.

—¿Ya está en el horno?

Olimpia asintió.

—Con la temperatura indicada.

—¿Qué quieres hacer?

—Podemos jugar al uno —le propuso ella, bromeando.

El profesor sonrió.

—O al ajedrez.

Olimpia arrugó la nariz.

—Es un juego demasiado lento para mí.

—¿Al parchís?

—A verdad, beso o atrevimiento —dijo entre risas.

—Venga —aceptó él—. Elije primero.

—Beso.

Nico suspiró.

—Sí, claro. Quieres que pase el resto de mi vida en la cárcel para quedarte mis libros, ¿no?

—Nadie lo sabría nunca.

—Yo lo sabría.

—¿Y no te dejaría dormir por las noches?

—Probablemente no.

—Pensaba que...

—¿Qué pensabas? Que te había invitado a mi casa para acostarme

contigo, ¿no?

Olimpia se encogió de hombros.

—Porque te gustaba, sin más pretensiones —expuso, con miedo a la respuesta.

El profesor frunció los labios y asintió.

—Ya —fue lo único que dijo.

Caminó hasta el bolso de Olimpia, que había dejado sobre la mesa, y se lo acercó. Ella lo cogió y se lo colgó a un lado.

—Entonces, ¿eso es que no? —le preguntó ella, sintiéndose valiente.

—Nos veremos en clase. Esto tiene que acabarse —concluyó él.

—¿Volvemos a las tardes de despacho?

—No, Olimpia. Ni despachos ni visitas. Solo las clases del curso.

Estaba sucediendo exactamente lo que Olimpia había intentado evitar y sintió un temblor recorriendo su cuerpo.

—No, por favor —le pidió, acercándose a él y poniéndole las manos en el pecho.

Nico se las apartó.

—Es mejor así. Sería un error continuar con esto. ¿Qué creías? Que podíamos ser novios sin más, ¿no? No es tan fácil. No es solo que sea tu profesor. Es que te llevo casi treinta años.

Ella apretó los puños.

—Dejaste en mi taquilla un libro de poemas, subrayado. —Olimpia estaba muy seria—. ¿Y crees que besarme sería un error?

—No tendría que haberlo hecho. —Él la miraba sin desviar la mirada, pasando su mirada de un ojo al otro de manera alternada.

—Pero lo hiciste, ¿pensabas que no me alentaría a continuar? Porque pareces muy listo para que ahora resulte que no te esperaras nada de esto.

—Tienes razón.

—Entonces, ¿no te gusto?

—No he dicho eso.

—Entonces sí.

Él se alejó.

—Vete, por favor. —Se giró para dejar de mirarla.

Olimpia conocía su cuerpo, pero conocía aún más su mente y sentía la ira apoderarse de ella; una ira que acabaría en un llanto imposible de controlar. Sí que se marchó, como él le había pedido, sin decir nada más, queriendo ahorrarse un espectáculo que la haría parecer más niña todavía. Sin embargo, empezó a llorar justo antes de salir de las cañas, por lo que se sentó a un lado a desahogarse unos minutos antes de volver a casa, antes de que su madre viera la tristeza en su cara.

Capítulo 9

La tumba con más flores del cementerio

Diciembre, 2017

Rachel subía al mirador habitualmente, acompañada de su libreta y un boli azul. Casi siempre se cruzaba a algún señor con boina o a alguna octogenaria de esas que caminan rápido y con la bolsa de la compra en la mano, pero siempre se sentaba en las piedras sola. No había vuelto a ver a Elvira, la hermana del padre Darío, hasta aquel día. La mujer la saludó efusivamente, llamándola chica de ciudad, aunque en tono cariñoso.

—Señora Elvira. Me alegro de volver a verla. —La saludó con la mano—. Conocí a su hermano el otro día.

—¿Y qué tal? Porque suele ser bastante conmovedor el primer impacto del pequeño Darío Pinto.

—No parece que le tenga mucho cariño.

—Está hecho un carca. Con los problemas que daba de crío. No me malinterpretes, es mi hermano y le tengo estima, pero es un pesado.

Rachel rio.

—Tenía mucho que decir.

—Era un niño ratito —le explicó la señora.

—Me dijo que sus misas son muy populares por estos lares.

—¡Qué mentiroso! Contrasta la información. ¿Eso no os lo enseñan en Periodismo?

—Estudié Humanidades.

—Vaya. Como veo que haces tantas preguntitas, pensaba que eras como esas tipas de la tele, que quieren saberlo todo aunque resulte impertinente.

—Sí. Ya me he dado cuenta de que a la mayoría les molesta.

—Bueno, no preguntas a las personas adecuadas. ¿Qué quieres saber? —indagó.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? ¿Por qué parece más normal que la mayoría?

—Bueno. Gracias por no ponerme al nivel de mis vecinas. Hace algunos años que me jubilé, pero era enfermera, así que le he visto el culo a la mitad de este pueblo. Éramos dos chicas las que ejercíamos de enfermeras en el pueblo, ayudantes de los doctores. La otra murió, yo me jubilé y después cambiaron la consulta. Se modernizó, ya me entiendes.

—Nuevos médicos —adivinó Rachel.

—Más jóvenes, sí. La otra enfermera era la madre de Olimpia.

Rachel se concentró en la historia.

—¿Su madre?

—Veo que he captado tu atención. Es nombrar a la muchacha y te pones alerta.

—Me sorprende que viva aquí, eso es todo. Me cuesta entenderlo. Me cuesta entenderla a ella, no sé si me comprende.

Elvira asintió.

—No te negaré que la muchacha es especial, es diferente. Su madre y yo éramos mejores amigas, inseparables. Me dijo que cuidara de la chica cuando faltara, pero al parecer el increíble y genuino profesor de Arte se me adelantó.

Elvira lo dijo con desprecio.

—No le caía bien.

—No especialmente.

—No es una opinión generalizada.

—Es que era un encantador de serpientes. Era tan buen vecino, tan amable, tan inteligente, tan rico, tan poco tarado..., que tenía algo turbio, lo sentía en los huesos. ¿Sabes cuando tienes una intuición?

Rachel asintió.

—¿Por la edad?

—Entre otras cosas. Ella era una cría, joder. Si acababa de salir del colegio, como quien dice... Suerte que su madre nunca sospechó nada. Y no porque las calles no fueran llenas de rumores, porque te aseguro que se comentaba.

—¿Los vecinos lo sabían?

—Claro, chica. Aquí los vecinos lo saben todo.

—Por lo que he podido comprobar en este tiempo, parece que Olimpia adoraba a su marido.

—Sí, bueno, no siempre somos conscientes de lo que nos conviene. Ya me consta que lo amaba. Más de lo que se merecía ese truhan.

—Me pareció que su hermano Darío daba a entender que la mala era Olimpia.

—Porque es un idiota. El día del entierro de su madre, Olimpia montó un espectáculo que no creo que nadie olvide jamás. Se volvió loca, hablaba del infierno y de ser unos hipócritas. Se peleó con Darío en mitad de la misa porque no quería que hablara de Dios, y desde entonces son enemigos acérrimos. Después la cosa se calmó y ayudó un tiempo con los envíos humanitarios, pero con la muerte de Nico volvió a torcerse. No dejó que Darío diera la misa, sino que se la encargó a un señor de la funeraria. Así que imagínate.

—Joder...

—No quería pasar por la iglesia porque no ha vuelto a pisarla desde entonces, y eso que hace más de diez años, aunque visita a menudo el cementerio. ¿Quién puede culparla, con todo lo que ha pasado la pobre muchacha?

—¿Con todo?

Elvira pareció dudar.

—Sí, mujer. La muerte de la madre, el marido y eso.

—¿Dónde está el cementerio?

—Saliendo por la carretera del sur, a mano derecha. Se ven los cipreses enseguida, así que no te perderás por el camino. Todas las tumbas están en el suelo. Por aquí no nos gustan los nichos.

—¿Es bonito?

—Todo lo bonito que puede ser un lugar lleno de cuerpos podridos.

El cementerio era bonito, pese a estar lleno de muertos, como había dicho Elvira. Había tumbas que tenían fecha de finales del siglo diecinueve y cruces altas y blancas bien cuidadas. La tumba de Nico era de las más recientes. Tenía una escultura de un ángel con su nombre escrito en letra cursiva y un poema sin firma que Rachel no supo identificar. Decenas de ramos de flores la adornaban, como si más de una persona se los dejara allí semanalmente, todas frescas y soltando un peculiar aroma que hacía que estar delante fuera agradable. Le llamaron la atención en especial unas margaritas blancas que le hicieron pensar en el cuadro de Olimpia del colegio, y una parte de ella supo que aquellas flores eran de su anfitriona, de la mujer de un señor al que casi todo el mundo quería en aquel pequeño pueblo perdido en medio de la nada.

Aquello hizo que pensara en su vida, en que no tenía nadie a quien llevarle flores y tampoco lo tendría nunca. Sus parejas habían sido fugaces, su madre era su mayor enemiga y no tenía más familia. Una parte de ella había querido buscar a su padre entre la comuna *hippie* en la que se había criado, pero descartó la idea al enterarse de que más de la mitad de aquellos hombres habían acabado bajo tierra, en una tumba probablemente mucho más horrible que cualquiera de las de aquel cementerio. Sus amigos habían empezado a tener hijos y casi ya no quedaban para cenar o tomar una copa, así que se imaginó a su editora y a su nutricionista sentándose juntas en un supuesto funeral, llorando porque habían perdido una parte importante de sus ingresos con su deceso, y quiso reírse en voz alta, pero aquel no era el lugar apropiado.

Cuando volvió al hostal, buscó a Olimpia por la cocina, el salón y el patio, sin encontrarla. Sabía que estaba en casa porque sus zapatos estaban ordenados en la entrada, sin huecos, y olía a café recién hecho. Llamó a la puerta de su habitación, sin obtener respuesta, y una intuición la hizo subir al tercer piso, donde la encontró mal sentada en un sillón. Parecía acalorada, inmersa en su lectura mientras balanceaba las piernas con los pies descalzos a un lado. Intentó

acercarse sin hacer ruido, pese a que sabía que Olimpia era consciente de que estaba allí.

Iba a sentarse en el otro sillón cuando la anfitriona la detuvo.

—No, por favor.

Rachel se extrañó, ya que no había ningún asiento más en la habitación, pero se sentó en el suelo cruzando las piernas, sin ganas de enfrentarse a ella. Olimpia siguió enfrascada en su lectura y Rachel vio el título de la obra, *Trópico de Cáncer*, de Henry Miller.

La escritora suspiró.

—No sé si me cae bien Henry Miller. Me fastidia porque sus libros no me disgustan.

—No hay que mezclar lo personal con lo profesional.

—En cambio, me encantan los diarios de Nin.

—Pues a ella le encantaba Henry Miller —le respondió rápidamente Olimpia, refiriéndose a la autora.

—Más que encantarle, es que se lo tiraba. Y a su mujer.

Olimpia dejó el libro a un lado.

—¿Y te parece mal?

—Para nada.

—Lo has dicho como si te lo pareciera.

—Bueno, no es el hecho de que durmieran juntos, sino que no me imagino que le cayera mal alguien con quien se acostaba.

—¡Qué sentimental!

Rachel miró a su alrededor.

—Este lugar tiene un aire místico.

—Me gusta estar aquí —le confesó Olimpia—. Es el único lugar de la casa que no se restauró en la conversión a hostal.

—Tiene ese olor a libro viejo de las bibliotecas. El aroma a recuerdos.

—Bonita frase. Deberías apuntarla —le dijo la anfitriona con tono burlón.

—¿En qué parte del libro estabas? —le preguntó, señalando la novela de Miller.

—¿Tiene relevancia para ti?

—Es que se te ve un poco alterada. Pensé que podría ser por la lectura.

Olimpia se encogió de hombros.

—Podría ser.

Rachel se apoyó en sus manos a la vez que Olimpia se levantaba del sillón.

—He invitado a Amery a cenar.

—¿Es una petición formal para que me marche y os deje a solas?

Olimpia se acercó a ella y le tendió la mano en un gesto amistoso para ayudarla a levantarse. Rachel la aceptó y se quedó a dos palmos

de Olimpia, quien sonrió y se lamió el labio con suavidad, haciendo que la escritora pusiera la atención en su boca.

—Es una invitación a que te quedes. Haré tomates rellenos, canapés para picar y habrá vino tinto.

Rachel escuchó a su casera a la vez que leía sus labios, poniendo especial atención en las pes y las des.

—No quiero molestar.

—Creo que a Amery le caes bien, y yo podré tolerar tu presencia unas horas más, supongo. Al final, una se acostumbra a todo. A lo malo y a lo bueno.

Rachel fingió que se quitaba un sombrero imaginario.

—Gracias, marquesa Olimpia.

Olimpia sonrió.

—No te acostumbres.

El vino tinto era tan bueno que Rachel saboreó su primera copa como si hiciera años que no bebiera. Olimpia se la sirvió mientras esperaban a Amery, que llegaba tarde a la cita. El chico entró sin llamar, con una botella de licor en una mano. Se había recogido el pelo en una coleta en la nuca, aunque los mechones más cortos le caían en la cara y se los peinaba detrás de las orejas con los dedos. Saludó a Olimpia dándole un beso en la mejilla y a Rachel con la mano.

—No sabía que estarías aquí —dijo, mirando a la escritora.

—Me ha invitado Olimpia.

Olimpia puso un par de platos con comida en la mesa. Se había ataviado con un vestido negro vaporoso con mangas anchas y una falda larga que salía de la cintura hasta sus tobillos. Sus pies sobresalían por debajo, descalzos, adaptándose a las baldosas del suelo de la cocina.

—¿Te importa? —quiso saber Olimpia—. Es mi invitada y me gusta ser amable. Además, me consta que sois amigos.

Amery miró a Rachel.

—Le gusta la cerveza —le contestó el irlandés—. Y el *whiskey*.

—Brindemos por eso —añadió Rachel, levantando su copa para brindar.

Olimpia se unió al brindis:

—Por una noche memorable.

Los tomates habían fascinado a Rachel desde el primer día: su jugosidad, la intensidad de su sabor, la rojez de su interior. Pero los tomates rellenos estaban a otro nivel, y se lo dijo a Olimpia sin esconder lo mucho que le habían gustado.

Amery explicó una anécdota que le había pasado con los alumnos de prácticas de Ciencias del instituto. Ambos hablaron de la profesora de Biología, que odiaba a Amery, y de Junia, que había aprobado unos

presupuestos que no habían gustado en el pueblo. Rachel los escuchó con atención sin que le interesara mucho el tema, pensando en las pecas de Olimpia y fijándose en los lugares donde Amery posaba sus ojos, llenos de deseo por la joven viuda. Entre los tres acabaron la primera botella de vino, y antes del postre —un delicioso tiramisú casero servido en vasos de cristal— ya habían abierto la tercera.

—No te pago suficiente para tener estos manjares —concluyó Rachel.

—Tendrás que buscar maneras de recompensarme —le dijo Olimpia.

—Si no me dejas hacer nada —se quejó la chica de ciudad.

—Ya se te ocurrirá algo.

Y lo dijo de un modo que a Rachel le pareció seductor, como si intentara ligar con ella. Pero la escritora lo descartó enseguida, sabiendo que Olimpia había bebido mucho, igual que el resto de los presentes.

Amery se acomodó en uno de los taburetes, estando a punto de perder el equilibrio, así que Olimpia propuso moverse a los sofás, con la crema de licor que había llevado el irlandés para acompañar la sobremesa. Los sofás eran de piel marrón, con pinta de antiguos pero cómodos. Estaban uno enfrente del otro, separados por una mesita llena de revistas de moda y decoración. Rachel se sentó en uno y Olimpia y Amery en otro. La escritora miraba fijamente al irlandés y Olimpia se dio cuenta.

—¿Qué pasa? —preguntó esta última.

—Joder, que ya sé a quién me recuerda. ¿No te parece que tiene un aire a Adam Levine en rubio?

—¿El cantante de Maroon 5?

Rachel asintió y Olimpia se sentó de lado, con los pies encima del sofá y la falda remangada.

—Ahora que lo dices, sí —concordó Olimpia.

—No me parezco —dijo Amery entre risas.

—Yo creo que sí —insistió Rachel.

Olimpia se levantó del sofá, caminó de puntillas hasta el tocadiscos y removió los vinilos que tenía encima de la mesa, desordenados.

—¿Qué pongo? ¿Marvin Gaye?

—Por favor —secundó Rachel.

—Marvin no —se quejó el irlandés, tapándose la cara.

—Tu gusto musical es una mierda —le dijo Rachel—, así que no puedes opinar.

La anfitriona sacó un disco de la funda y lo colocó despacio, siendo especialmente delicada con la aguja, y sonaron las primeras notas. Olimpia se meció al ritmo de la música hasta el sofá y se dejó

caer en él, para después agarrar la copa y bebérsela de un trago. Amery seguía la melodía con los dedos, repiqueteando el brazo de piel del sofá y mirando al techo. Rachel los observaba a ambos, atenta a sus movimientos. Pensó que podría escribir sobre ellos, describir sus rostros, sus movimientos gráciles. Tal vez contar cómo un científico irlandés había salvado a una joven viuda de la tristeza de su cama vacía. Pero era una historia falsa y Rachel lo sabía. La historia real era mucho más caliente y menos sentimental, y una parte de ella sentía celos por no estar metida en los hechos y ser solo una espectadora más. Al fin y al cabo, era solo la narradora de la historia de un pueblo que tal vez no tenía nada que contar. Tal vez debía volver a sus novelas de misterio y hacer el *spin off* que le había propuesto la alcaldesa o resucitar a la protagonista de la saga que la había hecho famosa.

—Tierra llamando a la chica de ciudad —dijo Amery.

—¿En qué piensas? —le preguntó Olimpia.

—En chorradas. —Ambos estaban esperando a que continuara—: En mis novelas. En que aún no he escrito nada y tal vez me equivoque intentando reinventarme.

—¿Por qué quieres escribir otra cosa? —se interesó Olimpia.

—Porque quiero que importe. Mis personajes gustan a mucha gente, lo sé, pero quiero que la historia conmueva, que deje sin aire, que la gente cierre el libro y exclame: «¡Joder con Rachel Jones!».

Olimpia sonrió y Rachel se tumbó en el sofá.

—Lo entiendo —comenzó Amery—. A mí me encantaría descubrir una nueva especie y ganar el premio Nobel.

Olimpia rio.

—¿Nadie se conforma con una vida tranquila?

—El premio Nobel es tela de pasta —le contestó Rachel.

Amery asintió y Olimpia se levantó del sofá, estirándose.

—Es tarde y mañana hay que madrugar.

—Madrugar no —negó Rachel—. ¿Por qué hay que madrugar?

Olimpia sonrió y caminó hasta la barra de la cocina para apagar las velas que había encendido. Sopló suavemente mientras Rachel y Amery aún hablaban.

—Quedaos un rato más si queréis.

Amery bostezó rápidamente.

—Estoy cansado también.

Y Rachel entendió que sobraba.

—Yo igual. Me daré un baño primero y a dormir.

La escritora se levantó y se puso en marcha enseguida, diciendo adiós con la mano. Subió las escaleras de dos en dos, se metió en su habitación y cerró la puerta. Unos minutos después escuchó varios pasos de pies subiendo las escaleras, unos susurros lejanos y la puerta

de la habitación de Olimpia cerrándose después. Escuchó sonidos de muelles en movimiento, suspiros suaves y gemidos ahogados; los gemidos de Olimpia. Y una parte de ella, la más aventurera, deseó abrir la puerta y atravesar el pasillo, cruzar el límite y saber qué pasaba. La otra parte, la sensata, rebuscó la goma de su ropa interior e introdujo su mano, dejando que la imaginación llenara los huecos entre gemidos.

Capítulo 10

La biblioteca del tercer piso

Enero, 2003

Nico dejó de saludarla por los pasillos, y en las clases nunca la miraba, como si no existiera. A cambio, Olimpia hizo un examen de diez en Historia del Arte, también en la variable de arte, y cuando llegaron las prácticas, pintó en su lienzo una representación del infierno, imitando los cuadros de William Blake, con una mano saliendo de las llamas. Una de sus compañeras de clase miró tanto rato su lienzo que Olimpia le preguntó si quería algo, pero la chica volvió a concentrarse en su pintura sin responderle. El profesor no se paseó por su lado en ningún momento, y solo reparó en ella cuando al final de la clase algunos alumnos se pararon delante de su cuadro para mirarlo de reojo. Le puso un diez en las notas del trimestre y Olimpia sabía que se lo había ganado.

Aquel fin de semana, la noticia de la muerte de la madre de Nico recorrió el pueblo entero. La trasladaron desde la residencia del pueblo vecino al tanatorio situado en la parroquia. Olimpia sopesó ir para darle el pésame a Nico, fingiendo que era solo una alumna preocupada por su profesor, pero, después de pensarlo durante horas, no le pareció que fuera una buena idea. El pueblo era muy pequeño y todos los vecinos se conocían, sin embargo, algunos eran más amigos que otros y su familia nunca había sido cercana a la de Nico. Pese a que sabía que no debía acercarse, pasó por delante de la parroquia yendo a casa de Lidia y volvió a hacerlo por la noche, al regresar a su casa. En ninguno de sus paseos vio a Nico, y en su mente imaginó cómo debía sentirse: solo y sin familia. Visualizó su cara seria, sus brazos delgados y fuertes, con la camisa remangada, y quiso abrazarlo, aunque fuera solo un momento.

El lunes enterraron a la madre de Nico por la mañana, muy temprano, y la clase de Nico la dio la profesora de Lengua, que les hizo resumir el libro sin más. El martes, el profesor tampoco asistió al instituto, y por la tarde, Olimpia se dirigió a su casa directamente, preocupada por él. Se metió entre las cañas, caminó por el filo del camino de tierra hasta la puerta trasera y giró el pomo, esperando que la pequeña abertura de metal estuviera cerrada, pero no lo estaba. Entró despacio, en silencio, y temió asustar al profesor. No obstante, una parte de ella sintió que él quería que fuera porque, si no esperaba visita, no tenía sentido haber dejado la puerta trasera abierta.

Olimpia llegó a la cocina, pero allí no había nadie.

—¿Hola? ¿Nico?

El sonido de unos papeles se escuchó en el salón y el profesor apareció por la puerta de la cocina.

—Olimpia.

—Siento la visita sorpresa. Quería ver si estabas bien. Estoy preocupada.

Nico tardó unos segundos en contestar, pero a cambio sonrió suavemente y se dirigió hacia ella. Y como Olimpia había imaginado, no parecía sorprendido de verla allí.

—Sí. Solo me he cogido unos días de vacaciones para arreglar papeles.

—Ya.

—Pero me alegro de verte —añadió. Olimpia sonrió de medio lado, pero no dijo nada—. ¿Quieres beber algo? ¿Té, café, un refresco?

—No tengo sed.

Nico la miró fijamente, en silencio. Caminó hasta la nevera, agarró dos cervezas, las abrió y le dio una a Olimpia, que la aceptó sin rechistar.

—Estaba pensando en ver una película —le comentó Nico.

—¿Algo ligero, o una de esas que te dejan destrozado? —le preguntó ella, intentando sonar divertida.

—Ligero. Algo antiguo y divertido. *Viejuno*, como sueles decir.

—A ver qué tienes, *viejuno* —malmetió la chica con una sonrisa.

Subieron al tercer piso y Olimpia miró la colección de películas de Nico mientras él permanecía su lado, expectante. Tenía una colección entera de Hitchcock y todas las cintas en las que salía Bela Lugosi, pero también de los últimos años, aunque casi todas sobre la Segunda Guerra Mundial.

—Es que hasta tus películas son de culto…

Él se encogió de hombros y le dio un trago a su cerveza.

—No sabía que fueras fan de Blake —le dijo Nico de repente, refiriéndose a su obra.

—No es que sea fan de Blake, solo quería fastidiarte. Sé que tú no lo eres.

Nico soltó una risita.

—Podría haberte puesto un cero, por provocadora.

—Me arriesgué, y parece ser que he ganado.

—Eres muy lista para ser tan joven. Se te da muy bien la venganza.

Olimpia lo miró.

—No era venganza. Era arte.

Nico negó con la cabeza.

—Eres perversa…

—No soy ninguna niña ya.

Nico se apoyó en la estantería mientras ella seguía sacando las

películas.

—Ya. Eres toda una señora.

Olimpia dejó de prestar atención a las películas.

—Lo soy —le aseguró, dando un paso hacia él—. Puede que me queden unos meses para ser mayor de edad, pero no es ilegal si quiero hacerlo. ¿No son los quince la edad de consentimiento?

—No lo sé —dijo él—. No me lo había planteado nunca en veinte años como profesor.

—¿Hasta ahora? —Ella se acercó un poco más.

Él dio un paso atrás.

—No sabes dónde te metes —la avisó.

—Y nunca lo sabré si me rehúyes.

Él dejó la cerveza en la estantería y se metió las manos en los bolsillos.

—¿Con cuántos chicos te has acostado?

Olimpia, que no esperaba aquella pregunta, se quedó muda durante unos segundos y pensó en no responder, pero parecía que Nico quería demostrar algo con aquella pregunta.

—Con dos —dijo al fin.

—Te has acostado con dos muchachos. ¿Cuántas veces?

—No lo sé, no las cuento.

—¿Diez, veinte? Has follado con dos críos unas cuantas veces y crees que ya lo sabes todo, pero te aseguro que no.

Nico dio un paso hacia ella y esta vez fue Olimpia la que retrocedió, dejando su cerveza a un lado y aguantándose en la estantería. Sin embargo, el profesor dio un segundo paso y se quedó a escasos centímetros de ella.

—¿Has estado alguna vez con un hombre?

Olimpia tragó saliva.

—No.

—No es lo mismo —insistió él—. No sería como imaginas. No sería como en las películas románticas que ves con tu madre por la noche. —Nico siguió avanzando hasta estar delante de la boca de la chica. La agarró del mentón y la miró a los ojos—. ¿Aún quieres saberlo? No habrá vuelta atrás, Olimpia.

Olimpia notó el aliento caliente de Nico en la boca, su aroma suave a cerveza y menta, sus dedos con un ligero olor a tabaco. La chica se puso de puntillas y besó al hombre en un beso sonoro, húmedo y suave, chocando ligeramente sus labios. Él no se movió, y cuando Olimpia se separó para mirarlo, seguía inerte, expectante. Nico la besó de vuelta, atrayéndola hacia él y agarrándola con fuerza de la cintura. Metió la lengua en su boca y Olimpia jugó con ella, suave al principio, subiendo la intensidad por momentos. Las manos de Nico pasaron a sus muslos y arrugaron su falda de uniforme con los dedos,

apretándola contra él.

Una voz se escuchó en el piso de abajo y Nico se separó de la chica, se llevó el dedo índice a los labios y susurró:

—Quédate aquí en silencio.

Nico bajó las escaleras y Olimpia se quedó pegada a las estanterías, conteniendo la emoción, excitada ante aquel húmedo beso con el profesor. Se preguntó qué habría querido decir al remarcar que no sería como en las películas románticas que veía con su madre. El sexo era sexo y solo podía hacerse de una manera. Tampoco le importaba mucho, ya que sentía el corazón desbocado en el pecho y la entrepierna mojada, y era mucho mejor que lo que nunca había sentido. Aquel día no había ido a su casa después de clase y no se sentía en su mejor momento; llevaba el pelo suelto, enredado en la nuca, y su ropa interior era infantil. No había imaginado que aquella tarde acabaría con Nico besándola, pese a lo mucho que lo deseaba.

Escuchó al profesor hablando con una mujer a lo lejos, entre el hueco de la escalera, riendo con ella y siendo tan amable como siempre. Un golpe seco, de una puerta cerrándose, puso alerta a Olimpia, y supo que Nico volvería en cualquier momento. Lo siguió el ruido de las escaleras, pausado y rítmico. Se preguntó si aquella interrupción sería el final para siempre o si el profesor querría seguir besándola.

Nico llegó al final de la escalera y se quedó apoyado en la barandilla.

—¿Estás segura de que quieres que nos acostemos? —le preguntó.

Olimpia asintió y el profesor suspiró sonoramente.

—Está bien. —Levantó una mano en dirección a Olimpia—. No te muevas de ahí.

Nico caminó hasta la cama, se sentó y apoyó los codos en sus piernas abiertas, en una postura relajada, sin dejar de mirar a Olimpia.

—Quítate la ropa —le ordenó—. Empieza por la falda.

Olimpia se desabrochó los botones laterales de la falda, que se abrió y cayó al suelo, y la alejó con los pies. El profesor estaba atento a cada movimiento, y cuando ella fue consciente de que miraba sus braguitas de colores, quiso decirle que también tenía de encaje y solía usar ropa oscura, pero él le indicó que se callara y continuara desvistiéndose.

La chica se quitó el jersey verde, lo dejó a un lado y desabrochó los botones de su camisa blanca, uno por uno, desde el pecho hasta la tripa, mostrando su sujetador blanco de cerezas. Nico hizo una mueca al verlo que Olimpia entendió como una sonrisa, así que se desprendió de la camisa lentamente a la vez que usaba sus pies para sacarse los zapatos. Estaba a punto de tirar de los calcetines cuando el profesor habló:

—Quítate el sujetador.

Nico había apoyado los brazos en la cama, estirándose hacia atrás, y Olimpia vio que el pantalón le apretaba la erección, que era claramente visible. La chica se quitó el sujetador y lo dejó caer al suelo mientras él la observaba, sin decir nada. Nico se irguió en la cama y adelantó la mano, indicándole que se acercara. Ella caminó hasta él, y cuando Nico la tuvo al alcance, la agarró de la cintura y la acercó, dejando sus pechos a la altura de su cara. El profesor se chupó los dedos y le acarició el pezón del pecho izquierdo con la mano derecha, con suavidad, usando las yemas. Después acercó sus labios y sopló aire frío. Olimpia notó un pálpito entre sus piernas y una humedad que desconocía hasta el momento. Apretó las piernas, temiendo que el flujo vaginal sobrepasara su ropa interior y cayera por sus pantorrillas en forma de gotas frías y espesas. Nico besó sus pechos, con suavidad, usando solamente los labios, bajó por su cintura mientras agarraba sus bragas y las bajaba también. Miró hacia arriba solo unos segundos para ver si Olimpia seguía queriendo continuar, pero ella no podía hablar; se sentía ruborizada, excitada, fuera de su propio cuerpo, como si aquello no estuviera sucediendo de verdad.

El profesor metió su mano entre las piernas de Olimpia, con la palma hacia arriba. Levantó los dedos índice y corazón y le recorrió el interior de los labios, llenándose de su humedad, mojándose los dedos. Caminó con ellos por su barriga y alargó la mano hasta la boca de la chica para que los chupara. Ella lo hizo, lamió con ganas, notando su sabor ácido, y vio en la cara del profesor que le había complacido que lo hiciera. Nico levantó una de las piernas de la chica para ponerla sobre la cama y volvió a apoyarse en sus dos manos, con la visión de su sexo en primer plano.

—Mastúrbate —le pidió.

La chica bajó una mano y se tocó con suavidad.

—Tú también —le ordenó ella.

Nico sonrió. Se desabrochó el pantalón, se bajó la cremallera y metió la mano dentro de su ropa interior, tocándose con lentitud y acelerando el ritmo poco a poco.

Olimpia gimió de forma suave, sintiendo el calambre, el inicio de un orgasmo apoderándose de su cuerpo, pero no quería quedárselo para ella, así que dejó de tocarse y apoyó sus manos en Nico, dispuesta a besarle los labios de nuevo, pero él la rechazó. La agarró de la cintura y la tumbó en la cama con fuerza, abriéndole las piernas. Se tumbó encima, se bajó los pantalones y la penetró sin miramientos, con violencia, con un deseo largo tiempo contenido. Olimpia soltó un gemido y el profesor le tapó la boca, sin dejar de moverse y acelerando los movimientos.

Olimpia notaba los espasmos en su interior, Nico entrando con

fuerza, aguantando la respiración, escondiéndose entre los mechones de su pelo. Sentía placer y dolor a la vez. Los golpes de cadera eran muy fuertes y le hacían daño, pero la intensidad del roce le gustaba, como también notar el peso del cuerpo del profesor, sus dedos en la boca, su olor. Se corrió de repente, sin esperárselo, y mordió los dedos de Nico, que no la dejaban respirar. Él la siguió, saliendo de ella y dejándose llevar encima de su tripa. La chica notó el líquido caliente y espeso recorriendo su barriga, goteando hasta la cama, y rio suavemente, satisfecha.

Nico se dejó caer a un lado, respirando con dificultad mientras Olimpia lo miraba. Se peinó el pelo con las manos y se giró hacia ella, sonrió y se acercó para besarla a la vez que subía una mano para acariciarle el pelo.

—¿Estás bien? —Ella asintió, ruborizada por completo—. ¿Te ha gustado?

La chica asintió de nuevo, varias veces seguidas, mientras sonreía.

—Nunca había experimentado algo así.

Nico rio.

—Te dije que no iba a ser lo que esperabas.

—Ha sido mejor. El éxtasis de santa Teresa.

El profesor se incorporó y se sentó en la cama. Se colocó la ropa en su sitio y se levantó para recoger la de Olimpia y dársela. Pero antes de que se pusiera la ropa, cogió un pañuelo y le limpió el estómago. Ella lo miró mientras se vestía y él recuperó su cerveza de la estantería y le dio un trago.

—¿Esto va a volver a pasar?

—No lo sé, Olimpia. ¿Tú quieres?

—Sí.

Nico anduvo hasta la cama y se sentó a su lado.

—Si le cuentas esto que ha pasado a alguien, será el final de todo para mí. Me despedirán del instituto y los vecinos vendrán a mi casa a despellejarme.

Olimpia se giró hacia él, sentándose de lado.

—No, Nico. No pienso decírselo a nadie.

—Ni a Lidia.

—No. A Lidia tampoco.

El profesor asintió.

—Y pórtate bien en clase.

Olimpia levantó una ceja y acompañó el gesto con el saludo militar.

—Sí, señor.

Pasaron el resto de la tarde comiendo las magdalenas que la señora Gilda le había llevado a Nico y contándose historias de las veces que habían querido acercarse el uno al otro en los últimos meses

y cómo nunca lo habían hecho. Él le confesó que, si ella hubiera insistido en ir al cine, él se habría arriesgado, que sabía que había algo entre ellos antes de ver el retrato, que preparó el libro de poemas para seducirla y que le recomendó un libro erótico en Navidad para que pensara en él. Ella le dijo que el libro de Baudelaire había marcado un antes y un después y que llevaba pensando en él desde entonces.

Olimpia se sentía en una nube, habiendo descubierto que su infierno particular era en realidad como tocar el cielo.

Capítulo 11

Aventuras nocturnas

Diciembre, 2017

Rachel se había convertido en clienta habitual de La Taberna. Iba después de comer a tomar café y allí jugaba al dominó con Miguel y Julián, los maridos de María y Davinia, que a su vez eran mejores amigas de toda la vida. Los cuatro se conocían desde el colegio y habían empezado a salir en las fiestas del pueblo del mismo año. Elías, el antipático propietario del bar, la saludaba con menos cara de disgusto que al principio, y la escritora pensó que tal vez aquel pueblo empezaba a aceptarla. Había vuelto a ponerse sus camisetas con dibujos después de que uno de los señores del bar le dijera que quería comprar una igual para su mujer, y aquel día se había puesto una camiseta blanca con una frase en letras negras que decía: «Cuando trataron de callarme, grité». Pero si alguien entendió la referencia, no dio muestras de ello.

En realidad, el bar entero la saludaba con amabilidad. Elías no era más simpático con ella gratuitamente, sino porque era un ingreso más dentro de aquel antro viejo y lleno de sexagenarios, quienes a veces se acercaban solo para ver a Rachel. El bar estaba por completo decorado con recuerdos del pueblo, pero tenía una zona dedicada al Atlético de Madrid, con bufandas de diferentes temporadas, pósteres firmados y cuadros de camisetas antiguas, una de ellas del debut de Fernando Torres. Presidía una de las paredes un curioso retrato de Jesús Gil que la escritora intentaba no mirar porque le daba malas vibraciones. Rachel no tenía ni idea de fútbol, pero les seguía el rollo a sus nuevos amigos, preguntándoles por los partidos de la liga y practicando la escucha activa.

—Elías, un *gin*, porfa.

—Sí, señora.

—¿Cómo que señora? —espetó ella indignada.

—Señorita, si lo prefieres.

—Ponle un *gin* a la señorita, Elías, macho —dijo Julián—. No te hagas de rogar. Y sé amable, que deja buenas propinas.

Elías sirvió un *gin* y tres chupitos de hierbas, uno para cada uno de los jugadores. Había empezado a comprar ginebra de la que le gustaba a Rachel y tónicas de colores para contentarla. Incluso le ponía adornos a la copa de vez en cuando.

Amery apareció por el bar cuando Rachel iba por su segundo *gin*, así que se espabiló en beber rápido sus cervezas, pidiéndolas cada cinco minutos.

—Va a sentarte fatal —le dijo Rachel cuando iba por la cuarta.

—No quiero que te emborraches sola.

—¿Qué tal la otra noche? Cuando me levanté, te habías ido. Sin embargo, por lo que escuché, parece ser que fue bien.

El irlandés chasqueó la lengua.

—A Olimpia no le gusta dormir acompañada. Y supongo que el hecho de que estuvieras a pocos metros de la habitación hizo que se calmara un poco. No sé, tal vez es que estaba tan borracha que casi no sabía lo que hacía.

Rachel no dijo nada, recordando las insinuaciones sobre que a Olimpia le gustaba el sexo duro. También recreó su propia imagen, en la cama, con la mano metida dentro del pijama, aliviándose entre gemidos ajenos.

—Me prometiste que no se lo dirías —le dijo él, pero no parecía una acusación.

—Perdona, Amery. Surgió el tema.

—No pasa nada, pero creo que estaba más interesada en ti que en mí la otra noche.

Rachel lo miró fijamente.

—¿Qué dices?

—La verdad. ¿O no te diste cuenta de que ligaba contigo?

—No.

La escritora, que no se esperaba aquella apreciación del chico, se quedó sin palabras. Había notado a Olimpia más sensual de lo habitual: jugaba con los pies, se levantaba la falda... Y aunque Rachel se sentía intensamente atraída por su joven anfitriona, creía que sus tácticas de seducción iban dirigidas a Amery.

—De hecho —añadió Amery—, creo que la decepcionó que te fueras a dormir.

Rachel se mostró incrédula.

—¿Le molestó a Olimpia o te molestó a ti?

—¿Le preguntamos?

—No sé si intentas asustarme, irlandés, pero necesitarás propuestas mucho más imaginativas para sacarme de mi zona de confort que este trío que estás insinuando.

—No me digas que no lo has pensado.

—Ni por un momento.

—Mientes. ¿Nos escuchaste?

—Me metí en la ducha, así que no.

—No recuerdo haber oído la ducha.

—Estarías concentrado en otros menesteres.

—Tal vez. ¿Puede que hayamos creado una barrera sexual?

—¿Una qué?

—Entre tú y yo. Como que somos demasiado... colegas para

acostarnos, o algo así, ¿no?

Rachel suspiró.

—A ver, estás muy bueno, y si te lo curras un poco, podríamos volver a acostarnos; tampoco es que seamos tan amigos. Pero creo que es mejor que centres tus esfuerzos en lo que realmente quieres y no en ir echando polvos por ahí.

—Demasiado poético para la hora de la cerveza.

La escritora rio.

—A las palabras me dedico.

—¿Estoy invitado a la partida de dominó? —le preguntó Amery.

—No, si vas a seguir hablando de la otra noche o de nuestros encuentros sexuales. No queremos que les dé un patatús a nuestros amigos, y aún menos ser la comidilla del pueblo.

Amery sonrió.

—Vale. Pero si gano, te acompaño a casa y le preguntamos a Oli.

—Hecho.

Por suerte para Rachel, Miguel ganó casi todas las partidas y las otras las ganó Julián.

—Técnicamente, no he ganado, pero tampoco he perdido.

—¿Y qué quieres hacer? Es demasiado pronto para montarnos el trío que propones.

—Así tenemos tiempo para siete u ocho copas más.

—Eres un borracho de campeonato.

—Dijo la abstemia.

Elías le acercó una nueva cerveza al irlandés, haciéndole un gesto de pocos amigos, sin ponerle las clásicas olivas de acompañamiento.

—Al parecer, no soy la única que cae mal por aquí.

Amery movió una mano, quitándole importancia.

—Elías salió con Olimpia en el colegio. Por lo visto, lo trató como un trapo viejo cuando tenían dieciséis años, así que la odia a ella y todo lo que la rodea. Es una putada estar enamorado de tu novia del instituto.

—Vaya idiota.

—Entre nosotros —añadió, bajando la voz—. Creo que es el principal responsable de los rumores sobre Olimpia. Lo de que envenenó a Nico y todo eso.

Rachel miró a Amery, sorprendida.

—¿Y por qué venimos aquí?

—Porque es el único maldito bar de este puto pueblo, ¿por qué si no?

Rachel llegó a casa tarde, oliendo a alcohol y a tabaco. Amery había intentado convencerla para acompañarla a casa, pero no lo había dejado. Conociéndolo, el irlandés era capaz de decir cualquier

barbaridad delante de su casera, y Rachel no podía permitirlo. Por otro lado, no podía dejar de pensar en lo que él le había dicho sobre Olimpia: que intentaba seducirla y que estaba interesada en ella. No le había dado señales de ello o Rachel no había sabido verlas. Y aunque se moría por tocar a Olimpia, acercarse a su cara y repasar sus pecas, Amery era su amigo y no quería hacerle daño.

Olimpia supo, nada más verla, que estaba borracha, y rio para sus adentros a la vez que negaba con la cabeza.

—Amery te llevará por el mal camino —le dijo.

—¿Cómo sabes que estaba con el científico sexi?

Olimpia se encogió de hombros.

—Huelo su colonia.

Rachel se olió a sí misma, aleteando sus fosas nasales y sorprendida con la frase de la anfitriona.

—¿En serio? Yo no huelo nada.

—Claro. A duras penas respiras, ¿cómo ibas a oler?

—Ciertamente —admitió.

—¿Tienes hambre, o solo tienes ganas de morirte?

La escritora asintió.

—Hambre —aclaró.

—Tengo croquetas caseras hechas con lo que me ha sobrado del caldo.

—Soy fan. Por favor, dame croquetas.

Olimpia sonrió.

—Pues siéntate en la mesa. Venga.

La anfitriona cogió un plato de la encimera y lo dejó encima de un mantel individual, lo destapó y mostró cuatro grandes croquetas caseras. Rachel cogió una y la mordió.

—Oh, Dios mío. Creo que voy a correrme —casi ronroneó—. Pondré el suelo perdido, pero valdrá la pena.

Olimpia se sentó en la mesa y la miró mientras comía.

—¿Qué se cuenta Amery?

—Quería venir —le contestó con la boca llena—. Tenía ideas muy refrescantes sobre cómo pasar la noche.

—¿Y por qué no ha venido?

—Estaba poniéndose muy pesado. —Rachel cerró los ojos—. Esto está muy bueno.

—Me alegro de que te guste. —Olimpia miró su camiseta—. ¿Vuelves a ponerte tu ropa de diseño?

Rachel asintió.

—Sí. Y me han encargado una camiseta y todo.

—No me lo puedo creer —añadió Olimpia asombrada—. ¿Qué significa esa frase que llevas? «Cuando trataron de callarme, grité».

—Nada más que lo que pone. Es de una escritora que intentó

luchar por lo que creía en una época muy difícil. No como esta, en la que ya no luchamos por nada.

—No está mal para ir tan borracha.

—¿El qué?

—Tu lógica, que sigue intacta pese al alcohol.

—Antes bebía mucho, cuando era más joven.

Rachel siguió comiendo ante la atenta mirada de la casera, que se mantenía en silencio. La escritora se sentía cómoda y no le molestó que la observara, así que continuó comiendo hasta acabarse el plato. Olimpia se levantó para ir a la despensa, cogió una bandeja del interior y dejó las magdalenas de Gilda encima de la mesa.

—De arándanos. Sin frutos secos porque soy alérgica. Gilda me las hace especialmente para mí.

—¿Las trae cada semana?

—Sí. Desde hace años. Antes hacía de limón con nueces para Nico y de arándanos para mí.

El semblante de Olimpia se tornó triste de golpe, como si solamente la mención del nombre de su marido le provocara aquellos sentimientos incontrolables.

—Están ricas —masculló Rachel mientras masticaba.

—Perdona, pero hoy me iré pronto a dormir. He limpiado la casa de arriba abajo, quitado las malas hierbas y paseado a Furia durante una hora.

—¿Por qué no me dejas echarte una mano?

Olimpia se levantó de la mesa.

—Tú tienes que centrarte en tus cosas. Para eso has venido, ¿no? A vivir la vida de pueblo, conocer personas diferentes y escribir sobre ello.

Olimpia dijo aquella frase con una dulzura que Rachel veía por primera vez en ella. La anfitriona se movió, pero la escritora la agarró del brazo.

—También me gustaría pasar más tiempo contigo.

La casera miró la mano de Rachel, agarrando su brazo, y sonrió levemente.

—Déjame que me lo piense. A lo mejor se me ocurren un par de cosas que podemos hacer.

Olimpia se deshizo de su agarre y le dijo un sencillo «Hasta mañana» después de darle las buenas noches. Rachel la miró atentamente mientras se marchaba con paso lento, arrastrando los pies descalzos y haciendo ruido al subir las escaleras, sin cerrar la puerta al llegar a la habitación. Aquella fue la primera vez que Olimpia dejó la puerta entreabierta de su habitación desde la llegada de Rachel, mostrando que había habido un cambio en su relación con la escritora y que Olimpia también era consciente de ello.

Aquella noche, Rachel soñó que Amery y ella descubrían una cueva secreta en la ladera de la montaña. El irlandés vestía como Indiana Jones y Rachel llevaba un sombrero de *sheriff* marrón oscuro. Volvían a casa de noche y le explicaban a Olimpia sus aventuras mientras ella reía sin parar a la vez que se levantaba la falda y enseñaba sus pies descalzos.

Capítulo 12

La mejor alumna de la clase

Febrero, 2003

Olimpia leía sus apuntes de Filosofía acostada en el sillón de piel marrón. Nico estaba en el otro sillón, a su lado. Él los había subido la semana anterior al tercer piso desde la sala principal para que pudieran sentarse allí a leer. El profesor corregía exámenes, con las gafas puestas y un bolígrafo rojo con el que jugaba, moviéndolo entre los dedos de su mano derecha. Olimpia alargó un pie, aburrida de leer las teorías de San Agustín sobre el alma, y tocó la mejilla de Nico. Él le apartó el pie sin mirarla, así que ella insistió varias veces hasta que el profesor lo agarró con fuerza.

—No seas niña.

—Estoy jugando.

Él la miró.

—Has contestado mal la pregunta sobre arquitectura.

—¿Estás con mi examen?

—No estás concentrada.

—La arquitectura es lo que menos me gusta. Me aburren las columnas, los pórticos y las cornisas.

—No es excusa. Si te aburren, te lo aprendes y punto. Tienes capacidad para memorizar también lo que no te gusta.

—Entonces es que el profesor está muy bueno y no puedo dejar de mirarle las manos e imaginármelas sobre mi cuerpo —le dijo, haciendo un mohín.

Nico levantó una ceja.

—Estoy hablando en serio. Este curso es el más importante.

—Bueno, puedo equivocarme a veces, ¿no?

—Sí, pero esto es porque no te lo has estudiado, no porque hayas tenido una enajenación mental pasajera.

—Sí estudié.

—Olimpia, escúchame. —Nico alargó una mano para agarrarla de la barbilla—. Eres la mejor alumna de tu curso. Aprovéchalo y harás lo que quieras en esta vida. —Le soltó la mandíbula.

—Pensaba que no mezclábamos lo personal con lo profesional.

—Me importa que te gradúes con buenas notas, así que para mí es personal.

—Está bien, papá.

Él dejó su examen a un lado.

—No digas eso. ¿Me ves así? ¿Como a tu padre?

—No conocí a mi padre prácticamente, así que no. No tengo

ningún trauma de esos de niñas abandonadas —le explicó—. Te veo más como Lolita a Humbert.

—Sí, e imitas sus jueguecitos con el pie. ¿Crees que no me he dado cuenta? Vimos juntos la película. Has leído el libro y debería quedarte claro que Humbert abusó de Lolita.

Olimpia puso los ojos en blanco.

—No te enfades, era una broma.

La chica se levantó del asiento, dio dos pasos hasta el sillón de Nico y se agachó entre sus piernas, acariciándolas suavemente por encima del pantalón con las palmas abiertas, dispuesta a hacer lo que fuera necesario para que la perdonara.

—¿Me perdonas?

Él apoyó la cabeza en su mano, sin decir nada, pero su expresión era pacífica, con las cejas relajadas y los ojos entornados.

—Aún no lo sé —le respondió.

—¿Quieres que te demuestre cuánto lo siento? —insistió ella.

Él alargó la mano y cogió los apuntes de Filosofía, los miró, pasó unas cuantas páginas y le ofreció los documentos a Olimpia por la página de Kant.

—Siéntate aquí y cuéntame qué dice Kant —le dijo, señalándose las piernas. Olimpia se levantó para sentarse de frente, con las piernas abiertas, pero Nico negó con la cabeza—. De espaldas.

—Sí, señor —susurró ella.

Al profesor le gustaba jugar, así que Olimpia se sentó de espaldas y se movió ligeramente hacia delante y hacia atrás, sin prisa, rozándose con el pantalón del profesor.

—Cuéntame la ética kantiana.

—Eres un pervertido —lo reprendió la chica, divertida con las peticiones.

—Céntrate en Kant —insistió.

—Kant nació en 1724, en Prusia…

Él se limitó a agarrarla de los muslos y guiarla en el movimiento mientras ella leía con una teatralidad propia de una actriz. Sin embargo, estaba excitada, y el volumen y el tono fueron menguando hasta que los papeles cayeron al suelo y se agarró a los brazos del sillón, apretándose contra Nico con fuerza y notando su respiración acelerada y el ahogo de los jadeos en su espalda. Él le había pegado la boca en la parte más baja de la nuca y sentía su saliva mojándole la piel. Aceleró el ritmo un poco más y notó los dientes clavándose en ella. Abrió la boca para gritar de dolor, pero él se la tapó, ahogándola en el proceso. Ella se detuvo. Por el contrario, Nico continuó, y dos golpes de cadera después la soltó, dejándola respirar de nuevo, con la espalda dolorida y tocándose el mordisco. Se giró para mirarlo, pero él sonreía.

—Me has hecho daño —le dijo.

—Un día, ese dolor hará que te corras sin control. Y cuando lo experimentes, no podrás volver a olvidarte de ello.

Olimpia se mordió el labio, incrédula ante sus palabras, pero una parte de ella sabía que era el sabio y no quería poner en duda sus conocimientos, así que regresó a su sillón, agarró los apuntes y se centró en los filósofos que entraban en el examen.

Las tardes con el profesor de Arte se habían convertido en horas de conversaciones entre sábanas, lecturas de los poetas malditos, diapositivas de cuadros oscuros; una historia de amor secreta con todos sus matices. Olimpia disfrutaba de la compañía del profesor, y cuando se iba por las noches a su casa pensaba en él, metida entre sus mantas, recordando su cara, sus manos, sus palabras. A veces, incluso se tocaba evocando el sexo, aunque lo hubieran hecho tres veces en una tarde, y empezó a pensar que ya nada era suficiente y que quería más.

—Quiero dormir una noche contigo —le dijo ella un día.

—No puede ser, Olimpia.

—¿Por qué no? Salgo de aquí por la mañana por la puerta de atrás hasta el instituto. Nadie me verá, nadie lo sabrá.

Olimpia paseaba los dedos por el torso desnudo de Nico, jugando con el vello que sobresalía de sus pectorales, enredándolo entre los dedos y tirando de vez en cuando.

—¿Y qué le dirás a tu madre?

—Que estoy con Lidia.

—¿Y a Lidia?

—A Lidia nada.

—¿Y si te llama?

—Lidia no me llama a casa, nos vemos cada día.

—¿Y si ese día lo hace porque tiene una duda sobre los apuntes?

Olimpia rio.

—A Lidia no le importan los apuntes.

—Para decirte cosas obscenas, como en las notas de clase.

—Obviamente, el plan no es perfecto y no está exento de riesgo.

—No.

—Pero…

—No —la interrumpió—. Juraste que obedecerías mis normas, sin quejarte y sin correr riesgos.

Olimpia tiró de uno de los pelos del pecho de Nico con fuerza, pero él no se inmutó. La chica se levantó aireada y cogió su ropa del suelo. Nico la agarró de la muñeca, deteniéndola.

—Suéltame.

—Olimpia, no me conviertas en el malo de la película. El riesgo es

asumible para ti, pero para mí no. —La chica no lo miró—. Si alguien te ve saliendo de mi casa una tarde, aunque sea por la puerta de atrás, aún podríamos inventar algo. Pero ¿una mañana a las ocho? Los rumores arrasarían las calles. Me convertiría en un acosador de menores, un viejo que sale con jovencitas.

—Bueno, no sería del todo falso —le dijo ella, esbozando una sonrisa.

—¿No?

Olimpia se encogió de hombros.

—Eres un poco mayor para andar con jovencitas y eres un poco pervertido, con todo ese rollo del dolor que da placer.

—¿No te da placer?

El profesor aún la tenía cogida de la muñeca. Olimpia lo miró y recorrió los escasos centímetros que los separaban para besarlo. Él le soltó la mano y la agarró de la cara. La cogió desde las mejillas hasta la nuca, dejándola atrapada en un beso profundo y húmedo. Olimpia le acarició los brazos con los dedos, bajó hasta su cintura recorriéndola con ambas manos y buscó entre las sábanas la erección escondida del profesor. La rozó con suavidad, bajando y subiendo con las dos manos a la vez, y después la rodeó con los dedos y apretó más fuerte. Nico le mordió el labio, le recorrió el mentón y soltó un suspiro ahogado en su cuello. Apartó las manos de Olimpia de él y la obligó a tumbarse bocarriba mientras besaba su cuerpo hasta llegar a su sexo. El profesor le había enseñado muchas cosas, pero la primera que aprendió fue que no debía tener vergüenza y que a él le encantaba su olor y su sabor, en cada una de las partes de su cuerpo. Olimpia no sabía si había aprendido tantos trucos estando con muchas mujeres o si su imaginación era tan poderosa que lo convertía en el mejor amante que tendría jamás. Desde la primera vez que hicieron el amor, había pensado que después de Nico todo le sabría a poco. Ni siquiera se había parado a pensar en cómo acabaría su historia con él, aunque en un iluso rincón de su mente se había imaginado escapando con el profesor, casándose en una boda secreta y viviendo juntos en aquella pequeña mansión o en cualquier lugar del mundo. Él leería sin parar y ella lo dibujaría a diario, llenando su hogar de cuadros de Nico.

Olimpia estiró las piernas, notando la llegada del orgasmo, el espasmo del placer que estaba a punto de dominarla. Y le llegó pronto, intenso, tensando los dedos de sus pies. Nico apareció de entre sus piernas, la cogió de la cintura y le dio la vuelta para penetrarla por detrás. Lo hizo con el ímpetu habitual, con una fuerza a la que Olimpia se había acostumbrado, y unos golpes después notó el líquido ardiente cayendo por sus glúteos.

Nico se levantó de la cama y le ofreció una mano, que ella aceptó.

—Déjame lavarte, Olimpia, déjame quitarte toda esa perversión de

la que soy totalmente culpable.

La llevó de la mano a la bañera, entró con ella y encendió el agua caliente para lavarle el cuerpo lentamente con las manos, recorriendo cada rincón de su piel y enjabonando sus brazos con su clásico gel de aroma a lavanda. El profesor tarareó una melodía suave que Olimpia no reconoció pero que la hizo sentirse a gusto, y se dejó caer en la bañera, apoyando la cabeza en la fría cerámica y dispuesta a que la bañara durante toda la tarde.

Si por algo de todo aquello se sentía culpable Olimpia, era por mentirle a su mejor amiga. Lidia le había dicho a menudo que la veía distinta, pero Olimpia evitaba el tema y había empezado a alejarse de sus amigos de clase: nunca iba a la plaza de la iglesia, no subía a la ermita los fines de semana y Elías, con el que había tenido más que palabras, había empezado a odiarla después de sus múltiples desaires. Se burlaba de ella en el instituto, la ignoraba cuando se la encontraba por el pueblo y le decía obscenidades cuando iba con sus amigos. A Olimpia le daba igual lo que dijera, porque ella estaba por encima de todas aquellas tonterías y en su mente solo estaban los libros que leía, las películas que había descubierto y su historia con Nico. Su madre, en cambio, no tenía queja, y es que la chica se esforzaba mucho para pasar desapercibida en casa, para no llamar la atención.

Una tarde de las que volvía a la hora de la cena, la mejor amiga de su madre se encontraba en la cocina tomando café. Era poco habitual, ya que los turnos alternos hacían que casi nunca coincidieran para verse.

—Olimpia, estás guapísima —le dijo Elvira cuando entró por la puerta.

La chica besó en la mejilla a la mejor amiga de su madre y le ofreció una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Hasta tarde estudiando? —le preguntó su madre.

—Tengo que estudiar si quiero ser la mejor de la clase.

—Olimpia pedirá una beca para irse a estudiar a una buena universidad —explicó la madre—. Está esforzándose mucho. Estudia en la biblioteca todas las tardes.

—¡Qué aplicada!

—Voy a seguir un rato más —les dijo Olimpia.

—¿Y la cena?

—He picado algo con Lidia.

Y se fue a su habitación, dejando la puerta entornada.

—Pues lo que te explicaba, que no quiere que la cambien de sitio, pero Darío tiene que arreglar la zona. Es por seguridad —dijo Elvira.

—Ya, bueno, pero al final él es el que paga.

—Cuando tengamos un susto, veremos quién es el primero que

pide una reforma en el cementerio. Es cierto que hay que arreglarlo, pero Nico no está siendo razonable con este tema.

Olimpia prestó atención al escuchar el nombre de Nico.

—Tal vez Darío logre convencerlo y acceda a mover el cuerpo.

—Al final, la chica murió hace muchos años, por lo menos veinte.

—Muchos más, veinticinco como mínimo —añadió la madre de Olimpia—. Yo era una niña, pero lo recuerdo porque íbamos juntas al colegio.

Olimpia se preguntó de qué iba aquella charla entre su madre y Elvira y quién era la chica de la que hablaban, pero no quería salir e interesarse por la conversación, no quería levantar sospechas de ningún tipo ni que vieran que tenía un interés especial por el profesor.

Aquel fin de semana, se acercó al cementerio y se paseó entre las tumbas, buscando alguna que le diera una pista sobre lo que ocurría. Pasó por delante de las de sus abuelos, pero no se paró especialmente porque no creía que allí hubiera nada más que unos huesos; sin identidad, sin alma. Se paseó entre las que eran antiguas, aunque no lo suficiente como para ir a la zona vieja, la que estaba en peor estado, y buscó un nombre que le sonara, una fecha de la muerte de unos veinte años atrás. Lo encontró en la base de una cruz blanca que estaba desgastada por las inclemencias del tiempo, pero no tuvo dudas de que era aquella chica a la que se refería Elvira: «Isabel Nicolás Oroz. 1962-1977». Eran los apellidos de Nico, por lo que aquella chica que había muerto joven era su hermana pequeña. Él no le había hablado del tema y no sería ella quien lo sacara a la luz. Sin embargo, no había visto fotos de la chica en la casa, y al pensarlo con detenimiento se dio cuenta de que Nico no tenía ninguna foto de su familia en el salón ni en ningún otro lugar de la casa. En las paredes colgaban cuadros antiguos de paisajes o con temática militar, y las mesas tenían jarrones vacíos de sobrios colores, pero ninguna fotografía.

El lunes, Olimpia llevó flores a casa de Nico y las puso en un jarrón de la entrada ante la atenta mirada del profesor. Él esperó a que acabara para preguntarle cómo habían ido los primeros exámenes, tema que ella finiquitó pronto:

—¿Por qué nunca hablas de tu familia?

Nico frunció el ceño, pero se encogió de hombros. Se sentó en la mesa de la cocina y sirvió café.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

El profesor sonrió.

—Todo es demasiado.

—Pues lo más importante.

—¿A qué viene este repentino interés por mi familia?

Olimpia suspiró, sopesando si decirle la verdad. Al final, decidió que era mejor ser sincera:

—Escuché una conversación sobre ti. —Nico levantó las cejas y la chica continuó—: Hablaban de una chica enterrada en el cementerio y del padre Pinto.

—¿Cotilleas conversaciones ajenas?

—Eran mi madre y Elvira, y estaban en mi casa, así que técnicamente no cotilleaba nada.

El profesor asintió, se bebió su café de un sorbo y se sirvió otra taza.

—Mi hermana Isabel murió con quince años de una enfermedad que tenía cura, pero nadie la curó. En los años setenta se hizo una parte nueva en el cementerio, pero mal construida, y con el paso de los años ha ido empeorando. Simplemente le pedí a ese cura insolente y analfabeto que me dejara moverla de sitio —le explicó, manteniendo la calma aunque con tono elocuente—. Pero lo que me ofrece no lo quiero.

—No sabía que tenías una hermana. Lo siento mucho.

—No sientas nada, Olimpia, no tienes por qué.

—Pero...

—Yo tenía diecinueve años y no hice nada por convencer a mi padre de que la tratara. Cuando murió me marché, fui maestro en varias ciudades, y solo volví después de que mi padre muriera. Un día después de su entierro.

Olimpia escuchaba atentamente, sin interrumpir, dejando que Nico se desahogara. Estaba contándole su pasado y hablaba de sus sentimientos más profundos, y ella quería saberlo todo.

—¿Un día después?

—Sí, justo al día siguiente. No sé si he perdonado todavía lo que hizo. Si la hubiera llevado a un médico de verdad, estaría viva. Pero mi padre, que nos obligaba a llamarlo de usted y nos daba con su muleta en la espalda, era un militar religioso que vivía enraizado en los años cincuenta. —Nico miró a Olimpia—. Deseé su muerte con mucha fuerza. Lo odiaba mucho.

Ella asintió.

—Lo entiendo.

—¿Me convierte eso en una mala persona, Olimpia?

La chica acercó una mano, recorriendo a su paso la mesa de madera, para tocarle el brazo.

—Claro que no. Querías salvar a tu hermana, así que es normal que tuvieras todos esos sentimientos de lucha en tu interior.

Nico sonrió levemente, pero era una sonrisa triste. En ese mismo momento, Olimpia habría dado cualquier cosa por hacerlo feliz, y supo, como si de una revelación se tratara, que iba a estar enamorada

de su profesor hasta el día de su muerte.

Capítulo 13

Cartas de una diosa

Diciembre, 2017

Rachel solía rebuscar entre los libros del tercer piso una joya oculta, y había llegado a encontrar una primera edición de poemas de Lorca que debía costar una fortuna. También se topó con obras de otros poetas y ediciones antiguas llenas de desperfectos pero que dotaban de un aire místico a los libros de la tercera planta. No solía pararse a pensar mucho en que aquellos libros habían sido del exmarido de Olimpia, y se preguntó si se los había leído todos o era el típico hombre que los coleccionaba sin más, que compraba aquellos tomos solo para decorar su biblioteca.

No sabía qué había visto Olimpia en un hombre veintisiete años mayor para casarse con él, pero estaba convencida de que no había sido por su espectacular físico. Aquel profesor de instituto convertido en hotelero era un atento lector de poesía y un codicioso coleccionista de libros. Rachel intentó pensar en algún clásico de la literatura que no estuviera entre aquellos estantes, en la librería del salón o entre las cajas del sótano, en las que también había rebuscado. No se le ocurrió ninguno, y solo pudo culpar al antiguo profesor de importarle un carajo el medio ambiente. Estaba claro que a Olimpia le iban los tipos listos, los artistas maduros y con sensibilidad literaria. Nico había sido su profesor de Arte, y Rachel dudaba que su relación hubiera empezado al volver Olimpia de la universidad y no antes. No hacía falta ser muy listo para calcular las fechas, y se había dado cuenta de que entre la vuelta de la chica al pueblo y la íntima boda —llevada a cabo por vía civil con la participación de la alcaldesa Junia, por cierto— apenas había pasado un año.

Uno de los libros cayó al suelo, golpeando la madera con el lomo, abriéndose y arrugando algunas páginas. En el proceso, una de las tablas se había levantado, desencajándose. Rachel se agachó con intención de solucionarlo, pero la madera no encajaba bien, y se percató de que estaba suelta de antes y escondía una caja de latón dentro.

—He encontrado un puto tesoro —susurró.

La caja era grande, por lo que tuvo que girarla para pasarla por el hueco de la madera, aunque finalmente la sacó. Cogió aire antes de abrirla, pero lo hizo rápido, sintiendo la curiosidad creciendo por momentos en su interior, sabiendo que estaba mal cotillear entre los secretos de los demás, sobre todo si estaban enterrados bajo las tablas del desván, y que Olimpia la mataría si se enteraba, por lo que nunca

debía saberlo.

Dentro había cartas y unos dibujos a lápiz, hechos con todo lujo de detalles; uno de ellos, del mismo hombre que había visto en una foto del instituto: el marido de Olimpia. Las cartas tenían fecha del año 2003 y 2004. Estaban firmadas con el nombre en clave de «Diosa» e iban dirigidas al mismísimo Infierno, en mayúsculas y subrayado. Eran cartas de amor, pero con un alto contenido erótico. Estaban llenas de pasión e incluso citaban encuentros sexuales de lo más variopintos. Dedujo que aquellas cartas las había enviado la Olimpia universitaria, dirigidas a su profesor de Arte y también amante secreto, adjuntándole sus progresos con el lápiz.

Rachel no se ruborizaba con facilidad, pero aquellas cartas la hicieron sonrojarse, imaginando a una joven Olimpia que la había dejado de piedra. Nico y ella habían empezado su relación en el instituto, antes de que la chica fuera mayor de edad, teniendo el profesor más de cuarenta. Entendió las palabras de Elvira al decir que era una suerte que la madre de Olimpia nunca hubiera sabido la verdad sobre la relación de su hija con el profesor de Arte, porque aquello se habría convertido en un escándalo incontrolable en un pueblo tan pequeño. Rachel se imaginó el revuelo que debía haber causado la boda o el traslado de la joven al hostal en un pueblo lleno de habladurías como lo era aquel. Se sorprendió de no haber escuchado rumores al respecto y sabía que el motivo era Nico, al que sus vecinos adoraban como a un mártir. En su mente, se grabaron algunas frases como «Quiero que vuelvas a arrancar la carne de mis muslos» o «Necesito que me duelas». Ni siquiera era correcta la escritura de algunas frases, pero porque significaban cosas que estaban por encima de las palabras. Los retratos eran diferentes. Sin embargo, en uno de ellos se alzaba una Olimpia de espaldas, desnuda, con la pequeña firma cursiva llena de florituras en una de las esquinas del papel. Releyó las cartas un par de veces e intentó memorizar los dibujos a carboncillo en su mente antes de dejar la caja de nuevo en su sitio.

Se sentó en el sillón y apuntó pensamientos sin sentido en su libreta, casi todos con referencias sexuales. Aquellas cartas la habían excitado y, a la vez, estaba alerta, como si existiera peligro solo por saber algunas verdades. Rachel no se había limitado al sexo oral ni al misionero en su vida, pero los relatos de las cartas estaban por encima del bien y del mal. Se preguntó si le gustaría que le arrancaran la piel de sus muslos y supo que no, sin que le hiciera falta intentarlo. Recordó una vez en la que Jerome le había mordido un pecho y ella se había enfadado. No le había gustado nunca mezclar el sexo con el dolor, pero su amante francés nunca estuvo dispuesto a escucharla. Paris había sido la trampa sexual más grande de su vida y se había

complicado la existencia jugando a dos bandas con los hermanos Jouvet: Giselle y Jerome, mellizos, mejores amigos y la debilidad de Rachel. Practicó lo que su psicóloga le había dicho que no hiciera, imaginó una goma gigante de borrar y liquidó los nombres en su cabeza, intentando olvidarlos. Dependía de aquella goma de borrar, como años antes del alcohol y años después de los antidepresivos. Seguía necesitando a su psicóloga, su nutricionista, su profesora de yoga, el gimnasio, los domingos de picnic y su vida saludable. Necesitaba no volver a caer en la locura de su mente, pero no estaba consiguiéndolo.

Aquella mañana, Olimpia no había salido de la cama, y cuando Rachel llamó a la puerta de su habitación, le pidió que la disculpara, que no se encontraba bien. Rachel le hizo unas tostadas y se las subió a media mañana para que comiera.

—¿Tienes gripe?

—No, es solo que estoy agotada.

—Deberías trabajar menos y dedicarte a hacer tus cosas.

—Supongo que sí —añadió, dejándose caer en la almohada.

—Más tarde te traeré una infusión.

Olimpia se lo agradeció, pero no le apetecía hablar, así que Rachel se limitó a dejarle la bandeja y marcharse al salón a leer. Viendo a aquella chica triste, sin energía, que nada tenía que ver con la mujer sensual y juguetona de la cena con Amery ni con la propietaria seria y distante, se preguntó quién era Olimpia. Existían tantas Olimpias que Rachel era incapaz de discernir cuál era la real y cuántas de las demás eran un papel bien ensayado. Se preguntó también si aquel cansancio que decía tener era una especie de depresión que intentaba disimular, y supo que era lo más probable. La misma Rachel sabía lo que era estar tan triste que salir de la cama se hacía un mundo. A ella la había sacado su madre a empujones, diciéndole que no era un comportamiento adecuado para alguien de su clase social, como si su madre tuviera alguna idea de lo que aquello significaba. Ruperta Jones era la persona más contradictoria que Rachel conocía, pero por suerte se había dado cuenta antes de que fuera demasiado tarde, antes de que sus opiniones hicieran mella en ella.

Rachel volvió a subir al primer piso un par de horas después para preguntarle cómo se encontraba y llevarle un té, pero la anfitriona estaba absorta en su mundo. La cara de la joven viuda tenía dos grandes ojeras bajo las pestañas inferiores y sus ojos estaban hinchados de llorar. La escritora no se atrevía a preguntarle qué le pasaba, porque temía que ella la rechazara, así que se limitó a dejar el té y marcharse de nuevo al salón. Sin embargo, cuando estaba a punto de salir por la puerta, la anfitriona la llamó por su nombre y ella se detuvo.

—Cuando era pequeña, mi madre no me dejaba tener perro, no quería animales en casa. Ni siquiera peces —le explicó Olimpia—. Yo no sabía, obviamente, que tener un perro era lo que es. Me imaginaba meciendo a un cachorrito de pelo aterciopelado, jugando a la pelotita. No pensaba en su comida, su salud, las vacunas, las enfermedades. Si no le diera de comer a Furia, se moriría; si la dejara a su suerte, se moriría; si no me tuviera, se moriría. ¿Y si me muriera mañana mismo? ¿Qué sería de la pobre perra?

—No vas a morirte —le aseguró Rachel en un susurro.

—Nunca se sabe. Un día estás bien y otro te desplomas y adiós vida.

—¿Es eso lo que te preocupa?

—No me preocupa, pero esa perra es lo único que me queda.

—Olimpia...

—Olvídalo, me he puesto dramática.

Olimpia se dio la vuelta en la cama, dándole la espalda a Rachel.

—Tu vida no se acaba con los que perdemos. Siempre hay más.

—¿Sí? ¿A cuántos has perdido tú? —Olimpia lo dijo escupiendo las palabras, con un tono que no se correspondía con la debilidad que mostraba su cuerpo tumbado bajo las sábanas.

—He perdido a algunos, Olimpia. Lo que has leído en las revistas no es toda mi vida, es solo una parte.

—Lo siento, Rachel. No quería menospreciar tu dolor, pero no creo que entiendas lo que es perder lo más importante de tu vida.

La señora Gilda entró por la puerta antes de la hora de comer, con sus tradicionales magdalenas en una bolsa de tela y arrastrando los pies con sus zapatillas de andar por casa. La vecina le había pedido una de sus camisetas de flores, que en realidad eran vaginas, y Rachel le prometió que le enviaría un par al llegar a Barcelona.

—Hoy traigo también de chocolate, que Olimpia me dijo que te gustaban. Pero lo del sin gluten es más difícil ya. No sé cómo hacer para que suban, porque se me quedan pochas.

—Es muy amable, señora Gilda, no hace falta que se esfuerce tanto por mí.

—Lo que sea por ayudar, joven. Además, nunca se sabe cuándo volveremos a tener una celebridad por estos lares. Suelen venir deportistas de vez en cuando, pero no me entero mucho, la verdad. Soy de las que se va a fregar los platos cuando los de las noticias hablan de deporte.

Rachel sonrió.

—Tampoco es lo mío.

—¿Ha salido la muchacha a pasear o está en el patio? —le preguntó.

—Está en la cama. Se ha levantado regular.

—¿Gripe?

—Creo que no, pero no contesta a mis preguntas y habla de..., no sé, de cosas tristes, así que no lo sé.

Gilda frunció el ceño, se quedó pensativa y lo relajó de nuevo, asintiendo en el proceso.

—Claro. Es que justo hoy hace un año.

—¿Un año?

—De lo de Nico.

La chica de ciudad no había imaginado ni por un momento que era el aniversario de uno de los peores días de la vida de Olimpia, así que se quedó en silencio, pensando si podría ayudar de algún modo a su joven casera. Ella le había hablado de la muerte y era obvio que recordaba al profesor, así que la escritora se sintió una estúpida.

—No sabía nada —confesó.

—Hace justo un año, ella lo encontró en el suelo de la cocina. Se sentó a su lado durante horas, hasta que vine a traer mis magdalenas y la vi, sin llorar, sin moverse. Diría que ni siquiera pestañeaba.

—¿Horas?

—Eso dijeron los de la ambulancia. Ella no reaccionaba y tuvieron que llevársela. Reaccionó cuando se dio cuenta de que iban a enterrarlo e intentó impedirlo.

—¿Impedirlo?

—Bueno, es que no quiero..., ya sabes, decir cosas que no debo decir.

—Señora Gilda, es tarde ya para eso.

La vecina suspiró.

—Nico dejó un testamento: últimas voluntades y esas cosas. Él quería ser enterrado con su hermana, pero Olimpia quería incinerarlo y quedarse sus cenizas.

—Pero no lo consiguió.

—Claro que no, las últimas voluntades son sagradas. Creo que la chica se sintió traicionada.

—Visité el cementerio hace unos días y en la tumba de Nico no había ningún otro nombre, solo un poema.

—Bueno, desconozco la razón por la que Olimpia no lo puso, la verdad. Pero los enterraron a los dos juntos, tal como él quería. Pero, bueno, son cosas de parejas. Ya sabes cómo son esas cosas.

Rachel no podía entender que Olimpia hubiese intentado cambiar las últimas voluntades de su marido, pero sabía que si Gilda era conocedora de más datos, tendría que esforzarse mucho para sonsacárselos, ya que no parecía dispuesta a seguir con el tema.

—Es una historia muy triste.

—Como la de todos, muchacha. Si Olimpia necesita algo, ven a

buscarme —añadió la señora Gilda.

Rachel asintió, pero andaba perdida entre sus pensamientos.

Cuando subió al primer piso al mediodía, Olimpia había cerrado su puerta, así que no insistió durante el resto de la tarde, aunque tampoco se fue a La Taberna con Amery, como era habitual. El chico le escribió por la noche, preguntándole si estaba bien, y ella se limitó a decirle que se verían al día siguiente.

Por la noche, cuando ya se había acostado, escuchó la ducha de la habitación encenderse y unos llantos sofocados que retumbaban por las paredes. No pudo contenerse y caminó hasta la habitación de Olimpia, entrando sin llamar y dirigiéndose al cuarto de baño. Olimpia estaba metida en la ducha con la ropa interior puesta, totalmente mojada.

—Rachel —la llamó con suavidad—, acércate aquí. —Señaló la alfombra de la ducha, un rectángulo esponjoso de color rosa palo, con un gesto ligeramente infantil.

Rachel no se movió enseguida, porque no le gustaba obedecer órdenes, aunque fueran las de Olimpia; aquella diosa de un pueblo casi abandonado de piel rosácea, gruesos labios del color del melocotón maduro y ojos llenos de incertidumbre; aquella mujer que no sabía nada sobre la vida moderna pero que recitaba de memoria poemas del siglo pasado, que veía películas antiguas, que escuchaba a escondidas música pop de los noventa; aquella misma mujer que la llamaba desde la ducha vestida únicamente con un sobrio conjunto de ropa interior de color negro. El estómago de Rachel se deshacía en su interior, sus piernas temblaban y los dientes le dolían de apretarlos con fuerza, aguantando el deseo, tanto tiempo reprimido.

Olimpia la miró, centrando sus ojos verdes en ella y entornando su mirada repleta de intensidad y largas pestañas rubias. Rachel adelantó un pie y después el otro, caminando hacia lo que sabía que era el mayor de los abismos: el cuerpo mojado semidesnudo de una mujer llena de secretos que apenas pronunciaba palabras y de la que no sabía prácticamente nada, solo que su deseo por ella podía más que su sentido común, que le gritaba que se fuera de aquel pueblo y dejara atrás los problemas que iban a perseguirla hasta el final de su estancia en su destino invernal o, tal vez, hasta el final de sus días.

—Rachel —repitió Olimpia en apenas un susurro—, ayúdame a olvidar —le suplicó.

Rachel llegó a la ducha y alargó la mano despacio hasta el pelo de Olimpia, que mojado parecía castaño en vez de rubio. Le caía alrededor de la cara, por detrás de las orejas, enredado en un moño despeinado por el que salían mechones con agua que goteaba. El agua que caía de la ducha ardía y Olimpia estaba envuelta en una bruma espesa de denso vaho, fruto de la temperatura. Sus hombros se habían

enrojecido y de sus labios entreabiertos caía el agua sin cesar mientras Olimpia se relamía sin que Rachel supiera por qué. Pero los porqués de Olimpia le estaban tan vetados que ya no se paraba más de dos segundos a pensar en ellos.

La joven viuda acarició la mano de la forastera con las yemas de los dedos, bajó suavemente tocándole los nudillos hasta su muñeca y la agarró con fuerza, bajándola después hasta su cuello e invitándola a seguir explorando; invitándola a que la llevara a placeres que hasta el momento desconocía. Pero Rachel sabía que sería al revés. Olimpia estaba expuesta, expectante, excitada, y Rachel lo veía en su cara, en sus gestos y en la piel erizada tras el contacto con sus yemas.

Rachel le acarició el esternón, marcándole los huesos con los dedos. Recorriendo el camino hasta su pecho derecho, se topó con el sujetador y tiró de uno de sus tirantes, provocando una sonrisa en Olimpia que la volvió loca. Rachel se quitó la camiseta y la tiró al suelo, se bajó los pantalones y se metió bajo la ducha, lanzándose enseguida hacia la boca de su joven casera sin control. Olimpia abrió la boca y se dejó besar, y Rachel le lamió los labios, el mentón y el cuello, apretándola contra ella, agarrándola con brío.

Amery le había dicho que a Olimpia le gustaba que la penetrara con fuerza, y Rachel quería que disfrutara. La escritora se sentía perdida, guiándose únicamente por la intuición. Había estado con muchas mujeres antes, pero Olimpia la confundía. No podía dejar de besarla, de acariciarle el cuerpo. Le quitó el sujetador, le rozó los pechos suavemente, bajó las manos hasta las caderas y se deshizo de la ropa interior. La miró a la vez que buscaba entre sus piernas, con las manos, moviendo los dedos con agilidad. Los estiró hasta la entrada de la vagina y se hizo un hueco para meter índice y corazón mientras el pulgar seguía acariciándole el clítoris. No le fue difícil porque Olimpia estaba húmeda y suspiró con fuerza cuando Rachel los introdujo. Los sacó y los metió repetidas veces, con fuerza, mientras Olimpia se deshacía en sus brazos, con el cuerpo ardiendo, lleno de agua caliente.

Olimpia apagó el agua y se apoyó en la pared, respirando con dificultad. La chica gimió sin esconderse y acto seguido se echó a llorar, tapándose la cara con las manos y poniéndose de espaldas a Rachel.

—Olimpia...

—Lo siento —dijo entre sollozos.

—No pasa nada. Ven aquí.

Rachel la abrazó con fuerza, dejando que se acomodara en su cuello y que llorara libremente. Pasaron varios minutos abrazadas, hasta que Olimpia empezó a temblar. Rachel la ayudó a salir de la ducha y le secó el cuerpo con calma. La escritora se secó también, y

tras enrollarse una toalla alrededor del cuerpo, acompañó a Olimpia hasta la cama y levantó las mantas.

—Duerme un poco. Mañana estarás mejor.

Rachel iba a marcharse, pero Olimpia la agarró.

—Quédate conmigo. Por favor.

La chica de ciudad asintió, dejó a un lado la toalla y se metió entre las sábanas con Olimpia, quien se abrazó a ella y se quedó en silencio.

Capítulo 14

No quiero irme tan lejos

Julio, 2003

Olimpia sacó un nueve con setenta y tres de media en la selectividad, destacando en Historia e Historia del Arte con matrícula de honor. En el curso tenía un nueve con tres, porque su profesor de Filosofía había considerado que no entendía a los filósofos como debía. Nico no estaba de acuerdo y le aseguró que era el profesor de Filosofía el que no entendía su propia materia. La chica lo demostró sacando un diez en esa materia en la selectividad. Le habían bajado la nota en Latín y Griego, cuyos textos le había costado analizar en ambos casos.

—Te aceptarán en cualquiera de las universidades que pusiste. ¿Tu primera opción era Madrid?

Olimpia asintió.

—Pero…

—¿Te planteas Barcelona? También estaría bien. Además, allí hay mar.

Ella negó con la cabeza. Nico dejó de lado el molinillo de café y se apoyó en la barra de la cocina.

—¿Entonces?

Olimpia se acercó lentamente y puso las manos en su cintura.

—No quiero irme tan lejos. Puede que me plantee, no sé, quedarme en algún sitio cercano que me permita venir los fines de semana.

Nico la miró unos segundos y después la apartó para caminar por la cocina.

—No puedes renunciar a ir a una buena universidad, Olimpia.

—Pero…

—Pero nada.

—No nos veremos.

Nico se llevó una mano a la frente, cerró los ojos unos segundos y después respiró hondo.

—Olimpia, ven aquí.

Ella obedeció y el profesor la cogió de los hombros.

—Tienes que irte de aquí. Volar lejos de mí, de este pueblo, buscar tu propio camino. Pensar en ti y en tu vida.

Olimpia apretó los dientes.

—¿En mí?

—Serán los mejores años de tu vida.

—Sin ti.

—Claro que sin mí.

Nico la apretó contra él, se separó de ella y la agarró del mentón como solía hacer para hablarle de cerca.

—Tienes diecisiete años. Te llevo casi treinta. No voy a casarme contigo, no tendremos hijos ni una casa con ventanas grandes. Tú eres demasiado joven para eso y yo demasiado mayor. Y, aunque eso fuera posible, no soy bueno para ti.

—No eres bueno para casarte conmigo, pero sí para follarme —le contestó en un susurro.

Nico sonrió.

—Tampoco soy bueno para follarte. Te avisé. Tú estás llena de vida y yo…

—No puedo llevar la vida que está prevista para mí si no es la que quiero.

—Ahora no, pero la querrás algún día.

—¿Es lo que quieres tú?

El profesor rio, pero no parecía divertido.

—No, Olimpia, no es lo que quiero yo.

—No me quieres.

—Yo no he dicho eso.

—Si me voy a la universidad y me doy cuenta de que lo que quiero es estar contigo para siempre, ¿me esperarás?

Nico la besó un segundo y se separó de ella.

—Conocerás a mucha gente. A hombres, pero también a mujeres, y un día encontrarás a alguien mejor que yo. —Nico volvió a coger el molinillo—. Y verás que no valió tanto la pena acostarse con el viejo profesor de Arte. Tú eres una diosa, Olimpia, y te mereces una vida mejor.

Olimpia se sentó en la silla.

—¿Me esperarás? —insistió.

—Sí —dijo él finalmente—. Pero cambiarás de opinión.

—Permíteme dudarlo. Vendré en Navidad a seducirte y después en verano. Y así cada año, aunque tenga que dejarte retratos por debajo de la puerta.

—Pues me iré a pasar el verano a la costa y la Navidad a Paris.

Olimpia rio.

—No serás capaz de irte a Paris sin mí.

—Ponme a prueba.

Aquella tarde merendaron juntos, como siempre, e hicieron el amor dos veces seguidas, con mucha más suavidad que en anteriores ocasiones, y Olimpia sospechó que Nico se despedía de ella entre palabras bonitas y gestos dulces, desenganchándola del sexo duro y doloroso, de los mordiscos en la entrepierna y los golpes en los glúteos.

Nico la convenció de que se fuera a Madrid para que pudieran ir al Prado algún día cuando fuera a visitarla. Olimpia le obligó a prometérselo, pero él no lo hizo, como si supiera que no podría cumplir su promesa. La mitad de su clase iba a marcharse del pueblo y su madre lloró durante toda una semana, aceptando que Olimpia debía irse.

Despedirse del profesor fue lo más difícil que había hecho jamás. La última tarde lloró incluso mientras hacían el amor, y Nico se limitó a mirar el techo, siendo incapaz de consolarla. Tuvo que echarla después de la hora de cenar, empujándola con suavidad por la puerta trasera y cerrando con llave después. La chica lloró por la noche y de nuevo por la mañana en el desayuno. Su madre no entendía por qué no era feliz teniendo por delante una de las mejores aventuras de su vida: se iba a Madrid a estudiar Bellas Artes, que era lo que siempre había querido, y no era capaz de disfrutarlo.

Se despidió de su madre en la puerta de su casa, de Lidia antes de subir al autobús y se sentó en un asiento lateral, en la ventana, poniendo la mochila a un lado. El autobús enfiló la calle principal que atravesaba el pueblo de principio a fin, dirección a la ciudad más cercana para enlazar allí hasta Madrid. Se había prometido no llorar en el autobús, pero en el último semáforo del pueblo, apoyado en la pared, estaba Nico buscándola por las ventanas, hasta que la vio. Sonrió, y ella puso una mano en el cristal, como si quisiera atravesarlo, devolviéndole la sonrisa y pegando la cara a la ventana. Nico la saludó con la mano, y cuando el semáforo se tornó verde y el autobús inició la marcha, se limitó a mirarla fijamente hasta que desapareció de su vista. Olimpia lloró durante la mitad del trayecto y dibujó en su cuaderno las manos de Nico, su torso y su cara, con prisa, como si fuera a olvidarse de todo en cuanto pisara la ciudad. Dibujó hasta que su mano dijo basta y se quedó dormida, abrazada a su pequeño cuaderno.

Olimpia disfrutaba de la universidad como si cada día entre las cuatro paredes del aula de primero fuera una brisa de aire fresco. Pensaba en Nico a diario y le escribía cartas, tenía conversaciones imaginarias con él y le explicaba cómo le había ido el día. Por la noche, su mente subía el tono de sus pensamientos y se masturbaba pensando en sus besos y en sus manos, como si no existiera nada más para ella en el mundo. Uno de sus compañeros de clase la había invitado al cine, incluso a su casa, pero Olimpia sentía que ella pertenecía a Nico, más de lo que se pertenecía a sí misma.

Volvió al pueblo para las fiestas de invierno y Nico, como le había prometido, se había marchado. Así que no regresó al pueblo en verano y se dedicó a recibir a su madre en Madrid unos días y a viajar por el

sur con sus amigos de la universidad. Se licenció en julio del 2007, pero su madre no pudo asistir a la graduación porque estaba enferma. Una semana después le dijo que no iba a curarse y aquel caluroso verano Olimpia volvió a su pueblo natal para cuidar a su madre, dejando atrás Madrid y a todos sus amigos.

Y aquel verano fue el final de la nueva Olimpia.

Capítulo 15

No sabía que eras lesbiana

Diciembre, 2017

Rachel se despertó en la cama de Olimpia, pero ella ya no estaba entre las sábanas, aunque su aroma seguía impregnado en ellas. La escritora caminó desnuda hasta su habitación y se dio una ducha caliente. No podía creerse que hubiera habido un acercamiento real con la anfitriona de aquel hogar viejo y anticuado, pero se dijo a sí misma que no debía confiarse. Había sorprendido a Olimpia en un momento duro, en el que estaba destrozada, pero supo que no se repetiría con la casera en plenas facultades. Pese a las reticencias de su mente y las ganas que tenía de preguntarle a Olimpia, se vistió con ropa cómoda y bajó a la planta baja, dispuesta a comportarse como cada mañana.

—Buenos días —dijo, saludando a Olimpia.

Temía el rechazo de la casera. No obstante, ambas eran adultas y podrían sobrellevar el tema.

Olimpia giró sobre sí misma.

—Buenos días, Rachel —le devolvió el saludo, sonriendo.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Gracias. Fuiste muy amable.

Rachel se aguantó la risa, pero no disimuló que lo hacía.

—De nada, supongo.

—Estaba...

—Ya. No tienes que explicarme nada.

—Gracias.

—Aunque no sabía que fueras lesbiana.

Olimpia soltó una risa suave y le tiró un trozo de su tostada.

—No seas mala.

—He aprendido de la mejor.

—Vale. Supongo que te debo una disculpa. No he sido muy amable contigo.

—No me había dado cuenta —le dijo con ironía.

Olimpia abrió la boca para hablar, pero la cerró de nuevo. Suspiró y cogió aire otra vez antes de decir:

—Me he acostumbrado a la soledad.

—Pensaba que era porque yo no te caía bien.

—Me caes bien, pero me cuesta hablar contigo. Es porque dices cosas que me recuerdan a Nico, y, como has podido comprobar tú misma, no lo llevo tan bien como aparento.

Rachel se quedó muda, y pese a que tenía comida en la boca, no masticó. En su cabeza se había hecho una idea muy clara de quién era

Nico, de cómo era el profesor de Arte, y pensó que no se parecía en nada a aquel hombre.

—¿Quieres que haga pasta para comer? —le preguntó Olimpia.

—¿En qué cosas te recuerdo?

Olimpia no contestó enseguida, y cuando lo hizo, no la miró:

—En tus conversaciones sobre libros, en tu mirada descarada. No sé, en detalles. Él tenía una especie de coraza invisible que lo hacía andar erguido, como haces tú, paseándote como si fueras la reina del mundo. Era el hombre más inteligente que he conocido nunca. Era amable y bueno, pero también oscuro. Era dos seres en uno, era agua y también aceite, imposibles de mezclar. Como si en su cuerpo no pudiera existir el gris. El blanco era un dios; el negro, un demonio. No existía término medio.

Rachel no supo si sentirse halagada o molesta.

—¿Y por eso eras tan fría conmigo?

—No, por eso era antipática. A ser fría me ha enseñado la vida. Pero me caes bien, Rachel Jones. ¿Pasta?

Y Rachel simplemente asintió.

—Soy bastante complaciente. Podría hacer lo que me pidieras, sin decir nada al respecto —le dijo Rachel antes de tomar un trago de su zumo.

—¿Sí?

—Sí.

—Cosas como qué.

—No sé, cosas que te gustan —insistió la escritora.

Olimpia suspiró, pero parecía divertida.

—Has hablado con Amery, ¿no? No sé si me gusta que seáis tan amigos.

—Amery y yo somos amigos de borrachera, por lo que se nos va de las manos y acabamos contándonos cosas vergonzosas a menudo.

—¿Crees que es vergonzoso?

Rachel se arrepintió de haberlo dicho e intentó corregirlo:

—No. No quería decir eso. Yo solo...

—No importa —la interrumpió Olimpia—. Comemos a las dos. Sé puntual.

Olimpia agarró la correa de Furia y se dirigió al patio, dispuesta a empezar su rutina diaria.

Su *affair* con Olimpia parecía haber sido un hecho aislado, un desliz puntual, y la anfitriona había vuelto a su frialdad habitual, mostrándose servicial y distante.

Aquella tarde se entrevistó con el jefe de policía del pueblo, un señor de estatura media, con poco pelo y del que, si Rachel lo hubiera visto vestido de calle y tenido que apostar todo su dinero a qué se dedicaba, nunca habría dicho que era policía. No quiso contestar a

casi ninguna de sus preguntas, y cambiaba constantemente de tema para hablar de los coches nuevos que les había proporcionado la alcaldesa y de que estaban aumentando los agentes. Rachel rio, diciéndole que era un pueblo pequeño como para necesitar tantos policías, y el señor se ofendió. No respondió sus preguntas sobre delitos y se puso a la defensiva cuando la escritora sacó a relucir el tema sobre unos atracadores que atemorizaron al pueblo en los setenta, así que la entrevista se acabó pronto y aquel día llegó antes de tiempo a La Taberna. Se sorprendió al ver en la barra a la mujer de Elías en vez de al propietario, pero no hizo ninguna mención al respecto. Su mujer era, de lejos, mucho más simpática que él, y le preguntó qué tal estaba resultando su estancia y en qué estaba trabajando.

La sacó de la conversación el pitido de su teléfono en el bolsillo. Aquel día lo había cogido porque quería hacer algunas fotos del pueblo, pese a que la cámara era una basura, pero no esperaba ninguna llamada. Cuando lo sacó y vio el nombre de su editora, pensó que había sucedido algo, ya que le había prometido no llamarla durante su retiro invernal.

—Samanta.

—¿Cómo va todo, Rei?

—Bien. Muy bien. ¿Ha pasado algo?

—No. Solo quería saber si aún estás viva. Ni un «He llegado» ni nada.

—Perdona, Sam. Tendría que haberte escrito.

—Sí, recuérdalo para cuando vuelvas a fugarte.

—No me llamas solo por eso, ¿no?

La editora suspiró.

—Es que tu madre no para de llamarme. Vendió una exclusiva sobre tu infancia en la casa okupa y...

—Me da igual —la interrumpió.

—Deberías plantearte volver, antes de que no pueda bajarse de ese maldito lugar de mierda al que te has ido. ¿Cuánto queda para eso?

—Suele ser antes o después de Navidad, pero este año parece que será después.

—Si hablas con los medios, podremos pararlo.

—Me da igual pararlo.

—Si no dices nada, pensarán que aceptas su versión.

—Tienes la contraseña de todas mis redes, así que ocúpate sin mí. O no lo hagas, me da igual.

—¿Qué te pasa, Rachel? ¿Seguro que estás bien?

—Mejor que nunca, así que no voy a volver. Lo siento, Sam, pero no me interesa.

Y le colgó el teléfono sin más. La mujer de Elías, que no le había

dicho su nombre, le sirvió un chupito con sabor a melón y después un *gin*, y para la hora de cenar ya no sabía ni su nombre. Amery no se había presentado en toda la tarde, pero Rachel no pensaba perseguirlo. Sus amigos del dominó quisieron acompañarla a casa, sin embargo, no los dejó; quería pasear, necesitaba que le diera el aire y fumarse un par de cigarros antes de llegar al hostal. Había dejado de fumar años atrás, pero aquella misma tarde había comprado un paquete de tabaco en el bar y se había fumado la mitad de los cigarrillos. Vomitó en una de las macetas de la entrada del hostal y se cayó de cabeza encima de la alfombra del salón en cuanto cruzó la puerta.

Olimpia corrió a socorrerla.

—Madre mía, Rachel. Apestas a alcohol.

—Culpable —masculló entre risas.

—Habrás dejado La Taberna vacía.

—La mujer de Elías me ha invitado a chupitos. Es maja. ¿Por qué se casaría con ese idiota?

Olimpia rio.

—Sí. Es un capullo —dijo la anfitriona—. ¿Podrás subir las escaleras, o necesitas que pida ayuda?

Rachel asintió y se agarró a la barandilla de madera mientras Olimpia le servía de apoyo al otro lado. Subieron despacio y caminaron por el pasillo hasta la habitación de Rachel.

—Y ahora, métete en la ducha.

—A lo mejor me ahogo.

—Pensé que estabas pagándome demasiado bien por quedarte aquí, pero empiezo a replanteármelo —le dijo divertida la casera.

—Creo que no voy a ducharme.

Olimpia suspiró y arrastró a Rachel por la habitación hasta el baño. Allí colocó el tapón de la bañera y encendió el agua caliente.

—Ropa fuera, Rachel —le ordenó.

La escritora, sin dudarlo, se quitó la camiseta y después el pantalón junto con la ropa interior. Olimpia señaló la bañera, así que Rachel entró y se sentó.

—Está muy caliente.

—Bien. ¿Por qué has bebido tanto? —quiso saber Olimpia, ignorando las quejas de Rachel.

La escritora se había rodeado las piernas con los brazos y el agua le llegaba por la cintura. Se encogió de hombros.

—Qué más da.

—No habrá sido por mí, ¿verdad?

—Qué creída.

Olimpia se quedó pensativa.

—¿Problemas de exmujeres? —La anfitriona se sentó en el suelo,

al lado de la bañera.

Rachel rio.

—No.

—¿Tu libro nuevo?

La escritora negó.

—Mi madre, que es una maldita zorra —dijo al fin.

—Lo siento.

—No tienes por qué. Ella debería sentirlo. Una vez me llamó mediocre escritora para bolleras. ¿Te lo puedes creer?

—¿Qué ha pasado?

—No todo el mundo tiene la suerte de tener unos buenos padres. Yo nunca he sabido quién es mi padre. Según mi madre, podría ser la mitad de la comuna *hippie*. —Rio—. Podría montar mi propio *Mamma mía*.

—Mi madre era buena. Los demás le preocupaban. Pero no porque su trabajo fuese ser enfermera, sino porque se preocupaba de verdad. Dedicó su vida a cuidarlos, a cuidarme —le explicó Olimpia—. No tuve un padre tampoco.

—Mi madre es una zorra.

—Eso ya lo has dicho. Pero es millonaria, así que tal vez te convenga fingir que la toleras.

Rachel la miró incrédula, sin saber si estaba bromeando.

—¿Me tomas el pelo?

Olimpia se encogió de hombros, pero sonreía.

—A lo mejor, si un día tienes hijos, se le ablanda ese corazón de piedra.

—Uy, no. Creo que la estirpe de las Jones debe acabar conmigo.

—¿Por qué? Seguro que te salen unos bebés de esos muy listos.

—Una vez, mi madre explicó en una entrevista a Corazón Rosa que ella sabía que yo me hacía la lesbiana para fastidiarla y justificarme para no ser madre, pero que me gustaban los tíos.

—Menuda zorra —dijo Olimpia.

Rachel soltó una carcajada.

—Ya te lo he dicho. Ha sacado no sé qué exclusiva sobre mí. ¿Por qué no me deja tranquila? Aunque imagino la razón, claro. Al final, en este maldito mundo capitalista todo se mueve por la misma razón.

—¿Por qué?

—El dinero.

—Ah. —Olimpia asintió despacio.

—Está metida en mierdas de dinero. Me quitó mi herencia, como si tuviera algo que dejarme que no fueran deudas. Si me dejara como heredera, lo rechazaría todo. Lo juro. —Rachel se llevó los dedos índice y pulgar a la boca y los besó, como si quisiera dejar constancia de su promesa.

Olimpia no dijo nada y Rachel metió la cabeza dentro del agua. Salió a los pocos segundos y se apoyó en un lado, dejando caer el cuerpo entero dentro del agua.

—Siento que estés sufriendo —le dijo Olimpia.

Rachel la miró.

—Se me pasará. Lo prometo. Mañana no me acordaré.

—Probablemente no te acordarás de nada.

—Me acordaré de tu pijama. Es bonito. —Rachel se había fijado en la bata de Olimpia, de color rojo oscuro, y en su camisón blanco crudo—. Te queda bien el color. Realza tu preciosa piel pálida —añadió.

—Tiene algunos años.

—Te hace parecer toda una señora.

Olimpia abrió un cajón y sacó una esponja nueva, envuelta en plástico. Le retiró el envoltorio, la acercó a la bañera y se puso de rodillas encima de la pequeña alfombra con forma de nube. Metió la esponja en el agua para mojarla, echó jabón con olor a fresa encima y miró a Rachel.

—¿Me dejas curarte, mediocre escritora para bolleras?

Rachel rio y asintió con la cabeza. La anfitriona le tendió la mano, pidiéndole que estirara el brazo, acercó la esponja a su piel y frotó suavemente desde el hombro hasta los dedos, girando el brazo en el proceso. La escritora la miraba atentamente, viendo su cara de concentración a medida que pasaba la esponja por los huecos visibles de su cuerpo e ignorando las partes sumergidas. Olimpia metió la esponja en el agua, agarró una de las piernas de Rachel y la levantó. Le frotó el pie y después la pierna hasta la rodilla, y cuando acabó, introdujo la esponja en el agua en busca del muslo, haciendo círculos.

La mano estaba cada vez más cerca de su entrepierna y Rachel no pudo evitar contraerse, expectante.

Olimpia la miró.

—¿Quieres que siga?

—Sí —soltó muy bajito.

La anfitriona llegó hasta sus ingles y las frotó con suavidad, desviándose cada vez más hacia el centro y moviendo la esponja arriba y abajo. Rachel cogió aire y lo soltó despacio en cuanto la esponja tocó su clítoris, cada vez más fuerte, con ritmo. Dejó de notar el contacto unos segundos y la esponja flotó, pero Olimpia continuó con su mano, moviendo los dedos entre sus pliegues, acelerando el ritmo por momentos. Rachel apoyó la cabeza en la pared y abrió las piernas todo lo que pudo, sin saber si iba a ser capaz de aguantar mucho tiempo más. El orgasmo la sacudió de repente, con una intensidad tan real que la hizo gemir sin que pudiera aguantarse.

Olimpia suspiró fuerte mientras se levantaba del suelo. Agarró la

toalla y le tendió la mano a Rachel, quien la aceptó, aún mareada después del intenso orgasmo. Olimpia la rodeó con la toalla y la ayudó a salir de la bañera. Ambas se quedaron muy cerca, a apenas unos centímetros la una de la otra.

Rachel se adelantó para besarla. La anfitriona no se apartó, pero no le devolvió el beso.

—No es el momento —le dijo—. Vas a pasar una noche terrible.

Rachel sonrió.

—Probablemente. Aunque mucho mejor de lo que esperaba.

—No tiene mucho mérito, solo te devolvía el favor.

—Yo creo que sí lo tiene —objetó Rachel.

Olimpia le devolvió la sonrisa y se marchó, parando solo un momento en la puerta para volver a mirar a Rachel.

Capítulo 16

Crónica de un verano

Verano, 2007

El pueblo olía a tierra removida y madera quemada. A Olimpia le recordaba a su infancia. Hacía cuatro años que no pisaba las calles de aquel lugar, que no estaba en su pequeña casa de una planta, pero aquella casa le parecía enorme en comparación con su habitación de Madrid y su piso compartido con cuatro estudiantes más. Los había invitado a visitarla cuando quisieran y algunos habían dicho que lo harían, pero la realidad era que había poco que se pudiera hacer en su pueblo natal aparte de visitar la ermita y emborracharse en las fiestas del pueblo.

Por mucho que intentara no pensar en ello, lo que más quería era ir a pasear por el pueblo, calle arriba, hasta la casa más grande del lugar. Durante el primer año de su estancia en Madrid había estado escribiendo cartas dirigidas al profesor, adjuntando sus dibujos y presumiendo de sus avances. Firmaba como «Diosa», para que nadie supiera quién era si una de sus cartas acababa en las manos equivocadas. Las dirigía siempre a «Mi propio y personal Infierno» y no añadía remitente. Él sabía dónde se alojaba, y aun así nunca obtuvo respuesta.

—He hablado con la alcaldesa para que te busque un trabajo en el ayuntamiento —le dijo su madre—. A lo mejor te enchufa de secretaria en algún sitio, igual que hizo con Susana.

—No te preocupes, mamá. Me espabilaré. A lo mejor necesitan ayuda en el instituto, tal vez mi antiguo profesor de Arte…

—¿El señor Nicolás?

Olimpia asintió.

—Él hace mucho que no trabaja allí.

Olimpia levantó las cejas, asombrada ante aquella noticia.

—¿No?

—No.

—¿Ya no vive por aquí? —preguntó casi sin voz.

Se le había encogido el estómago. Había pasado mucho tiempo, pero una parte de ella tenía la esperanza de volver a verlo, aunque fuera una vez más.

—Sí. Sigue en la mansión de siempre, pero ahora es un hostal.

—¿Un hostal? —Olimpia se sintió estúpida, repitiendo las últimas palabras de su madre todo el rato.

—Recibe a turistas durante el verano. Abre en junio y cierra a finales de septiembre. Hay mucho movimiento por aquí desde que

existe ese lugar para turistas. Vienen excursionistas, deportistas..., ya sabes, por las rutas.

Olimpia se sorprendió por la noticia, pero disimuló su asombro para que su madre no lo notara.

Tardó dos días en instalarse, organizar el tratamiento de su madre con el médico y retomar el contacto con sus vecinos. Lidia ya no vivía en el pueblo y la mayoría de sus amigos de la adolescencia habían seguido sus pasos o tenían otras vidas, así que Olimpia no iba a estrechar viejos lazos. El tercer día no pudo acallar por más tiempo las voces de su cabeza y caminó calle arriba para visitar el hostal de Nico. Se preguntó por qué habría dejado el instituto para dedicarse a recibir viajeros durante el verano, si a Nico no le gustaba la gente y apreciaba su soledad. Tal vez lo hacía para poder estar solo el resto del año, sin dar explicaciones.

Tardó más de lo que recordaba en subir y se dio cuenta de que sus sedentarios años de estudio en la ciudad le habían pasado factura. Además, se había puesto un vestido que no le facilitaba el movimiento, de rayas rojas y blancas con tirantes finos, y unas deportivas a juego. Había cogido un bolso de tela con sus cosas, aunque no las necesitaba.

Se paró delante de la puerta del hostal y cogió aire para abrirla. Sin embargo, cuando acercaba la mano al pomo, la puerta se abrió y de dentro salió una pareja extranjera que la saludó amablemente en francés. Ella les devolvió el saludo y entró sin pensárselo más. El salón se había convertido en un comedor lleno de mesas de madera y sillas a juego y en él desayunaban grupos de personas, sentados de manera aleatoria. Caminó entre ellos hasta la cocina, donde una mujer de unos sesenta años preparaba café de espaldas a la puerta. No la conocía y no quería pasar sin permiso. Entonces, un hombre entró abruptamente a la cocina desde el patio. Parecía que tenía prisa, pero en cuanto la vio se quedó mirándola en silencio. Olimpia sintió cómo su corazón se paraba unos segundos y retomaba de nuevo el ritmo, acelerándose. Habían pasado cuatro años, pero Nico estaba exactamente igual que en su memoria y se le veía joven, pese a que aquel año acababa de cumplir cuarenta y nueve.

Nico sonrió al fin y se acercó a Olimpia a la vez que la cocinera se giraba. La abrazó levemente para saludarla y a Olimpia la sacudió el olor a Nico, que recordaba aún a veces en sus sueños.

—Mira, Valeria, esta es Olimpia, la mejor alumna que he tenido nunca.

Valeria la saludó.

—¿La favorita del profesor?

—No sabe usted cuánto —le contestó ella.

Nico rio y se acercó a la barra.

—Estamos con los desayunos de los clientes. ¿Quieres tomar algo?
—No. Solo quería saludarte.
—¿Estás de visita?
—Estoy de vuelta.
Nico la miró a los ojos sin decir nada y Olimpia supo que quería hacerle muchas preguntas que no podía realizar delante de otras personas.
—Vente a la hora de la merienda —le dijo él—. Es cuando estoy libre.
Olimpia asintió, se despidió con la mano y se marchó por donde había llegado. Bajó la calle casi corriendo, sin saber hacia dónde iba, pero no podía pensar. Había visto a Nico de nuevo y él la había invitado a merendar, como hacían antes. Recordó cómo la había mirado, como si no hubiera pasado el tiempo, y sintió un escalofrío por el cuerpo. Supo que no podría comer ni pensar en nada que no fuera aquella cita, que apenas podría respirar con tranquilidad hasta las cinco y media, y que iba a ponerse más guapa que nunca.
A las cinco y media, Nico la esperaba con galletas recién horneadas encima de la mesa. Estaba preparado para recibirla y le sirvió el café nada más tomar asiento. Él se sentó cerca de ella, mirando en su dirección. Olimpia se había cambiado el vestido por unos pantalones cortos blancos y una camiseta de tirantes azul. Dejó caer sus sandalias abiertas al suelo y apoyó los pies descalzos en la silla.
—Has venido a cuidar de tu madre, ¿no?
—Las noticias vuelan.
—Es un pueblo pequeño. Ya lo sabes.
Olimpia miró a su alrededor, señalando el hostal.
—Inesperado —dijo.
—Lo sé.
—Creía que te gustaba ser profesor.
—Me gustaba, pero quería hacer otra cosa.
—¿Y toleras estar totalmente rodeado de gente durante el verano?
—Tengo conversaciones interesantes, conozco a personas que nunca habría imaginado y escribo en mis ratos libres.
—¿Escribes?
—Sí. Normalmente diálogos. Retratos de paisajes con frases muy largas. Tengo decenas de conversaciones imaginarias.
—¿Podría leer algo tuyo? —le preguntó.
Nico torció el gesto.
—No lo sé.
—Por favor —insistió ella.
—Son tonterías.
—¿De qué van tus tonterías?

—De nada en particular.

Olimpia sonrió.

—Mentiroso...

Nico también rio.

—Y dime, Olimpia, ¿has aprendido mucho en estos cuatro años?

—¿Sobre qué exactamente? —Apoyó la cabeza en su mano.

Nico rio, sabiendo que ella estaba poniéndolo a prueba.

—Sí. Vale —le contestó él, entendiendo que debía reformular la pregunta—: ¿Han cambiado tus dibujos?

Olimpia sacó un bolígrafo de su bolso, agarró la servilleta que había encima de la mesa y dibujó un ojo con todo lujo de detalles ante la atenta mirada de Nico.

—Espectacular.

—Ya ves. Cuatro años dan para mucho. Pero nunca tuve un profesor como tú.

Nico se llevó la mano a la boca, se pellizcó el labio y asintió.

—Eso espero.

—Algunos buenos, nada especial.

—¿Y el Prado?

—Espectacular. Durante meses fui una vez a la semana para ver el cuadro de *El Bosco*, como quien va los domingos a misa.

El profesor soltó una carcajada, pero parecía complacido.

—¿Sigues leyendo?

—¿Es que se puede dejar de leer?

Nico se encogió de hombros.

—Podrías ser muy distinta a la Olimpia que recuerdo.

—Hay cosas que no cambian. —Alargó el dibujo hacia Nico y se lo entregó—. Para ti.

Esperó a que lo cogiera para sentir sus dedos unos segundos sobre la piel, pero una pareja entró en el hostal y los saludó , rompiendo el momento.

—Se me hace rarísimo ver a la gente entrando y saliendo.

—En cuanto llega septiembre, me quedo totalmente solo, y así hasta junio otra vez, cuando la rueda de los viajeros vuelve a girar.

—¿Y lo disfrutas?

—Hay días que sí y hay otros que me siento un poco perdido.

—Lo imagino. ¿Hace mucho que no vas al cine? —le preguntó de repente, cambiando por completo de tema.

—No tengo mucho tiempo para cine. Apenas tengo tiempo para merendar. —Nico miró el reloj, como si acabara de recordar algo.

—¿No necesitas que te echen una mano por aquí? —le preguntó ella interesada.

—¿Quieres que te dé trabajo?

Olimpia se encogió de hombros.

—Quería dar clases en el instituto, pero hasta septiembre no podré hacer nada. Y no quiero ser la ayudante de la alcaldesa, eso te lo puedo prometer.

—¿Y quieres hacer camas y servir mesas?

—¿Por qué no?

—Porque podrías dedicar tu tiempo libre a hacer cosas de provecho.

—Y ahí te sale la vena profesional. Necesitaré trabajar tarde o temprano, Nico. Mi madre cobra una pequeña pensión y pronto no llegará para todo.

Nico se quedó pensativo.

—Haremos una cosa. Hay muchos niños por aquí. Clases de dibujo por las tardes, ¿qué te parece? Seguro que más de un padre lo agradece.

—Parece un trato demasiado bueno. Se nota más de lo debido que era la alumna favorita del profesor.

—Mejor eso que estar con la alcaldesa, ¿no?

Nico alargó la mano para cerrar el trato. La miraba fijamente, con ojos sonrientes, y Olimpia le devolvió el gesto. Tocar la mano de Nico, con sus dedos largos y suaves, le provocó un calambre por el cuerpo. Se sintió con deseos de más: de abrazos largos y profundos besos, pero también de mordiscos en los muslos y penetraciones feroces. Como si no hubiera pasado cuatro años sin verle, como si las decenas de amantes de los últimos años no hubieran significado nada. Al fin y al cabo, tenía delante a su primer amor, el más importante de su vida.

Nico no soltó su mano pese a que el apretón ya había durado más de la cuenta. Estuvieron cogidos varios segundos, sin decir nada, y solo la soltó al oír la puerta de la entrada.

—Buenas tardes.

Una mujer rubia, de unos cuarenta y pocos, metro setenta y bien vestida, con una falda de tubo, una camisa blanca y subida encima de dos tacones negros enormes, había entrado sin llamar. Junto a ella iba una chica adolescente, con pantalones rotos, camiseta por encima del ombligo y mirada desafiante.

—¡Nico! —exclamó, caminando hacia él.

La chica la siguió.

—Rebeca. —Nico esbozó su mejor sonrisa—. No te esperaba. —Su tono sonó solemne, como era habitual en él.

—Lo sé.

Llegó hasta su altura, lo rodeó con los brazos y le dio un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios.

Olimpia se sorprendió ante la confianza, pero disimuló su asombro sonriendo.

—Queríamos darte una sorpresa y quedarnos unos días. Si te va

bien, claro. ¿Estáis completos?

—¿Queríamos? —mascullo la adolescente de mala gana.

—No te preocupes, se puede arreglar —le contestó Nico.

Rebeca miró a Olimpia, reparando en ella por primera vez desde que había llegado, pasando su mirada por su cuerpo, de los pies a la cabeza.

—Olimpia era mi mejor alumna en el instituto. Acaba de regresar al pueblo y la he invitado a merendar —dijo Nico a modo de presentación.

Rebeca extendió la mano.

—Sí, claro. La del retrato.

Olimpia levantó las cejas, pero las bajó rápidamente al darse cuenta de que lo había hecho.

—Ella es Rebeca, mi contable. Y su hija, Ariadna.

Rebeca rio.

—Su pareja —aclaró ella—. Nico es demasiado reservado con su vida privada.

—¿No me digas? —preguntó Olimpia con ironía.

—Acabo de contratar a Olimpia para que les dé clases de dibujo a los niños.

—Eso es estupendo. Podrías darle clase a Ariadna también, que se le da fatal todo. Así, en general.

—Gracias, mamá. —La chica puso los ojos en blanco.

Rebeca rio, quitándole importancia al asunto, y Olimpia se levantó de la silla.

—Tengo que irme —dijo, cogiendo su bolso.

Levantó la mano para despedirse, miró a Nico durante un segundo a los ojos y empezó a caminar hacia la puerta, esperando que él entendiera lo que significaba aquella mirada a destiempo.

—Ha sido un placer —le dijo a Rebeca.

Salió del hostal caminando rápido, con ganas de alejarse de allí, pero Nico salió tras ella, llamándola con voz suave y alcanzando sus pasos rápidamente.

—Espera, Olimpia. —Ella se detuvo—. ¿Mañana a las cinco te va bien?

La chica torció el gesto.

—No sé si es buena idea.

—Hace cinco minutos te lo parecía.

—Ya. Hace cinco minutos tal vez sí.

—Oye, Rebeca y yo...

—No —lo interrumpió—. No tienes que explicarme nada. Tú has hecho tu vida y yo he hecho la mía. Solo me ha sorprendido. Nada más.

Nico asintió.

—¿Cuento contigo? —Lo preguntó en un susurro, mirándola con ojos entornados y esbozando aquella media sonrisa ladeada que lo caracterizaba.

—Está bien —aceptó ella—. Aunque no me gustan mucho los niños.

Nico rio. Olimpia le devolvió la sonrisa y se giró para irse, pero él la llamó por su nombre:

—Olimpia, otra cosa —le pidió. Ella lo miró—. Sé que ya ha pasado un tiempo, pero me gustaría que nadie supiera lo que pasó entre nosotros. ¿Lo entiendes?

Olimpia se quedó en silencio unos segundos, viendo la súplica en la cara de su antiguo profesor de Arte pidiéndole que su historia siguiera siendo un secreto.

—Nunca lo contaría —le aseguró.

Nico asintió y Olimpia continuó la marcha, queriendo coger el primer autobús que pasara y marcharse de allí.

Cuando con diecisiete años le había dicho a Nico que había estado con algunos chicos, le había mentido. Había perdido la virginidad con Elías, un tipo rudo de su clase que se había limitado a empujar dentro de ella mientras le lamía la boca con su lengua como si fuera un helado de vainilla. Él no había podido acabar, así que le había pedido que hicieran sexo oral, pero la chica no había estado dispuesta a continuar con aquello. Después había insistido en volver a verla, y ante sus múltiples negativas había empezado a odiarla. Les contó a los chicos de la clase que era mala en la cama y que no le gustaba mancharse las manos. Olimpia ignoró la historia y se limitó a contarle la verdad a quien se interesó por saberla.

Meses después de su primera vez habían empezado sus reuniones con el profesor. Nunca había vuelto a tener orgasmos como aquellos y solía recordarlos cuando intentaba darse placer, incluso cuando practicaba sexo con otros hombres. O mujeres, porque en sus años universitarios había salido también con chicas. A Olimpia no le gustaba tener que definirse, pero sabía que mayoritariamente se sentía atraída por hombres y, de vez en cuando, por alguna morena voluptuosa. Había salido un par de meses con una chica de su facultad que se había ido a vivir a Berlín. Se trataba de una de esas chicas imprevisibles que era imposible que se estuviera quieta e incapaz de agarrarse a nada ni a nadie. Pero Olimpia era exactamente igual: había tenido decenas de amantes en cuatro años, nunca nada serio, jamás con sentimientos, porque después del profesor todo era superfluo. Las caricias eran superficiales; los besos, un mero trámite, y solo estaba a gusto cuando era ella la que llevaba el control.

Y después estaba lo otro: la búsqueda de la experiencia en bares de copas, en páginas de Internet. Allí había conocido a sir John. No

era su nombre real y él nunca se lo dijo, pero era mayor que sus amantes habituales. Tenía obsesión por las verduras con forma fálica, y Olimpia le dejó hacer todo lo que quiso con su cuerpo, sin poner objeciones. Era lo más cerca que se había sentido de Nico en cuatro años, y aun así no había sido suficiente.

Cuando llegó a casa, su madre cocinaba en varias ollas y Olimpia se acercó para abrazarla.

—Te he dicho antes de irme que me encargaría de la cena.

—Necesito entretenerme, cariño. Estoy aburridísima. Ni los DVD de *Pasión de Gavilanes* me sacan de la monotonía.

—Eso es imposible —dijo Olimpia riendo.

—¿Ha ido bien la merienda con el profesor?

—Sí. Me ha ofrecido darles clases de dibujo en el hostal a los niños.

—Eso es genial, Oli.

—No sé, mamá. He venido para estar contigo.

—¿Y qué? ¿Vas a perseguirme las veinticuatro horas del día hasta que me muera?

—No digas eso, mamá...

—Podría durar más de lo que han dicho y sería un fastidio no tener intimidad —dijo entre risas—. Va, Oli, pasa las tardes haciendo lo que te dé la gana: clases, paseos, retoma amistades —añadió. Olimpia resopló y fue el turno de su madre de abrazarla—. No te quiero aquí encerrada todo el día, ¿sí?

La chica se limitó a asentir.

No eran las cinco todavía cuando Olimpia llegó al hostal al día siguiente. Nada más hacerlo, una familia la saludó en la puerta. Había mucha más gente que el día anterior paseándose por el lugar y la señora Gilda hablaba animadamente con Rebeca en la cocina. Nico la saludó con la mano al verla. Había preparado el material en una de las mesas del salón y los niños se paseaban por la estancia a la espera de que empezara la clase. Se sentaron a las cinco y media y Olimpia, bajo la atenta mirada de Nico, empezó su clase de dibujo. Nunca se le habían dado bien los niños, pero había un par de esos que siempre quieren salir a la pizarra que rompieron el hielo para empezar con buen pie. Olimpia dibujó un dragón ante la atenta mirada de los niños, que enseguida se propusieron imitarla. La primera clase iba a ser con rotuladores, pero prometió que alguna de las siguientes sería con acuarelas. Los padres de los niños fueron yéndose poco a poco, algunos al jardín y otros hacia las habitaciones, e incluso más de uno se dirigió fuera del hostal. Nico, en cambio, se quedó sentado a lo lejos, observando la clase sin perderse detalle.

Cuando acabó la hora, se acercó a hablar con ella a la vez que la

ayudaba a recoger los rotuladores.

—Sabía que se te daría bien.

Olimpia sonrió mientras guardaba su carpeta con material que había llevado de su casa.

—Podrías sentarte con los niños a dibujar también.

Nico rio.

—Te aseguro que me encantaría.

—Lo imagino.

—¿Quieres un café? —le ofreció—. Gilda ha traído magdalenas de melón, si es que eso tiene algún sentido.

—No, gracias. Tengo que ir a casa.

—Sí, perdona. Qué insensible. ¿Cómo está tu madre?

—Animada —se limitó a contestarle.

—Eso es bueno.

Olimpia cerró la cremallera de su mochila y se la colgó a un lado casi sin mirarlo. Él estaba siendo amable, pero Olimpia quería ponérselo un poco difícil por no haberla esperado como le había prometido.

—Supongo que sí. Te veo mañana —dijo rápidamente.

—Vale. Hasta mañana, entonces.

Olimpia salió del hostal y corrió calle abajo, parando a tomar un café a unas manzanas de su casa en el único bar abierto del pueblo.

Capítulo 17

El mejor regalo de Navidad

Diciembre, 2017

La Navidad era un punto de inflexión en el pueblo. Era la última fecha importante antes de las nevadas y el pueblo quedaba aislado durante diez días después de las fiestas. Algunos vecinos se marchaban con sus familias de vacaciones a la costa, otros visitaban a primos lejanos, y los pocos que se quedaban se recluían en sus casas con las chimeneas trabajando día y noche.

—¿Prefieres que haga pastel de chocolate o tarta de limón? —preguntó Olimpia.

—No sé —le contestó Rachel—. Siempre acabo tan llena que no me cabe el postre.

—Pero prefieres chocolate, ¿no?

—Siempre.

—Le preguntaré a Amery también.

—¿Le has comprado algún regalo?

—Claro. Y a ti también —le dijo Olimpia.

Rachel la observó con atención. Ella también le había comprado un regalo a Olimpia y otro a Amery, y se sintió feliz de que la chica hubiera pensado en ella. La anfitriona no había vuelto a dar pie a un acercamiento, sin embargo, era más amable con ella que nunca. En ocasiones se mostraba un tanto distante y siempre le daba órdenes, pero a Rachel le encantaba obedecerlas.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le preguntó Olimpia.

—Esperar a que llegue la noche.

Olimpia rio y sus hombros se movieron suavemente, haciendo que Rachel se fijara, por primera vez desde que la había visto aquella mañana, en que no llevaba sujetador. Se había puesto un vestido verde oscuro con volantes en el pecho y cuello abierto, pero no había rastro de la tira de ropa interior. Rachel sintió el deseo como una puñalada en el estómago, dándole la vuelta a sus órganos, y quiso tocar la piel de aquella pálida chica de pueblo, plagada de pecas.

—¿Te importaría sacar a Furia? —le preguntó Olimpia, haciéndola regresar a la Tierra.

Asintió, aunque notó que se había ruborizado levemente e intentó disimularlo levantándose.

—Sin problema.

La escritora se dirigió al patio y allí abrió la puerta trasera para sacar a la perra al campo abierto que había detrás del hostal. Se preguntó si Olimpia se habría dado cuenta de que le había mirado los

pechos y se había quedado embobada, si había empezado a ponerse otra ropa para llamar su atención o si estaba imaginándoselo todo.

Caminaba entre los matorrales cuando un silbido la sacó de sus pensamientos. Giró sobre sí misma y se encontró a la señora Gilda apoyada en la pared de su patio. Rachel se acercó a saludarla.

—¿Qué hace por aquí?

—Nada, chica. A veces salgo a respirar un rato.

—Pero estas bajadas son peligrosas. Podría tropezar y caerse de bruces.

—Llevo toda la vida por aquí. Las tengo controladas. Además, la dentadura es falsa, así que tampoco me preocupa.

—Aun así. Vigile, que me gustan sus magdalenas —le dijo Rachel entre risas.

—¿Qué haréis esta noche?

—Cenaremos con Amery.

—Ah, sí. El guiri.

—Ese mismo. El guiri, la chica de ciudad y la Viuda Negra.

Gilda levantó las cejas.

—Vaya grupito —susurró—. Aunque me alegra que Olimpia no pase otra Navidad sola.

A Rachel le sonó sincera.

—Tened cuidado y que no se os haga muy tarde, que las paredes son muy finas y se oye todo. Más de lo que parece.

La escritora se preguntó si aquello era una indirecta o lo decía por decir, avisándola de que no quería que la molestaran.

—Pues yo nunca la oigo.

Gilda se encogió de hombros.

—Es que yo soy de las silenciosas, ¿sabes?

Rachel rio y buscó a la perra con la mirada, oteando el horizonte.

—¡Furia! —gritó.

Cuando la perra escuchó su nombre, corrió hasta ella y le saltó encima, como solía hacer, y la chica la acarició. Tras despedirse de la señora, se marcharon al hostal y entraron por la pequeña puerta de metal del patio.

Amery llegó puntual a la cena, con el tradicional licor de almendras en una mano y una bolsa en la otra. Besó a las dos chicas en las mejillas y ayudó a Rachel a poner la mesa mientras Olimpia sacaba un hojaldre relleno de verduras del horno. Olimpia llevaba un vestido sobrio pero ajustado, y Rachel se había puesto la ropa más elegante que tenía en la maleta.

—Tengo que avisaros de que la señora Gilda me ha pedido que no hagamos mucho ruido —les dijo Rachel a la vez que servía el vino.

—Qué pesada es esa vieja —masculló Amery.

—Pero hace unas magdalenas que te mueres. —La escritora rio.
—Rachel —la llamó Olimpia—. ¿Estás segura de que no quieres esperar para beber?
—Ñi ñi ñi.
—¿Qué me he perdido? —preguntó el irlandés.
—Aquí, la escritora, que llegó arrastrándose hace unos días.
Amery abrió la boca de un modo teatral.
—¿Te pusiste pedo sin mí?
Rachel se encogió de hombros.
—Se me fue de las manos un poco. Además, no apareciste pese a que me dijiste que vendrías.
—No lo recuerdo —dijo él pensativo.
—¿Un poco? —le preguntó Olimpia, levantando una ceja—. Bastante, diría yo. Estabas borrachísima.
—¡Qué divertido! —exclamó Amery.
—La Rachel del día siguiente no estaría de acuerdo.
—Ni el Amery de mañana —aseguró él, levantando la copa.
Olimpia había preparado canapés variados y un segundo plato que Amery solía comer en Navidad en su casa. Rachel le había confesado a Olimpia que ella no tenía tradiciones navideñas, así que la anfitriona se había centrado en las peticiones del irlandés. Amery disfrutaba de la comida ante la atenta mirada de Olimpia, que le daba sorbos a su vino, y de la de Rachel, que miraba a Olimpia a la vez que la felicitaba por los canapés.
—Si tuvierais una última noche para disfrutar, ¿qué haríais? —les preguntó Amery.
—No sé —le contestó Rachel—. Creo que comer cosas con chocolate.
Olimpia rio.
—Te gusta demasiado comer.
—¿Y a quién no? —Amery reía también.
—A ti te gusta demasiado beber —añadió Olimpia.
—En serio —insistió Amery.
—Querría pasar una noche tranquila, con un vino y música relajante —enumeró Olimpia—. Y sin conversaciones absurdas.
—Recibido —dijo Amery entre risas.
—¿Y tú, irlandés? —quiso saber Rachel.
—Pues yo creo que elegiría comer o follar.
Rachel asintió, totalmente de acuerdo con su amigo. En cambio, Olimpia rio mientras negaba con la cabeza.
Superaron el nivel de alcohol de la última cena que habían celebrado juntos, y en el momento del postre —una tarta de chocolate elaborada por Olimpia— ya habían empezado con los chupitos. Sonaba música variada de fondo y después de la cena se

intercambiaron los regalos. Rachel recibió un cuaderno hecho a mano para escribir y un boceto de su cuerpo de espaldas con las manos levantadas, en el patio.

—Dijiste que no ibas a retratarme —dijo Rachel, mirando a Olimpia.

Ella se encogió de hombros.

—Solo te dije que no me lo pidieras, no que no quisiera hacerlo.

Amery obtuvo una botella de *whisky* escocés, regalada por Rachel para fastidiarlo, y unas botas nuevas de montaña. A Olimpia le regalaron un vestido de colores y un libro sobre *El Bosco*.

Se mudaron a los sofás después de los regalos, pero aquella vez los tres se sentaron en el mismo asiento, el de tres plazas: Rachel, en una esquina, recostada; Amery, mal sentado, con las piernas abiertas, y Olimpia había pasado sus pies por encima.

Sonó una canción que tenía una melodía conocida, aunque Rachel no recordaba el título, así que se levantó para bailar, con la copa en la mano y meciéndose al ritmo de las notas.

—Bailemos, venga —les sugirió.

—Ni de puta coña —se negó Amery.

Olimpia le tapó la boca.

—No digas palabrotas.

Amery le mordió los dedos y Olimpia sonrió con picardía, con la mirada fija en el irlandés, y le metió el dedo en la boca, siguiéndole el juego. El chico se acercó a su cuello y lamió con suavidad una vez y después otra, hasta que Olimpia se echó hacia atrás, disfrutando de sus atenciones.

Rachel, que se había dado cuenta de todo pese a que seguía bailando, se acabó su copa de un sorbo y levantó una mano.

—Está bien. Pues buenas noches —les dijo.

La escritora se despidió con la mano levantada, dejó la copa en la mesa y se dispuso a caminar.

—Eh, Rachel, ¿adónde vas? —le preguntó Olimpia.

—Sé cuándo debo irme. Una retirada a tiempo es una victoria.

Olimpia rio.

—Siéntate, anda.

A Rachel no le gustaba llevarle la contraria a Olimpia, así que se acercó al sofá vacío y se sentó, aunque no sin albergar ciertas dudas al respecto.

—Ahí no, Rachel, aquí. —Olimpia señaló su lado en el sofá.

Rachel tragó saliva, se levantó y caminó hasta la anfitriona, en el sofá de enfrente. Se sentó a su lado, pero no estaba relajada y se quedó recta, sin apoyarse. Olimpia se dejó caer en el sofá, mirando a Rachel mientras acariciaba el pelo de Amery.

—Besaos —les ordenó.

El irlandés apuró su copa y se adelantó, esperando a Rachel, sin dudar ni un segundo de las palabras de la propietaria del hostal. La escritora miró a Olimpia, que sonreía sin esconderse, expectante, esperando el resultado. Así que Rachel se puso de rodillas, apoyó una mano en la pierna de Olimpia y se impulsó hasta llegar a la boca de Amery, quien la besó fuerte, mordiéndole el labio y agarrándola de la cara. Olimpia observaba atentamente desde su posición privilegiada, sin moverse.

—No paréis —les pidió.

La anfitriona salió del sofá pasando por debajo de sus amigos, se sentó en la mesa de madera y se levantó la falda en el proceso.

—Bien. Amery, quiero más. Desnuda a Rachel, poco a poco.

Rachel se acomodó en el sofá mientras el irlandés le quitaba la ropa. Primero los pantalones, después el jersey navideño, sin dejar de besar su piel y tocándola sin control. Rachel estaba excitada y Amery estaba siendo delicado, pero no podía dejar de mirar la cara de Olimpia, que jugaba con una mano bajo su falda.

Rachel apartó a Amery y se adelantó en el sofá, agarró a Olimpia de las piernas y ambas cayeron sobre la alfombra. Rachel aterrizó de culo, suavemente, y la anfitriona le cayó encima, con las piernas abiertas. La escritora le tiró del vestido para sacárselo por la cabeza y después lanzarlo lejos. La besó con ganas y Olimpia la agarró del cuello a la vez que se movía encima de ella, rozándose con su piel. Amery había empezado a quitarse la ropa, se quedó en calzoncillos y se puso de rodillas en el suelo, al lado de las chicas. La alfombra era grande, pero la mesa estaba en medio, así que Amery la apartó, a la espera de que las chicas le prestaran atención. Olimpia alargó la mano hasta el irlandés y lo acarició por encima de la ropa interior, agarrando su erección con fuerza. Amery suspiró y Rachel fue consciente entonces de que Olimpia había empezado a repartir su atención.

Amery y Rachel se habían acostado antes en un momento de conexión, pero ambos se sentían especialmente atraídos por Olimpia, y la propietaria, que era una experta mandando, tenía a dos personas dispuestas a complacerla. Tan de acuerdo estaban ambos sin haberlo hablado que Rachel le quitó la parte de abajo de la ropa interior a Olimpia mientras Amery se encargaba de la de arriba, y aun estando de rodillas, Rachel se coló en su entrepierna, dispuesta a hacerla disfrutar. Agarró sus piernas y se perdió entre sus pliegues, probando su sabor y notando su humedad.

Amery ahogó los gemidos de la chica con la boca, acariciándole los pechos y sacando su erección de su ropa interior. Olimpia masturbó al irlandés con fuerza y señaló a Rachel, así que él se movió hasta la escritora y le quitó la ropa interior para penetrarla. Olimpia

sintió la lengua de Rachel, dura, metiéndose en su agujero, y sus labios pegándose a su piel, bebiendo de ella. La escritora apretó la cara contra ella en cuanto Amery la penetró y ahogó los gemidos en su vagina. El irlandés se movió con calma, despacio, disfrutando del momento, hasta que Olimpia gimió fuerte y Rachel salió de debajo para encontrarse de frente con Amery y besarlo. El irlandés salió de la escritora y agarró a Olimpia por detrás, penetrándola con ímpetu mientras la anfitriona buscaba la boca de Rachel y rebuscaba entre sus pliegues con los dedos.

—Me encantaría poder penetrarte yo misma —le susurró Rachel al oído.

La cara de Olimpia le dijo, sin pronunciar palabra, que a ella también le gustaría.

—¿Te gusta lo que te hago, escritora?

—Me encanta.

Olimpia volvió a besarla y aumentó la intensidad de sus besos, pero también de sus dedos, acariciándola mientras hacía pequeños círculos. Rachel se corrió sin control, y sus gemidos sofocados en la boca de Olimpia hicieron que Amery acabara dentro de la anfitriona entre fuertes sacudidas.

Rachel se dejó caer en la alfombra, Olimpia cayó entre sus brazos y Amery justo al lado, con un brazo encima de ambas.

—Nunca había hecho algo así —confesó Amery.

Rachel rio como respuesta y Olimpia se unió a su risa, notando sus cuerpos en movimiento uno encima del otro.

Capítulo 18

En la barra de La Taberna

Julio, 2007

Olimpia caminó un par de minutos por delante de la puerta del bar antes de atreverse a entrar. Pasó por delante de una mesa de hombres de más de sesenta que bebían café y jugaban a las cartas, se sentó en la barra y pidió un cortado. El propietario del bar, que lavaba los platos de espaldas a la barra, dijo «Oído cocina» sin girarse, y cuando al fin lo hizo, abrió los ojos como platos, sorprendido.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? Si es la pintora del pueblo —dijo con gracia.

Olimpia, que había esperado un recibimiento menos amable, sonrió.

—Estoy de vuelta —respondió sin más.

—Sí. Lo sé. Me lo han chivado las señoras de los desayunos.

Elías puso una taza en la cafetera y apretó un botón.

—¿Está mejorcilla tu madre? —le preguntó, apoyándose en la barra.

—Sí, parece que el tratamiento le ha ido bien.

El chico asintió y le puso el café delante, junto con unas minigalletas de chocolate negro. Olimpia se fijó en que Elías había crecido en los cuatro años que hacía que no lo veía y se había dejado una barba que lo hacía parecer mayor de veinticinco, pese a que no los tenía.

—¿Y qué es de tu vida? —continuó él, interesado.

—Pues no mucho. He empezado a trabajar por las tardes en el hostal, dando clases de dibujo.

—¿Con el profesor?

Olimpia asintió.

—Vaya, no me sorprende mucho. Siempre supimos que eras su alumna favorita. Siempre con los dieces.

La chica levantó una ceja, pero disimuló su sorpresa dándole un sorbo al café.

—¿Sí?

—Claro. Se rumoreaba que te daba clases particulares de dibujo y de otras cosas, ya me entiendes.

—Como siempre, este pueblo y sus rumores de mierda. —Pero Olimpia estaba sorprendida, ya que creía que era su secreto mejor guardado.

Elías rio.

—Sí, ya, pero como se suele decir, si el río suena, agua lleva, ¿no?

—Eso es una chorrada. Decían que Lidia y yo éramos lesbianas y que salíamos juntas en segundo, que éramos novias. Y no era cierto.

El chico ladeó la cabeza.

—Lidia es lesbiana.

—¿Qué? Ni hablar.

—¿En qué mundo has estado viviendo estos cuatro años? —le preguntó él divertido.

—Está claro que en uno muy alejado de aquí, por suerte para mí.

—Debe ser muy frustrante volver a tener una vida tan aburrida de un día para otro. De la capital a un pueblo de mierda. De los pubs nocturnos al bar del pueblo. De los chicos de ciudad a..., ya sabes, el viejo profesor.

Olimpia resopló.

—¿Intentas que me moleste?

—¿Crees que podría conseguirlo?

—Difícilmente —admitió ella.

Elías sonrió, sabiendo que su sonrisa era perfecta, y sus pómulos se levantaron, haciendo que Olimpia se reconociera a sí misma que era guapo.

—Entonces, todo lo que te cuente será nuevo para ti, ¿no? Podrías tirarte aquí el resto de la tarde.

Olimpia miró el reloj y vio que eran las siete y media.

—¿A qué hora cierras?

—Hoy a las nueve. ¿Quieres otro café?

—Mejor una cerveza.

Elías le contó los rumores más absurdos de los últimos años y le confesó, entre chupitos compartidos, que se había casado el año anterior con Andrea, su novia desde hacía cuatro años.

A las ocho y media, los abuelos ya se habían marchado a cenar a sus casas y Elías empezó a recoger las mesas ante la atenta mirada de Olimpia. Ella se había bebido un par de cervezas, pero él había hecho lo propio con los chupitos, y ambos se reían de cualquier cosa. El chico subió las sillas en las mesas, dándoles la vuelta, y Olimpia lo ayudó. Mientras lo hacía, notaba la falda levantándose cada vez más, con la goma arrugada en su cintura. En cuanto subió la última silla, supo que estaba viéndosele la ropa interior. Elías la observaba desde la distancia sin decir nada, y cuando sus miradas se encontraron, él sonrió.

—Ni siquiera sé si estoy imaginándomelo —le confesó él.

Ella se acercó a la mesa en la que Elías estaba inmóvil y se apoyó en una punta.

—¿Y si no estuvieras imaginándotelo?

Él respiró hondo.

—Entonces, no me quedaría más remedio que bajar la persiana y

ponerme a tu servicio.

Olimpia rio.

—No sé. Solo nos acostamos una vez, pero tengo muy malos recuerdos de la experiencia.

Pensó que el chico se molestaría y le pediría que se marchara, sin embargo, sonrió.

—Bueno, ya no soy aquel crío de dieciséis años.

—Entonces, ¿vas a dejar la persiana abierta?

Elías cogió un gancho de metal de una esquina, salió a la calle para bajar la persiana hasta la mitad, se metió en el bar y la empujó con el pie hasta el suelo. Dejó el gancho a un lado y miró a la chica, que se había apoyado en la barra. Se acercó rápido, pero se paró delante de ella, sin saber qué hacer.

Olimpia no quería besos ni abrazos. Quería un sexo rápido y cómodo. Quería olvidar. Así que se bajó la ropa interior y la dejó en el suelo, se levantó la falda y se apoyó en la barra.

—Por detrás —fue lo único que dijo.

Elías no dudó aquella vez y la embistió fuerte, sin pararse a pensar en preliminares, aunque no lo suficiente. El chico tenía razón y, como le había dicho, había aprendido un par de trucos en aquellos años. Olimpia le pidió que aumentara la fuerza muchas veces, pero la gente solía tener un límite y el de Elías llegó pronto, antes de que le doliera. Olimpia fingió que se corría cuando los golpes se volvieron mecánicos y Elías lo hizo poco después. Se despidió de él dándole un beso en la mejilla, con suavidad, y él le pidió que lo guardara en secreto, por lo de su mujer. Y es que Elías, en el fondo, era un romántico de los de las películas de la televisión, enamorado de su novia de la adolescencia. En cambio, Olimpia sintió que, sin Nico, no tenía sentido vivir en aquel pueblo.

Al día siguiente se despertó de la cama con ánimo, sin la melancolía del día anterior. Su madre había puesto música en la radio y sonaba por toda la casa. Olimpia la abrazó al encontrársela bailando en el salón. Se movieron juntas al ritmo de Rihanna y después de Juanes, escuchando los números uno del verano. Pensó que, aunque Nico tuviera su propia vida, aún podía verlo cada día en el hostal, hablar con él después de la clase con los niños. Sopesó pedirle libros, ya que acababa de terminar el último que se había comprado en la ciudad y no tenía intención de ir a la librería del pueblo de al lado hasta la semana siguiente. Se había sacado el carné a los dieciocho, pero no tenía coche, así que solo podía ir en autobús o pedirle a la vecina que la llevara.

Cuando llegó al hostal, Nico no estaba, pero apareció en mitad de la hora de clase, saludándola con la mano. Venía de la calle y estaba completamente sudado, como si hubiera salido a caminar a pleno sol.

Desapareció escaleras arriba y bajó justo cuando los niños se esparcían por la sala, dando la clase de dibujo por terminada. Se había duchado, cambiado de ropa y olía a perfume.

—Si me dices que has salido a correr, me caigo de culo aquí mismo —le dijo ella, mirándolo.

Él, que se había apoyado en la barandilla, sonrió y se acercó a la mesa en la que Olimpia recogía.

—A Matías se le había perdido Luna, así que hemos ido a buscarla por el bosque —le explicó—. Pero no te preocupes —añadió, viendo la cara de preocupación de la chica—. Está bien.

—Menos mal —respondió, suspirando de alivio—. Estabas siendo un buen vecino, ¿no?

—Eso intento.

—Y respecto a eso —continuó ella, habiendo metido ya el material en las cajas—, ¿serías un buen vecino conmigo y me dejarías un par de libros para estos días? No tengo nada nuevo y no puedo ir a la librería hasta dentro de un par de días.

Nico ladeó la cabeza.

—¿Por qué no puedes ir?

—No tengo transporte, y si me fuera ahora en bus, no podría volver. El bus de línea sigue siendo una mierda en este pueblo.

—Te dejo lo que quieras, pero ¿prefieres que te lleve a la librería?

Olimpia lo miró a los ojos, intentando averiguar si quería llevarla o se lo decía por compromiso.

—¿Lo harías?

Nico sonrió, caminó hasta la puerta de la cocina y habló con Valeria:

—Tengo que ir a hacer unos recados, ¿te encargas hasta que vuelva?

Valeria se encogió de hombros.

—Mientras no vuelvas muy tarde, no hay problema, Nico.

El propietario del hostal cogió varias llaves de la repisa que había en la chimenea y le hizo un gesto a Olimpia para que lo siguiera. Ella lo hizo sin decir nada, y cuando él abrió su furgoneta, se subió en ella y se puso el cinturón. Nico olía como siempre, a colonia suave y a chicle de menta, a suavizante y jabón. Lo miró de reojo al arrancar el coche y pensó que no podía esconder sus sentimientos por él por mucho que lo intentara, porque se le notaban en los ojos, en cómo miraba a aquel hombre de casi cincuenta años que debería parecerle de todo menos deseable, pero era Nico y significaba demasiadas cosas para ella.

—¿Tienes algo en mente? —quiso saber.

Ella, que estaba absorta en sus pensamientos, no supo qué estaba preguntándole.

—¿Qué?

—De libros.

Olimpia negó con la cabeza.

—La verdad es que no. Estos días estoy con novelas de misterio, y me he enganchado a unas cuantas. ¿Has oído hablar de *La carretera*, de Cormac McCarthy?

—Lo ponían muy bien en la radio el otro día.

—Pues estoy con los libros de ciencia ficción a tope también. —Nico asintió—. No sé si es una locura —continuó—, pero quiero hacer una colección de pinturas oscuras, con motivos posapocalípticos, edificios plagados de naturaleza, cafés desiertos... Ese tipo de cosas.

—Suena bien.

El pueblo vecino, en el que estaba la librería más cercana, se encontraba a solo diez minutos en coche, y Nico aparcó justo delante de la puerta. El local había cambiado, y su antiguo cartel, en el que había decenas de palabras blancas sobre plástico rojo, se había sustituido por uno mucho más elegante en el que solo ponía: «La Noria Library». Olimpia levantó las cejas.

—¿En inglés? Qué modernos, ¿no?

Nico sonrió.

—Cambiaron el letrero cuando traspasaron el local —le explicó a la vez que abría la puerta y le cedía el paso a Olimpia.

—¿Hace mucho? —le preguntó ella, entrando.

—Un par de años.

El dependiente saludó a Nico con la mano.

—¿Me traes clientes, Nico?

—Así es. Ella es Olimpia, una de mis antiguas alumnas, ferviente lectora y gran artista.

—Encantado, Olimpia —le dijo el chico—. Yo soy Javier, y estaré encantado de ayudarte a encontrar nuevas lecturas. ¿Qué buscas?

—Apocalipsis —le dijo ella, poniéndole entonación dramática.

—Uy. —El chico rio—. Entonces tu sección está en la estantería del fondo. Girando a la derecha.

—Gracias, Javier.

Nico encabezó la marcha, enseñándole la estantería. Ella sacó un libro que le llamó la atención, leyó la contraportada en diagonal y volvió a guardarlo. Repitió el proceso de nuevo y se fijó en que Nico la observaba.

—¿Qué?

—Nada —contestó él, cogiendo un libro también.

—Dímelo —le pidió.

La miró a los ojos, después pasó la vista por su cara y se concentró en su pelo.

—Es que estás tan distinta... Y solo han pasado cuatro años. Es

como si hubieras crecido de golpe. Estás mayor.

Olimpia respiró hondo.

—¿Demasiado mayor?

Nico se cruzó de brazos.

—No te entiendo —dijo, poniéndose serio de golpe.

—Sí me entiendes —susurró ella.

—¿Sigues pensando que quería vivir una experiencia a lo *Lolita*?

Ella se encogió de hombros.

—No sé. ¿Querías?

—¿Crees que me ponía cachondo que fueras menor y que te has hecho vieja y ya no me gustas?

Ella apretó los dientes.

—Pues a lo mejor sí.

Nico descruzó los brazos. Estaba serio y parecía molesto.

—Te espero en el coche —le dijo—. Date prisa.

Olimpia golpeó la estantería con rabia en cuanto Nico desapareció, se acercó a la mesa de recomendaciones, cogió un par de libros al azar y los pagó en el mostrador, casi sin decirle nada al dependiente, absorta de nuevo en sus pensamientos. Salió de la librería, se subió al coche y cerró de un portazo. Cuando Nico se incorporó a la carretera principal, se giró hacia él.

—Eres un imbécil —le espetó.

—Ponte el cinturón —le pidió.

Ella se lo puso de mala gana.

—¿Por qué nunca me escribiste, Nico? Ni siquiera para decir que te gustaban mis dibujos. —El tono de la chica estaba lleno de reproche, así que él no respondió—. Me prometiste que me esperarías y no lo has hecho. Así que, por lo que a mí respecta, me has mentido en todo. Por lo que sí, puede que en realidad fueras un puto pederasta folla menores.

Nico dio un volantazo, desviándose de la carretera, se metió en un camino sin asfaltar y detuvo el coche a un lado, de golpe.

—Antes de nada, yo nunca, jamás —le dijo muy calmado—, te prometí nada.

—Sí lo hiciste.

—No. No lo hice. Precisamente porque no pensaba cumplirlo. —Olimpia soltó una frase imposible de descifrar—. No respondí a tus cartas porque quería que me olvidaras. Quería que tuvieras una vida nueva y no volvieras nunca más al pueblo. Porque no tienes límites, Olimpia, lo que pasa es que no eres consciente. —La chica no dijo nada—. Releí tus cartas miles de veces. ¿Crees que es fácil para un tipo como yo reconocer que se ha enamorado de una cría? ¿Dónde me deja eso? Me arriesgué mucho dejándome llevar, podría haberlo perdido todo.

Olimpia cogió aire y lo soltó muy despacio.

—¿Enamorado?

Él asintió.

—Enamorado de una niña de diecisiete años —añadió. Olimpia se acercó para besarlo, sin pensárselo ni un segundo, pero él la detuvo con la mano—. Pero, aunque te quisiera hace cuatro años, las cosas no han cambiado, Olimpia. Tú y yo no podemos estar juntos.

Ella apretó los labios, pegó las manos al asiento y lo miró sin moverse ni un milímetro.

—¿Rebeca? —preguntó con un hilo de voz.

Nico negó con la cabeza.

—La edad, el pueblo, las circunstancias. Tú, sin límite, y yo, con el mío cada vez más cerca. Puedes tener lo que quieras, Olimpia, y a quien quieras.

—¿Por qué crees que yo quiero cosas que no son ciertas?

Nico no respondió y el silencio inundó el coche, hasta que él soltó un sonoro suspiro.

—Puede que no sepas lo que realmente te conviene.

—¿Y tú sí? Nunca he sido tan feliz como estando contigo. En Madrid, si me acostaba con alguien, pensaba en ti; si hablaba de libros o películas, pensaba en ti; si comía galletas, pensaba en ti; cuando me tocaba por las noches, pensaba en ti. Y podría continuar horas. Pensaba en ti siempre. El sexo tiene tu nombre, da igual quien comparta mi cama. Pienso en ti cada día, a veces diez minutos, a veces todo el rato que pasa desde que me meto en la cama hasta que me duermo.

Nico la miraba sin hablar.

—Oli…

—¿Vas a decirme ahora que tú no pensabas en mí?

—Algún día te darás cuenta de que no valgo la pena y será demasiado tarde. Habrás perdido tus días con un viejo cansado y triste.

Encendió de nuevo el coche y regresaron al pueblo en silencio, con el único sonido de la radio de fondo.

Capítulo 19

El hombro de Olimpia

Diciembre, 2017

Si algo tengo claro dentro de mi mente ufana, solitaria y contradictoria, es que mi parte favorita del cuerpo de Olimpia son sus hombros, y en especial el izquierdo.

Rachel tachó la frase y continuó escribiendo.

No sé absolutamente nada sobre el cuerpo humano, aparte de que estoy encerrada en uno que, de momento, parece funcionar correctamente. Por lo demás, soy inexperta en temas de biología, genética o medicina, y solo sé lo que aprendí viendo House.

Recuerdo una vez que bromeé sobre el tema del lupus y un familiar de la persona con la que bromeaba lo tenía. No se rio, ni siquiera un poco, y me hizo pasar un mal trago. O yo se lo hice pasar a él; no importan los detalles, pero fue una mala broma.

Rachel tachó la frase, insistiendo con fuerza en las palabras finales.

A lo que iba: los hombros de Olimpia. Son irregulares, y uno cae ligeramente, haciendo que los vestidos y las camisetas de tirantes se deslicen de forma suave hasta quedar colgando del brazo izquierdo, amenazando con dejar sus pechos al aire. Nunca ha pasado, nunca se ha deslizado el vestido más de la cuenta, pero solo pensar en ello hace que me vuelva loca; ese hombro desnudo, blanquecino, salpicado de pecas que recorren su piel hasta la clavícula. Ella lo sabe, porque me sonríe cuando me sorprende mirándola a lo lejos, por encima de mi libreta, cuando disimulo y hago pequeñas cruces sin sentido con el bolígrafo, fingiendo escribir.

Ahora mismo estoy mirándola. Acaba de verme, y creo que sabe lo que pienso de sus tirantes. Sonríe. Está acercándose, y noto temblores en las piernas. He apretado los dientes y he mojado las bragas; todo a la vez. ¿Cómo puedo estar tan excitada de repente?

Camina lento, pero ya llega.

Rachel estaba sentada en el taburete. Cerró la libreta justo cuando Olimpia se apoyó en la mesa central de mármol de la cocina, a escasos centímetros de ella. La anfitriona dio un ligero saltito, apoyando las manos en la mesa para darse impulso, y se sentó en la fría piedra, remangándose la falda, como era habitual. Abrió ligeramente las piernas y señaló el cuaderno.

—¿Qué apuntas en tu libreta de notas? Pareces muy pensativa.

Rachel sonrió.

—Ideas vacuas.

Olimpia soltó una risita.

—¿Qué es tan insignificante como para que lo describas así?

—El mundo, en realidad.

—¿Desde cuándo?

—Desde que vine aquí a concentrarme y no puedo.

—Por qué será...

—Está claro que sentarte delante de mí con las piernas abiertas no ayuda a mi concentración.

Olimpia las abrió un poco más, remangándose del todo la falda.

No llevaba ropa interior, así que le enseñó a Rachel su entrepierna sin cambiar su expresión divertida. Rachel la miró a los ojos, sonriendo de medio lado.

—Vaya —fue lo único que pudo decir.

—Describe lo que ves.

Olimpia subió las piernas y dejó visible su sexo en primer plano. Rachel tuvo que esforzarse para no lanzarse hacia ella.

—No sé si puedo pensar.

—Venga, escritora, tú te comunicas con palabras, ¿no? ¿Qué ves?

—Me gusta que tu vello sea rubio, casi rojizo. Nunca lo había visto antes, pese a que me he acostado con mujeres rubias como tú, incluso con el pelo más blanco, platino. Tus labios son rosados, menos oscuros de lo que esperaba, y sé que son suaves. Casi puedo sentirlos entre los dedos. —Los labios de la vagina de Olimpia se movieron, contrayéndose durante un segundo, y Rachel supo que su relato la excitaba—. Adoro cómo sobresalen tus labios inferiores, invitándome a repasarlos con la mirada, señalándome el camino hacia tu vagina. Tus labios superiores me llevan hasta tu clítoris, al que sé que le gustan los círculos de mi lengua.

El crujido de la puerta hizo que Olimpia diera un salto hacia el suelo y la falda cayera de nuevo hasta los tobillos. Rachel abrió su cuaderno a la vez que Gilda entraba en la cocina.

—Me he hartado de las magdalenas. Traigo bizcocho de naranja y chocolate. Sin gluten, para la chica de ciudad. Sin frutos secos para ti, Olimpia.

—Gracias, señora Gilda. Es muy amable —le dijo Olimpia mientras cogía la bandeja.

—No me vendría mal un café.

La señora Gilda se sentó en uno de los taburetes, no sin esfuerzo, ya que era muy bajita.

—Ahora mismo.

Olimpia se puso a hacer café, sonriéndole a Rachel desde los fogones mientras Gilda, de espaldas a la anfitriona, le preguntaba a Rachel por su novela.

—En proceso.

—¿Ya tienes algo escrito, o solo tomas notas? Te veo siempre arriba y abajo con esa dichosa libreta. ¿No había otra más bonita en la papelería?

—Es mi libreta en sucio. Tengo otra para los textos corregidos.

—¿Y de qué va?

—No se lo contará, Gilda —intervino Olimpia—. Se toma muy en serio los entresijos de sus novelas.

—Bueno, me la compraré cuando salga. A ver si hay algún personaje que haga las mejores magdalenas o algo así.

Rachel sonrió.

—Cuente con ello.

La escritora intentaba concentrarse en su conversación con la vecina, pero Olimpia la miraba de reojo, tocándose los brazos, pendiente del café mientras servía el bizcocho. Y entonces volvió a resbalar el tirante del vestido sobre su hombro. Rachel apretó las piernas y suplicó, a quien estuviera escuchando, que Gilda se marchara. Olimpia sirvió el café, con leche de avena para Rachel y leche desnatada para las demás, y le acercó el bizcocho en un papel que la escritora cogió lentamente, aprovechando para acariciar la mano de la chica. Gilda rechazó la comida, se tomó el café en dos sorbos y miró su reloj.

—Vuelvo a casa, que es la hora del programa de la tarde. Hoy entrevistan a la prima del rey, que sabe cosas de esas que se cuecen en los entresijos de palacio.

Dio un saltito y caminó rápidamente hasta la puerta, cerrando con fuerza al salir.

Rachel rio, pero Olimpia se limitó a mirarla desde su asiento, fijamente. Bajó de su silla para caminar hasta el salón y Rachel pudo oír, tal vez por primera vez desde que había llegado, a la anfitriona cerrando la puerta de la entrada con llave. Volvió a la cocina, agarró a Rachel del brazo y tiró de ella escaleras arriba, hasta la habitación de su invitada. Allí se quedaron de pie, mirándose sin moverse, y Olimpia bajó sus tirantes y dejó que su vestido cayera al suelo, mostrando su desnudez. Rachel miró el cuerpo sin ropa de la chica quieta, a la vez que ella se acercaba y le desabrochaba el botón de su pantalón, quitándoselo después, casi arrancándolo de su cuerpo. Luego la camiseta y, con prisa, la ropa interior. Rachel no se movió ni intentó besarla, ya que sabía que a Olimpia le gustaba llevar el control.

La anfitriona la empujó de forma suave para que se tumbara en la cama y se sentó encima de su cuerpo desnudo, con las piernas abiertas. Rachel estaba mojada, pero Olimpia también, y notó su humedad en cuanto su sexo se rozó suavemente con el de la propietaria del hostal, uniendo sus flujos, resbalando unos labios encima de otros. Olimpia se movía hacia adelante y hacia atrás, usando el hueso pélvico de Rachel para masturbarse, haciéndole lo mismo a Rachel en el proceso. La escritora la agarró de la cadera, la apretó más contra ella y aceleró el ritmo.

—La primera que se corra, se lo bebe todo —la retó Olimpia.

Rachel asintió. A la anfitriona le gustaba jugar, y los días en los que se levantaba de buen humor, la escritora vivía las escenas más increíbles entre las paredes de aquella mansión vieja y vacía.

Olimpia gemía con suavidad y Rachel supo que iba a acabar antes que ella por el movimiento de sus brazos, sin saber dónde apoyarse, y

la mirada perdida. Rachel sintió el espasmo de la anfitriona como si fuera el suyo propio apretándose con fuerza contra su sexo. Salió de encima de la escritora y se encaramó entre las piernas de Rachel, como había prometido. Lamió de arriba abajo y le metió los dedos en la vagina, haciendo círculos. Rachel notó el calambre más fuerte de su vida recorriéndole las piernas, y la lengua de Olimpia sonó entre sus labios como si se hubiera topado con un río abriéndose paso a través de sus pliegues.

Olimpia desapareció unos minutos, para regresar después con un paquete de tabaco y una botella de burbon. Se encendió un cigarro y se lo ofreció a Rachel, que lo cogió sin dudar. Luego sirvió dos copas.

—Me iré de aquí siendo una borracha —le dijo la escritora.

—Llegaste siendo una borracha.

—Más todavía.

Olimpia se encogió de hombros.

—¿A quién le importa?

—A la prensa, tal vez.

—Que le den a la prensa.

La escritora rio.

—¡Que les den! —exclamó, levantando su brazo para brindar con el aire.

—Amery se mosqueará cuando sepa que hemos estado jugando sin él —comentó Rachel.

Olimpia la miró.

—Lo dudo. ¿Te enfadarías si supieras que he ido a su casa y me he acostado con él?

Rachel negó con la cabeza.

—Me gusta que mis amigos se diviertan.

—Claro que sí. Pues lo mismo para Amery.

—No sé... —dudó.

—¿Por qué os habéis hecho tan amigos? Sois el día y la noche. La de letras y el de los números.

La escritora rio.

—Supongo que es por tu culpa.

Olimpia levantó las cejas.

—¿Qué tengo que ver yo?

—Los dos te prestábamos demasiada atención. Supongo que fue eso.

La anfitriona apuró su copa de un trago y apagó su pitillo para después tumbarse en la cama y quedarse bocabajo, mirando a Rachel.

—¿Puedo preguntarte algo? —le susurró la escritora. Olimpia asintió—. ¿Cómo te atreviste a hacer lo que te dio la gana en este pueblo?

—Tardé un tiempo en hacer lo que me dio la gana —le respondió.

Rachel no dijo nada y se quedó pensativa, sin saber cómo continuar—. Suéltalo, escritora. ¿Qué quieres saber? Si me enrollaba con el profesor en el instituto, ¿no? Pues sí, me enrollaba con él. Me enamoré de él y viví el resto de mi vida a su sombra.

—Tu vida no se ha acabado.

—Es un decir —dijo la anfitriona, poniéndose bocarriba.

Alargó la mano hasta la cintura de Rachel y caminó sobre su barriga con los dedos. Le acarició la piel, recortando el camino hasta el vello de su monte de venus y enredándolo con los dedos.

—Cuando no quieres hablar, siempre recurres al sexo. Es como si te refugiaras en él y así de paso evitas las preguntas.

Olimpia apartó la mano.

—¿Qué eres, psicoanalista?

—Observadora.

La casera puso los ojos en blanco, se levantó de la cama y se puso una bata fina encima del cuerpo desnudo.

—O huyes —masculló Rachel.

—Va a quedarte preciosa tu novela sobre mí —añadió Olimpia, desapareciendo por la puerta después.

Rachel se tapó la cara, sabiendo que había hablado más de la cuenta. Se dio la vuelta en la cama, sintiéndose valiente y estúpida a partes iguales.

Capítulo 20

Capítulo 20

La poesía lo empeoraría

Agosto, 2007

La madre de Olimpia tuvo una crisis un día cualquiera de finales de agosto. Empezó a dolerle un costado y tuvieron que ingresarla en el hospital. Olimpia no se movía de su lado y Nico la llamó para preguntarle si necesitaba ayuda, como buen vecino que era, pero ella le dijo que no. Su madre insistió en que se marchara a casa a dormir por las noches, y aunque los primeros días nadie pudo moverla del hospital, Elvira la convenció para que fuera a ducharse, quedándose con su madre.

Olimpia cogió el autobús y media hora después paseaba por el pueblo en dirección a su casa. Se paraba a hablar con más gente de la que le apetecía, pero todos querían saber cómo estaba su madre. Tiró las llaves en el sofá, junto con el bolso y la ropa sucia, y caminó desnuda hasta la bañera. Allí se sentó, encendió el agua caliente y lloró, porque los médicos le habían dicho que ya no podían hacer nada más por la persona más importante de su vida. Se imaginó a su madre, que la había cuidado desde su nacimiento, yaciendo en una caja, sin vida, y quiso gritar fuerte, sabiendo que no podría hacerse a la idea de aquello y que nunca lo superaría. Solo tenía veintiún años y no se merecía perder a su madre tan pronto. No era justo y no podía aceptarlo.

Salió de la ducha cuando empezó a sentir las piernas entumecidas en contacto con la fría cerámica de los laterales de la tina. Se secó sin esforzarse demasiado y se puso la ropa encima de la piel, todavía húmeda. Se abrió una cerveza, y justo cuando daba el primer trago, el timbre de la casa resonó por todo el salón, más fuerte de lo que recordaba. Caminó sin prisas, con el pelo mojado, un pijama de verano y la cerveza en la mano, pensando que la vecina había visto luz en casa y llamaba para interesarse por el estado de su madre, pero tras la puerta no estaba la vecina. Nico la miraba atentamente sin decir nada, pasando la vista de su cara a la cerveza y de nuevo a sus ojos. Olimpia lo invitó a pasar, dejando abierto tras ella.

—Sé que me dijiste que no necesitabas ayuda —le dijo él—. Pero sé que finges muy bien no necesitar a nadie.

—Nadie puede ayudarme con lo que pasa.

—Lo entiendo. Pero puedo hacerte la cena o recogerte en el hospital. Tal vez sustituirte de vez en cuando por la noche.

—Sería la comidilla del pueblo.

Nico se encogió de hombros.

—Esto es más importante.

—¿Sabes que la gente sabía que quedábamos después de clase? —Nico no dijo nada—. Me lo contó Elías, y pensé que estaba marcándose un farol. Después me di cuenta de que la gente está pendiente siempre de todo lo que hacemos, continuamente, a solo un pensamiento de descubrir la verdad, esperando que nos delate un gesto, tal vez una caricia involuntaria.

—No lo sabía, la verdad. Aunque no me sorprende.

Olimpia caminó hasta la cocina, sacó una cerveza de la nevera y se la ofreció. Él la cogió y sus manos se tocaron unos segundos.

—¿Qué pensaría la gente si me llevaras continuamente al hospital o me trajeras la cena? ¿Y qué más da? Si eres el buen vecino de Nico. Seguro que nadie piensa mal de ti. Solo estás ayudando a una pobre exalumna a salir de un mal trago, ¿no?

Nico caminó hasta ella y se paró a menos de medio metro.

—Ellos pueden pensar lo que quieran, pero no voy a dejarte sola con esto, Olimpia.

La chica intentó ser fuerte, sin embargo, notó las lágrimas adueñándose de sus ojos, luchando por salir y mojar su cara. Él lo había dicho en voz alta, pero ella ya lo sabía de antes: estaba sola en aquel pueblo perdido en la montaña y pronto lo estaría aún más. No podía aguantar el llanto ni las ganas de gritar, así que se dejó caer en el pecho del profesor y lloró con fuerza, ahogando los sollozos en su camisa azul marino, mojándola con sus lágrimas. Nico la abrazó con fuerza, encerrándola entre sus brazos. Apoyó la nariz en su pelo y dejó que llorara hasta quedarse sin lágrimas.

Ella quería volver al hospital, así que Nico preparó la cena y prometió que la acompañaría al día siguiente, temprano.

—¿Te recojo?

Olimpia negó con la cabeza.

—A las ocho estaré en el hostal. Me irá bien darme un paseo por la mañana.

Él asintió y se limitó a despedirse de ella con un paternal beso en la frente que descolocó a Olimpia, aunque no le apetecía pensar en ello durante aquella noche.

A la mañana siguiente, la esperaba con el desayuno en la mesa: tostadas con mantequilla y mermelada y cruasanes recién hechos, junto con zumo de melocotón y café. Lo había puesto encima de la mesa de madera, con un pequeño mantel de cuadros blancos y rojos, del estilo de la casa: antiguo pero con encanto. También había puesto flores en los jarrones, todas recogidas del patio trasero, y Olimpia se dio cuenta de que se había peinado el salvaje pelo castaño, que cada día tenía más canas. Valeria cocinaba mientras soltaba algún comentario en voz baja de vez en cuando, moviendo las ollas de un

fuego a otro.

—No tenías por qué hacerlo —dijo Olimpia.

Él sonrió.

—Quería hacerlo. Sé que en tu cabeza nunca das prioridad a la comida.

Desayunaron casi en silencio, interrumpidos de vez en cuando por algún huésped madrugador o por los comentarios de Valeria, y Olimpia disfrutó de la comida casera y se tomó dos cafés.

—¿Tienes lectura? —le preguntó Nico.

—Elvira me ha dejado una novela erótica muy rara.

Nico, que no se lo esperaba, rio con la comida en la boca.

—Ya. Ya. No te atrevas a preguntarme si te la recomiendo. Aún no sé si voy a ser capaz de acabarla.

—¿Por qué?

—Porque siento que pierdo el tiempo. Está claro que el final de la historia es que los protagonistas se casan y tienen hijos. Él es perfecto, ella es preciosa y sus hijos serán portada de las revistas de bebés.

—Los finales felices están bien.

—Aburrido —añadió ella.

Nico fingió cerrar una cremallera imaginaria en su boca.

—¿Quieres que te deje algo?

Ella asintió, efusivamente. Durante los meses que había pasado con Nico en el tercer piso había leído muchos de sus libros, pero siempre pensó que ni en toda su vida se acabaría las estanterías con doble fila de aquella casa.

—Por favor.

—¿Qué crees que te haría sentir mejor?

—Nada, la verdad —le contestó, siendo totalmente sincera.

—¿Poesía?

—La poesía lo empeoraría. Mejor algo ligero, una comedia.

—¿Teatro?

—Pero teatro divertido, y sabes que no soy mucho del Siglo de Oro.

—Nada del Siglo de Oro, entonces.

—Tampoco demasiado moderno.

Nico golpeó la mesa con suavidad.

—¡Ya lo tengo!

Se levantó de la silla y le hizo un gesto para que lo siguiera. Parecía contento, como si acabara de encontrar la solución a todos los problemas de Olimpia.

—Acompáñame al desván, creo que lo tengo localizado.

Subió las escaleras y Olimpia lo siguió de cerca, fijándose en los cambios del primer piso.

—¿La del fondo sigue siendo tu habitación? —quiso saber.

Nico asintió. Su habitación no se distinguía de las del resto de la casa, pero Olimpia sabía cuál era porque había pasado allí muchas tardes, enredada entre las sábanas.

—He convertido todas las demás en habitaciones para huéspedes. También las del segundo piso. Incluso el despacho.

La casa de Nico estaba distinta. Había pintado las paredes de blanco y había cambiado los cuadros militares por paisajes sencillos de lagos y montañas. La barandilla también era distinta, como de madera antigua pero elegante. Incluso las puertas eran diferentes, de colores claros.

Olimpia llegó al tercer piso temiendo encontrarse los mismos cambios que en el resto de la casa, pensando que guardaba muchos recuerdos sobre aquel lugar: su primera vez con Nico, las tardes estudiando entre besos, el mejor sexo de su vida. Pero el desván estaba tal y como lo recordaba, y cuando subió el último tramo de escalera, la sobrecogieron los recuerdos, todos de golpe, vaciando sus pulmones de aire y llenando su pecho de melancolía. Las estanterías eran las mismas, de madera oscura hasta casi tocar el bajo techo. El escritorio y la mesita auxiliar seguían en su sitio, y los sillones que Nico había subido una tarde del salón presidían la estancia, en el centro, uno frente al otro.

Nico caminó hasta una estantería y buscó el libro que le había prometido. Olimpia se paró frente al primer mueble y pasó los dedos por los lomos de los libros, leyendo los títulos y deseando que el polvo se le pegara a la piel para siempre, dejando su aroma entre los huecos.

—Aquí está —dijo Nico—. *La importancia de llamarse Ernesto*.

Se lo ofreció y ella lo cogió con seguridad, intentando disimular el torbellino de sensaciones. Ya había leído aquel libro, años atrás, pero se limitó a asentir, como si no supiera de qué iba. Siempre le había gustado Wilde, admiraba a las personas que se habían atrevido a perseguir sus deseos, aun cuando les estaba vetado. Y pensó que, si en pleno año 2007, en un pueblo de Europa, ella no podía confesar que amaba a un hombre veintisiete años mayor que ella, era porque el mundo no había cambiado tanto desde que Wilde estuvo en él.

—Puedes coger todos los que quieras.

—Podría alquilar una furgoneta y bajarme unas cuantas cajas.

—Todo tuyo —le ofreció él entre risas.

—¿De verdad?

—Claro. Al fin y al cabo, estos libros serán tuyos algún día.

La chica lo miró sin entender nada.

—¿Míos?

—Si algún día me muero, ¿qué crees que harán con ellos?

—¿Por qué ibas a morirte?

—Era un supuesto, nada más. Una especie de broma.

—De mal gusto. Pero tienes razón: no sabrían qué hacer con todos estos tesoros.

Olimpia rebuscó entre los libros, ordenados anárquicamente, uno que al mirarlo quisiera coger, que llevara tiempo queriendo leer, que tuviera una portada forrada con tela o que fuera lo suficientemente complicado como para tenerla entretenida. Encontró una colección de Shakespeare, otra de Conan Doyle, la mayoría de las aventuras de Julio Verne y una fila entera de Agatha Christie. Cogió uno al azar de la autora y otro sobre un verano en la costa de un escritor desconocido del que no había oído hablar nunca.

Nico sacó otro libro de la estantería y se lo entregó.

—¿Crees que te llegará para la semana? —bromeó.

Olimpia apiló los libros en las manos y se apoyó en la estantería.

—Joder, Nico. Este sitio está igual que siempre, incluso huele como antaño.

—No podía cambiar nada —la interrumpió él—. No dejo subir aquí a los huéspedes, ni siquiera a los trabajadores. Es una especie de guarida secreta.

Nico se había acercado y Olimpia lo tenía más cerca de lo que lo había tenido desde su llegada. Sintió su olor a café y a colonia, pero no era la colonia de siempre, suave y afrutada, sino una mucho más intensa, como las que llevaban los chicos en los bares de copas de Madrid. Él la miraba fijamente y ella le aguantó la mirada, sin pestañear más de lo debido.

A Olimpia le pareció que él recortaba la distancia, cuando un sonido de pasos en la escalera los puso alertas. Eran fuertes y seguros, de zapatos caros con tacón de aguja. Cuando Rebeca llegó al desván, a Olimpia y Nico los separaban al menos dos metros. La mujer caminó hasta su pareja, pasando por delante de la chica, para darle un sonoro beso en los labios.

—¿En busca de alguna obra maestra? —le preguntó.

—Estoy dejándole libros a Olimpia para que tenga lectura estos días.

—¿Cómo está tu madre? —se interesó Rebeca.

—Ha mejorado un poco.

La mujer sonrió.

—Me alegro pues.

La verdad es que su madre seguía igual, pero Olimpia odiaba las miradas tristes de los vecinos y los múltiples «Lo siento», así que prefería mentir y decir que estaba mejor. Su madre no se recuperaría, y no quería tener que hablar de ello con los desconocidos.

Nico la llevó al hospital, contándole durante el trayecto lo mucho que preguntaban por ella los niños que la habían conocido y aún estaban en el hostal o cómo había intentado uno de los huéspedes

subir a la ermita por un camino lleno de rocas por el que no se podía caminar. No mencionó el acercamiento del tercer piso ni le habló sobre Rebeca, como si quisiera obviarla de sus conversaciones. Aparcó a escasos metros de la puerta y paró el motor, mirando a Olimpia.

—¿Quieres que te recoja más tarde?

Ella negó con la cabeza.

—Elvira me dejará su coche por la noche. Espero acordarme de conducir.

El antiguo profesor le sonrió.

—Eso no se olvida.

—Gracias por traerme.

Olimpia cogió la bolsa de tela en la que Nico había metido los libros y abrió la puerta para salir, pero él la agarró del brazo, parándola.

—Oye, Olimpia.

La chica pidió en su mente que él no dijera una frase hecha, como «Todo irá bien», porque significaría que nada iba a ir bien y sería mucho peor que quedarse en silencio.

—Estoy aquí. Siempre, ¿vale?

Olimpia, que no se había esperado algo tan sencillo y bonito, asintió, dedicándole una sonrisa a medias y guardando las sonrisas de verdad para el día que tenía por delante.

Capítulo 21

Fotografías del pasado

Enero, 2018

Olimpia aparecía de forma aleatoria en la habitación de Rachel. A veces se quedaba a dormir y otras desaparecía en mitad de la noche. Cuando se quedaba con ella, Rachel se pasaba horas mirando su cuerpo desnudo, con la piel suave y perfecta, a excepción de unas pequeñas cicatrices en el interior de los muslos y la espalda. Se había fijado también en que tenía algunos cortes en un costado, pero parecían más recientes que el resto. Cuando le preguntó por ellos, ella le dijo que se los había hecho en el campo, enganchándose a unas ramas, pero Rachel sabía que no era verdad: aquellos cortes eran demasiado perfectos para ser un accidente.

No era lo único sobre lo que Olimpia mentía. Sin embargo, intentaba ser prudente y no hacer preguntas que pudieran enfadarla y acabar con sus noches de sexo sin pausa. La anfitriona no era delicada. Y por alguna razón que Rachel desconocía, no le iban mucho los besos, y solo se los daba cuando estaba a punto de terminar, como si fueran demasiado íntimos para ir regalándolos. Nunca había conocido a nadie como ella, tan ardiente y a la vez tan fría, como si el mundo girara de un momento a otro, pasando de treinta y ocho grados a menos cien en cuestión de segundos. Pero había empezado a aprender a interpretar a su casera. Cuando estaba cachonda, la llamaba «escritora», susurrando las letras, arrastrando las vocales como si fuera una melodía suave y perfecta. El resto del tiempo la llamaba Rachel, pero cuando se enfadaba con alguna de sus preguntas, añadía su apellido, pronunciándolo como si fuera un chiste.

Y después estaba la casa, el hostal vacío, siendo un protagonista más de la historia de Olimpia. Rachel miraba los cuadros viejos de militares y paisajes, preguntándose de cuántas cosas serían testigos. Pensó lo mucho que le gustaría poder ver a través de los ojos del hombre montado a caballo en lo alto de la pared del salón, ver sus recuerdos y que le contara los huecos que existían en aquella historia, porque nadie parecía tener intención de hacerlo. En aquella casa no había álbumes de fotos ni retratos, como tampoco en las cajas del sótano, y no entendió dónde podrían haber ido a parar las reliquias familiares de la familia Nicolás.

Tenía una cita con la encargada de la biblioteca del instituto, la única biblioteca de aquel pueblo. Se sorprendió nada más entrar por la

puerta acristalada y ver que era mucho más grande de lo que había esperado. La encargada, una señora llamada Cinta, la recibió dándole la mano, siendo más formal que la mayoría. Le había preparado una mesa con anuarios antiguos e imágenes del archivo municipal, que formaba parte también del edificio.

—Lo que me has pedido y algunas cosas más que he pensado que podrían ser de tu interés.

Rachel miró las montañas de libros que había encima de la mesa.

—Muchas gracias.

—De nada. ¿Qué buscas exactamente?

—Ver la transformación del pueblo. Junia me dijo que había crecido en los últimos años y que se habían reconstruido los edificios más importantes.

Cinta asintió.

—Te dijo la verdad. Todo un hito para la alcaldesa —le dijo entre dientes—. Estás en el hostal con Olimpia, ¿no?

—Sí, es muy acogedor.

—Olimpia y yo fuimos compañeras durante los dos años que trabajó en el instituto. Venía aquí cada semana y sus alumnos pedían siempre lo que les recomendaba. Los chicos la apreciaban mucho. Dale recuerdos de mi parte.

—Lo haré.

—Te dejo sola. Pero si me necesitas llámame, estaré por aquí.

La escritora asintió y se sentó en la mesa.

—Vamos a ver si me aclaro con todo esto —susurró para sí misma.

Las imágenes del archivo estaban ordenadas por fechas, igual que los anuarios y los libros de aniversario del pueblo que la bibliotecaria había dejado encima de la mesa. Buscó las imágenes de la escuela, las de los años sesenta, y encontró a Nico antes incluso de esforzarse en buscarlo, en una foto del año sesenta y siete, en la que debía tener casi diez años. La miraba desde la imagen, sacándole una cabeza al niño que posaba a su lado, siendo un crío delgado y con el pelo muy corto. Revisó las de las fiestas del pueblo del año setenta, buscándolo de nuevo. Lo encontró en una foto familiar hecha delante del hostal, de pie al lado de su padre, un hombre grueso que se apoyaba en una muleta. Sentada al lado del padre estaba la madre, una mujer de pelo claro y mirada insegura, y junto a ella la hermana pequeña, que en aquella foto debía tener alrededor de ocho años. Rachel se fijó en la niña y vio que tenía el pelo rubio y era muy poca cosa, delgada de un modo un tanto preocupante. Calculó que habría ido a la escuela entre el año sesenta y ocho y el setenta y cinco aproximadamente, y buscó los anuarios de aquellos años. La encontró en una imagen del setenta y seis, y lo que vio le heló la sangre. Isabel Nicolás la miraba con fijeza, en una foto a color con cuatro chicas más de su clase, vestidas

de uniforme. Tenía el pelo rubio, casi blanco, los ojos claros y la piel plagada de pecas, y sonreía con seguridad, enseñando los dientes.

—Cinta —la llamó con suavidad.

La señora apareció por un pasillo.

—Dime.

—¿Puedes ayudarme con una cosa?

—Claro que sí. ¿Qué necesitas?

Rachel señaló la imagen de la hermana de Nico y Cinta la miró, afirmando con la cabeza.

—Esta es la hermana de Nico, ¿no?

Cinta asintió de nuevo.

—Isabel.

—Dicen que murió de pequeña —continuó Rachel—. ¿Qué le pasó?

—Estaba enferma, pero no sabían de qué, y fue apagándose hasta que murió.

—¿Los médicos no pudieron hacer nada?

La señora se encogió de hombros.

—Eso parece. Aunque se dice que el señor Nicolás, el padre de la niña, no estaba a favor de que los médicos revisaran a su hija. No sé si me entiendes —explicó. Rachel no dijo nada—. Pero, claro, eran los setenta en un pueblo muy pequeño, ¿quién iba a atreverse a llevarle la contraria al hombre más poderoso del lugar?

Cinta volvió a su mesa y la escritora siguió mirando las fotos, sin atreverse a formular pensamientos complejos, temiendo sus propias ideas. Sacó su teléfono para fotografiar la imagen, cerró y ordenó los libros, le agradeció a Cinta su ayuda y salió de la biblioteca camino a casa de Amery, sintiendo la necesidad de compartir sus pensamientos con otra persona.

En su mente, sentía el vaivén de las ideas haciéndose hueco en los rincones de manera desordenada. Sabía que no era casualidad que Olimpia e Isabel se parecieran tanto y que aquello había hecho que Nico diera el primer paso hacia su alumna. Sin embargo, no era lo único que sospechaba sobre el marido de su casera. Nadie hablaba mal de él a excepción de Elvira, la amiga de la madre de Olimpia, y no había sido clara con los detalles.

Cuando llegó a casa de Amery, él le abrió la puerta sin mirar y se sentó en la mesa, rebuscando entre sus papeles mientras mascaba chicle haciendo ruido.

—Hola a ti también —murmuró Rachel.

—Estoy liado —le dijo él—. Pero si me das diez minutos, salimos a comer a La Taberna.

Rachel se dejó caer en el sofá de dos plazas del irlandés y la funda con la que estaba tapado resbaló, cayendo sobre su cabeza. La chica la

apartó, se tumbó en el sofá, sacó el teléfono y llamó al hostal.

—¿Diga?

—Olimpia, soy Rachel.

—Hola, escritora. No vienes a comer, ¿verdad?

—Tengo lío.

—Vale, te lo guardo para cenar. Había hecho pasta casera.

—Seguro que está deliciosa.

—Y tenía preparado un postre especial, pero tendrá que esperar.

Rachel rio. Olimpia se había levantado de buen humor.

—Si me lo repites, a lo mejor salgo corriendo.

Fue el turno de la casera para reír.

—Sigue con tus historias, escritora.

Cuando colgó el teléfono, Amery la miraba desde el escritorio casi sin parpadear, con una ceja levantada.

—¿Qué te pasa? —quiso saber Rachel.

—¿Vienes a restregarme tus noches de pasión con Oli?

Rachel suspiró.

—No. Vengo a contarte unas locuras que se me están ocurriendo, Amery.

El irlandés estiró los brazos sobre la cabeza y se dejó caer en la silla de plástico que usaba para trabajar. Se peinó el pelo castaño claro y se lo recogió en una coleta.

—No me sale a cuenta ser amigo tuyo... Lo sabes, ¿no?

Llegaron al bar antes de la una del mediodía y se pidieron unas cervezas y unas tapas. Amery comió con ansia y se bebió la primera cerveza casi de un trago. Llevaba una camiseta de manga corta verde con la imagen de una rana amarilla que comía *sushi* y Rachel supo que era alguna broma de científicos que era incapaz de entender. Ella había vuelto a llevar regularmente sus camisetas con frases y dibujos, y aquel día vestía con una con dos pechos dibujados en negro sobre un fondo rosa palo. Rachel sacó su teléfono, sin querer alargar más la intriga, y le enseñó la foto de Isabel Nicolás.

—¿Quién es? —le preguntó él, sin entender nada.

—¿Quién crees?... Te doy una pista: es una foto del año setenta y seis.

Amery cogió el teléfono de la escritora y miró atentamente la foto.

—¿La madre de Olimpia?

Rachel negó con la cabeza.

—La hermana de su marido.

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué?

—Está claro que se parece a Olimpia, al menos en lo esencial —dijo Amery—. Pero ¿qué importa?

—Todo lo que envuelve a Nico es extraño. Existe un aura de

misterio alrededor de su persona que no sé descifrar. No solo es el parecido, sino también la falta de fotos familiares en la casa. ¡Era obvio el por qué! Son igualitas.

—¿Crees que él quería esconder que se había enamorado de Olimpia porque se parecía a su hermana?

—Entre otras cosas.

—¿Como qué? Sorpréndeme.

—¿Has visto alguna vez las cicatrices que tiene Olimpia en los muslos?

Amery se quedó muy quieto, aguantando el aire en sus pulmones, pero asintió lentamente.

—Las he visto, sí.

—¿Por qué le haría una cosa así? —le preguntó Rachel. El irlandés no dijo nada—. Tiene unos cortes en la zona de las costillas, y cuando le pregunté, me mintió. Y no entiendo qué está pasando.

El chico se bebió su segunda cerveza de un trago.

—Creo que podría ayudarte con ese misterio. Pero solo si me juras que no le dirás que te lo he dicho.

Rachel asintió.

—Lo juro.

Amery suspiró, echándose hacia delante en la mesa.

—Yo le hice esos cortes.

—¿Qué?

—No me mires así, Rachel. Ella me lo había pedido muchas veces, pero siempre me había negado. Hasta que me lo suplicó y tuve que decirle que sí. Joder. —El chico se tapó la cara unos segundos—. Sangraba un montón, pero le daba igual. Ni siquiera me dejó curárselo hasta que empezó a marearse, y después lloró. Nunca la había visto llorar. La verdad es que me rompió en mil pedazos —le confesó.

—Joder, Amery.

—Sí, joder. Te dije que Olimpia no era fácil y que no le gustaban las historias convencionales.

—Tengo miedo, Amery. Miedo de no estar entendiendo lo que pasa.

—Bienvenida a mi mundo, escritora. Si se entera por casualidad de que estás investigando a Nico, se volverá loca. Ya te avisé una vez. Y tú ahí, con lo mismo.

—No va a enterarse por casualidad.

—Mejor.

Rachel le dio un sorbo a su cerveza.

—Voy a decírselo.

Capítulo 22

Te voy a querer hasta que me muera

Septiembre, 2007

Olimpia se había habituado a pasar las tardes en el hostal, con Nico paseándose arriba y abajo, recogiendo las mesas y sirviendo las meriendas de los huéspedes. A veces, el anfitrión tenía largas conversaciones con alguno de ellos en el jardín; otras, se limitaba a mirar a Olimpia desde una silla lejana mientras ella enseñaba a los niños a pintar.

La madre de Olimpia había vuelto a casa. No había mejorado, pero el tratamiento la mantenía estable y los médicos le habían ofrecido volver a casa con controles semanales y la promesa de que regresaría al hospital ante la mínima molestia. Y, como era habitual en la madre de la chica, la había obligado a volver al hostal y hacer algo de provecho. Durante los primeros días, su madre insistió tanto que Olimpia empezó a pensar que sospechaba que había algo entre ella y su antiguo profesor. Pero su madre nunca hablaba de él, y si lo hacía, era para explicarle algo del pueblo y nunca relacionado con ella o con el hostal. Siempre había pensado que su madre se escandalizaría si le contara la verdad, pero tal vez estaba equivocada.

Los viajeros empezaban a marcharse, el verano había terminado oficialmente y el director del instituto había aceptado a Olimpia entre los profesores. Era cuestión de tiempo que tuviera que despedirse de Nico y verlo solo de vez en cuando por el pueblo, porque ya no tendría una buena excusa para presentarse en el hostal sin explicaciones.

El día que los últimos huéspedes se marcharon, pasó por el hostal para recoger el material que poco a poco había ido llevando y a devolverle a Nico sus últimos préstamos de libros. Él entró en el salón mientras ella guardaba los rotuladores en las cajas, apilándolas a un lado de la mesa.

—He dejado los libros en un rincón de la cocina.

Él asintió.

—¿No quieres coger otros?

Olimpia lo miró unos segundos y después negó con la cabeza.

—Daré ejemplo a los alumnos y los cogeré en la biblioteca de la escuela. Seguro que tienen alguna que otra joya.

—¿Quieres un café antes de irte?

Olimpia dejó lista su bolsa encima de la mesa.

—Estoy dejándolo. Pero no diría que no a una cola *light* con mucho hielo o un té.

El profesor rio y caminó hasta la cocina los escasos metros que la separaban del salón y rebuscó las infusiones en la despensa.

—¿Te va bien té verde?

—Es mi favorito.

Se sentó en la mesa alta que había en el centro de la cocina, Nico hirvió agua y la echó encima de la bolsita de té a la vez que se preparaba un café solo. Puso miel en vez de azúcar en la infusión de Olimpia y se preguntó por qué había dudado sobre qué té ponerle si sabía de sobra cuál le gustaba y cómo lo endulzaba.

—¿Tienes ganas de empezar las clases?

Ella asintió.

—Y voy a pedirme tu despacho de la planta baja.

—Se lo quedó Guillermo Martínez.

—Ni hablar —negó Olimpia, acordándose de su antiguo profesor de Filosofía.

—A mí tampoco me caía bien. Pero no es que fuera un gran despacho. Seguro que puedes conseguir uno mejor.

Bebió un sorbo de su té y cogió una de las galletas que él había dejado en la mesa.

—Si durante estos meses quieres venir a buscar libros o a leer en el desván, pídele las llaves a Valeria. Ella te las dejará sin problema.

Olimpia dejó la galleta en la mesa y se frotó las manos, deshaciéndose de las migajas.

—¿Por qué iba a hacer eso? ¿No puedo llamar al timbre como el resto de la gente?

—Sí, pero no habrá nadie para abrirte.

—¿No?

Él la miraba fijamente, así que ella se limitó a cruzarse de brazos, esperando la historia que Nico estaba a punto de contarle.

—Estoy planeando un viaje. Me marcharé el mes que viene y pasaré el invierno fuera.

—¿Dónde?

—En Argentina. Tengo un conocido allí.

Olimpia sintió el corazón acelerado en el pecho ante la noticia. Estaba sorprendida y un poco enfadada, pero sabía que por encima de todo sentía envidia. Nico se iría a Argentina y ella se quedaría en aquel pueblo sin lo único que la hacía pensar en otra cosa que no fuera su madre y la enfermedad.

—¿Te vas solo?

Él asintió.

—Sí.

—Pues pásatelo bien.

También se sentía traicionada en un profundo lugar de su corazón, pero aquello no quería reconocerlo ni para sí misma. Él le había dicho que estaría allí siempre para ella, sin embargo, no iba a ser cierto.

—Gracias —le dijo él, sin añadir nada más y sin dejar de mirarla.

Se bajó del taburete y cogió su taza vacía para acercarla al fregadero, pero Nico la agarró de la muñeca y le quitó la taza.

—¿Ya tienes que irte?

Olimpia asintió.

—Me esperan en casa.

—¿Y no te gustaría subir una última vez al tercer piso?

Se lo preguntó acercándose a ella, superando los límites de la distancia personal, y Olimpia supo que no le proponía un plan inocente de despedida. Aun así asintió, sabiendo que aquella misma noche estaría arrepintiéndose de haber dicho que sí. Empezó a caminar hacia las escaleras, no sin antes coger los libros que había dejado a un lado, seguida por Nico andando en silencio.

Olimpia se descalzó al llegar al último piso y colocó los libros en la estantería, intentando recordar dónde estaban cuando los había cogido. Nico la miraba con atención, atento a sus movimientos, pero ella no le hacía caso. Colocó el último libro entre dos novelas de la fila más alta y notó las manos de Nico sobre su cuerpo, su respiración en el pelo y su nariz apoyándose en su cabeza, con la cadera pegada a la suya. Olimpia cerró los ojos unos segundos, sintiendo el contacto, sin poder moverse. Giró el cuerpo, para encontrarse con su antiguo profesor y mirarlo a los ojos, sabiendo que él estaba haciendo lo que había dicho que no haría, sabiendo que era tan consciente de su error como ella.

Sin embargo, parecía estar demasiado centrado en ella como para pensar. Se acercó a la cara de Olimpia y le recorrió la frente con los labios, bajando después hasta los pómulos y recorriéndole la piel hasta el mentón. Nico no era de besar. A Olimpia le gustaban sus besos, pero no los regalaba a la ligera y solía centrarse en otras cosas. Sintió las manos de Nico metiéndose en los agujeros de sus bragas, apretando sus glúteos con fuerza. Olimpia siempre había pensado que aquella era la parte que él prefería de su cuerpo, desde el principio. Él le bajó la ropa interior, tirando de ella con fuerza y dejándola caer al suelo. Se desabrochó el pantalón, la levantó del suelo y le hizo un hueco entre sus piernas, empujándola contra las estanterías en el proceso.

Olimpia se clavó la madera en las costillas, le dolió, y supo que en unos días le saldría un morado, pero con Nico dentro de ella no le importaba nada. Miró al profesor, queriendo memorizar sus gestos, la forma de su nariz, sus labios apretados, las venas de su cuello, sus ojos entornados, sabiendo que miraba al amor de su vida y que era imposible que volviera a sentirse igual con otra persona. También

sabía que él quería despedirse de ella de aquel modo, que era su manera de decirle adiós y que estaba tan centrada en que no se acabara que no estaba disfrutándolo. Él la embistió con mucha fuerza, corriéndose dentro de ella en un espasmo. Olimpia bajó las piernas y Nico apoyó la cabeza en la estantería, sin apartarse. La miró de reojo, disculpándose con la mirada, con las cejas encogidas, el rostro serio y los labios apretados. La chica lo conocía lo suficiente como para saber qué venía después, así que se bajó la falda, con el líquido cayéndole por las piernas, salió de entre los brazos de Nico y bajó hasta el primer piso para ir al baño y limpiarse. Se apoyó en la pared y se dijo a sí misma que no pasaba nada, que su acercamiento tenía que llegar, pero para ella un polvo entre las estanterías no era suficiente.

Cuando salió del baño, él la esperaba apoyado en la puerta de la habitación, con las manos en los bolsillos.

—Olimpia…

—No te preocupes —lo interrumpió ella—. Hace un año que tomo pastillas anticonceptivas para regular la regla. No me has dejado embarazada.

Salió de la habitación, evitando el contacto con él, pero volvió a llamarla por su nombre y su cuerpo se detuvo, obediente.

—No he podido mantenerme alejado —se excusó él.

Olimpia volvió sobre sus pasos, sin perder de vista su cara.

—Te quiero, Nico. Y voy a quererte hasta que me muera. Aunque no te vea nunca más, aunque te murieras, aunque acabaras con todo lo que quiero. No lo controlo y ni siquiera lo entiendo, pero puede más que mi cabeza, más que mi voluntad, más que la razón. Es así y lo odio. —Los ojos de Olimpia se empañaron—. Porque soy una mujer inteligente —continuó—. Sensible, feminista, y estoy a mil años luz de este pueblo, pero no de ti, nunca de ti. Y siento la pesada cadena que me une a ti, como si fueras agua y yo tuviera sed, como si toda la sangre de mi cuerpo latiera solo en tu presencia. Y lo odio. Lo odio tanto que me encanta.

Las lágrimas caían por sus mejillas, empapando su cara.

—Olimpia —susurró Nico.

—Es inútil huir de esto, no puedo olvidarme de ti —le confesó. Nico levantó las manos y le limpió las lágrimas con las yemas de los dedos, pero no dijo nada—. Supongo que solo me queda acostumbrarme a vivir con esto.

Olimpia dio un paso atrás, se giró y corrió por las escaleras bajándolas de dos en dos, queriendo así dejar atrás el recuerdo de años pasados en los que fue feliz entre las cuatro paredes de aquel tercer piso lleno de páginas de fantasía.

Capítulo 23

En el dolor de mi alma

Enero, 2018

La escritora llegó al hostal a medianoche, esperando encontrarse a Olimpia dormida, pero la anfitriona estaba en la mesa de la cocina con un libro en la mano en el que ponía la palabra ensayo. Aun así, Rachel no pudo leer el título completo.

Olimpia cerró el libro y lo dejó sobre la mesa.

—La Taberna no cierra tan tarde.

—Estaba en casa de Amery.

Olimpia levantó las cejas.

—¿Te has divertido?

Rachel negó con la cabeza, dándole a entender que no se había acostado con él, si era eso lo que preguntaba.

—Amery y yo solo somos colegas de cerveza.

—¿Sí? No me había dado cuenta —le contestó con ironía.

Se sentó en la silla que había enfrente de la anfitriona, sacó su teléfono y le enseñó la foto sin explicarle nada más, mostrándole a la hermana de Nico. Olimpia la miró sin cambiar de expresión.

—¿Qué narices te pasa, Rachel Jones? ¿Te parece divertido insinuar esas cosas?

—Aún no he dicho nada.

—No hace falta. Conozco tu mente, sé cómo piensas. —Olimpia chasqueó la lengua—. Te presentas aquí, fingiendo que te interesa este pueblo de mierda, y te dedicas a jugar a ser Hércules Poirot. —Olimpia se levantó de la silla y caminó hasta Rachel—. ¿Qué intentas demostrar? ¿Qué eres la más lista? Pues felicidades, ¿quieres un trofeo, o te conformas con un aplauso?

—Solo intentaba averiguar qué pasa en este pueblo, qué sucedió en esta casa.

—¿Por qué? ¿Qué más te da?

—Querer saber la verdad no es un crimen.

—Depende de la verdad. Te convierte en una morbosa.

—No es morbo —se defendió ella—. Es que no lo entiendo y no me deja dormir.

—¡¿El qué no entiendes?! —gritó Olimpia.

Rachel dudó si debía decirlo o no, pero finalmente lo hizo:

—Lo que te pasa.

Olimpia recuperó la compostura, volvió sobre sus pasos y se sentó en la mesa. Acarició la madera con las manos sin levantar la vista y se lamió los labios. Parecía querer hablar, aunque no le salían las

palabras, y Rachel se mantuvo en silencio, dándole tiempo. La escritora pensó que podía esperar cualquier cosa de aquella mujer misteriosa, que se levantara y le lanzara la vajilla entera en la cara o que se quedara sin decir nada en toda la noche.

—Una vez, cuando era una cría, mi madre me dijo que no debía intentar curar a los que están profundamente heridos porque nunca iba a conseguir nada y el resultado sería el fracaso más absoluto. —Olimpia se sirvió un vaso de agua—. Me lo dijo por ella misma, porque había aprendido que uno tiene que curar sus propias heridas y que, si no quiere hacerlo, nadie puede ayudarlo. —Olimpia se frotó los ojos con los dedos, volvió a dejar las manos encima de la mesa y se las miró, como si las viera por primera vez—. Mi marido, Nico —continuó—, estaba profundamente afectado por la muerte de su hermana pequeña. Se sentía culpable por no haberla ayudado más, por no enfrentarse a su padre, un militar de ideas anticuadas. Él les pegaba cuando se portaban mal, y cuando no, también. Era severo y muy religioso, y dejó morir a Isabel porque no confiaba en los médicos. Nico nunca lo superó. Se le clavó muy dentro cuando era un niño y no era capaz de arrancarse la espina. Y, de vez en cuando, la herida supuraba. ¿Preguntas si se acercó a mí porque le recordaba a su hermana pequeña?

Rachel se mantuvo en silencio, porque creyó que Olimpia no esperaba una respuesta. La anfitriona llevaba su bata azul marino y el pelo rubio le caía sobre los hombros, ondulándose en las puntas. Pero Olimpia no habló, a la espera de que la escritora dijera algo.

—No lo sé —dijo a fin.

—Claro que sí lo sabes —insistió—. Yo era una niña de diecisiete años, llena de preguntas. Le llamó la atención mi vitalidad, mis ganas de saber, mi soberbia como pintora. Y que me parecía a Isabel: el mismo pelo, los ojos claros. Yo le recordaba a su hermana muerta.

—¿Lo sabías?

—Sí. No soy estúpida, Rachel Jones. Estuve con mi marido muchos años de mi vida, lo conocía bien, pese a tus múltiples investigaciones secretas que intentan demostrar otra cosa.

—No he insinuado lo contrario —susurró Rachel.

—Pero no se casó conmigo por eso. Lo hizo porque yo lo necesitaba más que el aire que respiro y porque estaba tan sola en la vida como él: sin familia, sin futuro, sin nada más que mi vida en este maldito pueblo. —La anfitriona bebió agua para seguir hablando—: ¿Qué me pasa? ¿Quieres saberlo?

Rachel asintió, suavemente.

—Sí —confesó.

—Me pasa que lo busco en cada rincón de esta casa, en los besos de Amery con olor a *whiskey*, entre los libros que leyó durante su vida,

en el maldito Henry Miller —dijo, tirando el libro de la mesa con la mano—. Al que odio profundamente. Lo busco en los ojos de Furia y en los tarros de la despensa que están a punto de caducar, entre las flores que plantó en las macetas del patio. Y, sobre todo, lo busco dentro de mí, entre los cortes de mis piernas, en mis costillas, en el dolor de mi alma, que quema. Arde dentro de mi cuerpo, como si solo pudiera apagarlo la muerte.

—Olimpia…

—Me duele y no puedo llorar. Estoy tan triste que pienso a diario que no hay nada en este mundo que vaya a hacerme sentir mejor, nunca. Y sé que jamás estaré bien.

Rachel la miraba atentamente.

—Me gustaría ayudarte.

—Pero no puedes. Nadie puede.

—Lo siento.

Olimpia sonrió, aunque su expresión era de pesar.

—¿Por qué? ¿Por rebuscar entre mis secretos o por no poder ayudarme?

—Por ambas cosas. No quería hacerte daño.

—No puedes hacerme daño. Nadie puede. Sé qué crees que Nico es un monstruo y que, tarde o temprano, descubrirás algún secreto atroz.

—Tienes el cuerpo lleno de marcas, Olimpia. En los muslos, en la espalda, en todo el cuerpo.

—Marcas que él me hizo con mi consentimiento. Yo también le dejé cicatrices en la piel. Para nosotros, nuestro amor era así. A veces la cosa se ponía intensa mientras follábamos; pasó desde la primera vez. No me pegaba, si es eso lo que estabas pensando. Es eso, ¿no?

—No le hacía falta pegarte. Eras una cría cuando todo empezó. Él te eclipsaba e hizo contigo lo que quiso.

—¿Sabes qué? —incidió Olimpia—. Para ser tan moderna y cosmopolita, me sorprende que saques conclusiones tan simples de los secretos de la gente. Olimpia es una pueblerina de la que su marido abusaba, ergo lo mató. Lo envenenó lentamente hasta que le falló el corazón, ¿no?

—No, yo nunca he pensado eso.

—Es una buena historia para tu novela, Rachel Jones. No sé por qué te preocupa tanto escribir algo bueno o malo. Eres rica y famosa, la gente comprará cualquier mierda que escribas, aunque sea un bodrio peor que el de Henry Miller.

—Estás siendo cruel.

Olimpia se levantó de la silla, recogió el libro del suelo y lo tiró encima de la mesa.

—Quédatelo si quieres —espetó—. Es un libro aburridísimo —

añadió. Caminó dos pasos y se detuvo—. Yo quemé todas las fotos de Isabel cuando Nico murió. Su fantasma me perseguirá toda la vida y las preguntas que tú haces en voz alta me las he hecho desde que vi la primera foto, pero no tengo respuestas.

Se marchó sin decir nada más. Caminó sin zapatos por el frío suelo de la cocina, subió las escaleras después y cerró de un portazo.

Rachel se dirigió al patio, sacó el paquete de cigarrillos de su bolsillo y agarró uno con los dedos. De camino, estiró una de las mantas del sillón para taparse y cogió la botella de vodka de la despensa. Estaba triste y conmocionada, y escondió un sollozo silencioso que amenazó con dejarla sin aire. Amery la había avisado de que aquello pasaría, incluso había intentado retenerla con *pizza* y ofrecimientos sexuales, pero ambos se habían reído de esto último porque sabían que entre ellos no existía ningún tipo de deseo sexual. En cambio, los dos se sentían totalmente atraídos por la diosa de aquel pueblo. Y aquel hecho, en vez de separarlos, los había unido. Tal vez porque ambos sabían que ninguno conseguiría el amor de Olimpia o porque, en el fondo, se habían cogido cariño.

La escritora se recostó sobre una de las tumbonas del patio, con el cigarrillo en una mano y la botella en la otra, bebiendo a morro. Hacía frío y la manta no era suficiente para que dejara de notar el helor del ambiente ni la humedad de la nieve que había empezado a asentarse en la montaña. Olimpia le había contado una historia llena de dolor y sufrimiento, del suyo propio, pero también del de su marido. Era obvio que Rachel había pensado que el marido de Olimpia era malo con ella, aunque la chica dijera que sus cicatrices eran cosa de los dos, se refería solo a las físicas. En aquella historia había mucho más, y Rachel no sabía si estaba dispuesta a seguir investigando un relato tan triste y que abría viejas heridas. La dueña de aquella casa acababa de confesar que buscaba a su marido en los rincones. Rachel miró el patio, pensando en los recuerdos que había en aquel lugar. Olimpia nunca encontraría a Nico porque él ya no estaba allí y jamás volvería. Las sospechas de Rachel sobre Isabel eran ciertas, y Olimpia se había molestado precisamente porque había dado en el blanco.

La ceniza del cigarrillo, aún caliente, cayó sobre la mano de la escritora quemándole la piel. Se la apartó enseguida y sopló de manera instintiva, mascullando una maldición. Y entonces una idea empezó a desarrollarse en su mente. Sin embargo, era un pensamiento tan macabro que lo descartó un segundo después.

—No puedo… —susurró.

Apagó el pitillo en el suelo, bebió un trago de vodka y se recostó de nuevo en la fría tumbona de plástico. Se dijo a sí misma que no era una idea tan mala y volvió a pensar en ello, recordando la leve quemazón de su mano y relacionándolo con las cicatrices de los

muslos de Olimpia.

Se fue a dormir unos minutos después, pasando por delante de la puerta cerrada de la casera. Sopesó entrar por un momento, pero sabía que debía darle espacio después de todas las confesiones de aquella noche. Se metió en la cama con una nueva idea revoloteando en su cabeza, diciéndose que cuando llegara la mañana se le habría pasado.

Pero la mañana llegó y la idea seguía allí, a punto de convertirse en realidad.

Capítulo 24

Llovía como si fuera a acabarse el mundo

Octubre, 2007

La madre de Olimpia murió a principios de octubre, un día en el que llovía como si fuera a acabarse el mundo. La misma tarde estaba en el tanatorio, en la caja a la que Olimpia tanto había temido en los últimos meses, y sus vecinos no dejaban de preguntarle cómo estaba, si había avisado a todo el mundo, si se quedaría en el pueblo o qué haría con la casa, que necesitaba una reforma. Se dijo a sí misma que la gente intentaba ayudarla y que no debía alzar la voz ante las preguntas impertinentes.

A mitad de la tarde les pidió a todos que salieran de la sala y cerró la puerta, quedándose a solas con su madre.

—Tengo que decirte una cosa, mamá. Es posible que te moleste, pero si hay vida después de la muerte, vas a enterarte igual, así que mejor que sea por mí. —Olimpia se limpió las lágrimas y se sonó la nariz—. A los diecisiete años me acosté con mi profesor de Arte, con Nico. Y desde entonces no puedo amar a nadie más. Estoy segura de que no lo aprobarías, que no quieres que yo sea la comidilla de este pueblo, que no soportarías que las vecinas hablaran sobre mi aventura con un hombre mayor que yo, que no quieres que me pase como a ti. Pero tú no hiciste nada malo, mamá. Mi padre era un cabrón y tú nunca fuiste la mala, pese a los rumores de que te lo merecías o de que algo habrías hecho. —Hizo una pausa—. Siento si te he decepcionado, pero he hecho siempre lo que me decía mi corazón, como las idiotas de las películas que tanto nos gustaban. —Olimpia se levantó y puso la mano en el cristal—. Sé que he prometido que me portaría bien, pero si Gilda vuelve a preguntarme si voy a arreglar la casa, la mandaré a tomar por culo.

La chica sopesó no volver a abrir la puerta nunca más, pero sabía que alguna de las vecinas de su madre acabaría llamando a la policía, así que salió de la sala y caminó entre la gente hacia la salida, dispuesta a no ver a nadie más hasta el entierro.

Se pasó la noche en vela, viendo películas de Leonardo DiCaprio, recordando los suspiros de su madre en las escenas de *Titanic* y su defensa irracional por algunas de sus peores películas. Lloró entre escenas mientras sacaba los discos del reproductor, y se durmió cuando quedaban veinte minutos para que sonara el despertador.

Llegó a la iglesia la primera, pero enseguida apareció Elvira para abrazarla. Olimpia tenía muy mala cara, las ojeras delataban que no había dormido y su vestido oscuro la hacía parecer aún más blanca de

lo que era. Se había recogido el pelo en un moño, pero había empezado a deshacerse: el pelo le caía sobre la cara y parecía que no se había peinado. Por suerte, nadie mencionó su mal aspecto y las vecinas se limitaron a saludarla, acompañadas de sus maridos e hijos.

Cuando llegó el féretro, se sentó en primera fila, evitando mirar a la gente y centrada en el padre Pinto, que repasaba su discurso en voz baja. Él le había preguntado el día anterior si quería decir unas palabras, pero no se veía capaz de hacerlo. El cura se aclaró la garganta y se acercó al micro.

—Hoy estamos aquí reunidos para despedir a una de nuestras vecinas más queridas...

Olimpia se concentró en la imagen del Cristo crucificado del fondo de la iglesia, pensando en las curvas de su cuerpo blanquecino y recordando una de sus clases de Arte de la carrera en la que habían hablado del erotismo de las figuras religiosas, la belleza de la Virgen María y el éxtasis de santa Teresa, que la perseguía desde su adolescencia. Nunca había sentido respeto por la religión más allá del histórico, pero en aquella iglesia no había nada artístico. Escuchó un sollozo a lo lejos y vio a una señora con la que había hablado un par de veces en su vida, llorando sin control. Repasó los bancos cercanos con la vista y se dio cuenta de que aquellas caras no le decían nada.

—Amelia ahora está en un lugar mejor, con Dios, nuestro señor.

Olimpia había intentado desconectar para no escuchar frases como aquella. Cerró los ojos unos segundos, concentrándose en su respiración, en el aire entrando y saliendo de sus pulmones, y seguidamente soltó una carcajada que hizo que el padre Pinto se callara. Elvira la agarró del brazo, pero ella se soltó.

—Con Dios —repitió—. Con Dios —añadió entre risas.

Sabía que tendría que haber insistido en tener una ceremonia laica, sin embargo, no era como se hacían las cosas en aquel pueblo.

—Querida... —Elvira intentó interrumpirla.

—¿Con qué Dios? —La chica giró sobre sí misma—. Sois unos putos hipócritas. ¿La vecina más querida? Si lleváis años echando pestes de todo el mundo, ella incluida. ¡Vais a ir todos al puto infierno! ¿Me oís? ¡Al puto infierno!

—Olimpia, tranquila —le dijo Elvira, agarrándola del brazo y sonando imperativa.

—Hipócritas —añadió entre sollozos—. Usted el que más —dijo, mirando al cura y señalándolo con el dedo. Pero enseguida se acordó de su madre diciéndole que no señalara a la gente y lo bajó.

La mejor amiga de su madre la arrastró por la fila, apartando a la gente para llevarla a un lado.

—Disculpadnos un momento.

Olimpia lloraba sin control y no era capaz de pensar, así que se

dejó llevar hasta una habitación lateral en la que había una mesa. El cura las siguió, pero Elvira le cerró la puerta en los morros y dejó que Olimpia llorara durante unos minutos.

—A ver, niña, tranquila —le ordenó suavemente. Olimpia se sentó en una de las sillas y lloró con más fuerza—. Entiendo que estés enfadada, es muy injusto todo esto, pero no puedes gritarle a la gente en el funeral de tu madre como si tuvieran la culpa de todos los males del mundo.

—Pero son unos hipócritas.

—Sí. Algunos son auténticos imbéciles, pero hoy no trata de eso, ni de echar culpas ni de insultar, ¿entiendes? Hoy va de decir adiós.

Olimpia levantó la cabeza.

—No puedo.

—Sí puedes, niña. No me gusta jugar con estas cosas, pero ¿crees que a tu madre le gustaría verte así? —cuestionó. La chica negó con la cabeza mientras unos golpes en la puerta hacían que Elvira se girara —. Un momento, Darío, por favor.

La puerta se abrió un par de palmos y la cabeza de Nico apareció por la abertura.

—¿Se puede?

—Ya vamos —insistió Elvira.

Aun así, Nico entró, cerrando la puerta tras él.

—Olimpia —susurró.

Ella se levantó y se lanzó a sus brazos llorando sin control. Decía su nombre entre susurros mientras él la sujetaba contra su pecho. Elvira, que se dio cuenta de que ya no pintaba nada en aquella habitación, salió sin decir ni una palabra.

Nico cogió la cara de Olimpia entre las manos y le limpió las lágrimas con los pulgares.

—No puedo, Nico. No puedo.

No había hablado con él desde el día en el que había salido corriendo de su casa, un par de semanas atrás, y lo tenía allí delante, con la cara cogida entre las manos.

—Claro que puedes, Olimpia, tú puedes con todo. Además, ya les has dicho de todo a esos idiotas, y seguro que te has quedado a gusto —añadió, con una media sonrisa. Olimpia también sonrió, pese a que las lágrimas seguían cayendo de sus ojos sin parar. Nico se separó de ella y le ofreció la mano—. ¿Lo hacemos juntos?

La chica salió de la sala cogida de la mano de Nico, dejando que él la guiara por la iglesia hasta volver a ponerse en primera fila. Olimpia no miró a nadie, pero sabía que todos los observaban con atención y los murmullos no tardarían en llegar. El padre Pinto pidió silencio para continuar. Sin embargo, fue mucho más breve de lo que probablemente había planeado y en menos de cinco minutos Olimpia

caminaba detrás del féretro de su madre.

Nico no le soltó la mano en todo el trayecto y se metió con ella en el coche que la funeraria ponía para los familiares. Hicieron el viaje en silencio y volvió a coger su mano para salir del coche, la abrazó cuando la tierra empezó a tapar el agujero del suelo y se quedó con ella hasta que los vecinos desaparecieron, incluida Elvira.

—¿Quieres que me vaya?

Olimpia negó con la cabeza.

—Quédate.

—¿Quieres dormir en tu casa o en el hostal?

—El hostal.

No quería estar sola y tampoco quería volver a su casa vacía.

Nico la llevó al hostal y le preparó una infusión de valeriana. Olimpia no quería hablar, así que él respetó su silencio. Se tomó la infusión mirándose los pies, pensativa pero sin llorar, y él se limitó a observarla sin más. Cuando sus miradas se encontraron, él le ofreció la mano y la llevó hasta el cuarto de baño de su habitación, la desvistió despacio, con ternura, y la ayudó a sentarse en la tina. Encendió el agua caliente y la lavó con la esponja, frotando suavemente su cuerpo mientras la bañera se llenaba de agua. Cuando su cuerpo estuvo cubierto hasta los hombros, Nico salió de la habitación, volviendo unos minutos después con un libro en la mano. Se apoyó en la pared del baño, frente a la bañera, y leyó en voz alta:

—Mi juventud no fue sino una tenebrosa borrasca, atravesada aquí y allá por brillantes soles. El trueno y la lluvia han hecho tal desastre que restan en mi jardín muy pocos frutos bermejos.

Olimpia suspiró, reconociendo los versos de Baudelaire. Cerró los ojos y se dejó llevar por las palabras que salían de la boca del profesor, intentando curar unas heridas tan profundas que vivirían en su cuerpo para siempre.

Capítulo 25

Voy a inventarte porque te necesito

Enero, 2018

Rachel había tenido una idea que al principio había descartado por considerarla una locura, yéndose a dormir de madrugada. Pero se levantó al día siguiente con el plan dándole vueltas en la mente. Bajó las escaleras con su mochila a cuestas y se despidió de Olimpia, que estaba en la cocina, sin pararse.

—Vendré por la noche, Olimpia. Te veo luego.

Olimpia se giró desde el mármol, asomándose para verla salir.

—Vale. Hasta luego, Rachel —dijo sin más.

Rachel quería pasear, libreta en mano, y apuntar su idea paso por paso, para que, de aquel modo, al verbalizarla, pudiera discernir si era un plan descabellado o una de esas ideas magníficas que se aparecen de vez en cuando, siendo la solución a todos los problemas.

Su primera parada fue el cementerio del pueblo: la tumba de Nico. Se encontró a algunas mujeres que conocía de vista paseando por las lápidas y esperó a estar a solas para hablar.

—No me conoces —dijo, hablándole a la lápida—. Ni yo te conozco a ti. Pero tenemos algo en común que es Olimpia. Yo solo soy una viajera de paso en este lugar, y, por lo que dicen, tú la amaste durante toda tu vida. He preguntado sobre ti, pero nadie me dice nada que me interese de verdad. Así que voy a inventarte, Nico. Porque te necesito.

Hizo una reverencia suave y caminó entre las tumbas, buscando una más antigua. La encontró cerca de la de Nico, aunque la lápida tenía musgo y era de color grisáceo, en comparación con la del marido de Olimpia, de un pulcro blanco. La tumba de la madre de Olimpia estaba llena de flores, como la de Nico. Y Rachel pensó en Isabel sin poder evitarlo, la niña sin nombre ni lápida, el drama de la vida de su hermano, que murió porque su padre no creía en los avances de la medicina. En la parte más vieja se erguía la tumba de los padres de Nico, con los dos nombres en la misma lápida. Se preguntó por qué no los habrían puesto a los cuatro juntos, pero era una de aquellas cosas que no podían preguntarse sin que te acusaran de morbosa, y Rachel no quería más peleas.

Se imaginó siendo un hombre traumatizado por la muerte de su hermana, dolido con su familia, solo en el mundo. Entendía la soledad porque ella también la había sentido en sus carnes, con una madre que era una enemiga dentro de su historia: la mala de la película. La escritora sabía que no todos los padres son buenos con sus hijos. Los

de Nico no lo habían sido y Ruperta Jones tampoco. La mayoría de sus protagonistas no tenían madres o eran malvadas, y Rachel siempre se imaginaba la cara de la suya cuando les ponía diálogo o cuando describía sus gestos.

—Ruperta Jones. Menuda zorra estás hecha, mamá.

Se preguntó si la exclusiva sobre su infancia se habría comentado en los programas de la televisión, como le había dicho su editora en un mensaje de texto que había borrado nada más abrirlo, y si su madre habría empezado ya su experiencia en el *reality*. Rachel volvería a casa sin haber escrito nada, ni siquiera la idea principal de su novela, con tres libretas que habían hecho la función de diario durante aquellas semanas y habiendo dudado de las historias de todos los habitantes de aquel pueblo. No obstante, no se sentía fracasada, porque la experiencia en aquel lugar iba a servirle de inspiración no solo para sus novelas, sino también para su vida.

La nieve se había adueñado al fin del lugar, casi a mitad de enero, y tendría rodeado el pueblo hasta los días previos a su vuelta a casa. Rachel se había acostumbrado al frío e incluso a tener los pies mojados, y ni siquiera se había parado un segundo a pensar que no podría volver a casa, aunque quisiera.

Pero no había salido a pasear para pensar en su madre, en su novela o en la temperatura, sino en Nico. Caminó por el bosque, cogiendo el camino secundario que llevaba a la ermita, aunque sin intención de llegar hasta allí. Anduvo erguida, como si fuera un hombre alto y rico de cincuenta y pico años. Como si fuera Nico, con su coraza invisible, de la que la anfitriona había hablado un día, comparándola con la que llevaba Rachel. Se sentía extraña con aquel experimento estúpido, sabiendo que solo intentaba meterse en la mente de aquel hombre muerto para contentar a Olimpia y atreverse a proponerle un juego. Tal vez, el juego más raro de su vida.

No tuvo dudas sobre qué le había atraído a Nico de Olimpia, porque ella era preciosa, pero sabía que se había enganchado mucho más a su mente que a su cuerpo. La chica era inteligente y desprendía arte en cada uno de sus movimientos, como si fuera una ninfa o una sirena, como si viviera más allá del bien y del mal: como una diosa del Olimpo. Recordó a la chica tirando al suelo el libro de Miller el día anterior, leyendo *Trópico de Cáncer* semanas atrás. La escritora sabía que la había pillado masturbándose aquel día en el sillón del tercer piso, entre las múltiples experiencias sexuales que tenía el libro en sus páginas. Rachel lo había leído en Paris, cuando estudiaba su posgrado, y recordaba que había subrayado las frases más obscenas para enviárselas a Giselle. Ya nunca pensaba en su amante francesa, y dedujo que era porque en su cabeza solo había espacio para Olimpia desde que la había conocido.

Pasó la mañana entre los caminos, parándose a escribir de vez en cuando en alguna roca sin nieve. Deshizo la senda del bosque al mediodía y pasó por el pequeño súper de la entrada del pueblo para comprarse un sándwich. Escuchó las conversaciones mientras caminaba por los pasillos y oyó murmullos que llevaban su nombre y la palabra «Supervivientes», y de aquel modo supo que el programa ya había empezado.

A media tarde, bebía en La Taberna, con calma, sabiendo que Amery estaba ocupado y no se presentaría en el bar. Olimpia le había dicho que Nico bebía a diario y pensó que en eso no tenía que fingir parecerse a él. Se dijo a sí misma que ella no bebía porque estuviera triste, pero cuando se preguntó por qué lo hacía, no supo la respuesta y se mantuvo con la vista fija en una de las bufandas del Atlético de Madrid durante un rato, casi sin moverse.

A la hora de la cena, regresó al hostal y entró sin hacer ruido. Al pasar el umbral de la puerta, la invadió el olor a comida recién hecha, a pan horneado y a café. Caminó hasta la cocina, dejando su mochila a un lado. Olimpia la escuchó caminar y la saludó sin girarse, moviendo la mano. Probó las verduras revueltas en la sartén y les echó sal.

—¿Ha ido bien el día?

Rachel no respondió y Olimpia se giró para mirarla. Llevaba un vestido gris oscuro, uno de los favoritos de Rachel, y su tradicional moño bajo. Nunca se maquillaba, y aun así siempre tenía color en las mejillas y los labios. Olimpia estaba llena de una vida que creía no merecer. La delataban sus ojos expectantes, como si esperaran un peligro oculto que pudiera aparecer en cualquier momento.

—Ayer te dije que no podía ayudarte.

—Preferiría no hablar de ayer —le dijo la hostelera, casi sin mirarla.

Rachel, en cambio, la observaba fijamente, sin dudar, sintiéndose valiente para decirle lo que pasaba por su cabeza, lo que llevaba todo el día planeando.

—Pero me he dado cuenta de que sí que puedo, si tú quieres.

Olimpia ladeó la cabeza.

—Te escucho.

—Dijiste que buscabas a Nico en los rincones de esta casa, en el aliento de Amery y entre las cicatrices de tus piernas. Quiero intentarlo.

—No te entiendo.

—Le juré a Amery que no te lo diría, pero me contó que te hizo los cortes del costado.

—Amery es un bocazas.

—Déjame intentarlo.

—¿Cortarme?

Rachel negó con la cabeza.

—Déjame ayudarte a encontrar a Nico.

Olimpia le había dado a la escritora todo lo que había pedido: la colonia de Nico, una de sus camisas, una cerveza y un pañuelo oscuro. Rachel lo dejó encima de una de las estanterías del tercer piso, ante la atenta mirada de incredulidad de Olimpia.

—¿Estás segura de esto, Rachel?

Ella asintió.

—No sé si funcionará, pero no puedo no intentarlo. ¿Te parece bien? Creo que he memorizado bien todo lo que me has contado y podré hacerlo.

—Creo que es lo más bonito que ha hecho nadie por mí.

Rachel sonrió.

—¿Me das permiso para taparte los ojos?

La anfitriona asintió, cerrándolos incluso antes de que Rachel se acercara para atarle el pañuelo azul oscuro y vendarle los ojos, dejándola así a oscuras. Olimpia se quedó de espaldas, agarrada a la estantería. Si Rachel hubiera llevado uno de sus juguetitos sexuales a aquel viaje lo tendría fácil para penetrarla, pero no lo había hecho, así que tendría que usar los dedos, la mano, la lengua e incluso los dientes si hacía falta. Se echó la colonia de Nico en las manos y se la repartió por los brazos, el cuello y la cara, sin abusar, usando solo unas gotas. Se vistió con la camisa abierta, encima de un sujetador que le apretaba los pocos pechos que tenía. Bebió unos tragos de cerveza y se aproximó a Olimpia lentamente, frotando el cuerpo contra el suyo y apoyando la nariz en su pelo. Notó la piel de la mujer erizándose bajo las yemas de sus dedos. Olimpia se giró y Rachel la empujó contra la estantería con fuerza, haciendo que se clavara la madera en la espalda. Bajó las manos hasta sus piernas, le levantó la falda, se colocó entre sus bragas y le agarró los glúteos. Se acercó a su cara y le olió el mentón y el cuello, sin besarla, recorriéndole la piel con la nariz y echándole el aliento con olor a alcohol y a chicle de menta. Le bajó las bragas, dejándolas caer al suelo, y se hizo un hueco entre los muslos, con los dedos, dispuesta a metérselos sin preguntar, pero Olimpia estaba preparada y abrió ligeramente las piernas, dejándola pasar.

Rachel metió los dedos a la vez que la embestía con la cadera, fingiendo que aquellos dedos formaban parte de su cuerpo. Lo repitió varias veces, aumentando la fuerza con cada golpe, cogiendo la cadera de Olimpia con la mano libre y clavándole las uñas en la piel. Olimpia la sujetó fuerte del brazo; era la señal para el siguiente paso, así que Rachel soltó la cadera y la agarró del cuello, envolviéndolo con sus

dedos y dejándola sin aire, sin parar de mover la mano que tenía dentro de ella. Pocos segundos después, Olimpia gemía sin esconderse, relajando las piernas y dejando caer su cuerpo, sujetado únicamente por los brazos de Rachel, que la sostuvo con dificultad. La anfitriona recuperó el control de su cuerpo, liberando a Rachel del peso inerte, se abrazó a ella y sollozó sin control, con la venda aun tapándole los ojos.

—Nico —dijo entre sollozos—. Nico —repitió.

Olimpia y Rachel cenaron juntas sin hablar del tema, contándose anécdotas graciosas de la universidad, y la anfitriona le pidió a la escritora aquella noche que se tumbara con ella en la cama. Rachel la miraba sin pestañear mientras Olimpia leía una revista de historia sobre extraterrestres que se había comprado en el quiosco, la cual dejó a un lado y se giró para mirarla.

—No soy ninguna asesina, Rachel. Si aún estás preguntándotelo.

—Lo sé.

—Pero sé la verdad sobre lo que le pasó a Nico.

Rachel no dijo nada y se limitó a mirarla con una expresión muy seria.

—¿Qué quieres decir? —preguntó al fin.

—Él se suicidó. —Olimpia lo dijo entre susurros, como si no quisiera decirlo alto para que no fuera cierto—. No tenía ningún aprecio por su vida y yo lo sabía. Tomaba antidepresivos y fue aumentando la dosis por su cuenta. Murió de una sobredosis. En el hospital dijeron que no sabían cómo había podido pasar, pero el médico de cabecera de Nico era un antiguo amigo del colegio y le hacía las recetas cuando él se lo pedía. Nunca lo aclararon porque no querían que trascendiera. Pero yo sé la verdad.

—Oli...

—Así que se murió porque quiso. Me dejó sola, Rachel. Le dio igual abandonarme aquí, sabiendo que me condenaba a una vida triste y solitaria.

Rachel se incorporó en la cama y se sentó mirando a Olimpia.

—No tiene que ser así. Podríamos viajar, si quieres. Podrías pasar los meses de invierno en Barcelona y yo los veranos aquí. O... vender la casa.

Olimpia sonrió.

—No hablaré de enamoramiento porque sé que entiendes que no puedo amar a nadie. Pero no sabría cómo vivir alejada de esta casa, de su olor y sus recuerdos.

—Pues podría pasar más tiempo aquí, si quieres. Amery y yo somos amigos tuyos, y queremos que estés bien.

—Si te quedaras conmigo, Rachel, te perseguiría el fantasma de mi

marido durante el resto de tu vida. Como a mí me persiguió el de Isabel. Hoy ha sido un juego. Uno maravilloso y real. Lo más bonito que he vivido en el último año, pero se acabaría convirtiendo en una tortura.

—¿Por qué?

—Porque yo siempre quiero más, escritora. Haz caso a un consejo que yo jamás escuché: vete de aquí el día uno de febrero para no volver nunca. Te salvará la vida.

Capítulo 26

La oscuridad

Invierno, 2009

Nico había tenido razón desde el principio: Olimpia se merecía algo mejor. Pero el amor de la chica estaba por encima de todo, incluso del sentido común. Vivía en una burbuja de fantasía, durmiendo con su profesor de instituto en una cama de sábanas suaves, en la casa más grande del pueblo. Olimpia caminaba por el borde del abismo, aunque no era consciente de ello. Al menos no lo fue hasta que llegó el frío invierno de 2009.

Olimpia y Nico se casaron antes del verano de 2008, un año después de que ella volviera al pueblo. Hicieron oficial su relación después de que él la abrazara en el entierro y se la llevara a su casa. Ella no volvió a dormir en su cama nunca más. Unos meses después, vendió la casa de su madre y se trasladó al hostal. Los vecinos los felicitaron y nunca le llegaron cotilleos de ningún tipo, pese a que sabía que debía haberlos. Los habitantes de aquel lugar respetaban a Nico. Olimpia no sabía si realmente lo hacían porque era un buen vecino o porque era el hombre más adinerado del pueblo, pero pronto dejó de importarle. Trabajaba como profesora en el instituto, aunque pasó el primer verano de casados encargándose de la cocina del hostal junto con Valeria, que fue su profesora en las artes culinarias. El verano siguiente, Olimpia repitió la misma rutina, y al llegar el mes de septiembre volvió a sus clases de Historia del Arte del instituto y a las variantes artísticas de los últimos cursos.

Nico la esperaba con la comida en la mesa cuando regresaba al mediodía o con el té de la tarde cuando las clases se alargaban hasta las cinco. Él pasaba sus días leyendo, arreglando la casa o sacando a pasear a la pequeña Furia, una perrita que se había encontrado en la puerta del hostal ese mismo verano. A veces, Olimpia se lo encontraba escribiendo en el tercer piso, sentado en el sillón, con un cuaderno y un bolígrafo en la mano. Entonces hablaban de publicar un libro ilustrado, con las palabras de él y los dibujos de ella, aunque sabían que nunca lo harían de verdad.

Una tarde cualquiera del mes de octubre, Olimpia llegó al hostal y Nico no tenía preparada la merienda. Ni siquiera estaba en casa y no había dejado una nota. Regresó a la hora de la cena, borracho como una cuba, sin poder hablar, y Olimpia pensó que sería algo puntual, pero no fue el caso. Durante ese invierno se dio cuenta de que Nico siempre bebía, pese a que no tenía razones para ello. Habían pasado dos años siendo felices, entre libros, música y cine, compartiéndolo

absolutamente todo. Pero la única que lo compartía todo era Olimpia, y los últimos meses del año 2009 se lo hicieron ver, le quitaron la venda del amor, dejando paso a la verdad: al Nico real.

A finales de año, Olimpia llegó a casa para encontrárselo quemando fotos antiguas en el patio, prendiéndoles fuego mientras fumaba, pese a que había dejado el tabaco años atrás. Sin embargo, solo se comportaba de aquel modo de vez en cuando. Otras veces era el encantador profesor que recordaba, con su pasión por los libros y el sexo duro en la mesa de la cocina. Aunque siempre olía a alcohol.

En la primavera de 2010 tuvieron la peor discusión de su relación hasta el momento, cuando Olimpia insinuó que estaba traumatizado por la muerte de su hermana pequeña.

—Nunca entendí que vivieras aquí, en este pueblo —le dijo Olimpia—. Pero estás más atado a ese recuerdo que a cualquier otra cosa de tu vida. Más que al hostal, a los libros o a tu maldito cuaderno. Incluso más que a mí —añadió. Era de noche. Nico bebía de su cerveza, sin mirarla, sentado en el sofá del salón—. Tendrías que ir al médico.

Nico soltó una risita mientras negaba con la cabeza.

—Divórciate de mí y vete de aquí. Es lo mejor que puedes hacer. Te avisé, Olimpia.

—Muy bien, y como me avisaste, ¿puedes comportarte como un imbécil?

—En serio, abandóname, porque moriré triste y solo y te arrastraré conmigo.

Olimpia se acercó a él, se agachó en el espacio que había entre el sofá y la mesa auxiliar de cristal y puso las manos sobre sus piernas.

—¿Cómo dices eso? —le preguntó sin voz.

Él la miró.

—Los borrachos siempre dicen la verdad.

—Te quiero, Nico. Solo quiero ayudarte.

Nico apartó las manos de Olimpia de sus muslos, pero ella volvió a apoyarlas.

—No tendría que haberme casado contigo. Tendría que haberme ido a Argentina.

—Pero no lo hiciste, así que asume las consecuencias y pórtate como un ser humano decente.

Ella se levantó para volver a la cocina, pero él agarró su mano.

—No soy un ser humano decente. Te avisé de que esto pasaría, te avisé de que te jodería la vida.

—Aún estás a tiempo de no jodérmela.

Nico apretaba la mano de Olimpia con fuerza, haciéndole daño, pero ella no se quejó.

—Nunca voy a curarme, Olimpia. Mi oscuridad lleva conmigo

desde que tengo uso de razón, y soy demasiado mayor para alejarme de ella.

—Es la peor excusa que he escuchado en mi vida.

Ella se soltó de su amarre con fuerza, sin embargo, Nico había aflojado los dedos y Olimpia perdió el equilibrio, cayendo hacia atrás. Nico intentó cogerla, pero no lo consiguió y la chica cayó encima de la mesa de cristal, rompiéndola en pedazos.

Todo pasó tan rápido que Olimpia no sintió ningún dolor, hasta que Nico le pidió que no se moviera y la levantó con delicadeza, llevándola al centro del salón para que no se cortara los pies con los cristales. Tenía un trozo de cristal clavado en el brazo y otro en la espalda, pero ninguno de aquellos cortes era profundo y Nico se los desinfectó en silencio, ante la atenta mirada de la chica.

—¿Te duele? —le preguntó él con suavidad.

Ella negó con la cabeza. Nico volvía a ser él mismo: estaba preocupado por ella y la trataba de nuevo con amabilidad y dulzura.

Cuando Olimpia se levantó de la silla, hizo varios gestos con los brazos para demostrar que estaba bien y que solo habían sido un par de rasguños. Un minuto después, Nico la poseía en el suelo de la cocina, con fuerza, agarrándola del cuello, dejándola sin aire en los momentos previos al orgasmo, haciendo el amor sin control, penetrándola contra las frías baldosas empujándola por detrás, como si fueran animales en celo.

La chica aprendió aquel día quién era Nico en realidad y cómo hacer que la necesitara. De repente, los hechos tenían sentido en su cabeza, y Olimpia supo que la única vía para mantener la estabilidad en su vida era el dolor. Recordó la primera vez que habían hecho el amor, en la cama del tercer piso, después de la muerte de la madre de Nico, con el sentimiento de la pérdida aún fresco en la mente del profesor. Se había negado a estar con ella tras su vuelta al pueblo, pero había cedido después del entierro de la madre de Olimpia, conmovido de nuevo por el dolor. Nico era incapaz de curar sus propias heridas, aunque tampoco toleraba el dolor de Olimpia, y ella supo que era ese mismo dolor el que lo mantendría a su lado.

Con el paso de los años, Olimpia consiguió unas cuantas cicatrices por el cuerpo, en los muslos y en la espalda, en los lugares donde no podían verse. Pero se hizo otras mucho más profundas que no iban a curarse jamás.

Capítulo 27

La Viuda Negra

Enero, 2018

Amery le había dicho muchas veces que tenía que entrevistar a Gilda, pero aquella mujer le resultaba muy pesada y nunca hablaba de nada que le suscitara interés, así que la había dejado para el final, para su última entrevista. El irlandés la había avisado de que aquella señora odiaba a los hombres y le había explicado un par de encuentros variopintos en los que ella le había escupido.

Gilda la recibió con magdalenas de chocolate, sus favoritas, y té de jengibre y canela. Quería enseñarle la casa, pero sobre todo hacerle un tour por el jardín, una especie de invernadero que combinaba plantas y bustos de vírgenes y santos. Para Rachel, era lo más terrorífico que había visto nunca, pero saber que tenía sexo hasta quedar exhausta a una pared de aquellos bustos la hizo sentir escalofríos por el cuerpo. Se preguntó si Olimpia sabía que aquello estaba allí y qué pensaría al respecto.

—¿Desde cuándo es usted viuda?

—Uy, niña. Pues casi desde siempre, la verdad —le respondió risueña—. Me casé con veinte, mi marido murió cuando tenía treinta y siete y ahora tengo setenta y cuatro. Ya ves, casi ni me acuerdo de su cara. —Rachel sonrió, aunque no dijo nada—. No tuvimos hijos, pero siempre he tenido gatos. Aunque hace un par de años murió mi Lulú y pensé que era demasiado mayor para empezar de cero, ¿sabes?

Gilda empezó a caminar de nuevo hacia la casa, con sus zapatillas de felpa oscuras a conjunto con su falda larga, y Rachel la siguió. La señora se dejó caer en un floreado sillón tapizado y la escritora hizo lo propio en el sofá.

—Desde fuera la casa parece más pequeña —comentó Rachel.

Gilda asintió. La casa tenía dos plantas. En la de abajo estaban el recibidor, el salón y la cocina, y arriba se encontraban las habitaciones. El salón constaba de dos paredes blancas y dos de un lila oscuro que a Rachel le pareció un tanto extraño, ambas con cuadros de bodegones y árboles frutales. En una esquina había una chimenea. En la parte más alta tenía una sartén dorada a modo decorativo, y en la repisa, media docena de figuras de gatos de porcelana.

Rachel se bebió el té de un sorbo. Olimpia conocía a la vecina de toda la vida y le había recomendado que la halagara para que le contara las historias.

—Dicen que usted lo sabe todo sobre el pueblo. Que es la fuente de confianza a la que hay que preguntar —le dijo la escritora—.

Garganta profunda —añadió, sin saber si entendería la referencia.

—Que soy una chafardera, vamos.

—Bueno…

La señora Gilda rio.

—No pasa nada, niña —añadió—. No voy a fingir que me sorprende.

—En el conocimiento está el poder, ¿no?

—Bueno, bueno —dijo, sin estar muy convencida—. Empieza por algo sencillito.

—¿Cree que este pueblo ha evolucionado mucho en los últimos diez años, o diría que está más o menos igual?

—¿Esa es tu pregunta?

Rachel no supo qué responder, ya que la señora parecía molesta.

—¿No le gusta?

—Me ha llegado el rumor de que escribes un libro sobre la joven viuda, así que pensaba que venías a preguntarme por ella.

—No escribo un libro sobre Olimpia.

—¿No?

—No.

—Pero haces preguntas sobre ella.

—Antes las hacía, pero decidí dejar de meterme donde no me llaman. Tampoco es que la gente estuviera muy dispuesta a colaborar.

Gilda asintió.

—Te decían que Nico era un hombre ejemplar y Olimpia una niña obediente, ¿no?

—¿No es lo que eran?

—Bueno. Yo soy la vecina más cercana. Nuestras paredes se tocan y se oye todo desde aquí —le explicó. Rachel la miró, intentando parecer interesada, y no se atrevió a interrumpirla—. Por eso me alegro de que hayas venido este invierno. Esa pobre chica lo ha pasado muy mal y no merece estar sola en esa casa.

—Que se muera tu marido es muy triste, usted lo sabe.

La señora Gilda rio y Rachel cambió la cara, sin entender a qué venía aquella risa.

—La vida me liberó de un marido terrible y tuve la suerte de que no me dejara un engendro con su cara al que odiar hasta el fin de mis días.

A la escritora le pareció la definición más cruel que había oído nunca relacionada con tener un hijo. Ella nunca había querido ser madre, pero jamás habría dicho algo de aquella índole.

—Si tuviera un hijo, no estaría sola.

—¿No dicen que mejor sola que mal acompañada?

—Sí, lo dicen.

—Pues eso.

Hacía rato que Rachel notaba las ganas de ir al baño, pero aquella casa la asustaba un poco y pensó que no quería moverse sola por allí. Le pidió a Gilda que le indicara donde estaba el lavabo cuando ya no podía aguantar más y ella señaló una puerta al lado de la entrada. La escritora se sintió aliviada, porque lo tenía cerca de la puerta principal en caso de que quisiera huir sin dar muchas explicaciones. Se encerró en el pequeño baño y se sentó en el retrete mirando las paredes, sintiéndose atrapada allí dentro. Quiso secarse después de hacer pis, pero no quedaba papel, así que alargó la mano hasta el pequeño armario para ver si había algún rollo de repuesto. Sin embargo, Gilda había guardado en aquel baño los medicamentos y los jabones. Se fijó en que tenía caramelos de vitaminas y rio, pensando que era una estupidez comerse aquello. También había las clásicas pastillas de paracetamol e ibuprofeno y un blíster con un nombre muy largo acabado en unas letras que a Rachel le sonaban: eran antidepresivos. Ella los había tomado en otra época: la misma caja blanca con la línea rosa y el texto gris, treinta cápsulas de cinco miligramos de adicción. Cuando pensaba en aquellas pastillas, aún sentía un leve escalofrío en la columna.

—Hay que joderse —dijo, sabiendo que tendría que ponerse la ropa interior sin haberse secado.

Se abrochó los pantalones y abrió el grifo, pero no se lavó las manos, sino que cogió las pastillas y las miró, buscando la fecha de caducidad, movida por una de esas intuiciones de escritora que solían llevarla por el mal camino.

—Me cago en la puta.

La fecha era del año anterior, y Rachel supo, antes de que saliera del baño para enfrentarse de nuevo a la anciana, que los antidepresivos no se caducan en el armario. Rachel había dejado las pastillas para la ansiedad dos años atrás, cuando se dio cuenta de que no recordaba su día a día, y las tiró a la basura alejando la tentación, sabiendo que si las tenía cerca se las tomaría. Quiso pensar que Gilda era más fuerte que ella y que las había tenido cerca sin tomárselas, pero después se contradijo a sí misma, sabiendo que estaba engañándose. Y pensó, de manera automática, en las magdalenas de la señora de aquella casa. En las de limón con frutos secos para Nico, sin frutos secos y arándanos para Olimpia. «Limón con frutos secos», discurrió Rachel varias veces seguidas. No supo cómo había unido los pensamientos tan deprisa, pero lo había hecho. Olimpia le había explicado decenas de veces que la señora Gilda llevaba las de frutos secos para Nico y las de arándanos para ella, y de aquel modo se aseguraba de que Olimpia no probaba las magdalenas de Nico. La escritora apagó el grifo y salió del baño, para regresar al sillón, con la imagen de la bandeja de repostería aún en su cabeza. Cogió su libreta

de encima de la mesa y miró a Gilda, intentando descifrar si aquella señora bajita, con un aspecto tan típico de anciana que parecía casi una caricatura, se había atrevido a meterse en los problemas de sus vecinos.

—Creo que necesitaría beber algo más fuerte —le dijo Rachel, alejando la magdalena mordida de su taza.

Gilda alargó la mano hasta un armario y agarró una botella, sin moverse más de lo necesario. Sacó un Anís del Mono que tenía más polvo del que había visto nunca y echó un chorrito en cada taza.

—Esto va bien para todo.

—Señora Gilda, contrólese, que no se puede mezclar el alcohol con los medicamentos —le dijo Rachel, intentando disimular que le temblaba la voz.

—No tomo medicamentos, solo unas pastillitas para el colesterol. Estoy más sana que una manzana.

Rachel sonrió, pero en su interior gritaba. Si la señora decía la verdad, sus sospechas eran ciertas y las había resuelto sin mentir, sin esforzarse en inventar una historia para conmover a aquella señora, si es que era posible hacerlo. Gilda movió los pies, animada, y Rachel supo que no podía marcharse de allí sin tenerlo por cierto.

—La verdad es que le he mentido, Gilda.

La señora levantó las cejas.

—¿No te gusta el anís?

—Sí que estoy escribiendo un libro sobre Olimpia.

—¡Lo sabía!

—Trata de una mujer que fue lo suficientemente valiente como para afrontar el mayor problema de su vida y acabar con él. Es una heroína, ¿sabe? Se llamará *La Viuda Negra*, la mujer que consiguió vencer al hombre malvado.

Gilda sonrió y, seguidamente, se encogió de hombros.

—Tal vez no fue la única heroína de la historia.

La escritora supo, después de la frase de la señora, que debía continuar por aquel camino.

—Hay que ser muy valiente para luchar contra un hombre malo. Todo el mundo debería escuchar la historia, aunque obviamente diré que una parte es inventada. No quiero que acusen a Olimpia de nada —añadió Rachel—. Pero la admiro profundamente.

—Lo imagino.

—Es muy difícil estar sola ante el peligro, sin ayuda de nadie y vencer.

—No estaba sola.

—Y lo consiguió —añadió la escritora, ignorando la última frase de la vecina.

—Es que Olimpia no hizo nada, joven.

—Claro que sí.
Gilda negó con la cabeza.
—Esa muchacha gritaba muchas veces y aparecía en el mercado con golpes imposibles: en la espalda, en los brazos, incluso en la nuca. Empecé a ir a su casa más a menudo y vi que cada día que pasaba se ponía más ropa y más oscura. Al principio, solo se tapaba los brazos, pero después también las piernas. Y cuando llevaban casados cinco años, ya no quedaba nada de la Olimpia que tomaba el sol en el patio con su vestido de rayas.
—¿Él le hacía daño?
—¿Ella te ha dicho que no?
—Ella no me ha dicho nada —mintió Rachel—. Lo había deducido yo sola.
—¿No? Pensaba que compartiríais pensamientos además de cama.
—Sí que son finas las paredes...
Sin hacer ningún comentario más sobre el asunto, añadió:
—Él era un pobre hombre triste, traumatizado por su padre, que convirtió a Olimpia en una pobre mujer desgraciada. Ella nunca fue consciente porque el amor nos vuelve idiotas, pero su luz fue apagándose poco a poco. Esa chica necesitaba ser libre.
—Y usted le dio un empujoncito para que lo fuera, ¿no?
La señora Gilda se encogió de hombros.
—Puede que las últimas veces me pasara un poquito con la dosis —reconoció—. Ahí tienes tu historia, niña. A veces las heroínas no son las muchachas rubias y guapas.
—Ni el asesino el mayordomo.
Si Gilda entendió la última frase de Rachel, no dio muestras de ello y se limitó a beber su té con anís.
Rachel cerró la libreta.
—Creo que ya tengo todo lo que necesito.
—¿Estás segura?
—Sí.
—En tu novela puedes... hacer lo que quieras, pero...
—No se lo contaré a nadie, Gilda.
—Bueno, no creo que nadie te creyera si lo hicieras.
Rachel asintió, sabiendo que había verdad en aquellas palabras. Se levantó, cogió su mochila y salió de la casa prácticamente corriendo, sin dejar que la mujer la acompañara a la puerta y sin decir adiós. Cuando pisó la calle, corrió por los adoquines, subiendo la cuesta que llevaba hasta el mirador, se paró a medio camino para apoyarse en la pared de un estrecho callejón y se sentó en el suelo.
¿Era aquel descubrimiento una buena noticia? ¿Debía decírselo a Olimpia? Ella sabría al fin lo que había pasado con Nico: que no se había suicidado ni había querido dejarla sola. Tal vez aquello acabaría

con su sufrimiento, pero también era posible que no cambiara nada. Rachel no había grabado la conversación. Sin embargo, si denunciaba los hechos a la policía, encontrarían las pastillas en el baño y todo el pueblo se enteraría de que Olimpia no había matado a su marido. Tal vez Gilda las habría tirado a la basura para entonces y ya no existiría ninguna prueba. Abrió su libreta y apuntó los pros y los contras de hacerlo público, y llegó a la conclusión de que, tal y como le había dicho la vecina, nadie iba a creerla. Escribió la confesión de Gilda, intentando recordar cada palabra, sus gestos, su mirada, y volvió al hostal sin saber qué tenía que hacer, temiendo a partes iguales la verdad y la mentira.

Olimpia había salido a comprar y Amery apareció antes de que la propietaria llegara, cargando agua y leche y explicando que se la había encontrado en la tienda y le había ofrecido su ayuda.

—¿Cómo llevas tus investigaciones?

Rachel se encogió de hombros.

—Las llevo.

—¿No quieres contármelo?

—No todavía.

Amery se apoyó en la barra, mirándola fijamente.

—Olimpia me ha invitado a comer y me ha prometido que, si me quedo, vendrá a La Taberna a tomarse una cerveza con nosotros y jugar a las cartas.

—Estás de coña —dijo Rachel sin creérselo.

—Te juro que sí.

Olimpia llegó unos minutos después, sonriendo, con dos bolsas en la mano y vestida con tejanos azules y un jersey blanco y rojo a rayas. Rachel tuvo que mirarla varias veces para creérselo mientras Amery la ayudaba con las bolsas.

—Voy a hacer rape en salsa —les dijo.

—Qué rico —le respondió el irlandés.

Rachel seguía mirándola.

—¿Qué te pasa, escritora? —le preguntó divertida.

—Estás preciosa —la alabó Rachel.

Olimpia se miró a sí misma, en un vistazo rápido.

—A lo mejor, algún día, me atrevo con tus camisetas.

Rachel sonrió y observó los gestos de la anfitriona explicándole a Amery donde debía ir cada ingrediente y qué llevaba su rape en salsa. Discutían sobre si echarle o no alcohol a la receta ante la atenta mirada de Rachel. Su lista de pros y contras no servía de nada ya, viendo a Olimpia sonriendo mientras discutía con su amigo irlandés. Algo había cambiado en ella, tal vez gracias a Rachel. Estaba dejando atrás los malos recuerdos, la tristeza de la pérdida. Puede que incluso estuviera superando el duelo, así que era el peor momento para hablar

de la verdad, para contarle lo de Gilda.

Rachel, Amery y Olimpia comieron tarde, riéndose mucho. Cuando Amery insinuó repetir la experiencia navideña del sofá, Rachel se negó en rotundo y le dijo que era el momento de ir a La Taberna. Rachel dejó su mochila en la habitación, guardó su libreta en un cajón, junto a su teléfono, que ya nunca usaba, se cambió de ropa y los tres se marcharon al bar.

La mujer de Elías se sorprendió de ver a Olimpia con ellos y los habituales la miraron varias veces al entrar, como si no acabaran de creérselo. Se tomaron varios botellines y jugaron al parchís. Después, se pasaron a las cartas. Y antes de la cena, cuando Amery ya casi no podía hablar, Olimpia dijo que se iba.

—Me voy contigo.

—No, escritora. No te preocupes. Me ducharé y me iré a dormir, que me he levantado muy pronto. Quédate un rato más.

—¿Seguro?

—Sí, por favor, no dejes a Amery a mitad de partida.

Olimpia se marchó, dejando a Rachel a punto de ganar la última partida mientras Amery tiraba las cartas que no necesitaba. No eran aún las ocho de la noche y Rachel nunca tenía sueño antes de las doce, pero todavía no sabía que aquella noche iba a pasarla en vela.

Rachel se encontró la casa a oscuras al llegar por la noche al hostal. Pensó que Olimpia se había acostado, tal y como le había dicho que haría, y caminó hasta el patio para saludar a Furia y fumarse un último cigarrillo antes de acostarse. Fumó lentamente, sin tener sueño, y cuando se acabó su pitillo, subió a la habitación, que le daba la bienvenida con la puerta abierta. Encendió la luz y se encontró sus libretas repartidas por la cama, abiertas, y su mochila tirada en el suelo. Se llevó las manos a la cabeza, horrorizada.

Miró hacia la puerta de Olimpia y vio que no había luz. Ella había leído sus libretas, sus diarios personales y sabía la verdad. Corrió hasta la habitación y entró, pero allí no había nadie. Se preguntó dónde estaría, y una parte de ella quiso no pensar en la casa de Gilda, como si no existiera. Caminó escaleras abajo, sin querer hacerlo, y salió por la puerta principal en dirección a casa de la vecina, rogando a todos los dioses que conocía que la puerta estuviera cerrada, pero no lo estaba.

La escritora entró sin llamar y vio que había luz al final del pasillo, en el salón.

—¿Señora Gilda? Soy Rachel —susurró, pero no obtuvo respuesta —. ¿Señora Gilda? —preguntó con un hilo de voz.

Al llegar al salón se encontró a la señora Gilda, tapada enteramente con una manta de cuadros, y a Olimpia encogida en el

suelo, mirando a la nada.

Se acercó hasta ella y se agachó. La cara de la anfitriona no mostraba ninguna expresión, como si se hubiera vaciado por dentro con aquel acto, como si acabar con la vida de Gilda fuera el final de todo. Rachel sintió la necesidad de abrazarla, pero sabía que debían salir de allí antes de que las viera un vecino.

—Levántate, Olimpia, vámonos de aquí.

La levantó del suelo y la sujetó por la cintura. Se disponía a caminar hacia la puerta cuando se dio cuenta de que debía parecer que aquella mujer había muerto por la noche, mientras dormía. Rachel giró sobre sí misma y tiró de la manta, dejando la cara de la señora visible, con los ojos abiertos y una plácida sonrisa.

Olimpia sonrió, mirando a Rachel.

—Ahora sí que pueden llamarme la Viuda Negra.

Rachel la metió en la cama y se hizo un sitio a su lado. Miró de reojo a la chica, que aún temblaba ante el terrible acto que acababa de cometer, y la abrazó, intentando consolarla. La escritora había decidido no contarle la verdad y dejar que la nueva Olimpia, con su ropa alegre y su bonita sonrisa, disfrutara del mundo, dándose una oportunidad. Pero ella, mejor que nadie, sabía que los secretos no suelen permanecer ocultos mucho tiempo.

Ninguna de las dos pudo dormir hasta que salió el sol, y el cansancio las venció.

A media mañana escucharon murmullos lejanos y sirenas de policía. Rachel se asomó a la ventana y vio que los vecinos se acumulaban en la puerta de la señora Gilda, preguntándose qué hacían allí las autoridades.

—Voy a bajar a preguntar qué pasa. Sospecharán si no lo hacemos.

—No cambiará nada —le dijo Olimpia, sin mirarla.

—Lo que ha pasado es culpa mía.

—No es verdad.

—No debí investigar desde el inicio, pero sobre todo no debí ocultártelo.

Olimpia se levantó de la cama.

—¿Sabes por qué miré tu libreta?

—No.

—Tu teléfono sonaba cuando llegué a casa. No lo cogí, pero insistió. Sonó hasta tres veces y a la cuarta fui a por él. Respondí, pero nadie habló. Tu libreta estaba en el mismo cajón. Nunca lo habría hecho, pero ayer estabas diferente. Me mirabas de reojo, con cara de preocupación, y supe que me ocultabas algo.

—Soy muy mala mintiendo —reconoció.

Olimpia asintió, manteniéndose de pie a menos de un metro de la cama.

—Rachel, pensaba que Nico se había matado, huyendo de la vida, huyendo de mí. ¿Quieres saber qué habría pasado si te hubieras marchado sin decírmelo? —La escritora asintió—. En unos meses, Amery te habría llamado cuando estuvieses en Barcelona y te diría que me había caído con el coche al río o que me había tirado por el hueco de la escalera, que me había tomado las pastillas del botiquín o que me habían encontrado con las venas cortadas. Tal vez me encontrarían desangrada en el baño, con cortes en las piernas, o habiéndome bebido los productos de limpieza. Llevo un año pensando en cómo morirme. Y esas son solo algunas de las ideas que se me han ocurrido, pero tenía más. Si no lo he hecho, es porque no puedo dejar sola a Furia. Ella no se merece que la abandone.

Rachel se aguantó las lágrimas y Olimpia se acercó a ella para cogerle la cara con las dos manos.

—Oli…

—Pero ya se ha acabado, Hércules Poirot, porque has descubierto al asesino y ahora ya puedo estar en paz.

—Pero has matado a una persona por mi culpa.

—No, Rachel. No la maté.

—Pero…

—Ella estaba muerta cuando llegué, pero yo había ido a acabar con su vida y me inundó la rabia. La sacudí, le pegué con el cojín varias veces sintiéndome ridícula, y cuando me deshice de la rabia, le tapé la cara. Sé que está mal y no creo que pueda deshacerme de eso nunca. Puede que incluso vaya al infierno, pero ¿qué más me da? Llevo toda la vida viviendo en él: en mi propio y personal infierno.

A Gilda se la llevaron esa misma mañana, directa al tanatorio de la parroquia. La nieve hacía imposible la asistencia al entierro de los familiares lejanos, así que la sepultaron al día siguiente, ante la atenta mirada de los vecinos. Olimpia asistió a la misa con margaritas amarillas en la mano, y cuando llegaron al cementerio con el féretro de Gilda, se escapó entre los vecinos para dejarlas en la tumba de Nico.

Olimpia no volvió al cementerio en el tiempo que Rachel estuvo en el pueblo. Pasaron las tardes haciendo el amor entre las sábanas, a veces incluso con Amery, despidiéndose de aquel frío invierno mucho antes de que llegara la primavera.

Olimpia había creído el relato de Rachel descubriendo a la asesina de Nico, pero la escritora sabía que aquella historia tenía lagunas y, por mucho que Gilda hubiese intentado envenenar al profesor de Arte durante meses, tal vez incluso años, eso no hacía menos probable la

teoría de que el marido de Olimpia hubiese participado en su propia muerte. Pero Rachel se había prometido que nunca hablaría de ello en voz alta y no pensaba hacerlo.

Capítulo 28

Barcelona 2019, verano

Amery se había negado a que Rachel lo recogiera en el aeropuerto y ni siquiera le había dicho la hora de llegada de su vuelo, pero sabía que podría averiguarlo si miraba los horarios de los aviones que llegaban de Cork. El irlandés había vuelto aquel mismo año a su tierra para trabajar dirigiendo un laboratorio, pero él y Rachel habían seguido en contacto, llamándose cada semana desde el día que la escritora se marchó del pueblo, el día uno de febrero de 2018.

El timbre resonó por el ático a las doce del mediodía y Rachel corrió hasta el telefonillo.

—¡Escritora! —escuchó al otro lado, con el peculiar acento de Amery.

Rachel apretó el botón del portal y abrió la puerta de su casa, con ganas de verlo. Apareció por el ascensor un par de minutos después y se lanzó a sus brazos, sin pararse a mirarlo. Se separó de él y escrutó su cara con atención, mirando los rincones.

—¿Te has cortado el pelo?

—¿No ves que sí?

—Anda que me lo cuentas.

Amery puso los ojos en blanco.

—Pesada eres —añadió con más acento inglés del que ella recordaba.

—En serio —dijo Rachel, entrando en el piso—. A veces me cuentas todo lo que comes y no me dices que te has cortado el pelo. No mola, Ame.

El irlandés rio.

—Pareces mi madre.

—Qué idiota.

Rachel sacó un par de cervezas de la nevera mientras el chico se paseaba por el salón. Amery soltó un silbido.

—Joder, escritora, vaya pisazo.

—Soy rica y famosa. ¿Qué esperabas? —se enorgulleció, acercándole la bebida.

—He visto que tu nuevo libro es el más vendido en todos los *rankings* de las últimas semanas.

Rachel torció el gesto y se sentó en el sofá. El irlandés la imitó y bebió de su cerveza.

—¿Y dónde has visto tú eso?

—En las redes, los diarios, por ahí.

La escritora levantó una ceja.

—Qué trolero, si tú no tienes de eso. Dijiste que preferías morir antes de tener Twitter.

Amery rio.

—Pero no me extraña. Es un librazo.

Rachel sonrió.

—Me dijiste que nunca te lo leerías.

—Me ganó la curiosidad.

La chica bebió de su botellín, acabándose la cerveza.

—¿Y qué te pareció?

Amery se encogió de hombros.

—Real, triste, un poco guarro.

La escritora soltó una risita.

—¿Un poco guarro?

—No sé ni si quiero saber cuánto de todo eso es real o no —añadió él. Rachel abrió la boca para decir algo, pero la cerró enseguida—. Allá vamos. Pregunta, vamos —la incitó Amery.

—¿Has hablado con Olimpia?

—Hace días que no. ¿Tú?

La chica señaló la nevera, donde tenía varias imágenes de ciudades enganchadas con un imán.

—Me mandó una postal desde La Plata. Me llegó la semana pasada.

—Sí, a mí también.

—Me alegro por ella.

Olimpia había vendido el hostal el invierno anterior, después de la muerte de Furia. Había puesto sus papeles en regla y, con la única compañía de una mochila, se había ido a Argentina. Llevaba allí desde entonces, recorriendo el país. Se había deshecho de todas sus pertenencias, regalando los libros a la biblioteca y donando los muebles y los cuadros a una asociación del pueblo. El hostal lo había comprado un viajero inglés y, por lo que le había contado Amery, lo habían reformado entero, convirtiendo el desván en un par de *suites* de lujo. La antigua casa de Gilda había acabado siendo un anexo al hostal, reconvertida enteramente en dos pisos de habitaciones. Todas ellas con Internet. Era el adiós al encanto de pueblo, dándole la bienvenida al negocio.

Olimpia y Rachel no se habían vuelto a ver desde el día uno de febrero de 2018, cuando la anfitriona la abrazó en la puerta del hostal, pidiéndole que la llamara pronto. La escritora se subió en el taxi, sin dejar de mirar a Olimpia, y ella se acercó a la ventanilla.

—Oye, escritora —le dijo—. Te doy permiso —añadió con una sonrisa—. Para escribir mi historia.

Rachel sonrió y sacó levemente la cabeza por la ventana.

—Voy a añorarte, Olimpia.

—Y yo a ti, escritora.

Recordaba aquellas frases casi a diario, con la cara de la chica sonriéndole desde el exterior del taxi, diciéndole que la añoraría. Había pasado más de un año desde entonces y aún se despertaba por las noches, buscándola entre las sábanas, oliendo su perfume lejano.

Rachel escribió la historia de Olimpia, desde el inicio, desde sus diecisiete años, inventando los huecos que le faltaban, haciendo de Nico un hombre atormentado pero bueno, y de Olimpia, una mujer que había amado con toda su alma, pensando que de aquel modo podría salvar al amor de su vida. Añadió en las páginas finales un drama que no había existido, alejando a los lectores de lo que había sucedido en realidad, protegiendo a la anfitriona de sus últimos actos. Ni siquiera sabía si ella lo había leído o no, aunque no pensaba preguntárselo. Tampoco sabía si volverían a verse algún día, pero no le importaba, porque, como todos sus personajes, Olimpia iba a formar parte de su vida para siempre.

Amery se acabó su cerveza

—¿Vamos a comer? —le preguntó.

Rachel se levantó del sofá de un salto.

—Sí, por favor. Antes de que me dejes sin cervezas.

El irlandés se levantó, preparado para dejarse llevar, y salieron del piso con Rachel llevando la iniciativa, dispuesta a hacer pasar a su amigo un día de aventuras por la ciudad.

Capítulo 29

Argentina 2019, verano

Olimpia había comprado un billete de avión a Lima y esperaba en los asientos del aeropuerto de Buenos Aires, con el abrigo bien abrochado y un gorro de lana que se había comprado en las carísimas tiendas de la terminal. Viajaba con una mochila, en compañía de su libro electrónico, un teléfono viejo en el que solo había una decena de números, un cuaderno de dibujo y una pequeña chapa plateada con el nombre de Furia colgada con una fina cadena en su cuello; su único objeto del pasado.

Quedaban dos horas para su vuelo, así que abrió el libro electrónico y buscó una de sus últimas lecturas. El aparato le mostró la página uno, pero avanzó rápido hasta el décimo capítulo, uno de sus favoritos: cuando la protagonista hacía el amor por primera vez con su amado. Lo leyó despacio, disfrutándolo, sintiéndolo como cuando había sido real, tantos años atrás.

—Maldita Rachel Jones —masculló.

Olimpia sentía en su cuerpo una gratitud hacia la escritora que nunca podría expresar con palabras. La moderna y cosmopolita metomentodo le había salvado la vida inmiscuyéndose en sus asuntos, convirtiendo su vida oscura y secreta en un éxito de ventas, dándole a la anfitriona un espejo donde mirarse y observar su suerte y su desgracia, verse a través de los ojos de los demás, saber que toda su historia había sido real.

Al llegar a Lima compraría tres postales, como hacía habitualmente: una para Rachel, otra para Amery y una tercera para Elvira. Les diría que su viaje seguiría en Lima, donde daría clases en una escuela. Había conocido a un profesor venezolano en La Plata, habían hecho buenas migas y le había hablado de un pequeño pueblo del país que necesitaba ayuda en la escuela. Olimpia había decidido vivir sin presiones, sin rumbo, sintiéndose libre de hacer lo que quisiera.

Tal vez invitara a sus amigos cuando encontrara un lugar en el que hospedarse. Lo pensaría cuando fuera el momento.

Seguía pensando en Nico a diario, pero la tristeza que sentía antes había desaparecido. Y aunque la nostalgia era lo más difícil de dejar atrás, se esforzaba cada día en rememorar un recuerdo feliz y disfrutarlo unos segundos. Después se centraba en el ahora.

El teléfono de Olimpia vibró en su bolsillo. La chica no tenía

redes, y las únicas personas con las que se escribía de vez en cuando eran Rachel, Amery y algunos viajeros con los que había coincidido en Argentina. Acababa de llegarle una foto de la escritora, cogiendo al irlandés por los hombros y chocando sus cervezas. De fondo, distinguió la Sagrada Familia. En el texto decía: «Te esperamos». Olimpia sonrió y respondió un escueto: «Pronto…».

FIN

Agradecimientos

A mi madre y a mi padre, por tantas cosas que es imposible nombrar solo una.

A mi hermana, porque como el amor de hermanas no existe nada en este mundo.

A Alfonso, porque entre los dos hemos creado algo precioso.

A mis lectores cero, porque sin vosotros no existiría ninguna de mis novelas.

A todo el equipo de mi editorial, Entre Libros, por seguir confiando en mí.

Gracias.

Biografía de la autora

Laura Pallarés (Barcelona, 1988) es periodista y escritora, aficionada a la literatura, las series y el cine. Estudió Periodismo en la UAB y se especializó en cultura, cursando un máster de Literatura Comparada. Actualmente trabaja en un gabinete de comunicación. Su primer libro, *Pájaros en la piel*, salió a la venta en junio de 2020, siendo un éxito entre el público. En el mes de julio del mismo año sus escritos fueron seleccionados para formar parte de dos recopilaciones. El relato «María Magdalena» puede leerse en el libro *Vidas* y «Desconocido», en *Escribir en tiempos de pandemia*. En julio de 2021 publicó su segunda novela, *Valle de Robles: La desaparición de Sara*, la primera parte de una trilogía de misterio. La segunda parte de la saga, *Secretos del pasado*, se publicó en abril de 2022, y la tercera, *Retrato de familia*, a finales del mismo año. La revista *La Gran Belleza* escogió el relato «La mente en blanco», uno de los cinco seleccionados entre más de trescientos veinte, para ser publicado en el número 16. También participó con el escrito «Ser Mujer» en un recopilatorio solidario especial para el día 8 de marzo de 2022. Ha escrito una docena de libros desde que empezó a teclear en 2017 y actualmente dedica su tiempo libre a dar a conocer sus obras.

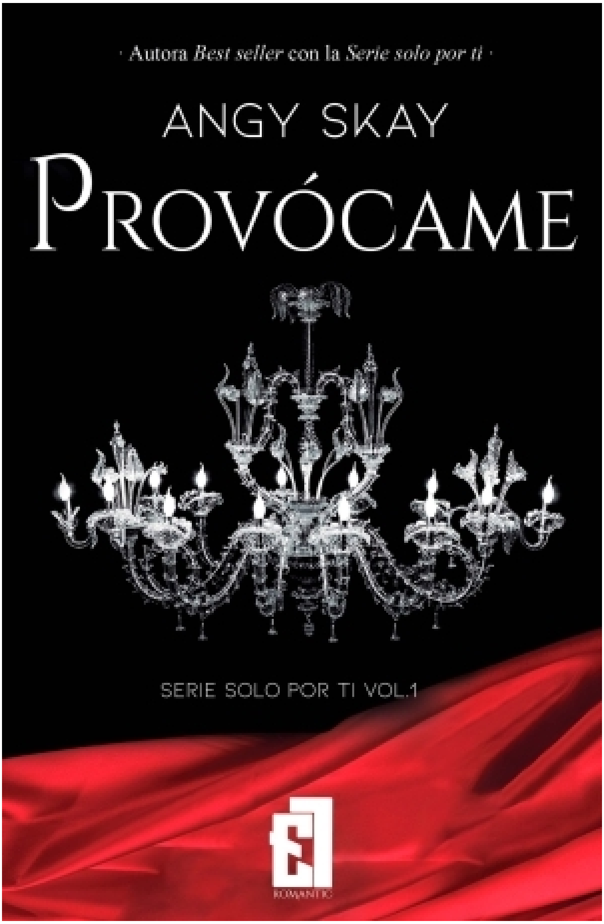
Tu opinión nos importa

Llegados a este punto nos gustaría pedirte que, si puedes y lo deseas, no olvides dejar tu valoración en cualquier plataforma para contarnos tus impresiones. Gracias a eso podremos mejorar y ayudarás a muchos autores.

Tu opinión sí nos importa.

Muchísimas gracias.

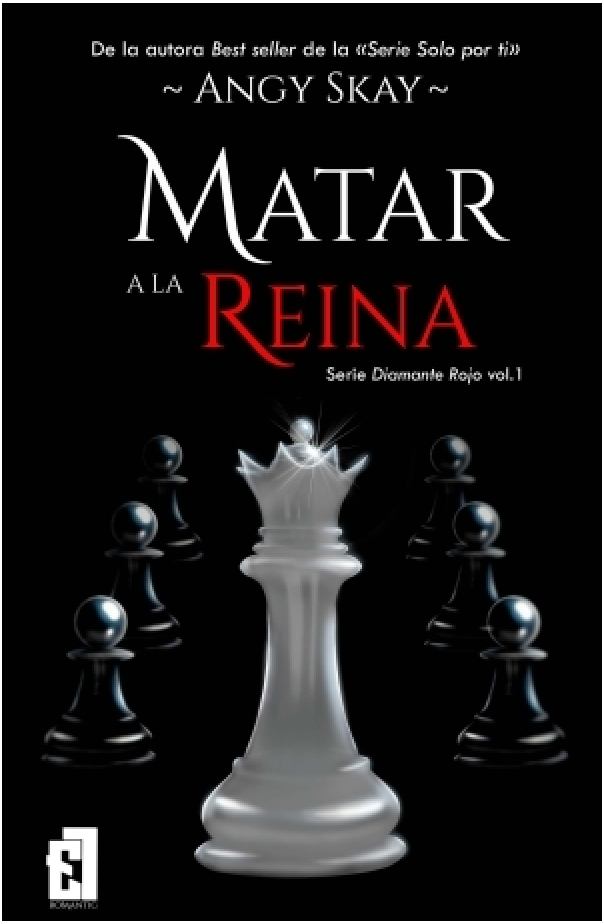
Entre Libros Editorial


· Autora *Best seller* con la *Serie solo por ti* ·
ANGY SKAY
PROVÓCAME
SERIE SOLO POR TI VOL.1
ROMANTIC

Provócame

Skay, Angy
9788494383212
494 Páginas

¿Qué hacer cuando el destino te pone a prueba?
¿Serias capaz de sacrificar a otra persona por ti?
¿De destrozar su vida?
El irresistible y misterioso **Bryan Summers** se trasladará a Marbella para cerrar un trato e, inevitablemente, **Annia Moreno**, una mujer que trabaja como personal *shopper* en la ciudad malagueña, se cruzará en su camino haciendo que todas sus alarmas exploten. La palabra "peligro" aparecerá reflejada en ella, pero él será incapaz de cejar en sus empeños por conquistarla, hasta que poco a poco descubra el camino de espinas que deberá de atravesar. Lujuria, desenfreno y un oculto pasado lleno de dolor crearán una mezcla explosiva entorno a su historia prohibida. ¿Quieres saber algo más? Todo esto y mucho más lo descubrirás en esta fascinante historia. Provócame, el primer volumen de la Serie Solo por ti.
¿Te atreves a provocarme?


De la autora Best seller de la «Serie Solo por ti»
~ Angy Skay ~
Matar
a la
Reina
Serie Diamante Rojo vol.1

Matar a la Reina

Skay, Angy
9788417160661
520 Páginas

· ***Bienvenido al mundo de la reina de los villanos*** ·
Las alegres Navidades de Micaela Bravo se ven interrumpidas cuando, con solo doce años, alguien a quién creía de su familia le arranca la infancia acabando con lo que más quiere. Todos sus seres queridos son asesinados sin piedad y, ella, ultrajada y agredida hasta tal punto que sus agresores piensan que han terminado con su vida.

En su último aliento, su alma se impregna de un sentimiento vengativo que la hará tomar las riendas de su vida unos años después, por un oscuro y tenebroso mundo donde las mafias y el peligro son algo constante.

En otra parte del planeta, un asesino a sueldo recibe una llamada que hará cambiar su existencia por completo cuando descubra una lista con seis nombres, teniendo que asesinar a cada persona por orden correlativo, según su antiguo instructor, Anker Megalos.

Matar a la Reina es la primera parte de la serie *Diamante Rojo*, donde la mafia, los asesinatos, la acción y un amor peligroso se juntarán, dándole lugar a las personas que, al parecer, nunca tienen oportunidad de vivir un futuro a su antojo: los villanos.

En esta ocasión, "**El objetivo, eres tú**".


· De la autora superventas ·
Te robé un beso
ANGY SKAY
SERIE
¿TE ATREVES
A QUERERME?
VOL.1

Te robé un beso

Skay, Angy
9788494383274
333 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Sara Martínez tiene veintinueve años. Es soltera, una mujer de armas tomar, aunque muy insegura de sí misma. Huye del amor por una turbia relación del pasado y busca una vida normal, tranquila y sin ataduras. Le encanta su trabajo y vivir el día a día junto a su mejor amiga; Patricia.

César Fernández tiene treinta años. Es soltero, de mirada inolvidable y un cuerpo que incita al pecado. Un don Juan en toda regla. El típico "chico malo" al que su padre intenta encarrilar sin éxito alguno. Con una vida desahogada, gracias a un "golpe de suerte".

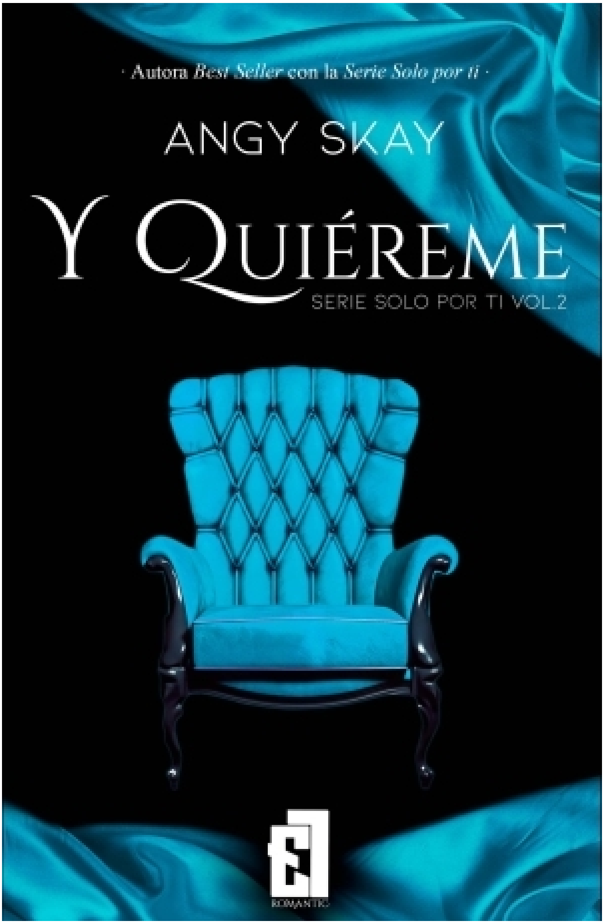
Sus caminos se juntan sin esperarlo y una atracción letal les arrastra por completo. Lo que Sara no sabe es que César oculta un pequeño secreto que ella jamás esperaría y un encuentro en el pasado que no recordaba.

¿Podrá un **ladrón** de corazones **robarle** un **beso** y derribar las barreras de su **corazón**?

Comienza la serie ***¿Te atreves a quererme?***

Y tú, ¿te atreves a empezarla?

Cómpralo y empieza a leer


· Autora Best Seller con la Serie Solo por ti ·
ANGY SKAY
Y QUIÉREME
SERIE SOLO POR TI VOL.2
ROMANTIC

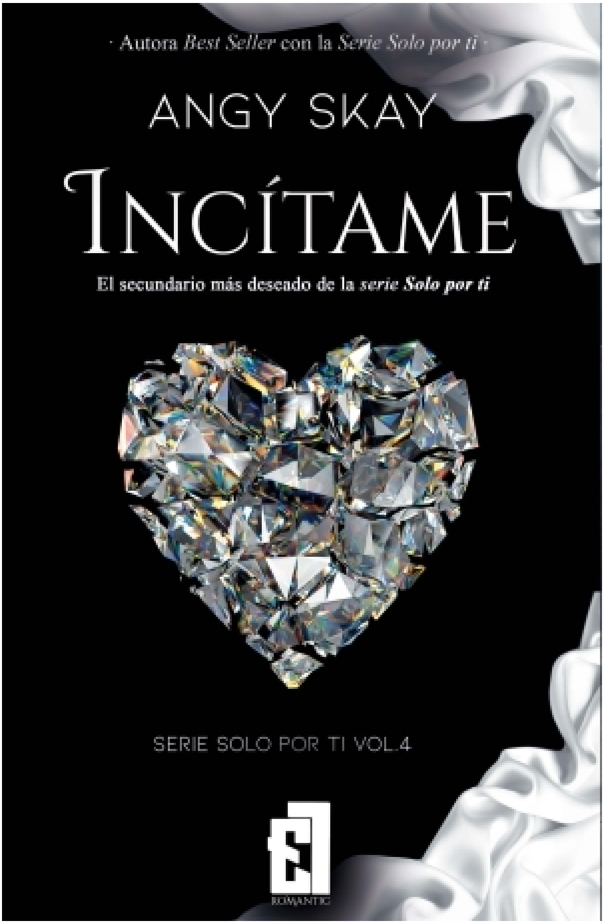
Y quiéreme

Skay, Angy
9788494383229
460 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Cuando el amor golpea devastadoramente tu corazón y se hace paso sin pedir permiso, la pasión y el desenfreno ciegan detalles muy significativos de una pareja.
Detalles que cuando salen a la luz atormentan. Bryan no podrá vivir sin ella, pero ¿y ella? ¿podrá vivir con inesperados y sorprendentes percances que transcurrirán, dejándola fuera de lugar?
Conoceremos a Annia por completo, sin embargo, ¿qué pasa con Bryan? Esta historia abrirá muchos caminos y, con ellos, demasiadas dudas.
Tras el impresionante Provócame, llega la esperada segunda parte de la Serie Solo por ti. *¿Podrás quererme?*

Cómpralo y empieza a leer


· Autora Best Seller con la Serie Solo por ti ·
ANGY SKAY
INCÍTAME
El secundario más deseado de la serie Solo por ti
SERIE SOLO POR TI VOL.4
ROMANTIC

Incítame

Skay, Angy
9788494436277
444 Páginas

El **atractivo e irresistible** Máximo Collins viaja a la ciudad donde su mejor amigo, Bryan Summers, esconde su identidad junto a su familia.

En ese trayecto casi atropella a una mujer de ojos negros como la noche y, aparentemente de lengua afilada. Pero lo que Max desconoce, es que esa mujer es una heroína.

Tras la apariencia de hombre divertido, *sexy* y romántico, se encuentra un alma rota, junto a un corazón desintegrado que tendrá que enfrentarse a su mayor temor: el pasado.

Un último amor, una familia oculta y un trauma persistente provocarán que los días de Máximo Collins sean un calvario difícil de resolver.

¿Será capaz Max Collins de afrontar todas las trampas que le depara el destino?

Cómpralo y empieza a leer